1494.2

346

UN SOLDADO ESPAÑOL

DE VEINTE SIGLOS.

RELACION VERÍDICA

POR

DON JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

XI
185

MADRID.
IMPRENTA DE R. LABAJOS, CABEZA, NÚM. 27.
1874.

UN SOLDADO ESPAÑOL

DE VEINTE SIGLOS.

346

UN SOLDADO ESPAÑOL

UN SOLDADO ESPAÑOL

DE VEINTE SIGLOS.

RELACION VERÍDICA

POR

DON JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

346

MADRID.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CABEZA, NÚM. 27.

1874.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Á D. FERNANDO GOMEZ DE ARTECHE.

Á tí, hermano carísimo, dedico este trabajo, emprendido para descanso y distraccion de otros más graves que sin tu cariñosa insistencia estarian hace mucho tiempo abandonados.

Tu inspiracion me dió el pensamiento, y tus consejos han producido lo poco que pueda merecer aplauso en este modesto libro; únase, pues, en él tu nombre al de tu amantísimo

JOSÉ.

ADVERTENCIA.

Los párrafos que van en letra bastardilla corresponden á trabajos ya publicados, casi siempre de escritores de fama; y se señalan de ese modo, por lo notables ó para dar autoridad á las opiniones históricas que aquí se emiten.

UN SOLDADO ESPAÑOL

DE VEINTE SIGLOS.

PRIMERA PARTE.

I.

LA SORPRESA MAYOR EN MI VIDA.

Era el año de 1849.

Servia yo en el Estado Mayor de la division expedicionaria á los Estados Pontificios, y una órden del general en jefe me habia llevado á Avezzano, donde debia poner un pliego en manos del general Nunziante y conferenciar con él sobre la marcha combinada de los dos ejércitos, español y napolitano, á Rieti y Aquila.

Me acompañaba, además del coronel Colonna, jefe del escuadron de Cazadores napolitanos afecto á la division, un oficial de nuestra infantería, sér extraño que ya anteriormente habia llamado mi atencion, y que entonces me inspiraba la curiosidad más viva.

Terminada mi comision en Avezzano, no quise volver al cuartel general sin haber antes visitado el campo de batalla de Tagliacozzo, muy próximo á aquella pintoresca poblacion.

Ya descendia el sol á ocultarse tras del horizonte de montañas que nos rodeaba, tristes y escabrosas, cuando avistamos Tagliacozzo.

Nos apeamos, y, buscando un punto de donde abrazar todo el campo de una mirada, dirigimos el paso á un altozano suave que parece atalayar el frondoso valle en que tuvo lugar aquel trágico suceso.

Largo rato permanecimos los tres embebecidos en la contemplacion del panorama que se desarrollaba á nuestra vista. Tan elocuente se presentaba á la imaginacion mia, embargada con la historia del combate rudísimo de que habia sido teatro, que en un rapto de entusiasmo exclamé con el Dante:

e là da Tagliacozzo,
ove senz'arme vinse il vecchio Alardo;

«¡Yo le ví! dijo mi acompañante el oficial de infantería; yo le ví, traidor, salir del bosque con el de Anjou á su lado y lanzarse como un tigre sobre los hombres de armas castellanos. ¡Infeliz Conradino! Cuando creias tuya la victoria y me alargabas la mano suponiéndome el matador de tu rival, caias en el lazo que ese viejo astuto nos habia tendido.»

Si las palabras del oficial nos sorprendieron, mucho más nos admiró á Colonna y á mí la emocion que, al volvernos hácia él, observamos en su semblante. Brillaban sus ojos con un fulgor siniestro que se reflejaba en la gruesa lágrima que pendia de ellos; y sus lábios y su barba se estremecian como agitados por un resorte, mientras el crespo cabello, rígido y amarillento, coronaba aquella extraña y singular cabeza.

¿Era algun demente en quien la memoria del drama

que allí se habia representado producia un nuevo y violento acceso?

Vímosle, sin embargo, á los pocos momentos y al observar nuestra sorpresa, ir lentamente apagando el fuego de su mirada y recobrando la serenidad y la calma habituales en él. Aún llegó hasta dirigirnos una sonrisa suave, pero tan melancólica como el último rayo del sol que parecia en aquel instante quererse despedir de nuestro pequeño grupo y de los montes y los árboles cuyas cumbres acababa de enrojecer con su púrpura.

«Señores, dije para salir del embarazo que habia producido en todos la anterior escena, creo que debemos retirarnos ya; aunque brevemente, hemos logrado contemplar este campo tan lleno de recuerdos para los españoles como para los italianos, franceses y alemanes, para cuantos pisamos esta hermosa tierra, cuyas contiendas venimos á dirimir hoy cual entonces.»

Y á los pocos momentos rodaba nuestro carruaje por el camino de Sora y Frosinone, abierto recientemente en la inmensa y pintoresca quiebra que recorre el Liris desde el Abruzo al mar.

Durante más de una hora reinó en el interior del coche un silencio sepulcral. En cambio nuestras fisonomías se mostraban bien elocuentes. Si el oficial parecia como haber olvidado la escena de Tagliacozzo y vuelto á encerrarse en la reserva y la tristeza que le caracterizaban, Colonna y yo, que íbamos enfrente de él, no podíamos apartar los ojos de un hombre que parecia enfermo ú ocultando un gran misterio. En los dos se habia despertado una curiosidad ardiente que nuestras miradas no podian ménos de revelar en su comunicacion constante desde el suceso que la excitaba, y, sobre todo,

desde que nos habíamos instalado de nuevo en el carruaje.

Era el oficial sugeto, como he dicho antes, verdaderamente extraño y admirable. Su fisonomía ofrecia rasgos que solo es dado representar á un pincel privilegiado; en sus ojos, de un azul trasparente y sombreados de cejas espesísimas; en su boca de lábios cárdenos y de amarillentos dientes, habia un aire de dolor resignado alternando con una expresion de dureza tan salvaje, que excitaban á todo género de conjeturas sobre el carácter de aquel hombre. Sus altos hombros y su anchuroso y levantado pecho; sus miembros todos, por otro lado, fornidos, más aún, atléticos, tenian algo de los de un gigantesco autómata: habia momentos, aquellos en que las pestañas y cejas caian sobre sus ojos y los ocultaban á la vista, en que se creia tener delante al *hombre de palo* del ingenioso italiano de Toledo.

Causaba, pues, su aspecto impresion profunda al que detenidamente lo examinara, fascinacion que rayaba en terror, mezclado de una curiosidad insaciable de conocer el orígen y la vida de aquel sér extraordinario.

Un suspiro algo más fuerte que los que de ordinario solia arrojar, me inspiró el valor de dirigir al oficial una pregunta, cuya contestacion esperaba yo que podria darnos alguna luz sobre el estado de su corazon ó de su cabeza.

«Debeis sufrir, le dije; ¿no podríamos proporcionaros alivio ó consuelo?»

«Ninguno, contestó; agradezco vuestra benevolencia con toda la efusion de mi alma, oprimida bajo el peso de dolores incomprensibles para los hombres. Sorprendidos de mi lenguaje, me tomareis, de seguro, por un

loco, y, sin embargo, mi razon no se extravía. Mi mayor dolor es, precisamente, el de conocer en toda su extension el hondo, inmenso y único de mi corazon, conturbado cual no lo puede estar el de hombre ninguno en la tierra. Comprendo que no logro más que abismaros en nuevas y más oscuras perplejidades, pero no me es dable prescindir de un lenguaje que mi extraña existencia y las vicisitudes de mi vida han hecho habitual en mí.»

Y parecia cierto: si su semblante llamaba la atencion, sus palabras admiraban hasta el asombro. En el trayecto de Valmontone, punto de nuestra salida, hasta el término de la expedicion en Avezzano y Tagliacozzo, nos habia sorprendido ya, más que con su vastísima erudicion, con la forma en que la ponia de manifiesto. Contaba las cosas pasadas con tal perspicuidad y con pormenores tan minuciosos que parecia haberlas presenciado, y las interjecciones y suspiros con que salpicaba su relato revelaban una como participacion en los sucesos á que se referia. Presentaba, sin embargo, un contraste muy extraño en todas sus narraciones. Al mismo tiempo que hacia creer hasta en el conocimiento personal de aquellos, cuyas historias remotísimas nos comunicaba, parecia vacilar en la de celebridades que la gente instruida conoce y en la de sucesos trasmitidos por los más antiguos cronistas.

Cualquiera persona familiarizada con los estudios históricos podia observar que para la memoria de aquel hombre habia una valla espesísima entre las edades más remotas, y una era, no nueva, lejana todavía, pero determinada por un acontecimiento grandioso y decisivo en la vida de la humanidad.

¿Qué pensar, pues, de él?

Cada una de aquellas palabras amargas que acababa de dirigirnos; el semblante, cada vez más tétrico, del enigma viviente que teniamos en nuestra presencia, y el recuerdo de las narraciones extrañas con que anteriormente nos habia entretenido, excitaban más y más nuestra curiosidad.

Deseando satisfacerla, revolví algun tiempo en la imaginacion proyectos y proyectos, hasta que resuelto, más que á descubrir un gran secreto, á poner de manifiesto una manía, le supliqué nos contase su propia historia en cuanto no mortificara su amor propio ni le causase la menor pena ó disgusto.

«No la he narrado, dijo, á nadie sin ver antes su sepulcro abierto á mis piés y la muerte dibujarse clara y distintamente en su semblante. No os presagia, pues, nada bueno mi condescendencia; pero ya que os empeñais en satisfacer una curiosidad que se descubre anhelante en vuestros ojos, voy á llenar vuestros deseos, y el Dios de las alturas os dé fuerza y tiempo para escuchar una de las maravillas más estupendas que su ira santa é ineludible ha llegado á producir y sostener en la tierra.»

Y despues de unos momentos de pausa y meditacion, habló de esta manera:

II.

CRECE MI ASOMBRO.

«Mis antepasados eran *iberos*, y habian tomado una parte muy activa en todas las grandes vicisitudes por que pasó España antes y despues de la invasion de cartagineses y romanos. Mi abuelo solia entretener mi curiosidad infantil con la historia de los suyos y la de sus propias hazañas. ¡Cuántas veces, sentado en sus rodillas, oia embebecido los episodios más brillantes de aquella lucha de dos siglos en que la division de los españoles puso el país á merced del avaro y orgulloso romano!»

«Su bisabuelo habia asistido á la destruccion de Sagunto entre los auxiliares que Aníbal logró reclutar en sus expediciones al interior de la Península. La gallardía del jóven cartaginés habia seducido á los españoles, ignorantes de la servidumbre á que se hallaban sujetas las naciones del litoral, y muchos de ellos, cediendo á su impulso aventurero y á la fascinacion que sobre todos ejercia el valor del héroe, se le unieron para ayudarle en los proyectos ignorados, pero indudablemente grandiosos, que ya debia abrigar. Una vez en pos de él, nuestros compatriotas no se habian detenido

á considerar que Sagunto era una ciudad española, ni á reconocer el objeto de sus huéspedes, que era el de valerse de ellos para mejor avasallarlos despues.»

«La destruccion de Sagunto es el primer hecho histórico que revela en el carácter español un defecto gravísimo, causa posteriormente de todas las desgracias que han afligido á nuestra pátria. Ese defecto, hijo legítimo de la Envidia que devora al género humano, y especialmente á las razas meridionales, es la falta de union y de concordia entre los diversos pueblos ó repúblicas que se han repartido el imperio de la Península.»

«A favor de esa division habian logrado los celtas tomar asiento en algunas regiones y mezclarse en otras con los habitantes, fundiéndose con ellos á punto de tomar un nombre, el de celtíberos, comun á solariegos é invasores. En el tiempo que medió entre las dos grandes invasiones célticas, acaecida la primera diez y seis siglos antes de que yo naciera, y mil años despues de aquella la en que empezó á formarse la nacionalidad celtíbera, habian tambien aparecido por las costas del Mediterráneo los fenicios y tras de ellos algunos bajeles griegos, cuyas tripulaciones, tomando tierra en Rosas, Sagunto y Dénia, formaron, como aquellos, establecimientos mercantiles, que poco á poco fueron convirtiendo en plazas fuertes con ínfulas de proteccion y aun de señorío para con los cándidos habitantes de las inmediaciones. Al arrojar los cartagineses á sus ascendientes los tirios del jardin amenísimo que estos habian formado desde Málaga á Cádiz, se decidieron á someter toda la costa hasta las Gálias; y si dejaron, como si no las dieran importancia, las colonias griegas, fué mientras aseguraban su imperio en toda la region oriental con

la fundacion de Cartagena y Barcelona que las vigilaban é imponian.»

«La raza solariega iba así desapareciendo de la mayor parte de las comarcas peninsulares, y solo entre las fuentes del Ebro y las del Segre encontraban los iberos un asilo seguro y tranquilo por lo pobre, y puede decirse que inexpugnable. Con el peligro fueron allí apretando los lazos fraternales, aflojados hasta entonces por su número y por lo dilatado del espacio que ocupaban; de modo que á la llegada de los hijos de Rómulo no habia en España un pueblo más fiero que el de los euskaros ó vascones.»

«De entre ellos habia salido mi familia para el sitio de Sagunto y para engolfarse despues en el piélago tormentoso de batallas que la habia de ir apartando cada dia más de aquel suelo montañoso y árido, tabernáculo, empero, de las tradiciones y de los fueros de la primitiva España.»

«Aníbal, decia mi abuelo, áun vencido y obligado á tomar un tósigo, no ha tenido antes ni despues más rivales que el romano, que puso al fin nuestra pátria bajo el dominio de la *loba*, á cuyos piés más tarde le vimos tu padre y yo espirar en el Capitolio. Así es que nuestros antecesores seguian con el mayor entusiasmo al todavía imberbe cartaginés, en pos del que esperaban ganar botin y gloria. No parece, además, sino que presentian en los enemigos de su ídolo á sus futuros tiranos, y anhelaban ahogar en su mismo antro la fiera que iba á devorarles, con sus hijos y en su tierra natal, los pedazos más tiernos del corazon.»

«Tal, sin embargo, era la condicion de los españoles, que ellos mismos se procuraban su servidumbre con la

destruccion de Sagunto, estimulando la arrogancia de Aníbal y la venganza de los romanos. Espectáculo que á otros hubiera hecho volver en sí debió ser el que presentaria á los auxiliares iberos la irrupcion en la ciudad poco antes rica y floreciente, hoy casi borrada en la moderna Murviedro, primer timbre de gloria perdurable para la nacion española.»

«Todavía me parece oir á mi abuelo la impresion que causara al suyo la entrada de los vencedores en aquel recinto, aterrado por las máquinas cartaginesas.»

«Montones de cadáveres, exclamaba, obstruian el paso de las calles, y en la extensa plaza que señalaba el centro de la ciudad heróica, una pirámide ingente ardia con los restos de los pobladores que por su edad ó sexo no se habian ofrecido al filo de las espadas enemigas. Sangre por do quier y envueltos en ella muebles y preseas; cadáveres desfigurados por el fuego, unos en monton sobre otros y en su mayor parte de mujeres abrazadas estrechamente á sus hijos, y humo sofocante, pestilencial, cubriendo como con un velo densísimo aquella inmensa hecatombe humana; este es el espectáculo que ofreció á los invasores su hazaña, y este fué el fruto de su victoria.»

«Fatigaria demasiado vuestra atencion si os repitiese las prolijas narraciones que mi abuelo se deleitaba en hacernos junto al miserable hogar nuestro durante las veladas del invierno. Él las distraia con pormenores tan expresivos que formaban una curiosísima historia anecdótica, basada en la tradicion que habia ido recibiendo de uno en otro de sus progenitores.»

«*La tradicion es la fuente de la historia, raudal exuberante que va recogiendo en su lecho las aguas de la vi-*

da de los pueblos, bien por el vehículo de las individualidades, bien por el de las muchedumbres en sus grandes manifestaciones. La fuente es á veces copiosa, y se la reconoce con facilidad; otras se oculta en las nieblas del tiempo ó en las malezas de la inteligencia; pero el ruido que hacen escuchar sus aguas demuestra siempre un manantial que no existiria si ellas no existiesen. La corriente va en ocasiones clara, y todos beben y se refrigeran en ella; cuando va turbia hay quienes la desprecian sin descubrir entre aquellas ondas salobres y oscuras la trasparente y sabrosa de su principio. Es preciso ir remontándose con gran cuidado hasta dejar de espaldas ó de lado las quebradas y barrancos donde ha ido perdiendo el manantial su limpidez primitiva.»

«Creo poder constituirme en juez sobre ese punto. Los modernos historiadores han establecido escuelas de las que yo me atrevo á llamar algunas exageradas, ya que no extravagantes. Los hay que creen ciegamente cuanto el pueblo viene de edad en edad refiriendo ó cantando, y quienes, basta que así se trasmita, niegan hasta lo más verosímil como no se les presenten datos para probarlo de una manera irrecusable. De uno á otro extremo hay mucha distancia, y con recorrerla despacio y con un juicio sereno y despreocupado no es difícil detenerse en lo probable y encontrar desde aquel punto la verdad ó, al menos, lo más aproximado á ella.»

«En el curso de la narracion que con tanta pena he comenzado, podreis observar cómo esas escuelas y las pasiones de sus adeptos han desfigurado la bellísima historia de nuestra madre pátria.»

Imagínense nuestros lectores cuál seria el asombro, mucho más, la estupefaccion de Colonna y mia al oir

aquella historia, no desconocida verdaderamente en su síntesis, pero sorprendente por la nueva forma en que se nos recordaba.

Al observar esta y compararla con la didáctica que veiamos emplear en su última parte á nuestro interlocutor, no podia yo menos de traer á la memoria el admirable libro de Cervantes y ver en el hombre que tenia yo delante al loco y discreto, al temerario y prudente *caballero de la Triste Figura*.

Él se detuvo un rato como distraido, sondeando con la vista la vasta quiebra granítica que íbamos recorriendo como colgados sobre el Liris, la cual permitian descubrir, aunque imperfectamente, los relámpagos que hacia un cuarto de hora nos presagiaban una tempestad, próxima ya en aquellos momentos. Sacó, entre tanto, de una pequeña bolsa de piel algunas hojas de tabaco, las mascó precipitadamente, las arrojó despues de la boca y, lanzando un profundo suspiro, nos dijo con voz doliente:

«Voy á continuar mi relato, la historia de mis padres, que, hablando con propiedad, es la historia de nuestra España.»

«Deslumbrados por la magnanimidad y el génio del hijo del Amílcar, los españoles, y entre ellos mis antepasados, le acompañaron hasta Zama, donde vió su término la segunda guerra púnica. Junto al Tesino, allí donde las tempestades de la guerra parecen amontonar sus nubes más sombrías, preñadas de sangre lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos; en la Trébia; en la márgen pintoresca del lago Trasimeno; en Cannas; en una palabra, en cuantos trances causaron el vencimiento, si no la muerte, de los Sempronios, Fla-

minios, Metelos y Escipiones, nuestros compatriotas, siempre en la vanguardia, decidian la jornada coronando con sus ataques temerarios las brillantes concepciones de su general. Sus padres habian vencido y muerto á Amílcar valiéndose de un ardid, el de los toros con haces encendidos en sus cuernos, á cuyo favor salvaron aquí á su hijo envuelto por el prudente Fábio Máximo, y otra estratagema *privativa*, como ha dicho no hace mucho el historiador Romey, *de los despreciadores de la muerte*, puso en Cannas á espaldas del ejército romano 400 celtíberos que, abalanzándose á él en el vaiven de la batalla, lo destrozaron completamente y supieron enriquecerse con las preseas de los infinitos *caballeros* sacrificados por ellos. Al terminar el combate, las rojas camisas de nuestros compatriotas estaban negras con la sangre de los legionarios, resbalando á torrentes de aquella espada cuyo tremendo tajo fué de los últimos en sentir el desventurado Paulo Emilio. El talento de los cónsules era torpeza para el génio de Aníbal, y ni los vélites ni los triarios lograban contrarestar la agilidad y la pujanza de los celtíberos.»

«De los que más brillaban por su valor y astucia era uno de mis abuelos, que siempre acompañó al capitan cartaginés, á quien habia curado los acerbos dolores que, con la pérdida de un ojo, le causaron las emanaciones deletéreas de las lagunas de Venecia. Los Alpes le proporcionaron las yerbas que por su virtud le eran conocidas en el Pirineo, y su esmero y solicitud le valieron el cariño del héroe. Así es que, despues de la batalla de Zama, le siguió á Bitinia, donde, por contraposicion, tuvo la amargura de proporcionarle el jugo de tejo con que los iberos sabian librarse de los achaques,

para ellos vergonzosos, de la vejez y de la tiranía de sus enemigos.»

«Si me he detenido algo en estos episodios ha sido para daros á conocer el tipo de nuestros antepasados, valientes y tenaces sin exámen, leales hasta la abnegacion más sublime, apegados á sus usos, intransigentes en sus ideas, rudos, violentadores y quisquillosos. En caractéres semejantes no busqueis union ni armonía. Espíritus errantes, menospreciando todo género de cultura y sin conceder á otro prendas que á ellos no les sobren, sus pasiones ahogarán todo instinto de conveniencia, y su destino se dirigirá á dos polos encontrados, nunca á un justo medio, al aislamiento perfecto ó á empresas fantásticas por lo remotas ó aventuradas. En su pátria no los busqueis más que en las montañas nativas ó junto á la casa paterna; y cuando sufran persecucion, más recio os parezca el peligro que corran, y deba considerárseles huyendo de todo contacto humano, tened la seguridad de que están muy tranquilamente al calor del hogar con su familia. Por el contrario, una vez inflamados por el fuego de las aventuras, el Océano será pequeño obstáculo á su anhelo por lo desconocido y se les verá arrostrar, con el mismo valor que los huracanes espantables de las cordilleras y el silencio imponente de las vastas y solitarias llanuras de nuevos mundos, el choque de las hordas salvajes y la resistencia de los imperios más poblados y cultos. Pero sin cesar por eso en sus divisiones y rencores en el seno de la pátria, su madre, la devorarán como viboreznos, y fuera de ella se sacrificarán unos á otros como los guerreros de Cadmo, en lo más crítico de una empresa, á la vista misma de sus enemigos. A las rivalidades de los pueblos

libres unirán la jactanciosa altanería de los héroes, y con el velo de tantas y tan ardientes pasiones, con el desvanecimiento de la grandeza que creen adquirir y de la gloria que les embarga, no verán la decadencia de la nacion, producida y precipitada por los elementos mismos en que ellos cifran su orgullo y su fuerza.»

«Os parecerá duro este concepto: pronto lo vereis justificado.»

«P. Escipion, viendo á Aníbal en la orilla izquierda del Ródano, cometió el error de dividir su ejército, enviando á su hermano Cneo á España con una parte de las tropas, mientras con el resto se dirigió al Tesino para impedir á los cartagineses la entrada en Italia.»

«Las ventajas conseguidas por Cneo al poco tiempo de su desembarco en Ampurias llamaron la atencion del Senado romano que le envió refuerzos y, con ellos, á P. Escipion, prefiriendo el aislamiento de Aníbal á oponerle un nuevo ejército de los que con tanta maestría acostumbraba el cartaginés á combatir y aniquilar.»

«La marcha de los Escipiones por el litoral del Mediterráneo fué un triunfo continuado hasta que, al penetrar en la region del Bétis, intentando invadirla de frente y de flanco, dividiéronse de nuevo los hermanos, y Publio pereció al avistar Castulone, cerca del actual Linares, y Cneo al tomar de revés las montañas de Sierra-Morena para caer tambien sobre aquella zona estratégica en que hoy brilla, más que por su riqueza y hermosura, por su gloria imperecedera, la ciudad de Bailén.»

«Ya en este tiempo se hallaban divididos los españoles. Habia celtíberos en el campo de los romanos, y fueron celtíberos los que puede decirse que encendieron

la *pira de Escipion*. Poco despues contribuian los españoles á la gloria de Publio Cornelio, hijo y sobrino de los Escipiones; y mientras un hermano de mi quinto abuelo seguia las enseñas del conquistador de Cartagena y Cádiz, otro moria con todos sus compatriotas en la Marca de Ancona, á la orilla del Metauro. Para acabar: en Zama peleó, al lado de Escipion y contra los elefantes de Aníbal, un hijo de ese mismo abuelo mio que sabeis siguió al héroe cartaginés hasta la muerte.»

«No trato de cansar vuestra memoria con la narracion de tantos y tan trágicos y gloriosos sucesos como tuvieron lugar en la dilatadísima guerra con la ciudad que llegó á ser la reina del mundo. No creo exagerar diciéndoos que el mayor timbre de Roma es la conquista de España, por lo mismo que tardó doscientos años en llevarla á cabo; siendo nuestro país el primero en excitar la ambicion de los hijos de Rómulo fuera de su suelo y el último en satisfacerla.»

«En esa narracion, por otra parte, no encontraríais, como militares, nada que os pudiera ofrecer sabrosa y útil enseñanza. El arte militaba en las filas de los conquistadores: en las de los españoles resplandecian el desprecio de la vida, no inferior, á veces, á la ciencia, y la ruda é inquebrantable pertinacia, elemento importantísimo en la defensa, mas no el decisivo para la victoria, resultado casi siempre del génio, de sistemas perseverantes y de la accion de medios bien entendidos, homogéneos, en completa y no interrumpida armonía. Los esfuerzos desplegados, primero por nuestros compatriotas Indivil y Mandonio y despues por el lusitano Viriato y los numantinos, hicieron ver aquellas grandes cualidades, pero descubrieron, á la vez, la ignorancia de

nuestros compatriotas y el vicio letal innato en ellos. Indivil y Mandonio peleaban un dia con los cartagineses y otro con los romanos; y al siguiente de haber admirado la sagaz política y la grandeza de alma de Escipion, necesitaban apelar á su generosidad por las propias veleidades patrióticas. Viriato, que combatia como bueno y con éxito, acababa por morir á manos de sus mismos secuaces, comprados por Cepion; y los numantinos hicieron manifiestos sus deseos de independencia, sus simpatías por el lusitano y su heroismo extemporáneamente y sin fruto.»

«No se hable de la forma en que se exhibian estos generosos y sublimes pero aislados y, de consiguiente, ineficaces esfuerzos. Un cacique atrevido ó un orador fogoso arrancaban en una tríbu ó un pueblo la resolucion de sacudir el yugo romano. Armábanse los naturales y, antes de contar con los demás de la Península, se arrojaban á insultar las plazas y los ejércitos de los invasores. Nada de máquinas ó ingenios contra aquellas, y á la legion romana se la acometia en masa, en una mal llamada formacion, porque el *cúneo* resultaba naturalmente de que siendo los menos los temerarios, y aumentándose en progresion los que prefieren empujar, aparecia el conjunto de los combatientes en una figura próximamente triangular. Fuera de estos trances generales, los españoles combatian siempre diseminados, tratando de sorprender los puestos enemigos, apostándose en las montañas y desfiladeros y acometiendo los lados ó la rezaga en las marchas. Cuanto han dicho algunos escritores de formaciones regulares, de métodos é ingenios poliorcéticos y de pensamientos extratégicos es una pura fantasía, y una quimera el querer fundar

en sistemas la resistencia de los españoles que no reconoce otro orígen ni otros medios que el patriotismo y el valor.»

«Sertorio fué quien impuso alguna disciplina á los ejércitos con que combatió en España la dictadura de Sila. Las haces de los lusitanos y celtíberos tomaron bajo su mando una forma esencialmente romana, y las legiones compuestas de soldados veteranos é inteligentes, pero cansados de una lucha cuyo término no podian prever, fueron vencidas en las márgenes del Júcar, en Laurona y Pallantia por las, aunque nuevas, sábiamente ejercitadas por el proscripto demócrata.»

«Aquel, sin embargo, fué solo un destello del génio militar de los españoles. El puñal de Perpena, al cortar el hilo de los dias de Sertorio, acabó con el arte todo y la disciplina de los que ya soñaban con devolver en el Capitolio los ultrajes que habian recibido de los romanos en ciento cuarenta y cinco años de servidumbre. El traidor, *pagando el amor con deslealtad y con malas obras las buenas*, como dice Mariana, mató á su propio honor, parte la más noble de la rica herencia con que la víctima le habia favorecido en su testamento.»

«Entonces tuvo lugar uno de esos actos peculiares de los *saldun-ac* de una y otra falda del Pirineo, á que César se referia despues en sus celebrados comentarios. Nadie ha leido el epitafio de aquellos valientes euskaros, entre los que halló la muerte mi bisabuelo; pero os voy á repetir el inventado para recordar la abnegacion de los que se ofrecieron á tan heróico y memorable sacrificio. *Aquí, decia, se han sacrificado numerosos batallones á los manes de Quinto Sertorio y á la Tierra, madre de todos los mortales. Despues de la pérdida de su*

jefe, les era la vida una carga insoportable, y supieron hallar la muerte, objeto de sus anhelos, combatiendo unos contra otros. Descendientes, adios.»

«Muerto mi bisabuelo, sus hijos permanecieron en las montañas, huyendo de la crueldad romana, hasta la llegada de César al campo de Lérida. Por ruda que fuese la represion que ejerciera en lo que hoy lleva el nombre de Sierra de Estrella y antes el de Monte Herminio, y en la costa vecina de Lusitania, su rigor era piedad y generosas sus dilapidaciones para la salvaje tiranía y los robos y violencias de los tenientes de Pompeyo. Afranio y Petreyo habian llevado de la Bética y de Celtiberia un gran número de auxiliares que eran, preciso es confesarlo, de los que tampoco hacian grande escrúpulo en vejar á sus compatriotas de las márgenes del Segre. La conducta de los pompeyanos sublevó á los montañeses, quienes creyeron llegada la ocasion de vengar á los de Calahorra que, para resistir más tiempo al rival de César, se habian visto en la triste necesidad de salar los cadáveres de sus esposas é hijos, muertos tambien de hambre. Presentóse César con la celeridad que tanto alaba el autor de la Divina Comedia,

«E Césare, per soggiogare Ilerda,
»punse Marsilia, é poi corse in Ispagna,»

celeridad que era su primero y más distintivo carácter.»

«Entonces se formó aquella guardia española, inquebrantable en su lealtad, que uno tras otro fueron conservando á su lado los emperadores romanos, hasta que la pretoriana, desechando toda idea de gratitud y de disciplina, arrastró por el lodo la púrpura y comerció con ella. Mi abuelo se alistó en la de César y peleó con

él en Farsalia, arrojando sus dardos á la cara de los que, por no llevarla desfigurada, la volvian hácia el deshonor y la derrota. De allí siguió á Alejandría, donde guardaba mi pariente la puerta del palacio cuando en hombros de Apolodoro, y envuelta en un fardo, era introducida Cleopatra para presentarse luego, sola y llena de encantos, en el aposento de César.»

«Aquella rosa bellísima é incomparable de amor y seducciones tenia muchas espinas, y no fueron pocas las en cuyas aguzadas puntas se vió preso el licencioso romano, comprometido por gozar de su fragante aroma en cien aventuras, en una de las que apenas pudo sacar á salvo sus tan queridos *Comentarios*. Desprendióse, por fin, el héroe de los brazos de la egipciaca para *llegar*, *ver* y *vencer* al hijo de Mitrítades, investirse en Roma con la dictadura y llorar despues en Utica sobre el cuerpo inanimado de Caton, el *último* y *más virtuoso de los republicanos antiguos*.»

«De aquella dilatadísima y sangrienta peregrinacion cúpole á España ser la última etapa, y á Munda el vértice de la gigantesca pirámide que constituye la gloria de quien pasa entre muchos por el primer capitan de todos los tiempos antiguos y modernos. Mi abuelo me contó, no una sino varias veces, la memorable campaña del Salsum (Guadajoz), circunscrita á un pequeño espacio entre el Bétis y el Genil, en el que se decidió la suerte de Roma, puesta en manos de unas legiones sobre los cascos de cuyos soldados se cernia la alondra de la España *Citerior*, tan aborrecida en el Capitolio, y donde formaban los nunca vencidos *Saldunac* de uno y otro lado del Pirenne, y de las que de toda la *Ulterior* acudian á escarmentar al detentador en defensa de los

parvulillos, que era como se llamaba á los hijos de Pompeyo. Buscando ora *los ejércitos sin general*, ora *los generales sin ejército*, combatiendo ya á los romanos con romanos, ya á los galos con galos y á los españoles con españoles, aquel hombre extraordinario se elevaba al poder y se mantenia en el imperio.»

«Si no habia sido sincera la compasion que demostró ante la cabeza ensangrentada de Pompeyo, cruel y providencial debió aparecer á César la represalia que su rival en estátua ejercia sobre él en el Senado cuatro años despues. ¿No le impeleria á cubrirse el rostro, más que el puñal de *su hijo* Bruto, la severa mirada del destructor de Calahorra y, sobre todo quizás, la conciencia que, aun en tan eminente guerrero, en soldado tan valeroso, tan robusto y tan sufrido, debia pesar con grave pesadumbre sobre el *marido de todas las mujeres*, *mujer*, á la vez, *de todos los maridos*, el *calvo galante*, que entre estrago y sangre se habia encumbrado al goce de todos los deleites y á la tiranía de todas las fuerzas y de todas las inteligencias?»

«Trascurridos los Idus de Marzo más célebres en la vida del pueblo-rey, mi abuelo regresó á España para volver á las montañas pátrias. En ellas atravesó mi familia la Era revolucionaria, repugnante y sangrienta en que los vengadores de César se disputaron su herencia. En ellas tambien permanecia cuando la segunda sublevacion de los cántabros llevó á nuestra costa septentrional las naves de Agripa. El vencedor de los germanos necesitó, como Escipion en Numancia, restablecer en sus legionarios la antigua disciplina, animarlos con arengas calurosas, endurecerlos con fatigas extraordinarias y castigarlos con severidad desusada, pa-

ra que hiciesen frente á nuestros indomables vecinos, cuyo vencimiento al fin, y el de los astures, sublevados tambien, cerró las puertas de Jano, tantos y tantos años abiertas. Entonces mi familia, que moraba no léjos de aquel grupo de peñas que ha tomado el nombre de nuestro viejo continente, último abrigo de los sublevados, fué trasladada al agro tarraconense, donde yo nací, y poco despues supe cuanto acabais de oir de la historia de mis antepasados.»

«A la luz del trémulo farol que hace poco ha encendido nuestro auriga amedrentado de los relámpagos y truenos precursores de la tempestad que nos amenaza, descubro en vuestros semblantes el asombro y la piedad que os inspiran mis palabras. ¡Cuáles no serán cuando os revele el drama tremebundo y magnífico, horrible y salvador, causa de mi excepcional y misteriosa existencia, orígen á la vez de la felicidad humana, de la reconciliacion del hombre con el Omnipotente!»

Y como si á la manifestacion del misterio portentoso que anunciaban los acentos, ya entrecortados, del oficial debiera acompañar la de la ira celeste que parecia mantenerle en este mundo, valle emblemático de la purificacion humana, piélago insondable de lágrimas, el huracan empezó en aquel momento á desarrollar toda su accion terrorífica y devastadora. No ya electricidad, fuego que enviara el cielo como á las ciudades malditas, parecia el que iluminaba un momento y otro, en casi no interrumpida sucesion, la profunda y áspera quebrada por donde nuestro carruaje descendia arrebatadamente. Los truenos se sucedian con la misma rapidez, pero más lentos en la trasmision de sus detonaciones, formaban un solo y prolongado fragor horrísono

que apagaba todo otro ruido, el del huracan mismo en los elevados robles que intentaba desarraigar. A las gruesas gotas de agua que, humeantes por la alta temperatura que habian alcanzado en la atmósfera, revelaban la fatigosa accion de las nubes en las capas inferiores, sucedia gradual y progresivamente una lluvia espesa, abundantísima despues y torrencial por fin, que amenazaba inundar el camino y la llanura á que nos dirigíamos. Y relámpagos, truenos y lluvia, efectos y resultados todos del choque brusco de las masas atmosféricas en sus encontrados movimientos, formaban ese conjunto deslumbrador é imponente que representa, á la vez que la accion creadora en su expresion más eficaz, la que contribuye, en la más ostensible, á la destruccion de la obra grandiosa, llevada á cabo por la suprema Sabiduría para satisfaccion del hombre y gloria del Altísimo. Nuestro cochero, cubierto de piés á cabeza con un ancho redingote impermeable, asemejaba á un fantasma que se cuidase de dirigir el vehículo por entre aquel cáos impenetrable á la vista ordinaria de los hombres; y los caballos, sobrecogidos de espanto, con las crines erizadas y cubiertos de sudor y espuma, parecian agitados de un vértigo que los impeliese á la carrera.

Las últimas palabras del oficial habian devuelto á su semblante algo de la serenidad perdida desde que el desarrollo de la tempestad habia cortado la tranquila narracion que nuestros lectores han escuchado, para entrar en un órden de ideas nuevo y muy distinto, al parecer, del que agitaba el espíritu de aquel sér extraño contando la historia de sus progenitores. Era un choque rudo el que observamos haberse producido en nuestro interlocutor, choque al cual la idea del Omnipoten-

te parecia como contraponer un resorte poderoso que amortiguase el golpe. Pero, aún así, se notaba en el oficial una sobreexcitacion grande, que la palidez del semblante, la fijeza de la mirada, la rigidez de los cabellos y el temblor de los lábios nos revelaban de una manera indubitable.

La escena era, pues, imponente bajo todos aspectos, y el silencio se hizo completo en el carruaje, aunque pasase inobservado en el estruendo y el horror de la tempestad, á cada instante más desencadenada y violenta. Un choque de la carretela en el anden del camino produjo la rotura del cristal delantero, por cuyo hueco, penetrando el viento, trajo á nuestro oido la voz del conductor y, con ella, el «*anda, anda,*» característico de los *Vetturinos* italianos al animar á los caballos en su marcha.

No salta el can más veloz al sentir el áspide oculto en la verdura, ni el dormido antílope al escuchar el rugido del tigre alborozado con la vista de su inocente presa, que nuestro oficial cuando con el estallido de los cristales y la tonante voz de las nubes llegó hasta él la para mí ordinaria y hasta aguardientosa del cochero. «Obedezco ¡señor! vuestro mandato,» exclamó lanzándose á la portezuela del carruaje. Y viéndose preso en nuestros brazos que le tenian como agarrotado contra la delantera con todo el peso de Colonna y mio, que pugnábamos por retenerle, no cesaba de gritar. «¡Dejadme, dejadme! Es necesario que se cumpla la sentencia que provocó mi protervia.»

Era ya imposible sostener la lucha con un hombre de fuerzas que la desesperacion hacia hercúleas; las mias empezaban á decaer y mis brazos desfallecidos iban á

rendirse al empuje de aquel pecho levantado y anhelante, cuando se detuvo el coche á la puerta de uno que los relámpagos nos permitieron distinguir sucio albergue medio arruinado y desierto. Tras de un esfuerzo extraordinario, la tension misma de los músculos, excediendo los límites de su elasticidad, suele producir el decaimiento en el instante mismo en que se manifiestan más vigor y mayor ánimo. Así sucedió á nuestro oficial, que, al rendirnos Colonna y yo y desesperar del éxito de nuestros esfuerzos, fué acometido de un mortal paroxismo que lo dejó á nuestra merced exánime y sin aliento. Metímosle, como pudimos, en el miserable tugurio que nos deparaba la suerte, y pocos momentos despues yacía en un lecho más sucio todavía y miserable.

III.

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡

La posada ofrecia en su interior un espectáculo sumamente extraño. Era la habitacion principal una no sé si cocina ó sala, pues daba lugar á dudas en este punto una chimenea antigua, abierta entre dos grandes ventanas y bajo cuya campana se habia debido formar posteriormente un hogar levantado y capaz. Las maderas y los adornos de la chimenea revelaban un salon; el hogar y lo ahumado de techos y paredes, así como el estado del pavimento y la clase de los muebles, una cocina. Daban mayores proporciones á aquella pieza, ya muy espaciosa, la exigua luz de un candil pendiente del marco de la puerta de entrada y la vacilante del hogar, interrumpida en su irradiacion por los que sentados en derredor procuraban repararse de las injurias del temporal que, como á nosotros, debia haberles sorprendido en el camino. Porque el meson no estaba desierto como nos habia parecido al detenerse el carruaje, sino que, por el contrario, aparecia en un lleno completo, tal era el número de personas que, preparando su refrigerio ó secando sus ropas, impedian la aproximacion al fuego. El tipo varonil de aquellas gentes, el traje calabrés que vestian y la

jerga en que hablaban, producia en mí un efecto extraño, pareciéndome trasladado á un teatro y, en él, á la representacion de un melodrama bandoleresco.

La escena del coche, sin embargo, me tenia tan abstraido aún, y la situacion del oficial me preocupaba tanto, que solo despues de mucho tiempo he podido ir dándome razon de lo que entonces veian mis ojos con la mayor indiferencia.

Nuestro camarada tardó en volver en sí; mas, al hacerlo, ni extrañó el triste cubículo á que habia sido trasportado, ni puso atencion en lo sucio y mal pergeñado de la cama en que yacía. ¿Seria en él frecuente tal estado? ¿Habria corrido vicisitudes tantas y tan variadas que ni las comodidades ni las privaciones fueran nuevas ni penosas en él?

Unas cucharadas de café lograron calmar completamente la excitacion que aún se dibujaba en su semblante. Le instamos para que procurase conciliar el sueño, con lo que llegaria á restaurar sus fuerzas; mas, para que todo fuese sorprendente en aquel hombre, supimos con la mayor admiracion que..... ¡no dormia!

. . . . . .

Al fragor de la tempestad ha sucedido un silencio sepulcral, pero grato.

Abro la ventana de aquel asqueroso tugurio; la oscuridad de la noche reina fuera todavía; más allá, por un horizonte remotísimo, empieza á levantarse una luz ténue, precursora de la nacarada y brillante que espera se abran luego las puertas del Oriente para derramarse por nuestro hemisferio. Los pajarillos de la próxima enramada entonan, al descubrir la aurora, sus cantos de alegría que hace más sonoros y armoniosos el recuerdo

de la noche que acaban de pasar de ruido y de zozobra. La naturaleza inerte calla en el reposo y en la serenidad de la atmósfera, libre ya de las nubes que la agitaban hace poco; pero los destellos que arroja la luz naciente en los purísimos cristales que en las hojas y en las peñas ha ido el huracan depositando, mueven el espíritu como hablan al alma los gorgeos de las aves, el balar de los corderos que abandonan su aprisco y el sonido de las campanas que oigo y descubro en el vecino monasterio.

Ya el valle encantado á que desciende el camino muestra con la nueva luz sus verdes praderas, sus oscuros bosquecillos, el arroyo que lo surca, los blancos caseríos que lo salpican; y aun arrojando sobre él sombrío velo las montañas que lo cercan por Oriente, deja adivinar un panorama deslumbrador y fantástico. Y la luz sucediendo á la sombra, la bonanza al huracan y los encantos de un espectáculo magnífico á los horrores del cáos, á tal punto embargan mi corazon en su lucha desigual, que desaparecen para mí lo pasado y lo presente, los recuerdos de mi vida, la razon de mi permanencia en aquellos lugares, la mision misma que me ha llevado á ellos. Mi corazon, conmovido por tantas y tan encontradas impresiones, se eleva al pensamiento de espectáculos más extraños que el que mis ojos miran, de vidas más perfectas y naturalezas más privilegiadas que las quebradizas, de barro, que cada dia nos presenta el mundo.

Mi fantasía dibuja en el etéreo la imágen de la tierra querida de mis padres. Un cielo azul y diáfano se trasparenta por el rosado y caliginoso de Italia; y debajo irguen sus encanecidas cabezas, como para escalarlo, el

viejo Pirineo y los montes que, sin la barrera del mar, lucharian con el Atlas en belleza y gallardía. Aunque más humildes, descubro tambien los cerros coronados de aquellos nidos de águila que dieron nombre al suelo castellano, las colinas cubiertas de verdura ocultando la euskara cabaña, y las áridas mesetas que recorre el pastor en busca de una sombra para su sediento y famélico ganado. Más abajo, en fin, y tocando ya al horizonte se abren al mar los valles deliciosos que excitaron la envidia de los primeros navegantes, la codicia despues de los que alternativamente explotaban el Mediterráneo, el anhelo de cuantos, impelidos del hambre ó por enemigos más robustos, buscaban en su emigracion una presa ó la paz, pan y sosiego.

El fantasma es el de un sueño, indefinido, vago: sólo el deseo puede producirlo, y en las regiones misteriosas del Espacio asemeja á la penumbra que ocasiona la interposicion de los astros.

Mas ¡oh portento! vagas tambien é indefinidas, muévense en aquella fantástica vision figuras que el cariño crea, que aproxima el amor y que la pasion supone tangibles, de naturaleza humana. Imágenes primero de la muerte, imágenes del dolor más lejos, y en todas partes lágrimas y.....

¡Ilusiones que siempre acompañan en la ausencia! El apartamiento las lleva consigo, como los últimos objetos en la pupila del moribundo; la menor contrariedad las trae á la memoria, y la memoria del bien perdido, el deseo y el afecto renovados con la privacion, las reproduce con la misma fuerza, con la intensidad misma que la realidad, mirada acaso con indiferencia en los momentos de satisfaccion y de contento.

¿Por qué os agitais así, sombras queridas, sedientas de emocion y de tristeza?

«¡ Oh mundo! pues que nos matas,
Fuera la vida que diste
Toda vida;
Mas segun acá nos tratas,
Lo mejor y ménos triste
Es la partida
De tu vida tan cubierta
De males, y de dolores
Tan poblada,
De los bienes tan desierta,
De placeres y dulzores
Despoblada.»

«¿Qué es eso? ¿Tambien conoceis las coplas de Jorge Manrique?» dije al que acababa de interrumpir la vision que tan abstraido me tenia.

«¡Sí las conozco! me contestó. Se las oí leer varias veces. Las recitaba en memoria de su excelente padre, no con la entonacion hueca y exagerada que ahora han adoptado los que á fuerza de pulmones quieren crear en sus oyentes la emocion que no logran producir con sus conceptos, sino con sollozos y lágrimas que embargaban su voz. Yo le ví caer en Santa María del Campo combatiendo al rebelde Marqués de Villena, y, al recoger su último suspiro, rescaté para las letras esa bellísima estrofa y aquella otra singular, historia de la vida, muestra elocuente de la filosofía de mi amigo, y que, encontrada por mí en su pecho, fué tiempo despues unida con la anterior á las tan celebradas coplas.»

Es tu comienzo lloroso,
Tu salida siempre amarga,
Y nunca buena;
Lo de enmedio trabajoso,

Y á quien das vida más larga
Le das pena.
Así los bienes muriendo
Y con sudor se procuran,
Y los das;
Los males vienen corriendo,
Despues de venidos duran
Mucho más.

«¡Otro mártir, continuó el oficial conmovido, de las tristes discordias españolas!»

Y quedó restablecido el silencio en el miserable zaquizamí en que habiamos pasado la noche.

Pero ¡adios la triste á la par que halagüeña vision que embargaba todos mis sentidos! ¡Adios España! ¡Adios objetos predilectos de mi corazon! La calina habia recobrado su opacidad ordinaria, y ya mis ojos, al abandonar el semblante del oficial, no hallaron más que el valle, las montañas, el monasterio y los corderos que hacia un momento me habia hecho descubrir la nueva luz del dia.

Fué, de consiguiente, necesario pensar en la partida; y como en la profesion de las armas sucede con tal rapidez la ejecucion al pensamiento, pocos instantes despues, y pagado largamente el hospedaje, nos hallábamos instalados de nuevo en aquel vehículo, teatro de tan extrañas y variadas peripecias, en el que con pena, pero venciendo la curiosidad al embarazo de provocar conflictos como el recientemente pasado, no tardó en reanudarse el hilo de la historia singularísima que nos llevaba desde el dia anterior suspensos y magnetizados.

Como el sabueso al rendirse al capricho, para él enojoso, de su amo se lamenta y gruñe cariñosamente, cual

en son de súplica, y da vueltas y vueltas para eludir sin resistencia aparente el collar que aquel le presenta, así nuestro oficial tosió, suspiró, mascó tabaco y escupió cien veces antes de romper el silencio que parecia serle tan grato. Rindióse, por fin, á nuestras súplicas y, aunque como contrariado, prosiguió su narracion.

«Nací, segun me parece haberos dicho, en el campo Tarraconense. Ilota en aquella sociedad casi patricia ya, crecí apartado de ella en una choza miserable, albergue de tres generaciones que no cesaban de llorar la pérdida de su libertad y la ruina de la pátria. ¡Pobre familia! ¡Triste jaramago, trasplantado brutalmente á suelo extraño, marchitándose al fuego de un sol abrasador y al impulso del Austro, vueltas sus amarillas corolas hácia las frescas montañas en que naciera!»

«No tardaron en morir mis padres, y hubiérales yo seguido muy luego si, en vez de postrarme al dolor, no apelara á la energía de mi raza y al espíritu de aventuras innato en ella para sacudir la pena que me abrumaba. Me presenté al pretor en ocasion, precisamente, en que se organizaba una legion auxiliar destinada á las guarniciones de Síria. Pocos dias despues navegábamos por el Mediterraneo, y un mes más tarde tomábamos tierra en Jaffa, donde nos esperaba Poncio Pilato, nombrado ya procurador de Judea, provincia que habia sometido Augusto al procónsul de Siria.»

«La magnificencia del templo de Jerusalen, lo sublime del culto que en él se celebraba y lo infinito de la idea que no podia ménos de inspirar una religion fundada en el espiritualismo más perfecto, me hicieron abjurar de la idolatría, reconociendo la de mi país como bárbara, y como sensual y soez la de los romanos. Pero, des-

graciadamente, el calor con que abracé el judaismo me llevó á rechazar la doctrina que un jóven de presencia atractiva, dulce hasta el sufrimiento más ultrajante y sufrido hasta la abnegacion más sublime, iba por plazas y calles predicando, seguido de unos pocos, pobres y rudos pescadores de Galilea. En vez de admiracion me producia ira su virtud; tomaba sus profecías por adivinaciones sibilíticas y sus milagros por mágia; su elocuencia era para mí charlatanería, y sus compuestos ademanes y la gravedad de su semblante me recordaban tan sólo el énfasis y la hipocresía de los sacerdotes y augures de nuestros conquistadores. ¡Infeliz! ¿Por qué la luz que habia comenzado á iluminarme no desvaneció todas las tinieblas en que yacía envuelta mi alma?»

«Aquel jóven pretendia ser el Mesías prometido á los judíos; se llamaba á sí mismo hijo de Dios y decia haber venido al mundo para la redencion del género humano, sumido en el pecado desde el de nuestros primeros padres. Aún oí hablar de victorias conseguidas por él sobre los doctores del Templo con la palabra y con ejemplos de un poder sobrenatural. Pero eso mismo aguzaba mi celo, creyendo que cuanto más sordo y más ciego me hiciese á las en otra situacion de ánimo persuasivas muestras de la divinidad del Nazareno, más acepto seria á los ojos del Supremo Hacedor, el conocimiento de cuyo poder acababa de adquirir. Así es, que llegué á envidiar á los que, despues de su prision, le azotaban delante del Pretorio, y uní mis voces á las del pueblo que pedia la muerte del que yo me empeñé en tomar por un embaucador falaz y embustero.»

«El dia de su crucifixion ¿por qué no morí antes? me encontraba yo sobre aquella via dolorosísima que iba á

recorrer con la cruz acuestas el hombre Dios para aliviar á los demás del peso del pecado. Al llegar donde yo estaba, el sudor corria de su frente en raudal copioso que, despues de inundar su rostro, caia por sus vestiduras á la tierra que habia venido á purificar: su cansancio parecia extremo y, agobiado el cuerpo por peso tan grave como el del grueso leño con que se le cargó en el Pretorio, era imposible no cediese pronto y doblara las ya trémulas rodillas. Cayó efectivamente el que tanto sufria para levantarnos á los demás, y los que le custodiaban, viendo en mi atlética figura las señales todas de una fuerza corporal muy grande, me instaron para que llevase al Gólgota aquella cruz, demasiado pesada para quien tanto y tanto habia sufrido en el tiempo de su cautividad.»

«¿Habeis observado en el ciervo moribundo aquella mirada melancólica con que implora la piedad del cazador, mirada que hace más dulce y expresiva la gruesa lágrima que parece nublarla? Por dura y salvaje la tomaríais comparándola con la tierna y dolorosa á la vez con que Jesús acompañó la súplica de sus verdugos. Mi corazon, sin embargo, no sintió otro incendio que el del despecho; y la cólera, embargando todos mis sentimientos, me impelió á rechazar el de la caridad que en otra ocasion cualquiera me hubiese quizás ablandado. «An»da, exclamé, dirigiéndome á la víctima, ANDA HASTA »MORIR.» «TÚ TAMBIEN ANDARÁS HASTA QUE YO VUELVA;» me contestó inmediatamente y, haciendo un esfuerzo supremo, prosiguió al Calvario.»

«Quedé inmóvil cual hubiera podido quedarlo ante la Gorgona. Un estupor indescriptible sobrecogió mis sentidos, y hubiera caido á tierra si allá en el fondo de mi

alma no estuviera operándose una revolucion misteriosa que, sin mi voluntad y contra mi voluntad, me sostuviera y aun me impeliese á la accion y á la vida.»

«No sé el tiempo que permanecí en aquel estado: al salir de él corrí al templo, donde esperaba recobrar la calma que sentia perdida para siempre. Silencio sepulcral reinaba en aquel sagrado é imponente recinto, morada predilecta hasta entonces del Hacedor Supremo. Llegué temblando ante el arca cegadora; quise prosternarme al pié del Tabernáculo grandioso en que habia sido colocada por Salomon; pero ¡oh prodigio inesperado! un ruido sordo se deja escuchar primero en la cripta y luego en las naves del templo; las elevadas y retorcidas columnas se bamboleaban sobre sus robustos basamentos; saltan las losas bajo mis piés; amenazan mi cabeza las inmensas cornisas de bronce que sostienen la techumbre, y en el colmo del terror y del asombro veo rasgarse el ingente y misterioso velo que ocultaba á los profanos el sagrado depósito de Moisés. Huyo de la casa de Dios: Jerusalen parecia envuelta en tinieblas impenetrables á toda luz que no fuese la rojiza de la tempestad que se cernia sobre la ciudad deicida, y las gentes erraban de una parte á otra desaladas y sin tino. Yo traté de orientarme para volver á mi cuartel; pero cuanto más me engolfaba en las estrechas calles que á mi parecer conducian á él, más me apartaba de la direccion verdadera, perdiéndome en la oscuridad, más profunda á cada momento. Al cabo de una hora, un relámpago me hizo ver que habia dejado á la espalda una de las puertas de Jerusalen. Quise retroceder; ¡intento vano! Las tinieblas me cegaron de nuevo, y cuando la ascension de un camino áspero me hacia creer que subia á la

ciudad, otro relámpago, más vivo que los anteriores, me mostró una cruz, y el trueno que estalló inmediatamente llevó á mis oidos las mismas palabras que yo habia dirigido al que pendia de ella. «ANDA, ANDA,» articuló el huracan que anunciaba al mundo la muerte del justo y la redencion del género humano, y las rocas de la montaña y las concavidades del Cedron repitieron en mil ecos, convergentes todos á mi oido: «¡ANDA, ANDA!»

«Entonces comenzó mi triste peregrinacion por la tierra. Primer apóstol de la doctrina evangélica del Crucificado, fuí, sin saberla, anunciando por las extremidades del mundo su verdad con mi palabra y más aún con mi existencia excepcional y milagrosa. Las cordilleras son para mí via recta y llana; los bosques y pantanos, alamedas y alfombra por donde resbalá mi pié seguro y seco; y ni el férvido Océano ni los hielos polares ofrecen obstáculo bastante á detener mi paso ni á fatigar mi pecho. Generaciones y generaciones han desaparecido á mi vista; repúblicas y monarquías se han hundido en el polvo de los tiempos; civilizaciones las más cultas, grandezas que parecian perdurables, todo, todo ha ido perdiéndose de la memoria de los hombres á mi presencia, á mi contacto, sin que haya podido yo ni impedirlo ni aun acreditar su existencia.»

«¡El Judío errante!» gritamos á una voz Colonna y yo. «¿Y vuestro nombre?» «Ashabero, nos contestó, y en el mundo el primero que me ocurre al presentarme en él á cada generacion de hombres; unas veces Alarico ó Rodrigo, otras Bernardo ó Sebastiano; cuantos, en fin, puede llevar quien no muere ni morirá hasta la consumacion de los siglos.»

. . . . . .

IV.

VISION MISTERIOSA.

Imagínense nuestros lectores la sorpresa y la admiracion que, al escuchar aquellas palabras, se retratarian en el semblante mio y en el del coronel napolitano. Nos mirábamos uno á otro como creyéndonos presa de algun delirio ó escuchando una novela, un cuento de Hoffman, ó de Poe, por ningun estilo la historia de un hombre que, al comunicárnosla, dejaba correr de su frente un sudor glacial, lágrimas de sus ojos, y de su boca los más hondos suspiros.

Pero esto enardecia más y más nuestra curiosidad y nos movia al deseo, cada vez más anhelante, de que no se interrumpiera narracion tan curiosa. Afortunadamente, al compás mismo de nuestra ansiedad parecia como si en el oficial se produjera una trasformacion, efecto, acaso, de la admiracion y de la sorpresa que veia pintadas en nuestros rostros. Debia ser esto un estímulo á la fiebre que le devoraba, la cual iba cambiando su fisonomía, de severa y fria, en apasionada y simpática, y su continente rígido y digno en inquieto y casi, casi, imprudente. De taciturno y sombrío, se habia trasformado al fin en locuaz y hasta indiscreto.

Cerca ya de Sora encontramos el camino intransitable. Habia llovido tanto en la noche anterior que, desbordándose los riachuelos que afluyen al Liris por su orilla izquierda, acababan de inundar la carretera, por cuyas cunetas descendia no poca del agua que en el llano iba á detenernos.

El *vetturino* manifestó el peligro que se corria de seguir en el coche, y ante sus observaciones fuénos forzoso el descender al andén, que en la mayor parte de los caminos de Italia es elevado como los de las antiguas vias romanas.

Es muy difícil imaginar un paisaje tan bello como el que se ofreció á nuestra vista al apearnos. Un valle angosto pero suavemente ondulado, casi llano, recogido entre montes de cien colores, de rocas y de bosques que reflejan el sol segun su calidad y variedades; todo cubierto de la vegetacion más rica y ahuyentando con sus lindos caseríos el temor de una monotonía, posible sin ellos y sin los ruidos misteriosos de las hojas que se agitan en las copas de los árboles, de las cascadas que produce en las montañas la lluvia reciente, del rio, en fin, que orgulloso con el nuevo caudal corre anunciándolo, como el suyo el advenedizo enriquecido; he aquí el valle de Sora, las almenas de cuyas murallas y las torres y azoteas de cuyos templos y edificios más encumbrados parecen gozarse en tan armónico y encantador espectáculo. El camino serpentea junto al Liris á veces, otras al pié de las suaves colinas que forman el valle, y siempre por entre quintas elegantes, granjas productivas ó fábricas funcionando bajo las caidas de agua que se desprenden de los montes inmediatos.

Nada más ameno, nada más distraido que el paseo á

que nos veíamos obligados, paseo que no sé, con todo, si la misma precision ó si la curiosidad creciente que nos infundia el extraordinario acompañante que nos habia deparado la suerte, nos hacian creer en aquellos momentos sin atractivos y aún enojoso. Ni reparábamos siquiera en la animacion que daba á tan bello panorama la gente campesina que la alegría de la mañana, en parte, y, en casi toda, el cuidado de la casa ó el de la huerta amenazadas de la inundacion, sacaban al campo ó al camino. El traje pintoresco de las mujeres, característico de aquella tierra, de formas y colores cuya combinacion pasa por del mejor gusto en Europa; el severo y verdaderamente varonil de los aldeanos, calabrés todavía como los montes cuyas faldas cultivaban, y la forma de sus aperos y el modo de sus labores, debian hacer, efectivamente, de aquel espectáculo sencillo y animado el objeto de un idilio. La sorpresa de la inundacion traia á aquella turba campesina distraida de todo otro afan que el de salvar su hacienda de los estragos del agua: los tres viajeros éramos los únicos á quienes ni torrente ni panorama, ni trajes ni movimiento parecian arrancar de la meditacion en que íbamos sumidos. Sólo á fuerza de llamar nuestra atencion el *vetturino*, en quien, como en buen italiano, debia estar desarrollado el sentimiento estético, no raro todavía en nuestro viejo continente, pudo de vez en cuando hacernos fijar en lo que pasaba á nuestra vista, á nuestra inmediacion, en el camino que recorríamos.

Por lo mismo, no tardó en volverse á la historia de nuestro acompañante, que sin hacerse ya de rogar, segun creemos haber dicho hace poco, prosiguió la narracion recientemente interrumpida. Por supuesto que tor-

nó á sus suspiros y se dedicó de nuevo á la masticacion de aquel tabaco cuyas negras y pestilenciales hojas debian excitar sus nervios como atacaban mis órganos digestivos, pero no por largo tiempo, comprendiendo, sin duda por la proximidad de Sora, la necesidad de entrar pronto en el uso pleno de la palabra.

«Rompí la marcha, dijo, empujado por mi fatal destino, sin que la falta de alimento ni la de abrigo, las tempestades ni los riesgos abatiesen mi espíritu, sobreexcitado siempre por el horror de la mision que acababa de recibir en el Gólgota.»

«Así atravesé la Siria hasta el mar, primero y único obstáculo que hallaria mi peregrinacion por la tierra; y, no pudiendo sobreponerme á la fiebre que me impelia á continuar la marcha sin detenerme un punto, seguí la orilla del gran lago interior á que por todas partes afluian el comercio, la civilizacion, la vida, en fin, del mundo entonces conocido. El rumbo que yo habia tomado era, sin duda instintivamente, el que dirigia á mi pátria, en cuyo seno esperaba defenderme del vértigo cruel, azote de la pobre naturaleza mia que yo no podia creer sometida á un tormento tan duradero. Allí, al calor de la tierra natal, me prometia, como el perdido pajarillo al de las alas maternales, encontrar el reposo para el espíritu, agitado en aquellos primeros dias hasta un punto cuya altura no podrán jamás medir mis palabras.»

«¿Me impediria llegar á España aquella onda amarga que encontraba en el camino del Sol?»

«En la incertidumbre, resolví dirigirme á la derecha, hácia donde desde el Líbano habia descubierto acercarse más la costa á nuestro continente; y atravesando los

estribos de aquella montaña en que aún arrostran los furores del huracan los cedros contemporáneos del hijo de David, y los torrentes que se despeñan de ella, la vista fija constantemente en el mar y el corazon anhelante por ganar la costa opuesta, pasé dias y semanas y años sin lograrlo, perdiéndome cien veces en los bos ques y en los desiertos del tránsito.»

«Yo ví aquellos para siempre célebres *campos ubi Troja fuit*; y, colocado en la cima de los túmulos de los hijos más distinguidos de la ciudad asiática, empecé á condolerme del tormento, para mí explicable ya, de las peregrinaciones dilatadísimas á que el mayor número de los vencedores y alguno de los vencidos se habian visto condenados. Ví antes y despues que Troya varias de las colonias, en otro tiempo florecientes, que los Griegos habian establecido en toda la costa del Asia Menor, entónces arruinadas unas, en decadencia casi todas, absorbido su comercio por el de Italia y perdida su importancia militar por los progresos que el Dios *Término* de los romanos venia haciendo por el camino mismo de Alejandro. Aún encontré en Epheso algunos ilusos consultando á Diana, la diosa preferida de los Helenos; pero pocos ya y de los que ahora llamaríamos desauciados por la fortuna ó noveles todavía en la carrera de la vida que ignoraban el camino de Roma, á donde mejor que á ninguna otra parte debian dirigir sus postulaciones los que abandonaban la tranquilidad de la casa nativa por las tempestades del mundo. Los oráculos de Epheso y de Delfos no merecian ya la fé de los de Cumas ó Terni, más próximos al dispensario universal de los favores humanos.»

«Alentado por el espectáculo de tantas islas como iba

descubriendo sobre mi izquierda, esperaba encontrar paso á Europa, ignorante entonces de la geografía de aquellas regiones y mal informado por los naturales, libres de elegir ocasiones y medios que mi marcha constante me impedia aprovechar para ganar las tierras opuestas. Así llegué á los Dardanelos que, cual Leandro, hubiera intentado cruzar á nado ya que no encontraba otro puente como el de Dario, sin el anhelo de andar y andar que me iba devorando.»

«No os puedo decir ahora el tiempo que seguí recorriendo la costa, aunque ya junto á un mar oscuro y proceloso, el mar Negro, Ponto Euxino entónces, y en una direccion cuya continuidad inalterable me desesperaba. Separéme de ella un dia y á los pocos me encontré en la cúspide de un monte, donde los indígenas me decian habia tocado la tierra el arca de Noé. Era, efectivamente el Ararat, punto de descanso elegido por Dios para el género humano purificado de las maldades de los primeros hombres, y punto de partida para la repoblacion del universo, nuevo paraiso, en fin, no ya el milagroso é incomprensible de la creacion, sino el natural y ordinario de la propagacion humana.»

«Mi ascension al Ararat forma una de las épocas más notables de mi existencia.»

«Al ganar yo la planicie que forma la cumbre de la montaña por sus faldas occidentales, lo hacia por las opuestas una mujer, hácia la que desde el punto en que la descubrí me arrastraba un atractivo irresistible. Las azules ojeras que anchamente se extendian por su rostro peregrino; lo descompuesto de su cabello negro, tendido desordenadamente sobre los hombros; el aire de abatimiento que, como en los ojos, se revelaba en todo

su continente, y los suspiros y exclamaciones imprecatorias que se escapaban de sus pálidos y delgados lábios dejaban comprender un dolor inmenso, y un dolor parecido en su expresion más ostensible al que agobiaba al hombre que, como yo á ella, veia por primera vez.»

«¿Qué llevaba á aquella mujer á la cima del Ararat? Pero ¿sabia yo, acaso, el móvil de mi ascension? ¿No podia ser nuestro encuentro en lugar tan remoto y notable efecto de decretos que no estuvieran al alcance de la limitada inteligencia humana?»

«Compasion ó simpatía, sentí al aspecto de un sér, tan extraño como yo, un impulso que me conducia involuntariamente á su lado. Yo, que no habia conocido otra pasion dulce y tierna que la del hogar paterno que habia abandonado al verlo vacío por la muerte, sufria una conmocion interna indefinible al contemplar el semblante dolorido y demacrado de una mujer que parecia no poder brindar sino con lágrimas y, quizás, de arrepentimiento, como las que ya empezaban á surcar mi rostro. Mis ojos se habian clavado en los de ella, y mis piés, aunque lentamente, se arrastraban, como empujados por fuerza galvánica, por el camino que traian los suyos; pero ¡oh asombro! cuando extendidos los brazos llego al punto en que aquella mujer, movida, sin duda, por los mismos secretos resortes, sentimientos iguales que debia inspirarle un ente tan extraño como ella, parecia esperarme en los suyos, un velo, primero, ténue y trasparente, niebla cenicienta, luego, espesándose al compás de mis pasos, y vapor, en fin, que se condensa y crece rápidamente, se interpone entre nosotros. En los despues oscuros y turbios pabellones de la nube distingo la silueta de un rostro humano, pero no

el fascinador de la mujer hácia la que me dirigia, sino el de un jóven con los ojos cerrados, más que por el sueño, por el dolor ó la muerte. Un momento despues la silueta toma colorido, y el vapor deja descubrir la forma clara y distintamente dibujada de una cabeza separada del tronco por el cuello, del que destila la sangre gota á gota.»

«Atónito y horrorizado retrocedo vacilante para caer..... *come corpo morto cáde*..... sobre la húmeda tierra que recibió al gran patriarca. No tardé, sin embargo, en recobrar el sentido; quise recordar la causa de mi desvanecimiento; volví los ojos á todas partes para encontrarla; pero hallé la cumbre de la montaña solitaria, y sólo allá, á lo lejos, descubrí el manto ondulante de un sér humano que, alargándome los brazos en aire de despedida, se perdia en la espesura de los bosques.»

«Algunos años despues llegué á comprender el misterio que envolvia la existencia de aquella mujer, cuyo delito, parecido al que yo habia cometido, mayor aún, era castigado con la misma pena, con la de errar por la tierra hasta un dia en que la justicia divina se considerase satisfecha con expiacion tan larga y rigurosa.»

«Descendí del Ararat y me encaminé al Cáucaso, por donde decian las gentes que se iba al país de los Escitas, y de allí á la Germania. Segun avanzaba hácia el Norte, el país se me ofrecia más encumbrado y áspero, hasta encontrarme en un dédalo de montañas cubiertas de nieve y de bosques seculares, y sin esperanza ya de hallar salida á un terreno que, por abierto, pudiera estar habitado. Aún en éste, me faltaba el guia que hasta entónces me habia dirigido aunque vagamente, la civilizacion que los ejércitos romanos llevaban siempre en las pun-

tas de sus lanzas. En aquellos lugares, Mitrídates, con su valor y su génio, la habia señalado un límite que, áun vencido el héroe póntico, no habia podido salvar el pilum arrojado por las avanzadas romanas. Los hijos de la loba, extendiéndose por la Trácia y el jardin de las Hespérides en derredor del Ponto, no se atrevian á penetrar en los montes asperísimos que separan aquel mar del no menos lóbrego del Cáspio. Cruzando, en fin, los bosques y las montañas en que nacen las mujeres más hermosas del mundo, ornato brutal más tarde de todo palacio turco, y salvando el Tanais y el Boristenes, llegué á escuchar junto al Danubio la armoniosa y elegante palabra del Latio.»

«Cum subit illius tristisima noctis imago,
»Quae mihi supremum tempus in urbe fuit;
»Cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui;
»Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.»

«La oí, cuando tocaba la orilla derecha de aquel anchuroso rio, á un hombre que parecia embebecido en la contemplacion de las aguas. «¿Llorais, le dije, como yo, »la pátria y la enviais con la corriente vuestros suspi»ros?» «No, me respondió; lloro al maestro que los en»viaba desde este mismo musgo marchito cien veces por »sus lágrimas. ¡Oh tú, quién quiera que seas, si fueres »á Roma, dí que los lamentos de Ovidio, repetidos junto »á su tumba de generacion en generacion, conservarán »en esta tierra el idioma, los usos y las leyes de Quirino, »aun cuando, para borrarlas, hayan de regarla con san»gre y sangre los tiranos que se la disputen!»

«No os quiero cansar con la relacion circunstanciada de aquella primera peregrinacion mia: básteme ahora deciros que, siguiendo de nuevo el litoral del mar Ne-

gro y el de Mármara, pasé por Bizancio y Galípoli para, desde allí, continuar por el Egeo el camino de Atenas, que despues habia yo de enseñar á nuestros compatriotas los almogábares.»

«¿Qué podré deciros del estado de la ciudad griega, que no hayais leido en tantos libros como debian escribirse allí donde toda la vitalidad nacional habia quedado reducida á polémicas literarias, históricas ó filosóficas?»

«Atenas estaba triste, perdida su autonomía, como ahora se dice, y perdidas con ella la supremacía que habia ejercido en la antigua Confederacion helénica, y la influencia que en todo el Oriente tenian que ejercer sus leyes y sus costumbres tan cultas y tan refinadas, así como su idioma tan flexible y expresivo. La Grecia habia sido pocos años antes el teatro de las disensiones romanas y, sin embargo, no habia logrado hacer nada por su emancipacion. En Farsalia, en Filipos y en Actium, los ambiciosos de Roma se habian disputado el poder y el dominio universal con él; y los griegos, tan aficionados en otro tiempo á ingerirse en los asuntos de otros, tan activos siempre y emprendedores, se habian entónces limitado al papel de meros espectadores de la lucha en que se ventilaban sus más caros intereses. Toda su actividad y toda su energía la habian guardado y la concentraban contra sí mismos para revelarla en las discusiones ardientes que, á la antigua usanza, mantenian todavía en las plazas públicas y en los teatros. Para allí se reservaban en Atenas el valor, el ingenio, los talentos de sus moradores; pero no para producir aquellas lucubraciones generosas, patrióticas, que llevaban á la juventud á Maraton ó á Salamina, sino para discutir

sobre escuelas políticas, administrativas ó filosóficas, cuyo establecimiento era imposible en un país sometido al yugo férreo de los romanos. Esta era la única libertad que, como á todos los vencidos, les dejaba la señora del mundo, y ellos la utilizaban para entretener aquel espíritu novelesco y bullidor que habia hecho su efímera grandeza como habia producido las frecuentes alternativas de su existencia y el rápido descenso á la servidumbre de sus enemigos. Su orgullo de ahora consistia en lo que á mí me pareció su pobreza; porque, segun ellos, la desnudez y abandono de las calles y de los portentosos monumentos conducidos á Roma por los conquistadores, ponian de manifiesto el mérito de las estátuas y de los objetos de arte que habia encerrado la ciudad, como la falta de oradores y filósofos sobresalientes en las academias significaba, no la carencia, sino la ausencia de ellos para someter con el génio, la palabra y la pluma, á la gran metrópoli en el Forum y el Palatino. El Liceo, pues, y el Ateneo y las innumerables escuelas que yo encontré en la ciudad de Minerva, no tenian ya otro objeto que el de desarrollar talentos que brillasen en Roma, quedando en ellas las medianías para desgarrarse entre sí y mostrar á sus conciudadanos los males de la division y las miserias de la envidia.»

«En una de aquellas escuelas se presentó á interrumpir la discusion el dia que yo la visité un hombre, extranjero tambien, en cuyo rostro y continente se traslucian fé y energía verdaderamente marciales. Nadie al pronto fijó su atencion en él; tan acostumbrados estaban los atenienses á la presencia de gentes que de regiones extrañas y remotas iban á hacer el aprendizaje de las letras y de las artes entre ellos: el peregrino se sentó,

como yo, en una gradería alta, desde la que podia observar y dominaba el hemiciclo.»

«Versaba la discusion sobre los Misterios de Eleusis, en otro tiempo, decian, indiscutibles: se proponia demostrar la excelencia de un rito impenetrable á la generalidad de los hombres uno de aquellos filosofastros más gritadores de la Academia, y ya habia empezado á revelar los privilegios de la iniciacion, cuando, poniéndose mi vecino en pié sobre la grada, gritó con la mayor energía: «Mentira, todo mentira.» Los oyentes se volvieron hácia el que tan bruscamente interrumpia al orador, admirados, á la vez, de que hubiese quien se atreviera á negar la verdad de misterios cuyo conocimiento constituia el honor más insigne en la antigua Confederacion griega. Su admiracion debió subir de punto al contemplar al extranjero, cuyos ojos centelleantes, más expresivos por lo enmarañado de la barba y lo descompuesto del cabello que casi cubrian el rostro en que brillaban, y cuyas maneras de soldado, tan refractarias á una sociedad que habia perdido por completo los hábitos de la guerra, tenian necesariamente que chocar á los que todavía querian poner en ridículo la accion y hasta la vehemencia en el decir de los oradores romanos que les disputaban á ellos, los sucesores de Pericles y de Demóstenes, la gloria de la elocuencia.»

«Yo soy Saulo, continuó el extranjero, y vengo á pro»clamar la verdad del hijo de Nazaret. Yo soy Saulo, el »que lapidó al protomártir, que vengo en busca del su»plicio, confesando al hijo de Dios, al crucificado en el »Gólgota.»

«No podeis figuraros el efecto que estas palabras pro-

dujeron en los concurrentes. Algunos tomaron á aquel hombre por un loco y se reian de su aspecto y de la vehemencia con que hablaba, acostumbrados, como estaban, á una sociedad exageradamente culterana é hipócrita y afeminada; otros pocos parecian escandalizarse de la negacion con que habia interrumpido la peroracion de uno de sus más estimados filósofos y querian imponer silencio; pero la mayoría prorumpió en gritos desaforados y, dirigiéndose sobre los bancos hácia nosotros, nos amenazaba clamando: «¡Fuera los Nazarenos!»

«Porque, como habeis podido observar por la descripcion que acabo de haceros del Apóstol, su figura no era muy desemejante de la mia, y los atenienses me tomaron por compañero y acompañante del que se habia hecho con sus palabras objeto y blanco de su ira.»

«Roca que desafía los huracanes en medio del Océano, inmoble ante las olas que, impotentes para derribarla, se satisfacen con cubrirla de su nevada espuma, así me pareció el *Nazareno* ante los secuaces de la idolatría helénica. Yo me puse, como siempre, del lado del afligido; y con voz que más de cien veces habia desafiado al trueno, grité á los atacantes: «Deteneos, insensatos, que »así entendeis la única libertad que os han dejado vues»tros conquistadores. ¡Brava hazaña la de enmudecer »ciento con las manos á uno que os desafía con la pala»bra! Confundidle con vuestra doctrina, si podeis; pero »dejadle que exponga la suya, no convirtiendo este re»cinto en circo de fieras ó gladiadores.» Saulo me miró con extrañeza, como admirado de mi conducta; los agresores se detuvieron un momento, y ya iban á abalanzarse de nuevo sobre el peregrino, que no abandona-

ba su postura ni sus miradas provocadoras, cuando á la palabra «¡Salustio!» que algunos pronunciaron, como anuncio de que llegaba persona de mucha autoridad entre ellos, descendieron de las gradas y, dirigiéndose á la puerta, nos dejaron en nuestra posicion anterior y dominante de la sala.»

«Pocos momentos despues era invitado Saulo á hacer manifiesta su doctrina, y comenzaba un discurso del que yo no podria reproduciros sino breves frases, porque, con sorpresa del cristiano y admiracion de sus oyentes, bruscamente y sin esperar ocasion de pausa ó de descanso, abandoné el recinto, del que me arrojaba la voz muda, pero elocuente, de mi conciencia.»

. . . . . .

. . . . . .

V.

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO.

«No hay vida de hombre, si no es la mia, que dé tiempo á escuchar las vicisitudes todas de mi peregrinacion interminable: imposible, de consiguiente, el detenerme en referiros ni áun las más importantes con algun espacio. Básteos saber que diez años despues de mi salida de Atenas habia dado la vuelta casi entera al Adriático y me hallaba en el corazon de Italia.»

«Una tarde gané penosamente la cumbre de un monte á que me dirigia, además del irresistible impulso de mi destino errante, una secreta y, á la vez, grata inclinacion. Un aldeano me dijo ser conocido el monte con el nombre de *Campo d'Annibale*: mejor le hubiera yo llamado «*El observatorio de Aníbal*,» porque, sin ofrecer aquella altura condiciones para destino militar tan importante, quizás la eligiera el héroe cartaginés para observar desde ella la ciudad enemiga irreconciliable de su pátria. Acaso tambien subiria con él y como de su guardia aquel abuelo mio que os he dicho le acompañaba siempre, y á eso debí atribuir la inclinacion inexplicable que me habia hecho arrostrar ascension tan penosa y, de otro modo, sin objeto.»

«Desde aquel monte, el más elevado y el más bello de los *Albanos,* descubrí por primera vez la ciudad *eterna.* No pretendo admiraros con la admiracion que en mí causó el espectáculo de tanta grandiosidad y magnificencia. Yo veia á mis piés un semillero de quintas, cada una de las cuales pasaria hoy por un monumento, en lo que despues supe eran Túsculum, Frascatti, Albano y cien otras comarcas, puntos de recreo de los opulentos romanos. Y todas ellas parecian ser fuentes de salud, de frescura y de riqueza, pues que era rara la de que no arrancase venero de purísima agua que la arquitectura por una de sus *manifestaciones* más elocuentes se encargaba de conducir á la metrópoli del mundo. Eran innumerables los aqueductos, y parecian más, cortados, como se veian, por los caminos, serpientes monstruosas corriendo ya á su lado, deslizándose por entre los anchurosos arcos ó escondiéndose en ellos cuando no se abrian paso en la llanura besando los sepulcros de los héroes, como aquella vía soberbia debida al génio y al atrevimiento del primero de los censores romanos.»

«Esos hilos de araña, que así parecen vistos en conjunto y desde lugar eminente, eran los conductores por donde corria la vista al inmenso laboratorio del mónstruo que dominaba el Universo, centro de todo poder en la tierra, dispensario de todas las gracias y favores mundanales, clóaca inmunda entónces de injusticias, crímenes y perversidades. Pero ¡cómo se ocultaban la corrupcion y los vicios de aquella sociedad en el fasto y el esplendor de Roma! Yo descubria masas inmensas de mármol y granito, montañas labradas en las formas más extrañas y diversas, lucubraciones del génio remo-

tísimas, objeto de la avaricia de los romanos, producto de la rapiña de sus pretores; y, en confuso monton con ellas, palacios soberbios, teatros, circos, thermas, templos, columnas, estátuas, cuanto la imaginacion más acalorada puede soñar de espléndido y grandioso. Estas maravillas, que yo iba admirando segun me acercaba á Roma en pos del sol que tendia á ocultárseme detrás de sus celebradas colinas, estaban, sin embargo, manchadas con la mezcla de caserones informes, albergue de la miseria más asquerosa que, contrastando con el lujo de las mansiones vecinas, revelaban que entre los señores del mundo los habia que envidiarian la pobreza del ilota ó del frigio que aparentaban tener en el mayor desprecio y considerar en la abyeccion más degradante. ¡Así el orgullo humano, herido en el individuo por la desgracia, busca en las colectividades la máscara con que, ocultando su miseria al mundo, finge hallarse revestido de la fuerza y del poder que aquellas en sí encierran!»

«Cuando llegué á las inmediaciones de Roma por la calle de sepulcros que forma la via Appia, cubrian la ciudad las tinieblas de la noche y sólo un rumor sordo y confuso, pero extendido por un espacio dilatadísimo de la atmósfera, dejaba presumir la proximidad de una gran poblacion viviente y animada. A mi frente se abria una puerta en la muralla, y, como sombras que fuesen á buscar la paz de los sepulcros, veia yo deslizarse por ella figuras humanas, en absoluta soledad algunas y recelando de mi inmovilidad momentánea, unidas otras y como en plática suave, tímida ó religiosa. La vista de quienes al abandonar la ciudad en hora tan desusada no podian ménos de infundir sospechas,

me movió á seguirlos, y muy luego penetré con ellos por una de varias hendiduras que observé entre montones de arena dispuestos como para ser trasportados á otro punto. La entrada era angostísima y se prolongaba en galería tambien estrecha y humilde, capaz tan sólo de dar paso á una persona, hasta distancias que me parecieron muy considerables. Solo, me hubiera perdido en el dédalo intrincado de las varias calles en que se ramificaba la galería de entrada, ya procedentes de otros puntos de ingreso, ya obra de un plan meditado para la extraccion de la arena en una que pude observar superficie vastísima.»

«Yo no hacia más que seguir á un grupo de hombres y mujeres que, desde que habian desaparecido de la haz de la tierra, marchaban á la desfilada por el antro en que nos habiamos comprometido. El mayor número caminaba murmurando oraciones para mí ininteligibles, interrumpidas, alguna vez, para besar las tierras laterales de la galería, no sin sollozos y genuflexiones que revelaban dolor ó admiracion. Por fin, llegué á una estancia sumamente reducida, á cuya puerta hube de quedarme por hallarse interceptado el paso con las varias, no muchas, personas que me precedian en el tránsito de la lúgubre bóveda que íbamos recorriendo. Era la estancia circular y parecia centro de varias ramificaciones del subterráneo, con lo que alcanzaban á descubrir y escuchar lo que en ella pasaba muchos más de los que en otra cualquiera disposicion habrian cabido, asomados, como aparecian, en filas prolongadas por las galerías convergentes á aquella extraña habitacion. En el centro y sobre algun objeto que les permitia descollar entre todos sus oyentes, se veian dos ancianos, á quie-

nes reconocí al momento. Al que hablaba cuando yo llegué, lo habia visto en Jerusalen acompañando al Nazareno, y el que estaba á su lado esperando, sin duda, el turno para dirigir la palabra á los que conmigo habian entrado, era el mismo peregrino que dejé en Atenas disputando con los filósofos de la Academia.»

«¿Quereis, decia aquel, una prueba más convincente »de la divinidad del Maestro que la de nuestra presencia »en Roma? Yo, Simon Pedro, era un pobre y rudo pes»cador de Galilea cuando la sencilla elocuencia y los »portentos del Salvador, llenándome de admiracion y »abrasándome en amor, me arrebataron á mis redes y »familia. Conmigo abandonaron tambien la tríbu varios »otros, pescadores como yo y, como yo, ignorantes, se»ducidos por el encanto de una doctrina que ofrecia la »bienaventuranza á los pobres, á los perseguidos y á los »limpios de corazon. Él ponia al alcance de nuestra li»mitada inteligencia las máximas de la moral más pura »por ejemplos tangibles, y echaba por tierra toda la »fraseología de los que á sí mismos se daban el título de »doctores del Templo con una sencilla parábola ó con la »demostracion, visible para todos, de su poder sobrena»tural. El dia de su muerte sólo uno, sin embargo, se »atrevió á mostrarse á la plebe desenfrenada como se»cuaz suyo y discípulo, acompañando á María hasta el »pié del desde entónces glorioso símbolo de la redencion »humana: los demás escondimos nuestro amor en las »tinieblas del miedo, dudando de la resurreccion que »nos habia prometido. Y á tal punto nos hacia vacilar »la falta de fé en portento tan extraordinario, que está»bamos para volver á nuestras redes y á nuestra abyec»cion primitiva, cuando apareció de nuevo entre nos-

»otros y pudimos ver y tocar su divino cuerpo y las se-
»ñales de su martirio. ¡Yo le ví cuarenta dias despues
»elevarse al cielo por su propia virtud! Pero en mí, co-
»mo en todos los que le acompañábamos al Tabor, se
»habia verificado una trasformacion completa, y del mo-
»do mismo que el Maestro habia cambiado de esencia
»desde la mortal que tomara para redimirnos hasta la
»Transfiguracion, nuestras inteligencias pasaron de las
»tinieblas á la luz, y nuestros corazones del frio de las
»vacilaciones y de la duda al ardiente entusiasmo de la
»fé. El espíritu de Dios, bajando en seguida sobre nos-
»otros, desató las torpes lenguas del embrutecimiento
»de los primeros pasos de la vida nuestra, nos empujó á
»la predicacion á que estábamos destinados por el Maes-
»tro, y nos inspiró el valor y nos dió la fuerza necesaria
»para arrostrar los peligros de la mision que se nos ha-
»bia encomendado. De discípulos fuimos todos conver-
»tidos en apóstoles; y el menos digno de ellos, el que
»acababa de aparecer como el más débil, pasó, por haber
»reconocido *al hijo de Dios vivo*, de rudo pescador á Pon-
»tífice y piedra angular de la iglesia universal del Cru-
»cificado. Y hé aquí por qué vengo á Roma, al foco de la
»idolatría, á establecer mi cátedra ante los *Rostros*, á
»combatir el paganismo en el centro de su poderío, no
»con las armas, no con la fuerza, sino con la doctrina
»dulce, consoladora, del hijo de Nazaret. ¿Quereis una
»prueba más palpable de la verdad de esa doctrina y del
»orígen divino de su Maestro? Él nos dijo al abandonar
»la tierra: *No os cuideis de llevar oro ó plata en vuestras*
»*bolsas..... no prepareis saco para el camino, ni calzado,*
»*ni báculo..... no os preocupeis de cómo os vais á hacer*
»*entender. Cuando alguno se niegue á recibiros, salid de*

»*su casa ó de la ciudad sacudiendo el polvo de vuestros* »*piés..... Yo os envio como corderos en medio de los lo-* »*bos..... Os harán comparecer en sus asambleas, os azota-* »*rán en sus sinagogas y sereis perseguidos por mi causa.* »*Así es cómo dareis testimonio del Crucificado en Jeru-* »*salen, en toda la Judéa y Samaria y hasta las extremi-* »*dades de la tierra. Id, pues, de esa suerte por el univer-* »*so á predicar el Evangelio á toda criatura, y estad segu-* »*ros de que yo, que me voy y á quien no vereis más, esta-* »*ré, sin embargo, con vosotros hasta el fin del mundo.* Así »habló el Maestro, y Juan parte á predicar en el Asia »menor, Felipe en las altas comarcas del mismo conti- »nente, Andrés entre los Escitas, Tomás á los Partos, »Bartolomé á la India, Simon á Persia, Matías á la Etio- »pia, Pablo viene ya de Grecia y España, y yo, por fin, »despues de recorrer el Ponto, la Galatia, la Capadocia, »el Asia y la Bitinia, vengo á echar por tierra ante los »Césares los altares de la materia y de la sangre. Venga »el martirio, que aparejados estamos á arrostrarlo: por »cruel é ignominioso que sea el que se nos imponga, no »ha de ser nunca lo injusto y bárbaro del que soportó »nuestro guia en el camino de la regeneracion humana, »que es el del Paraiso.»

«Grande fué la sensacion que produjeron las palabras del príncipe de los Apóstoles en el reducido auditorio á que iban dirigidas. Al suave murmullo de la aprobacion se unian las exclamaciones del asombro, y más de una vez se vió interrumpido en su discurso por el entusiasmo de los neófitos que, arrojándose á los piés de Pedro, solicitaban el bautismo. ¡Pronto verian satisfechos sus deseos con el más meritorio, el de la sangre, que en aquellos mismos momentos les preparaba la voluntad

divina valiéndose de la ciega crueldad de los hombres!»

«Entre los fieles que sucesivamente venian á escuchar la palabra de los discípulos del Nazareno, llegó quien propalase el rumor de algun suceso que introdujo la alarma en los asistentes. Hubieron, pues, de cortarse los discursos, de abreviarse las oraciones y ceremonias preparadas, y no pasó mucho tiempo sin que con el mismo órden é igual compostura, aunque algo más apresuradamente, fuéramos todos evacuando el subterráneo.»

«Las interrupciones, sin embargo, que sufria la marcha revelaban la detencion frecuente y sucesiva de los que iban delante, hasta que los demás, impacientes ó sospechando la causa, lograban despejar el paso y despues la salida de la estrecha y sombría bóveda que recorríamos.»

«Sumido en la honda meditacion que producia en mí cuanto acababa de ver y oir, no me detuve en investigar ni el motivo de la brevedad de las ceremonias religiosas celebradas á mi presencia, ni el de las interrupciones que sufria la marcha de los circunstantes. ¡Todo lo comprendí al abandonar las catacumbas! Una luz rojiza cubria el cielo; no, empero, la esplendente y pura del fenómeno boreal, sino otra siniestra, chispeante, interrumpida por inmensos nubarrones pardos y espesos, la de un incendio que abrazaba la ciudad toda. ¡Espectáculo grandioso y aterrador, del que sólo puede dar una idea ligera á las generaciones presentes el tan celebrado de Moscou!»

«Decian los que en el colmo del terror acababan de abandonar la ciudad y encontrábamos en el camino, que el fuego habia comenzado junto al circo próximo al Palatino y al Celio, en medio de tiendas llenas de mer-

cancías combustibles, con lo que, apenas prendido, alcanzaba proporciones y violencia extremas.» *Las mujeres que se espantan y gritan*, contaba uno de los fugitivos, *los viejos, los niños, los que piensan en sí mismos y los que piensan en los demás, los que trasladan ó esperan á los enfermos que se detienen ó se impacientan, todos, todos aumentan el desórden. No pocos mirando atrás han sido sorprendidos de costado ó por delante. Huye uno á la vecindad; allí le coge el fuego, y se corre el mismo peligro en sitios que se consideran apartados de él. En fin, no sabiendo ni lo que se debe evitar ni á qué puntos refugiarse, los habitantes llenan las calles ó huyen al campo. Nadie se atreve á combatir los progresos del fuego, porque recorre las calles un número considerable de personas que prohiben el apagarlo, unas profiriendo amenazas terribles y otras lanzando antorchas para aumentar el incendio y propagarlo rápidamente, gritando que están autorizadas para hacerlo; segun algunos, para robar con mayor libertad y, en concepto de muchos, porque han recibido efectivamente órden para ello. Corre la voz,* dijo otro que parecia entenderse con los que salian de las Catacumbas, *de que el mismo César ha ordenado el incendio con el propósito de edificar una ciudad nueva más bella que la que vemos arder, y se asegura que está en lo alto de su teatro cantando la ruina de Troya. Pero,* añadia, *con el fin de apartar de sí toda sospecha, ya la ha hecho recaer sobre los cristianos, y los sicarios de Neron, y con ellos sus cortesanos y los fanáticos que los escuchan, andan en busca de los que muy pronto seremos víctimas de la tiranía y de la adulacion.*

«Por fin, penetramos en Roma: el espanto, más aún, la consternacion, habian tomado asiento en la metrópol

del mundo y se habian apoderado de los ánimos más esforzados. La lucha era tan desigual que nadie la emprendia con el voraz elemento, dueño ya de diez de los doce cuarteles en que estaba la ciudad dividida. Hacíanse tan sólo esfuerzos para aislar los restantes, sacrificando una zona inmensa al pié de las Esquilias á fin de oponer campo y vacío á la violencia de la llamas.»

«Pero segun penetraba yo y me iba engolfando en el laberinto de calles feas y estrechas que formaban los barrios más populosos de Roma, procurando sacar á salvo algunos séres, ménos desgraciados ciertamente que su libertador, los cristianos que me seguian por entre las llamas con igual propósito iban desapareciendo, arrancados de mi lado por los sicarios de Neron, que no se avergonzaban, ellos provistos, como andaban, de teas y cargados de mistos incendiarios, de acusarlos de avivar el fuego y de extenderlo. La impunidad que me daba la expiacion misma de mi destino, me permitia arrostrar, lo mismo que el fuego, la furia de los asesinos; pero ni mis increpaciones ni los combates que llegué á sostener bastaron á salvar algunos de aquellos hombres *detestados por sus crímenes*, al decir de Tácito, sin que se les hubiera podido probar ninguno.»

«En los pocos dias que aún permanecí en Roma, ví perecer á varios cristianos. «*Se les insultaba, como por »diversion, al hacerlos morir; se les cubria de pieles de »fieras para que fuesen devorados por los perros, ó se les »ataba á grandes cruces, y á veces se les inflamaba para »que sirviesen de antorchas durante la noche.*» Estos martirios solian ejecutarse en los jardines de Neron, y en ellos ví el del apóstol Pedro que, al ser crucificado, solicitó y obtuvo el morir cabeza-abajo, en postura más

ignominiosa que la de su Divino Maestro. ¡A tal punto se habia exaltado con la idea de su mision el espíritu de un hombre que treinta y tres años antes, jóven todavía y robusto, era bastante cobarde para negar á Jesús, casi á su presencia!»

«Pablo murió de espada en el camino de Ostia; y sufrieron tambien el martirio, todos alabando á Dios y con la sonrisa en los lábios, muchos otros de los que yo habia visto en las Catacumbas.»

«¡Feliz yo si hubiera logrado correr su suerte! Pero ya que me era negada, me propuse vengarla inmediatamente en la cabeza del monstruo perseguidor de aquellos inocentes. Salgo de Roma y voy por toda Italia pregonando la maldad y los crímenes de Neron, los envenenamientos que habia decretado, los asesinatos que no habia cesado de cometer y el parricidio, en fin, tan bárbaramente ejecutado hacia poco tiempo. El terror, sin embargo, ahogaba la indignacion que mis discursos producian, y bien pronto pude convencerme de que la raza de los Brutos habia desaparecido en Filipos. Me dirijo á España, cruzo el Pirineo y corro á Tarragona, asiento el más antiguo de la dominacion romana y emporio de todo el comercio de la Península ibérica con la italiana. La guarnicion era numerosa y en un campo próximo vivaqueaban las legiones destinadas á mantener tranquila la provincia tarraconense y á reforzar las que en la Bética y Lusitania hacian necesarias el fausto del Senado y la dignidad del César. En la ciudad y el puerto una poblacion considerable, la más importante sin duda, era romana, con todo el orgullo y con el espíritu mismo de los que no cesaban de tener en sus lábios el *cives romanus sum* de los descendientes de Rómulo. A

fuerza de insistir en mis diatribas y seducciones logro encender en ira y en vergüenza á los legionarios que, secundados por todos los ciudadanos de Tarragona, obtienen de Sergio Galba, su general, el permiso de proclamarle su César y Emperador.»

«¡Por tales sendas encamina el cielo sus inexcrutables designios y de tales instrumentos se vale para la ejecucion de sus altos decretos!» ¡Yo, pobre gusano, reptil humilde, era llamado por la Providencia á derribar el coloso!»

«De manera, dije yo á nuestro extraño interlocutor, que el réprobo, el condenado por Cristo á uno de los castigos más desconsoladores, se habia convertido en escudo y vengador de los que iban por el mundo predicando su santa doctrina. ¿Qué revolucion se habia operado en vuestra alma para con tanto calor tomar la parte de los que no hacia mucho tiempo teniais por ilusos, ya que no por embaucadores y charlatanes como su Maestro?»

«El prodigio, me contestó, de mi peregrinacion, ¿no era, quizás, prueba suficiente para hacerme comprender que el que me habia condenado á ella era dueño y árbitro de una fuerza sobrenatural, signo infalible de la divinidad? La escena, además, del templo; la vision en el Ararat, y el espectáculo de aquellos hombres desafiando á los filósofos, á los sátrapas y hasta á los mismos Césares, demostrándoles sus errores y echándoles en cara sus desórdenes y tiranía con una elocuencia y una dialéctica tan opuestas al orígen y educacion de ellos, me habian impresionado primero, y convencido despues, de que si en Jerusalen y la Armenia habia podido ser yo juguete de un maleficio, los apóstoles no debian

estar sujetos sino á una influencia civilizadora, benéfica, divina, en fin, y sacrosanta. Pero en medio de este asombro, de esa fé que iba inoculándose, por decirlo así, en mi espíritu, tan vagabundo como mi cuerpo, sentía yo repugnancia grande á reconocer su causa y sus efectos, y muchas veces trataba, aunque en vano, de sacudir los sentimientos generosos que provocaban en mí la lealtad de mi raza y los atropellos y peligros á que veia expuestos séres en quienes me resistia á reconocer otros móviles que la conviccion de su destino sagrado en la conducta que observaban.»

VI.

EL CÁNCER DE ESPAÑA.

Ya en esto habiamos llegado á Sora y á la puerta de una de sus principales casas, alojamiento del general Lanza, postrado en cama á consecuencia de una caida del caballo al paso del ejército napolitano por aquella comarca. Al visitar, como era natural mediando causa tan triste, al que diez años despues habia de ser en Sicilia, con éxito más desgraciado aún, el ALTER EGO de Francisco II, esperaba Colonna proporcionarnos un desayuno que reparase las fuerzas perdidas en noche tan fatigosa y con emociones tan extraordinarias por lo inesperadas y extrañas.

El general se hallaba, efectivamente, en su lecho y sujeto á una inmovilidad absoluta por la fractura de un pié, magullado casi por la violencia del golpe entre la tierra, el estribo y el cuerpo del caballo que con su noble ginete habia tambien rodado por el suelo. Infundian respeto y hasta veneracion el semblante digno y bondadoso del general, su cabello cual la nieve blanco, y la voz suave y manera paternal de su palabra: tal semejanza hallamos entre él y uno de nuestros más ilustres

jefes, que el oficial español y yo, mirándonos sorprendidos, exclamamos á la vez: «¡El general Zarco!»

El general napolitano tenia, como el español, una conversacion amena y, si no la sabiduría y el mundo que nuestro compatriota, que era una ilustracion europea, poseia el mismo atractivo. Al ménos así me lo pareció en aquella ocasion, única en que le ví; ocasion, es verdad, en que su desgracia, y acaso su hospitalidad, podrian influir para inspirarme mayores simpatías. Hablamos, pues, largamente, primero del accidente que le tenia postrado; despues de un hijo suyo, oficial del escuadron de Colonna, y por fin, de los sucesos que producian nuestro mútuo conocimiento; con lo que, y consumido el almuerzo que su ayudante nos hizo preparar entre tanto, nos despedimos del general Lanza, llevando en nuestros corazones un recuerdo tan grato que, trascurridos tantos años, subsiste todavía con el mismo calor y fuerza.

Instalados apenas en el carruaje, nuestro oficial prosiguió la historia de sus desventuras. No recordaba fijamente el punto en que la habia interrumpido una hora antes; pero advertido por nosotros de que era al relatarnos la sublevacion de las legiones de Galba, continuó de esta manera:

«Yo encontré la Península en estado semejante al en que la habia dejado al embarcarme para Siria. Reinaba la paz, fatigados los habitantes de tanto y tanto luchar contra unas legiones incontrastables en todas partes y avezadas á conquistar en una sola batalla reinos más poderosos y territorios más extensos que la mal llamada federacion de las tríbus ibéricas. Sometidos á la autoridad de los delegados imperiales, y áun teniendo que sa-

tisfacer su sórdida avaricia, gustaban los españoles de la tranquilidad que les ofrecia un poder tan colosal, y hasta trabajaban por obtener los privilegios é inmunidades que el pueblo-rey concedia á los municipios que mayor adhesion le demostraban. Si mal no recuerdo, habia en las tres provincias en que Augusto habia dividido el territorio de la Península, además de 26 colonias habitadas por romanos, que gozaban de las mismas leyes que los de la metrópoli, 32 ciudades que se llamaban romanas, áun siendo españoles sus moradores, porque tenian la honra de ser éstos ciudadanos romanos, 50 regidas por las leyes del Lacio, 6 denominadas *inmunes*, con legislacion propia y libres de toda carga, 4 aliadas, verdaderamente independientes al principio de la dominacion romana, y 291 tributarias, que eran las que pagaban la casi total suma de los gastos del gobierno, y sobre las que hacian pesar sus bárbaras exacciones los legados del emperador y los del Senado. Existia, pues, con el deseo de aliviar su suerte, el anhelo de asimilarse en lo posible con los más favorecidos, ya que no era dable á los extranjeros ni áun á los mismos italianos, el igualarse con los ciudadanos de Roma, sumamente avaros de sus fueros é intransigentes en este género de concesiones. Más que nada contribuyó ese anhelo á que se vulgarizase por España el idioma del Lacio, sin cuyo uso ni era fácil alcanzar puesto alguno en la administracion, ni mucho ménos tomar parte en el movimiento intelectual á que se sentian empujados nuestros compatriotas por efecto de su carácter ardiente y de su imaginacion viva y poética. Mayor que el interés era, sin duda alguna, la aficion á brillar en un campo que parecia vedado á pueblos remotos del camino elegido

por la civilizacion para darse á conocer en el mundo. Y con tal ardor comenzaron la roturacion de ese campo y llegaron á cultivarlo con suerte tan propicia, que cuando yo llegué á España producia ya frutos envidiados por los mismos que se creian inimitables. La reputacion de Séneca era universal, más que por ser el preceptor de Neron, su asesino, por la excelencia de sus obras filosóficas; y su sobrino Lucano acababa de legar á la posteridad la *Farsalia*, poema de los más bellos de la escuela latina. Poco despues vinieron á nublar la fama de los poetas más renombrados de Roma el Bilbilitano Marcial y otros varios, que, con sus escritos, al hacerse inmortales, procuraron á su pátria respetabilidad y gloria.»

«Me he equivocado, de consiguiente, al decir que hallé España en estado semejante al en que la dejé, porque habia ganado en cultura lo que iba perdiendo en aquel espíritu fiero de independencia que causaba la admiracion de los romanos. Tanto llegó á adelantar en ese camino, que la admiracion de sus señores llegó á fijarse en la prudencia y la sabiduría de los prelados de la nueva Iglesia, que en nuestra Península hacia progresos cual en ningun otro país del viejo mundo, y en los ilustres varones que, sirviendo al imperio, llegaron á ser sus representantes más dignos y estimados. Roma no temia ya nuestros alardes de independencia; temia, sí, la invasion del ingenio y de la fé religiosa que comenzaban á hacerse tambien cogénitos en los españoles.»

«Yo, despues de visitar los lugares en que habia pasado mis primeros años y perdido á mis padres, me interné en la Península, buscando, con seguir las faldas del Pirineo, el rincon á que se habian acogido los restos

de la familia euskara, fuente y raiz de la poblacion de España.»

«Admirábame el estado floreciente de algunas comarcas, la magnificencia de muchas ciudades, y sobre todo, el número de los caminos que pensamientos militares de un lado, y de otro el de la explotacion de la riqueza del país, habian impulsado á construir con lujo y comodidad inusitadas. Sólo de César-Augusta, la actual Zaragoza, una de las primeras ciudades principales que encontré en mi primera expedicion por España, arrancaban ocho vias diferentes á Leon, por la Rioja y Búrgos, á Galicia, Mérida, Sevilla y Coimbra. Más tarde tuve ocasion de observar que de Mérida salian nueve para las más importantes colonias á que tenia que atender su guarnicion; que de Astorga rompian siete; cuatro de Lisboa; otras tantas de Braga; tres de Sevilla y siete de Córdoba. En fin, con deciros que pasaban de 3.000 leguas las que medían los caminos construidos ó restaurados por los romanos, comprendereis la red ingeniosísima con que tenian sujeta á España y explotaban su riqueza.»

«Por todas partes encontraba tambien monumentos notables que atestiguaban la munificencia del primero y más espléndido de los Césares y la adulacion de sus legados ó la gratitud de los pueblos, monumentos cuyo número iba cada dia en aumento, y que llegarian á su límite en profusion y belleza al subir al Capitolio aquel, como dice Caro,

—. . . . . *rayo de la guerra*
Gran padre de la pátria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,

Que ve del sol la cuna y la que baña
El mar, tambien vencido, gaditano.»

«En Lérida encontré los mismos soldados de la Independencia que habian combatido á Escipion; pero sometidos al yugo férreo de las disensiones intestinas de que habian dado ejemplo los primeros sus valientes, pero mutables, caudillos Indivil y Mandonio. Ví en Zaragoza cómo empezaba á tomar cuerpo la veneracion á la madre de Jesús que acababa de dejar su imágen á algunos de sus habitantes discípulos del apóstol, cuyo nombre habia de ser el grito de guerra de nuestros incomparables tercios. Visité Calahorra, salazon de carne humana opuesta al bloqueo cobarde del gran Pompeyo; é, internándome desde allí en las asperezas de la cordillera, fuí á parar á Pamplona, la linda ciudad que aquel jactancioso romano habia erigido en medio de mis hermanos para memoria perdurable de su nombre.»

«Cuál fué la emocion que experimentó mi alma al besar la tierra vasca no puede revelároslo mi lengua. Mis ojos se negaban al llanto desde el dia nefasto de mi condenacion; mi corazon, traspasado de la angustia infernal que habian introducido en él la escena del Calvario y aquel vagar sin voluntad ni tino casi siempre, debia estar, en mi concepto, indiferente y frio para todo otro sentimiento que el de mi incomprensible desgracia, cuya perpetuidad se me iba haciendo manifiesta; y, sin embargo, al descubrir los montes en que aún ardia el fuego de la pátria, conservado religiosamente por sus primeros hijos, mis ojos se humedecieron y mi corazon pareció sacudir el grave peso que lo oprimia y ahogaba. ¿Me habria sido dado el volver á la cuna de mi familia para descansar al fin con el tan suspirado reposo de la

muerte? Cada montaña coronada de robles y cada choza circuida de laureles me parecian la montaña y la choza patrimonio de mis abuelos; y no cruzaba arroyo ni me comprometia en sendero alguno que no creyese guias leales que me conducirian á la amada cabaña. Las descripciones de los sitios tan repetidas por mi padre, fuertemente grabadas en mi memoria, convenian á cien lugares de los que iba encontrando desde que pisaba la encumbrada meseta que corona el Pirineo al torcer éste hácia Occidente para servir de barrera á la braveza del Océano, y jamás me asomaba al inmenso escalon en que la cordillera comienza á humillarse hasta hundir en las aguas sus caprichosas lajas sin que en cada estribo y en cada valle de los infinitos que descubria, no viera el monte y el caserío que buscaba con deseo tan impaciente. Aquí un aldeano, por mis informes mismos, me dirigia á un sitio que despues de investigaciones minuciosas resultaria muy distinto del que yo buscaba; más allá iba á disputar con una familia numerosa la propiedad de la casa y el campo que decia haber heredado de abuelos remotísimos; y en una y otra falda, en las fuentes del Ebro como en las playas del Cantábrico, los accidentes del terreno, el aspecto de las gentes, las tradiciones, los usos, aun las diferencias del idioma, me extraviaban y confundian hasta sumirme en la ansiedad y en el dolor más desesperantes. Y ni la umbría del bosque, ni la frescura del torrente, ni el abrigo de la cabaña me ofrecian el descanso y la paz por que suspiraba mi atribulado corazon: yo no sabia detenerme más que en las tajadas rocas de la cordillera ó en los desabrigados arenales de la costa; no sentia otro arrullo que el de los huracanes del cielo y los más tremendos aún de mi alma, á cada

punto más agitada, y allí más que en otra parte, por el dolor y los remordimientos. Era indudable que una fuerza misteriosa é irresistible me rechazaba del país en que creia iba á encontrar paz y reposo. Como el navío sin timon corre á merced del viento sin que basten á los tripulantes el valor y la pericia para dirigirlo al puerto, así yo me veia empujado á abandonar el que consideraba de mi salvacion, sin que mi deseo y mi insistencia lograran el retenerme en el país de mi cuna, cuna de todos mis antepasados. A él me llevaban el amor y el ánsia de la muerte, y me rechazaban de él la reprobacion divina y la sentencia de mi vagancia eterna.»

«Cien veces he vuelto á las montañas pátrias con el deseo de conocer si habia llegado el dia final de la expiacion, y cien veces me he visto arrojado de ellas con la misma energía y el torcedor mismo de la primera.»

«Crucé, pues, el Ebro y seguí mi peregrinacion por la Península hasta haberla recorrido en todas direcciones. Ví Leon, reducida entonces á un vasto campamento de los dos cuerpos que componian la *legion séptima gémina;* salvé el Medulio, las Médulas, como ahora se dice, postrer testigo del valor de los astúres, condenados, desde la época de su vencimiento, á explotar para sus enemigos el oro encerrado en las entrañas del monte; y, penetrando en el país de los galláicos, llegué al *Portum magnum*, la Coruña, tan floreciente ya, que tenia el privilegio de un faro, dedicado, como en otros puertos, á un Hércules que, por lo comerciante, debia ser fenicio. Pasé luego á Lusitania, tierra más trabajada por la guerra que por las artes de la paz y de la cultura, aborrecida de los romanos por sus frecuentes sublevaciones, y vigilada constantemente desde Emérita, cuartel el más

vasto del mundo, pues que contenia hasta ochenta mil veteranos. La *marca* portuguesa, más dilatada entonces que al darse en dote á la bastarda doña Teresa, estaba, sin embargo, poco poblada y era vista por los romanos con tal desconfianza que solo contenia cinco colonias, siendo tributarias las demás ciudades, excepto cuatro, una romana y tres latinas.»

«¡Cuán otra era la Bética! Allí los romanos, secundando á la próvida Naturaleza, se habian esmerado en procurarse riquezas y deleites hasta la saciedad. La costa del Mediterráneo continuaba hecha un pensil como en la época de los fenicios y cartagineses, y los valles que tienen su nacimiento en Sierra-Nevada ofrecian una fertilidad inconcebible hoy. Pero lo que excedia á toda ponderacion era la cuenca del Bétis, cuya belleza y la abundancia de sus frutos, los más estimados del mundo, inspiraba, lo mismo que á los poetas modernos, á todos los historiadores, geógrafos y naturalistas antiguos, la admiracion y los elogios que habian de atraer á Córdoba una parte de la sociedad más ilustre y rica de Roma, orgullosa de poseer en las orillas de aquel majestuoso rio los palacios y quintas más elegantes.»

«Cuando yo llegué á Córdoba gobernaba la provincia el célebre naturalista Plinio, hombre de tanta probidad como talento. Su mando se señalaba ya por un espíritu tan pronunciado de justicia y de benevolencia á los españoles que habia más tarde, terminada su cuestura, de constituirle en nuestro protector y abogado. Nunca se apeló en Roma de los atropellos y robos cometidos por los sucesores de Plinio, sin que se elevara en el Senado ó el Foro su elocuente voz para pedir el castigo de los detentadores y el desagravio de los oprimidos. La fe-

licidad que proporcionaba al mundo Vespasiano y despues aquel su hijo Tito á quien la gratitud y la admiracion pusieron el sobrenombre de *Delicia del género humano*, parecia en España reflejarse por los beneficios que á porfía acordaban Plinio en la Bética y Céler en la Tarraconense. El omnipotente se esmeraba sin duda en compensar los males causados por los tiranos que desde la muerte de Augusto se habian disputado la triste fama de la crueldad más refinada, del desprecio de las leyes y del olvido de toda idea de administracion y de gobierno.»

«En el seno de aquella paz, y cuando creia que no era ya posible hallar en España más que satisfacciones y contentamiento, áun en medio de la servidumbre en que yacia, tuve un encuentro que me recordó el cáncer que minaba la sociedad ibérica, cáncer incurable por cuanto traia su orígen del carácter de nuestra nacion y se agravaba con aquella misma servidumbre.»

«Una noche en que la tempestad rugia sobre mi cabeza con estruendo inusitado, me presenté pidiendo hospitalidad á la entrada de una cueva próxima á Guadix. Concedióméla su dueño, un troglodita extraño que al pronto me pareció sumido en el mayor embrutecimiento; tan pocas y groseras fueron las palabras con que se dignó recibirme, para, envuelto en ropas que me parecieron de esparto, esconderse en un rincon de la caverna y encerrarse seguidamente en el silencio más obstinado y siniestro. Por más que no me ganara en achaque de misterios y de horror y desventura, me habia chocado el continente de aquel hombre y me inspiraron conmiseracion y curiosidad la desventura, el horror y los misterios que revelaba mi huésped. Tan insistente estu-

ve en mis ofertas de consuelo, yo que no podia encontrarlo para mí, tan obstinado en mis preguntas, yo que rara vez las dirigia más que al cielo y á los elementos, pero, sobre todo, tanto debió chocarle mi figura y más que mi figura mi continente y atavíos, no muy desemejantes de los suyos, que despues de lanzar varios sonidos inarticulados, verdaderos rugidos de fiera carnicera, dijo con aspereza salvaje: «Dejadme; soy un parricida.»

«Aquella respuesta no era sino un mayor incentivo para mi curiosidad, anhelante ya desde el momento mismo en que la articulara; así que sin vacilar ni un punto le contesté yo: «sois un niño; yo soy un deicida.» Y de interjeccion en interjeccion y de monosílabo en monosílabo, llegamos á establecer una comunicacion seguida que me dió á conocer la desgracia de aquel hombre. Hé aquí su historia.»

«Yo nací, dijo, en estas montañas, horadadas por antecesores nuestros, más antiguos que la memoria de los hombres; y mi padre, Julio Mansueto, acostumbrado al trato de los romanos que transitaban la via próxima que conduce á Castulone, se alistó un dia en la legion Rapax que pocos despues fué destinada á combatir á los germanos en las márgenes del Rhin.

«Muerta mi madre, y yo en edad de resistir el peso de las armas, pensé que para volver á abrazar á mi padre seria lo mejor hacerme tambien soldado, y me uní á la legion Galbia que se formaba para el ejército de Panonia, donde era preciso cubrir la línea del Danubio, amenazada ya, como la del Rheno, por los bárbaros. Al poco tiempo de permanecer en aquellos apartados países comenzó la guerra entre Vitelio y Othon. Tomando nuestro ejército el partido de este último, me hallé en la

desgraciada batalla de Bédriac, cerca de Mántua; pero la indolencia propia de la juventud, el despecho de la derrota y el dolor por la muerte de Othon, el grande hombre que no quiso renovar los horrores de la guerra civil, áun convidándole todos á ella, me impidieron observar que habiamos sido vencidos por la Rapax, á la que un número considerable de españoles, y entre ellos mi padre, la habian hecho célebre ya y temible en los combates. No hacia, empero, sino muy pocos meses que habiamos vuelto á nuestros antiguos campos cuando las legiones de Egipto proclamaron á Vespasiano, que con Muciano andaba espiando el momento de entablar la lucha. El ejército de Mésia, en lo que hoy constituye el principado de Servia, al que acababa de unirse la legion tercera, muy adicta á Vespasiano, siguió el ejemplo dado por el de Egipto; y como la niebla que marcha á deshacerse en sentido contrario al de las aguas, así subió por las del Danubio el huracan de la sublevacion, hasta envolver en él por completo á las legiones de la Panonia, predispuestas desde la de Bédriac contra el torpe y tiránico Vitelio.»

«Con la rebelion va siempre la indisciplina, y aquel ejército hubiera perecido ahogado en ella sin la energía y la habilidad de su general Antonio Primo, tan conocedor del soldado como experto en el campo de batalla. Una marcha rápida como el pensamiento nos puso pronto en Italia, é inmediatamente de pisar su rico suelo, en aquel mismo Bédriac, cuyo recuerdo nos encendia en el anhelo de la venganza. Tomáronla, y bien ruidosa, los flavianos, muy cerca de allí, en las inmediaciones de Cremona; pero ¡cuán á costa de mi pobre corazon!»

«La Rapax continuaba en el campo de Vitelio y fué diseminada, como la Itálica, en todo él para con su decision dar calor, si así puede decirse, á las demás legiones.»

«Era de noche y, en vez de reposo, el ejército de Panonia, que acababa de tener un choque sangriento con la vanguardia de los vitelianos, pedia el asalto de Cremona, temeroso de, con el dia, verse expuesto á una capitulacion que hiciese pasar de las manos de los soldados á las de los jefes el botin, único premio apetecido ya en la milicia romana. La soldadesca golpeaba sus armas, signo elocuentísimo de su indignacion, cuando nuestros corredores trajeron la nueva de que el enemigo iba á llegar de un momento á otro, decidido á atacarnos con todas sus fuerzas. Por mucho que los centuriones y tribunos se esforzaron por imponer el órden de costumbre en las legiones, la confusion anterior del motin y la oscuridad de la noche hacian imposible una formacion correcta. Yo formé en el ala izquierda entre la décimatercia legion, que cubria la via Posthumia, y la Claudia que campaba tras de un foso natural, hondo y agreste.»

«Yo no puedo relataros, continuó el troglodita, los variados y múltiples accidentes de aquel combate nocturno, que se revelaban tan sólo por el choque horrísono de las armas y la gritería de la soldadesca. Mi legion podia apénas resistir la furia de las máquinas que los vitelianos habian establecido en su línea, y ya empezaba á flaquear y á ceder terreno, lo cual, sentido por las legiones de enfrente, las animó á intentar acabarnos con su número y su fuerza muy superiores. Vemos, efectivamente, avanzar contra nosotros una masa oscura dilatada y profunda; pero lo que más debia imponernos

fué, por el contrario, lo que devolvió el valor á nuestros legionarios, demasiado fogosos para resistir á pié firme los estragos de las máquinas. Los vélites, acogidos antes á la línea, salimos á vanguardia y entablamos el combate con los del enemigo. Tan encarnizado se hizo en pocos momentos que los príncipes y los triarios vitelianos se detuvieron indecisos, abandonando el choque rudísimo de las masas por el de los vélites.»

«Yo avanzaba reservando el *pilum* para un tiro certero: observo que á mi frente se adelanta hácia mí un enemigo con intenciones que me parecen las mismas; y, cubriéndome con el tronco de un árbol, al verle levantar el brazo, le lanzo el hierro que lo derriba en tierra. Al grito de dolor y de rabia que exhala, reconozco un compatriota en mi rival vencido, y siento en el pecho como un latido que lleva al corazon la sangre toda y me sofoca y ahoga. Corro y, prosternándome para mejor comprender la causa del vuelco secreto que en mí produce la voz conmovedora de mi enemigo, muevo su cuerpo y busco su cabeza que han de darme testimonio de la vida y de la atraccion de aquel hombre. La vida se habia escapado del cuerpo al impulso de mi jabalina, y el misterio que me detenia en lo más recio y en los momentos más críticos del combate permanecia velado por la oscuridad obstinadísima de la noche. Más anhelante cada vez, y á cada instante creciendo en mi corazon el ánsia abrasadora que en él acababa de encenderse, increpo al númen cruel que se resiste á disipar con su luz las tinieblas enemigas de la tranquilidad de mi alma. No más pronto aparece al precito el génio inexorable de su castigo al hundirse en el Tártaro, que acudió la luna á mi llamamiento para saciarse en mi amar-

gura y desesperacion. Las negras y densas nubes que la cubrian parecieron huir aterradas de mi voz; y, sobreponiéndose á ellas sereno y majestuoso, apareció el disco emblemático de la fria divinidad de la noche. Apenas iluminó el semblante, que yo volví á examinar, del cadáver arrojado á mis piés, cuando me encontré parricida, inocente matador del padre mio. «*¡Aplacaos*, exclamé horrorizado, *manes paternales*, y *no me maldigais!*» «*No era el crimen mio, lo era de todos, porque, ¿cuál es la parte de un solo hombre en las guerras civiles?*» Al mismo tiempo, y olvidando cuanto pasaba en mi derredor, levanto el cuerpo inanimado del que me habia dado vida y aliento, empiezo á abrir la fosa con el pilum mismo que clavé en su pecho, y me dispongo á rendirle los deberes últimos del amor filial. Cabalmente la luz que habia hecho manifiesta mi desgracia, permitió á Antonio regularizar la formacion del ejército y con la voz y el ejemplo conducirle al enemigo, deslumbrado por el astro propicio aquella noche á los flavianos, y yo pude continuar mi piadosa empresa ayudado de algunos camaradas compadecidos de mi infortunio. Terminada que fué, abandoné el campo de batalla y sigilosamente volví á España para encerrarme en este antro oscuro, donde, á imitacion de mis mayores, me preparo á buscar con la muerte la paz que el mundo me ha negado.»

«Así habló el hijo de Mansueto y sus palabras han venido cien veces á mi memoria en otras tantas ocasiones de luchas intestinas, más cruentas aún y dolorosas, por tener lugar en la Península y entre nuestros mismos hermanos.»

VII.

¿SERÁ VANIDAD NACIONAL?

«Cuando abandoné aquel desgraciado á su menguada suerte me trasladé á la provincia tarraconense por el camino que, aunque opuestamente, habia seguido Escipion y antes que él su padre, el vencido y muerto por nuestros compatriotas en el *Salto Tugiense*.»

«A la tranquilidad y contento anteriores, á la general gratitud que provocara Céler, digno representante de César, tan magnánimo como el primer hijo de Vespasiano, habia sucedido el disgusto y despues el temor que empezaba á difundir por toda España la conducta del segundo Domiciano, quien, como á las moscas de su estancia, parecia haberse propuesto desterrar del mundo cuanto de noble y valioso hallara en él y se pusiera á su alcance. A tal cazador tales perros, y los pretores de las provincias españolas se mostraron dignos del emperador. Las haciendas, las vidas y, lo que es aun más estimable, el honor de los españoles, estaban siempre pendientes de un impulso, muchas veces de un capricho de su crueldad. El culto cristiano sufrió en aquel tiempo una de las persecuciones que habian de irlo cada vez

más santificando y propagando, y no fueron pocos los que en España se presentaron á confesarlo á la faz misma de los tiranos; distinguiéndose, empero, Eugenio, el primer arzobispo santo de Toledo.»

«Pero como todo tiene término en la vida y la de los hombres es un relámpago en su duracion para la de las naciones, pronto vino el puñal de Estéfano á librar al mundo del mónstruo que lo deshonraba, y á darle sucesores que devolvieran la tranquilidad y la confianza.»

«Descolló sobre los cinco excelentes Césares que gobernaron á Roma desde el año de 96 al de 180 de la nueva era, Trajano, español segun ya sabeis y os he dicho, trayendo á la memoria los inimitables versos de Rodrigo Caro. España fué naturalmente objeto de su solicitud más constante, y buenos testimonios son los soberbios á la par que útiles monumentos elevados en tiempo del vencedor de los Dacios. Y no limitó sus beneficios á una sola provincia, la de su nacimiento, sino que todas participaron igualmente de ellos y lo prueban el magnífico arco de Torre-dembarra, el estupendo puente de Alcántara, el maravilloso acueducto de Segovia, la columnata de Zalamea, el faro de la Coruña y cien otras obras repartidas por toda la Península, tan útiles como bellas.»

«Tan satisfechos quedaron los romanos del primer César extranjero, que vieron hasta con gusto la eleccion de Adriano, tambien español, y sobrino del discípulo de Plutarco, sin rival *en las variadas disposiciones del ingenio y en las dotes así del alma como del cuerpo:* y tan satisfechos del segundo, que á su muerte llamaron al galo Antonino Pio, cuya mayor virtud fué el acierto en adoptar á Marco-Aurelio, uno de los filósofos más sublimes y de los Césares más ilustres de Roma. Habia comenzado

la decadencia del Imperio con los vicios y la ineptitud de los sucesores del más vicioso pero tambien el más hipócrita y hábil de los emperadores, y los romanos parecian haber comprendido que era necesario y hasta urgente buscar la virtud y la sabiduría fuera de la corruptora influencia de su ciudad. Tan pronto como empezaron de nuevo á salir de ésta los árbitros del mundo, volvieron á sumirlo en la más oprobiosa servidumbre y á precipitar al abismo la gran república que le habia dado leyes por espacio de cerca de cuatro siglos.»

«Lo que yo anduve en los ochenta años últimos excede á toda medida de espacio y de tiempo. Yo recorrí la Galia, la Germania; torné á engolfarme en los bosques y los pantanos de la Escitia, á cruzar el Tauro, y me interné en el África hasta el gran desierto, límite entonces de las expediciones de los romanos y de las investigaciones de los sábios. Yo asistí á la restauracion de Cartago y contemplé cómo agradecian mis antiguos correligionarios la generosidad de Adriano, que les otorgaba la reedificacion de Jerusalen; ví elevar en Roma la columna Antonina, rival desgraciada de la que representa las glorias de Trajano en el foro de su nombre, y contribuí en la batalla de Aquilea en el Véneto á que Marco Aurelio y su torpe colega y yerno, Lucio Vero, derrotasen á los marcomanos ó bohemios de una manera sangrienta y decisiva.»

«Dilatóse por muchos años mi vuelta á España. Mi amor, mis deseos, la inspiracion de todos los dias me inclinaban siempre por el camino del sol, no pensando sino en acompañarle para hundirme con él en nuestras tierras occidentales: el misterioso impulso que me obligaba á andar sin descanso me detenia á veces al pié del

Pirineo, ó me dejaba sólo contemplar el pátrio suelo desde la columna Tingitana de Hércules. Así es que continué mi peregrinacion por comarcas, muchas desconocidas entonces, otras de que, como la India, se habia olvidado ya la grandeza y la cultura, hasta la memoria de haberlas conquistado el Macedonio, y algunas en que nada más que una sombra de soberanía conservaba el pueblo-rey, atento sólo á la satisfaccion de su orgullo, á las querellas interiores y á conservar ó adquirir despojos de sus antiguas depredaciones ó de sus nuevos latrocinios y crímenes. Sin embargo, el mundo romano me atraia irresistiblemente, buscando en él la agitacion y los peligros que me negaban las demás regiones, ó inhabitadas ó sumidas en la inmovilidad social de sus antiguas y estables instituciones. La soledad me ahogaba con su horrible monotonía que me recordaba mi delito, mi sentencia, la expiacion que iba cumpliendo, y preferia las tempestades de una sociedad que, por lo corrompida y turbulenta, debia ofrecerme sensaciones que me distrajesen de mi pena.»

«Podria referiros anécdotas curiosas de aquel tiempo; podria daros noticias nunca escritas sobre países que han aparecido explorados mucho despues, y podria, en fin, revelaros cómo han sido descubiertos con idioma, usos y leyes de reinos y repúblicas conocidas de antiguo: el tiempo, sin embargo, me lo veda, la ocasion no es propicia, y entre los rasgos generales de mi historia introduciria una gran confusion con tantos y tales pormenores. En eso precisamente debe cifrarse el arte del historiador; en no mezclar en su narracion episodios ó detalles que interrumpan la uniformidad y distraigan del objeto grande y moral á que trata de conducir á sus

lectores. Esa es la primera cualidad de Tácito y de Maquiavelo.»

«Mientras yo me hallé fuera de España, sin las persecuciones de los cristianos, cuyo número se elevaba cada dia en proporciones extraordinarias, nada sucedió digno de ser referido. Toda la tierra se mantenia sometida á los imperiales, y los habitantes no aspiraban más que á la paz y á proporcionarse con la agricultura y el comercio el bien estar de que sus abuelos se habian visto privados con tantas disensiones y guerras. Sólo las persecuciones religiosas, repito, turbaron á veces aquella tranquilidad, y áun esas hubieran pasado desapercibidas en la Península sin el celo infernal de algunos de los gobernadores de las provincias. La más larga y más sangrienta de todas fué la que en nombre del emperador Diocleciano ejecutó en la Tarraconense el procónsul Daciano. Los de la Bética y Lusitania siguieron su ejemplo, pero nunca con el encarnizamiento de aquel tiránico y sanguinario legado de uno de los Césares más hábiles y generosos. Todas las ciudades de su gobierno fueron teatro de las ejecuciones más bárbaras, y César Augusta, donde el pueblo habia abrazado con singular fervor el culto de la Vírgen aparecida en su seno, presenció el suplicio de tantos de sus hijos que se reputaron como *innumerables*, sacrificados en los lugares mismos en que catorce siglos despues habian de serlo tambien sin cuento por la independencia de la pátria. Enardecido Daciano con aquella matanza y más sediento de sangre cada dia, queria, á imitacion de Calígula, que los cristianos de su gobierno no tuviesen más que una cabeza para cortársela de un solo golpe, é ideó el publicar un bando prometiendo perdon y libertad á cuantos adora-

dores de Cristo abandonasen la ciudad; y cuando fiados en su palabra salieron al campo, como Galba en los Lusitanos, ejecutó en los restos cristianos de la poblacion zaragozana la más horrible y feroz carnicería.»

«La abdicacion de Diocleciano proporcionó á España nuevos gobernadores que devolvieron la tranquilidad y confianza hasta que, exaltado Constantino al trono, quedó triunfante y se hizo oficial la religion del Crucificado.»

«Y aquí voy á revelaros la causa más influente en la conversion de Constantino, causa de que dan alguna idea los historiadores cristianos, pero vaga é imperfecta.»

«En una de mis aproximaciones al Pirineo, y cuando desesperanzado de penetrar en España atravesaba las Gálias, encontré un campamento romano. Objeto de burla para algunos de los soldados, hube de defenderme y con mi garrote derribé por tierra cuatro ó cinco de ellos. Un centurion que habia acudido al ruido de la refriega, admirado de mi ardimiento y de mis fuerzas, se abre paso por entre los combatientes que formaban un círculo en derredor mio, como los perros en derredor de una fiera, de un rádio, sin embargo, siempre mayor que la longitud de mi garrote. Enterado del suceso, echa en cara el centurion á mis enemigos su barbárie y cobardía y, alargándome la mano, me pregunta quién soy y cómo me encuentro en aquellos sitios. «Soy español, le respondo, y mi destino es el de errar por el mundo sin fin y sin objeto.» «Serás algun loco, me dice, cuando te atreves á combatir solo contra tantos que, sin la intervencion de mi autoridad, hubieran muy pronto acabado contigo.» «Poco me conoces, le contesté de nuevo; sin tu venida hubieran perecido cuantos llegasen al alcance

de este palo. El número podrá inutilizar mis esfuerzos, pero ni diez triarios, separados ó juntos, son capaces de resistir la pujanza de mi brazo.»

Estas palabras, confirmadas con el espectáculo de los cadáveres que me rodeaban, hicieron vacilar al centurion un corto rato sobre el partido que debia tomar, ordenándome, por fin, seguirle á la tienda de su general. De un interrogatorio parecido al que os acabo de comunicar, pasó el general, que no era otro que el emperador Constantino, jefe entonces del ejército con que penetró en Italia en busca de su competidor Majencio, á preguntas y observaciones de un carácter que revelaba no ver en mí un loco vulgar sino un hombre extraordinario y útil para la ejecucion de sus proyectos. El conocimiento que yo demostraba de los hombres y de los sucesos que traian tan conturbado el mundo, la pintura que yo le hacia de unos y otros, comparándolos con hombres y sucesos semejantes, unos recientes y otros antiguos, así como la descripcion de los países y lugares en que iba á decidirse su suerte y la del Imperio, produjeron en Constantino, además de un gran asombro, la ambicion de utilizarme en su empresa.»

«A solas con él no se satisfizo con las noticias que le proporcionaba y me pidió consejos. «Un génio, no sé si »propicio ó adverso, me dijo, te envía á mí: tu valor y la »confianza que pones en la fuerza de tu brazo no son de »un hombre cualquiera; en tí hay algo de extraordina»rio que yo no sé explicarme, pero que pertenece á otra »esfera ó á otra raza superior á la en que nace y se de»sarrolla el comun de los mortales. Tú me has sido, pues, »enviado, más que para hacerme ver tu esfuerzo y tu in»génio, para apartarme del camino que he emprendido,

»ó para animarme á seguirlo y dirigirme á su término, »á la meta de mis designios, que acaso sean los de los »dioses.»

«De Dios,» le interrumpí.

«¿Eres cristiano?» me preguntó con torvo acento.

«Ojalá, le repliqué; porque fuera del Sacrificado en el Gólgota no hay salvacion. Tú me has pedido consejo y voy á dártelo. La nueva fé se difunde por el mundo romano con rapidez maravillosa; el número de los iniciados es ya infinito; su valor está probado en peligros mucho más tremebundos que los de las batallas; el que los conduzca á ellas con su bandera, que es la de la humildad y de la abnegacion, aquel será el vencedor. El que dió la victoria á Marco-Aurelio contra los marcomanos por la súplica de la legion cristiana, ¿no la dará al que proclame la independencia del pensamiento y la libertad de su culto?»

«Constantino pareció abismarse en hondas meditaciones. Se conocia por su semblante que luchaba entre encontrados impulsos; los del error de su educacion y los de las ambiciones que abrigaba en su pecho. Al poco tiempo y bruscamente me relegó á una tienda inmediata, en la que me hizo custodiar con la más severa vigilancia. Al siguiente dia me hizo llamar, y revelándome la extraordinaria vision celeste del Lábaro que sabeis todos, me estrechó para que le acompañase y sirviese.»

«No era yo dueño de hacerlo; así es que tuve que abandonarle en el paso de los Alpes; pero algunos meses despues presencié en Ponte-Molle la muerte de Majencio y la entrada triunfal de Constantino en la capital del Imperio.»

«Ahí teneis el fundamento de la noticia que dan algu-

nos historiadores sobre la conversion de Constantino, debida á un español que con su celo por la religion de Cristo logró imponerla á sus más crueles enemigos en el seno mismo privilegiado del paganismo. ¿Quién ayer os habia de decir que íbais con un personaje que tanto debe halagar la vanidad nacional, en compañía de ese español que hace más de mil cuatrocientos años consumaba una de las revoluciones sociales de mayor alcance y daba en su pátria tranquilidad á las conciencias, reposo á las fatigas recientes todavía de la persecucion, y la victoria á la fé de un pueblo que habia de conservarla á través de los tiempos y de las pruebas más rudas?»

A este punto llegaba en su narracion el misterioso oficial cuando empezamos á subir la pendiente del monte en que asienta la ciudad de Frosinone. La grava del camino, recientemente echada, impedia el movimiento desembarazado de las ruedas de nuestro carruaje, y los caballos jadeantes de cansacio se detenian á cada paso, y despues se resistian tenazmente á seguir la marcha. Por más que el *vetturino* se esforzaba por ganar la altura, ya sacando de su paladar el ruido animador peculiar de los de su oficio, ya increpando á los brutos por su flojedad y pereza, siempre en el tono flébil que caracteriza á los aurigas italianos, era raro el paso que avanzábamos y se hacia de temer un retardo que despues pudiera costarnos un dia más para alcanzar al ejército.

Embargada iba mi imaginacion con el relato interesante de nuestro camarada, y distraido yo con la presencia del que lo hacia, á cada punto más incomprensible para mí; pero las frecuentes paradas y la inmovili-

dad, por fin, del coche, me sacaron del arrobamiento en que me hallaba. Enterado del motivo de la detencion, discurrimos el medio mejor de salir de aquel atolladero, que realmente no venia á ser otra cosa el camino en el estado en que lo habian abierto al público los ingenieros napolitanos. Colonna proponia se enviase un mensaje al gobernador de la ciudad que se divisaba en lo alto, solicitando un tronco de caballos más fuertes y ménos cansados que los nuestros, y el oficial, que se habia apeado, opinaba porque, sin la carga de nuestras humanidades, se tratára de que la carretela continuase con el mismo tiro. Yo me adherí al consejo de tan experto viajero, al que tampoco se resistió Colonna, sea por someterse á la mayoría de votos, ó por no habérsele ocurrido antes el que aligerados del peso más grave podrian quizás los caballos vencer el trozo de camino en que aparecia la piedra á descubierto.

Pero áun pié á tierra nosotros y de mano los caballos, no conseguíamos nuestro intento. El *vetturino* seguia con sus castañeteos y sus lamentosas interjecciones; Colonna penetrado de la inutilidad de nuestra resolucion vista la de los esfuerzos heróicos del conductor; el oficial riendo á carcajadas contra su costumbre, y yo incomodado hasta la rabia. Mi indignacion empezó á revelarse por un grito que hizo enderezar las mústias orejas á los caballos, inclinándolas inmediatamente despues hácia el sitio de donde habia partido el grito. Esto me inspiró la idea de valerme con aquellos indolentes animales de los medios mismos que nuestros carreteros españoles; y á pesar de los gestos negativos del dulcísimo Colonna, y entre las carcajadas homéricas del tétrico viajero, tuve el placer de contemplar cómo los

caballos italianos respondian tambien á las enérgicas expresiones, á los llamamientos marciales, á los gestos, en fin, y á los palos con que suelen regalar los oidos y los lomos de los nuestros los viandantes y mayorales.

Y llegamos á Frosinone.

El gobernador era uno de tantos suizos como servian en el ejército napolitano, de grueso bigote y patillas descomunales, de una bondad verdaderamente germánica, valiente y leal como han sabido serlo siempre los de su país.

El rey Fernando distinguia á los suizos con afecto y solicitud excepcionales, y no solo por su lealtad sino que tambien por sus conocimientos, extraordinarios en militares reputados generalmente más como de oficio, si así puede decirse, que como de carrera. En el Estado-Mayor del ejército los habia distinguidísimos, y en su depósito de la guerra conocimos oficiales, como Schumacher, dignos compañeros en él del comandante del cuerpo, Sermo. Sr. Conde de Trápani.

Y aquí me voy á permitir una ligera digresion que estoy bien seguro me dispensará el lector, á quien no habrá dejado de inspirar alguna curiosidad tal nombre en ocasion semejante. A mí me la infundió, y grande, el augusto personaje cuando supe que se encontraba en Gaeta, y la satisfice muy agradablemente al consultar en el archivo topográfico los datos que nuestro ejército necesitaba para operar en la frontera de los Estados Pontificios. No soy exacto al referirme en este caso á mi sola persona, exclusivismo de que quiero sincerarme: íbamos cuatro á satisfacer aquella curiosidad; el inolvidable brigadier Buenaga, el entónces capitan Madera, tan conocido por su talento, su memoria y su facundia,

el severísimo é imparcial hasta la exageracion señor brigadier Ibarra, nunca avenido con la adulacion ni áun la lisonja, y el que trae á la memoria en estos momentos aquella grata visita. Pues bien; los cuatro salimos de ella igualmente impresionados: el conde de Trápani era, en nuestro concepto, un apuesto jóven, un oficial instruido y un príncipe capaz de influir favorablemente en la administracion de una república. Del Trápani de nuestras caricaturas políticas al Trápani real y verdadero habia la distancia de lo ridículo á lo digno, de lo ignorante á lo discreto, de lo malo, en fin, á lo bueno, á lo excelente.

Pero volvamos al suizo de Frosinone, digno tambien de memoria y loa.

El uniforme de los españoles era en Italia salvo-conducto segurísimo para viajar, carta de introduccion de persona respetada y querida; lo era todo menos letra de cambio. Napolitanos, franceses y tudescos nos recibian con la mayor benevolencia, nos proporcionaban toda clase de facilidades para ver y estudiar sus campamentos, armas y maniobras, y nos colmaban de elogios, galantería la más estimada por nuestros compatriotas, y por lo mismo quizás rara vez devuelta. Los romanos, hasta los sublevados contra la autoridad del Pontífice, si al principio se mostraron retraidos y oscos con nosotros, huyendo á los montes como de vándalos ó suevos, no tardaron en soportar, primero, con resignacion á los que llamaban sus opresores y poco despues á recibirnos con agrado. Es verdad que habia una razon potísima para dar la preferencia á nuestros soldados sobre los de los demás ejércitos aliados, la de que dejábamos todo nuestro presupuesto en sus ciudades, mientras los otros

las afligian con multas y exacciones; pero es un hecho honrosísimo para las tropas españolas el que, al término de su ocupacion, era raro el pueblo que no hubiese acudido á Su Santidad en demanda de una guarnicion española.

¡Qué decepcion tan grande hubiera experimentado el autor de «*I prommessi spossi*,» viendo en los Estados romanos el poco caso que se hacia de su intencionada diatriba contra el presidio español de la aldea de Lecco!

Ya nos íbamos olvidando nuevamente del excelente gobernador de Frosinone. Es verdad que es tan poco lo que tenemos ya que decir de él que con manifestar á nuestros lectores que en la corta visita que le hicimos nos reveló la amabilidad que le acabamos de atribuir, saben cuanto nos habíamos propuesto declarar sobre él en este escrito.

. . . . . .

VIII.

¡VÉ Á ROMA!

Ya estamos instalados otra vez en el coche, y descendiendo por el bellísimo zig-zag que conduce al puente del Liris.

¡Qué espectáculo el que desde allí se disfruta! Tal que nuestro oficial se puso, contemplándolo, á recitar los siguientes versos latinos, cuya belleza no es fácil trasladar en una traduccion rápida como la que íbamos haciendo mientras él los iba declamando:

«*Ni los frondosos bosques de los Medas, ni las riberas* »*lindísimas del Gánges, ni el Hermus y sus arenas de* »*oro, ni la Bactriana, ni la India, ni la Arabia, cuyo* »*suelo produce incienso, pueden rivalizar con Italia en* »*maravillas. No fueron, es verdad, los campos de la Ita-* »*lia arados por bueyes que arrojaran fuego por sus na-* »*rices; nunca fueron sembrados en ellos los dientes de un* »*dragon, ni cosecha de cascos, de lanzas y guerreros erizó* »*jamás sus tierras; pero las espigas rebosando en grano* »*y el jugo Másico tan apreciado por Baco, abundan en* »*estas comarcas cubiertas de olivos y de alegres rebaños.* »*Aquí el bruto guerrero salta orgulloso de la yerba: allá* »*la blanca oveja y el toro, la más noble de las víctimas,*

»bañado, Dios del Clitumne, en sus sagradas ondas, han »conducido á los templos nuestras pompas triunfales. »Aquí reina una primavera eterna: aquí reina el estío »en meses que no son los suyos; paren dos veces las ovejas »y los árboles se cubren dos veces tambien de fruta. No »hay aquí por qué temer ni la rabia del tigre, ni la raza »cruel del leon, ni la mano engañada coge venenos mor- »tales, ni la serpiente desenreda sus inmensos anillos ni »los recoge en pliegues tortuosos. Añadid á eso tantas »ciudades magníficas, obras tan maravillosas; esas for- »talezas suspendidas sobre rocas escarpadas, y esos rios »que se deslizan al pié de antiguas murallas. Y ¿habla- »ré de los dos mares que al Norte y al Sur bañan la Ita- »lia; de esos lagos inmensos que encierra? ¿Será necesario »nombrarte, Laris, el más grande de todos; y á tí, Bé- »nacus, á quien podria llamarse mar por tu ruido y por »tus olas? ¿Habrá que recordar esos puertos célebres, »esas barreras que defienden al Lucrino, y contra las »que va mugiendo á estrellarse la onda indignada en »esos lugares en que el puerto Julio resuena á lo lejos »con el ruido de las olas que rechaza por un lado, mien- »tras por el otro les abre paso libre hácia el Averno?»

«Italia ostenta tambien en su seno la plata y el bron- »ce, y sus rios han hecho rodar por ellos el oro en abun- »dancia. Ha producido el Marso, el Sabino, el Liguro »endurecido á la fatiga, el Volsco, tan hábil en lanzar »dardos, todas esas duras razas de hombres; ha dado á »luz los Décios, los Mários, los heróicos Camilos, los dos »Escipiones, esos rayos de la guerra, y á tí, sobre todos, »César, que ya vencedor en las extremidades del Asia, »rechazas en este momento lejos de las fronteras roma- »nas al indio que tiembla á tu presencia.»

«*Salud, ¡tierra de Saturno! ¡Tierra fecunda en cose-*»*chas y fecunda en héroes...!*»

«No nos direis ahora, le interrumpió Colonna, que aprendísteis esos versos de boca de su autor.»

«Ciertamente, contestó el oficial; como que no habia nacido yo al pasar á mejor vida el Mantuano, y mucho menos cuando escribió sus inimitables Geórgicas.»

La conversacion sobre las obras de Virgilio y de los demás poetas latinos duró cortos momentos, impacientes Colonna y yo de que reanudase la historia de su vida aquel hombre extraordinario ó demente. No tardó en conocer que la parte que tomábamos en la revista poética se reducia á monosílabos puestos en su oido por la cortesía, no por el interés de un asunto que desaparecia al compararlo con el que debia inspirarnos el fascinador de todo nuestro viaje de regreso. Ya he dicho que nuestro acompañante habia desechado todo escrúpulo sobre la suerte que pudiera cabernos, vista la infeliz que auguraban sus revelaciones, y se habia vuelto expansivo y hasta locuaz. Así es que muy poco despues de haber cruzado el Liris y de correr en la llanura por el camino de Roma, nos consultó acerca del punto en que habia dejado su historia y emprendió su prosecucion con gran contentamiento de sus dos oyentes.

«Pasaron años y cerca de un siglo sin que yo hiciese más que errar por el globo sin tino y sin conciencia, ya perdido en selvas y montañas nunca pisadas por planta humana, ya engolfado en desiertos, verdaderos mares de arenas tan inhospitalarios como aquellas.»

«El imperio romano se desplomaba por la division de los que más debian cuidar de sostenerlo y por la que

Constantino, con llevar su silla á Bizancio, la habia tan desacertadamente provocado. Creia desde el Bósforo ejercer mayor vigilancia y accion más eficaz sobre las vastísimas y remotas comarcas que constituian el mundo romano, y le arrebataba la unidad simbolizada en la ciudad del Tíber y la fuerza de la tradicion, las glorias y el prestigio que en ella á ver y admirar se habian acostumbrado. Los sucesores de Constantino creyeron muy luego que su grandeza y su felicidad se cifraban en la grandeza de la nueva metrópoli y en el fausto y la molicie á que les arrastraban los usos de los pueblos orientales entre quienes se habian establecido. La parte occidental fué olvidada; y cuando para atender á su administracion, que se creia imposible por quienes debian ignorar hasta los nombres de Augusto, de Adriano y Marco-Aurelio, se dividió el poder, los emperadores de Occidente se vieron privados de los medios de defensa que los de Oriente suponian más necesarios en el bajo Danubio y las fronteras del Asia. Las legiones iban á Oriente para garantir á Constantinopla de una invasion; á Oriente las escuadras para proteger el comercio que solo se hacia en Egipto, Chipre, Fenicia, Jonia y Grecia, y se arrancaba de Italia el oro hasta para asoldar bárbaros con que repeler los ataques de los que les sucedian en la marcha constante de todas las tríbus hiperbóreas hácia el Mediodia y el Occidente de Europa. El anhelo de botin en los más próximos, el miedo á otros pueblos, más groseros aún y crueles, en los moradores de la Escitia y de la Escandinavia, y la ambicion de mejorar de pastos para sus ganados ó de tierras que cultivar en los que ni de oidas conocian todavía el imperio romano, producian un flujo de hombres, de familias, de

tribus y naciones del Norte al Sur que si al iniciarse pudo contenerlo la disciplina de las legiones, dividido el Imperio inundó las fronteras y amenazó anegar en sangre las provincias inmediatas. Repetidas veces el talento de los generales, la excelente situacion de las fortalezas y su abundante tormentaria produjeron uno como reflujo en las invasiones que, rechazadas, eran motivo entre los bárbaros de colisiones que paralizaban su accion contra el Imperio; pero, desguarnecidas las fronteras y abandonado el Occidente á las solas fuerzas de un pueblo que con la costumbre de los tributos y de las exacciones que exigía, habia convertido sus feraces campos en jardines de recreo y con la corrupcion habia perdido sus hábitos militares, no hubo ya diques que detuvieran el huracan. Se recurrió á la habilidad, y los primeros en llegar de los invasores fueron seducidos, deteniéndose mediante donativos inmensos y áun conteniendo á los que detrás de ellos llamaban ya á las puertas del Imperio. Pretextando, sin embargo, la falta de cumplimiento en las estipulaciones, descontentos de trato tan repugnante como el de combatir á los hermanos en defensa de sus enemigos comunes, y más inclinados, quizás, á arrollar cobardes que á contener valientes, se decidieron á acabar la obra á que se consideraban llamados por la Providencia.»

«Los gritos de dolor del Occidente no encontraban eco alguno en el Oriente. Por el contrario, el nuevo Imperio buscaba la tabla de salvacion en la ruina del antiguo; y en una ocasion le negaba una escuadra de auxilio contra los vándalos, con quienes habia hecho alianza; en otra animaba á los visigodos á invadir el Occidente, y la hubo en que el emperador Zenon, para deshacerse de

Teodorico, le persuadió de que atacara la Italia, saqueada ya por Alarico, Genserico y Odoacro.»

«Roma se habia engrandecido con su robusta unidad y la division de sus enemigos: el dia en que aquella se rompió y éstos se unieron, no tenia más vida que la que la dieran las armas, y las armas fueron enmoheciéndose con la indisciplina y la corrupcion hasta caer al suelo rotas ó abandonadas.»

«Estais hablando como un Montesquieu,» le dije yo interrumpiendo un momento al oficial.

«Difiero de él, sin embargo, me contestó, en que, mientras dice que, «por el acontecimiento más extraordinario del mundo, Roma habia anonadado á tal punto los pueblos que cuando fué vencida pareció que la tierra hubiese engendrado otros nuevos que la destruyesen,» yo creo que los anonadó á tal punto, que el dia del peligro no tuvo quien la defendiera ni áun quien pudiera defenderse á sí mismo. Pueblos como el galo y el ibero, que habian luchado siglos enteros por su independencia contra los primeros capitanes de Roma, vieron impasibles cómo entraban en sus tierras y saqueaban é incendiaban sus ciudades. Roma habia apagado en todos ellos el fuego del patriotismo, y la única asimilacion que les habia concedido era la de sus corrupciones.»

«He pronunciado un nombre célebre por dos veces, el de Alarico; y ha llegado el caso de revelaros la conexion del segundo con el que os dije hace poco habia yo llevado en el mundo. ¡Cuán grande no será vuestro asombro cuando sepais que el rey de los visigodos y yo éramos una sola y misma persona!»

Estupefacto, con la boca abierta, mas sin poder arti-

cular una palabra, miré al oficial y á seguida miré á Colonna que, á su vez, parecia un niño en comedia de magia.

«¿No os lo he dicho? prosiguió nuestro hombre; y, sin embargo, voy á demostrároslo.»

«En los últimos años del siglo IV me encontraba en la Tracia, en los Principados Danubianos, donde se habian establecido los visigodos, huyendo de los hunos que por una casualidad habian salvado el *Palús Meótides*, ó mar de Azof, por el Bósforo Cimeriano, ó Estrecho de Enikale. El terror les habia hecho aceptar la condicion de pasar el Danubio sin armas; pero con la astucia de sus jefes y la amabilidad de sus mujeres habian obtenido de los comisionados imperiales el llevarlas, siquier fuese subrepticiamente y á escondidas. Los visigodos no eran para colonos porque no sabian cultivar la tierra, y fué necesario señalarles racion de trigo, del que, con perjuicio de Italia, se hacia llevar de Sicilia y Egipto á Constantinopla. No era fácil el proveer á nacion tan numerosa, y pronto empezaron á hacerse oir las quejas y, no mucho despues, las amenazas. El emperador Valens, creyéndolos desarmados, las despreció, y cuando le fué descubierto el engaño, marchó contra ellos á la cabeza de un numeroso ejército. Como allí donde estallaban los huracanes de la naturaleza y los del corazon humano me hallaba yo siempre, asistí á la batalla y fuí el triste matador del César bizantino. Despues de cuatrocientos años de recorrer el mundo, yo era un verdadero cosmopolita, tan egipcio en Menfis, romano en Roma y godo desde el Báltico al Euxino, como judío en Jerusalen y celtíbero en Alcabrica y Bílbilis ó Calatayud.»

«Así, antes de la batalla de Adrianópolis, era yo un

godo distinguido por mis conocimientos entre los bárbaros, y despues por mi valor y mi fuerza incontrastables. Subió de punto entre ellos mi influencia al decidirse el partido que se debia tomar inmediatamente despues de la victoria. Los más fogosos pedian la continuacion de la marcha á la metrópoli de Oriente, pero yo hice ver los peligros que íbamos á correr si, con el desvanecimiento del triunfo, acometíamos la empresa de humillar el imperio romano en la region precisamente en que se hallaban reunidos todos los elementos de fuerza con que todavía contaba. «Valientes visigodos, »les dije, conozco á nuestros enemigos y sé dónde está »su fuerza y dónde su flaqueza. Si mañana al levantar el »campo seguimos el camino de los fugitivos, no tarda»remos en encontrar legiones y legiones, máquinas y »fortalezas que nos detengan en él. El imperio de Orien»te absorbe ahora el jugo de todo el mundo romano y, »como el árbol de vuestras selvas, no perecerá hasta que »le sean arrancadas las raíces. A Italia, pues, á donde »os llama la Providencia para hundir en el polvo los »ídolos que aún adora esa raza degenerada, y á la vez »el señorío universal, cuya restauracion espera todavía »de ellos. Yo os guiaré por comarcas no devastadas to»davía al otro lado de los Alpes, y la victoria, el botin y »los placeres serán la recompensa de vuestro valor y el »cumplimiento de vuestros destinos.»

«Acogióse mi arenga con general aplauso. En aquellas hordas habia un principio de cultura, adquirido con el roce de la sociedad romana, y no era difícil trasmitirles con éxito la razon de las operaciones que convenian á su existencia y engrandecimiento.»

«Se emprendió, pues, la marcha á las pocas semanas,

sirviendo yo de guia, cual otro Moisés, á aquella inmensa muchedumbre. Los militares modernos no pueden formarse una idea de las dificultades logísticas de tal ejército. No existia en aquel, género alguno de disciplina ni en su composicion ni en su organismo: marchaban, no por cuerpos militares, no por armas, sino por familias, al cuidado cada una de sus intereses que constituian una *impedimenta* superior á todo cálculo; ganados con su paso tardo y errante; carros cargados de mujeres y niños, de enseres de campamento y domésticos, y en derredor los hombres de armas, más atentos al cuidado de la familia que á las necesidades del ejército. Eran leguas y leguas las que ocupaba aquel enjambre en su emigracion, y en ocasiones evacuaba la cabeza una provincia cuando los últimos pensaban en invadirla.»

«Así llegamos á Iliria, donde debia reunirse toda la nacion con el objeto de concertar la entrada en Italia, que suponíamos trataria el enemigo de cerrarnos. Seria tarea dilatada y enojosa, é impropia además de esta coyuntura, el referiros los episodios de aquella marcha, los incidentes del paso de los Alpes, ni los de la irrupcion nuestra en los valles que desembocan en el Adriático. Sólo os diré que todos fueron felices y que en cuantos encuentros tuvimos con los imperiales, no ya romanos, como los que habian encontrado las primeras hordas germánicas en el Danubio y en el Rhin, sino bárbaros como los que íbamos á combatirlos, asoldados para detenernos en la frontera, nuestros bridones lo arrollaron todo y lo vencieron.»

«En su inmenso júbilo y al contemplar desde los montes Julianos las risueñas y feraces campiñas que yo les

señalaba, el ejército todo me aclamó All-reich, Alarico, rico en todo, en valor, en saber, en la fortuna, y me alzó sobre el pavés con el título y las insignias soberanas.»

«Me direis, á dónde iba, yo hombre sin direccion espontánea, con qué objeto, yo hombre sin voluntad, condenado á errar sin él, sin aspiraciones y sin necesidades de ninguna índole. Pues bien: sentia dentro de mí una voz secreta, tan poderosa como la de mi condenacion, la misma, que me decia sin cesar: «*Vé á Roma y aterra el Capitolio.*» Y ni el dia con sus variados espectáculos, ni las tempestades de la naturaleza, ni las más conmovedoras de la humanidad, las batallas, ni áun el huracan deshecho que agitaba mi espíritu, lograban distraer ni apagar aquella voz que sobre todos los pensamientos y sobre todos los ruidos murmuraba siempre: «*Vé á Roma y aterra el Capitolio.*»

«A la primera noticia de nuestra entrada en Italia, el emperador Honorio habia querido huir; pero detenido por Estilicon, su tutor,—que ya eran bárbaros los que cuidaban de los Césares,—logró al frente de un ejército numerosísimo hacer retroceder al nuestro que no quiso combatir en Páscua. Pero no tardamos en regresar á Italia que, ingrata como siempre, habia sacrificado á su orgullo aquel hombre, único capaz de salvarla. Muerto Estilicon, nada podia oponerse á nuestra marcha á la capital del Imperio. Los soldados romanos, sin valor ni direccion, huian á nuestra vista; los auxiliares, que acababan de vencer á Radagaso, se unian á nosotros esperando vengar á su general; y ni las fortalezas ni las ciudades se atrevian á cerrarnos sus puertas, convencidos los habitantes de su impotencia.»

«Llegamos á Roma, abandonada de su César que se

habia acogido á los muros de Rávena, inexpugnables para nosotros. Reinaba dentro el terror; pero lo numeroso del vecindario, lo extenso del recinto, lo robusto de sus fortificaciones y el cuidado de no provocar una explosion de patriotismo que hiciese inútiles todos nuestros esfuerzos, me inclinó á tratar con los representantes de un Senado que no habia querido transigir con Breno, con Pirro ni con Aníbal.»

«El rescate fué inmenso como la humillacion que con él sufria la ciudad de Quirino; pero no bastaba. El mandato misterioso que me llevaba á Roma no habia recibido cumplimiento exacto, y la voz que sentia dentro de mí no se apagaba; por el contrario, resonaba más fuerte cada dia de los siguientes al de la capitulacion. Así y despues de luchar con mil vacilaciones que levantaba en mi espíritu la concesion de toda clase de exigencias con que abrumaba al Senado y á los romanos, y pretextando faltas de buena fé que no existian, penetré con la espada y la tea en el Capitolio. Los altares de los dioses falsos cayeron hechos pedazos por el suelo, y sobre sus ruinas se alzó para siempre el signo perdurable de la redencion humana: humillado el Capitolio, que habia hecho á Roma inmortal, irguió su frente el Vaticano que habia de hacerla eterna.»

«Cesó dentro de mí la voz de «*Vé á Roma*» que me habia hecho cruzar el Danubio, pero volví á escuchar aquella otra amarga, desesperante, que me perseguia desde el Calvario. Y á los pocos dias de mi entrada en Roma á la cabeza de los visigodos y rodeado del terrible aparato de una guerra de fuego, el feroz, el grande, el incontrastable Alarico, ante quien acababa de prosternarse la antigua señora del mundo civilizado, caia de nuevo en el

abismo insondable en que Ashavero expiaba su pecado. «¡Anda, anda!» dijo la voz interior que le impelia al movimiento eterno, y el desgraciado corrió á buscar en los bosques y las montañas atmósfera pura que mitigase el ardor de la fatiga y del ánsia que le abrumaban. Sus vasallos, los visigodos, le supusieron muerto, y para hacer imposible toda pesquisa, Ataulfo, su sucesor, dispuso la inhumacion de un cadáver en el álveo del Volturno, al que se hicieron volver despues las aguas, losa extraña de túmulo tan misterioso.»

IX.

YA VA PICANDO EN HISTORIA.

«Al separarme de los godos, continuó el oficial, mi pensamiento se dirigia como siempre al de penetrar en España. ¿Me seria entonces permitido tan deseado y halagüeño proyecto?»

«Devastada Italia con tanta irrupcion como en pocos años habia sufrido de pueblos que, ignorando los goces de la cultura, no experimentaban otro que el de destruir los objetos que la representaban, ni otra necesidad que la material de la subsistencia, ofrecia corto atractivo, una vez vencida, á esos mismos emigrantes, deseosos de establecerse en comarcas feraces y, sobre todo, apartadas de la accion continua y agitadora de los que tras de ellos iban invadiendo el Occidente ávidos de sangre y de pillaje. Conseguido, pues, el objeto providencial de humillar con la espada á la que con la espada habia humillado al mundo todo, dirigian unos en pos de otros sus aspiraciones á los límites de Europa por el mismo camino del sol que tantos años hacia venian persiguiendo. La fama de riqueza de que gozaba España llamó su atencion hácia ella, y en todo el ejército de los visigodos no se escuchaba otra voz en los dias, no raros, de penuria

que la de «A España, á España». Así, Ataulfo creyó que no podia empezar su reinado con resolucion más grata para sus vasallos que la de, haciéndoles abandonar un país que no guardaba ya otro atractivo que el que debia avergonzarles, encaminarlos al que se imaginaban rico todavía de los dones, tan apreciados por ellos, de la naturaleza. «A España,» dijo pues, y aquel enjambre humano, tan errante y vagamundo como el de abejas nuevas al abandonar la colmena en que nacieran, se puso en marcha por la ribera del Mediterráneo, guia seguro en su nueva peregrinacion.»

«Llevábanse los godos un botin de que ni idea puede darse, producto de las depredaciones del pueblo romano en seis siglos de victorias por todo el orbe, y su jefe, Ataulfo, la joya más preciada de las orillas del Tíber, Placidia, hermana del emperador Honorio, de quien llegó á obtenerla como esposa, ya que no quiso que sufriese la suerte de una esclava. ¡Hermosura rarísima, idealidad de Ofelia, como ella peregrina y fantástica, prenda dulce de union en ocasiones, aliciente en otras de abominaciones y de muertes!»

«Cuando los godos, establecidos sólidamente en el Mediodia de Francia que les habia sido concedido por el emperador romano de Occidente, cruzaron el Pirineo en demanda de Barcelona, entraba yo en España por el extremo occidental opuesto, con la permision, sin duda, de quien hacia depender mi destino de una sola, pero terrible, incontrastable voz de mi conciencia.»

«¿Iria yo á combatir contra los que corto tiempo antes dirigia á las batallas?»

«No: á la de los godos habian precedido hordas en cuya comparacion eran los secuaces de Ataulfo hombres de

corazon generoso y de refinadas costumbres. Los vándalos, destructores de toda representacion civilizadora, habian dejado desierto el camino hasta la Bética, á la que iban á imponer con su nombre la memoria de la más salvaje de las dominaciones. Los alanos, rindiendo culto á un sable, demostraban su índole belicosa, y con el sangriento adorno preferido para los caparazones de sus caballos, la ferocidad salvaje de sus instintos de asolamiento y de exterminio. Se habian separado del camino de los vándalos, que encontraron exhausto, é inclinándose más al Occidente en busca de comarcas no explotadas todavía, establecídose en las provincias de la Lusitania. Más rudos aún y feroces, los suevos con sus cabelleras empinadas, cuales nos los pinta Tácito, y guardando todavía la memoria de los sacrificios humanos, no se habian detenido hasta las playas del Océano, en las que ocupaban todo el litoral gallego y las tierras que forman el ángulo N. O. de la Península. El resto del territorio español, esto es, las pequeñas comarcas que las rancherías germánicas no habian dejado desiertas á su paso, estaba todos los dias expuesto á las excursiones de los recien llegados y á la invasion de otras tríbus, alemanas tambien, y que como las de los silingos y lombardos, unas por el continente y otras por el mar, no cesaban un punto de sus correrías y desembarcos.»

«Comparados con los que les habian precedido en la invasion eran, de consiguiente, cultos y humanos los visigodos de Ataulfo, en quienes la residencia en Tracia y en Italia habia influido poderosamente para elevar su espíritu y dulcificar sus costumbres.»

«Al entrar Ataulfo en Cataluña estaba la Península

entera sumida en la anarquía más espantosa. Los bárbaros la asolaban; los imperiales cometian las violencias más repugnantes desde las plazas y puertos de la Tarraconense en que se habian resguardado; y los españoles que no habian perecido en los horrores de la invasion campeaban en bandas numerosas contra bárbaros é imperiales, ejecutando devastaciones y violencias más crueles, quizás, que ellos hasta en las propiedades y en las personas de sus mismos compatriotas. Para el marido de Placidia debian ser los romanos simpáticos, y desde el instante de su establecimiento en Barcelona se propuso con su alianza llegar al vencimiento y al exterminio de los demás bárbaros que se habian anticipado á sacar fruto de la feracidad de la tierra. Esa inclinacion, á la que iba unido el pensamiento de constituir en España un imperio gótico que ya anhelaban los ménos rudos de una tríbu cansada de errar tantos años desde el Asia al Occidente de Europa, rodeada de peligros y envuelta en sangre, fué el pretexto de que se valieron la ambicion y la envidia contra Ataulfo, y dió lugar á la primera manifestacion en España de los inconvenientes de la monarquía electiva.»

«El instigador, ya que autor no, del asesinato del que pasa por primer rey de España, no gozó por mucho tiempo del fruto de su crímen; pues á los siete dias, y cuando apenas habia encontrado espacio para demostrar su índole cruel con la muerte de los hijos y el paseo degradante de la viuda de su predecesor por las calles de Barcelona, fué Sigerico, á su vez, víctima de otra conjuracion, si no más legítima, más justificada que la suya, la que le habia elevado al trono.»

«¿Hay nada, así, estable, y que pueda ofrecer en el go-

bierno de una nacion esperanzas de prosperidad y de engrandecimiento? Cuando los caminos de la traicion y del delito se hallan cubiertos de flores y brindan con el éxito de las ambiciones, no espereis de los hombres que prefieran el escabroso y dilatado de la virtud. Es necesario cerrar aquellos con vallas insuperables y sembrarlos de escollos, tras de los que se hallen la Ley y la Justicia para enfrenar las pasiones é imponer penas severísimas á los que intenten superarlos. La ambicion y la codicia son hidrópicas, y la atencion de los legisladores debe toda dirigirse á limitarlas razonablemente en sus administrados.»

«Porque el orgullo convierte en mérito el deber, en excelencia el cumplimiento de las obligaciones sociales; porque el afecto y el interés hacen ídolos de los que pueden satisfacerlos, y es necesario á los Estados ir fijando metas donde los hombres encuentren el premio de sus trabajos y, á la par, el sosiego de sus ambiciones.»

«Y si esto se considera conveniente y justo en toda organizacion social, ¿cómo no ha de reconocerse cual indispensable en las, como la gótica, esencialmente militares? En el ejército las pasiones sufren una lucha constante y crecen y se desarrollan pronto y con vigor ante el espectáculo de las batallas, la sujecion de la disciplina y los exámenes y juicios del mando: sin límites ni freno, ¿quién logrará sujetarlas?»

«Pero basta de consideraciones que, aun cuando se crean justas y prudentes, encuentran siempre sordos los oidos de la ambicion y ciegos los ojos, siempre vigilantes y escudriñadores, de la envidia.»

«Ya en aquella ocasion no busqué la casa solar entre

los vascones, sino que, como impelido por un resorte en accion constante, cruzado el Pirineo, corrí al Ebro y de allí entré por Celtiberia hasta el teatro de la lucha encarnizada que los bagaudos, descolgándose de las montañas cantábricas é ibéricas, habian ya entablado con los antiguos y nuevos dominadores de España. Los primeros, esto es, los romanos, habian evacuado á la aproximacion de los bárbaros el Norte de la Península en que tenian asiento poco sólido. En las provincias euskaras, particularmente su ocupacion militar consistia en la de muy raros puntos de la costa y en la de algunos de esos campos, llamados *castra stativa* en el interior, pero cerca ya del Ebro, atalayas, más bien que guardianes del país hácia el que parecian vueltos. La estancia de Agripa en aquellos montes habia sido tan corta como la campaña que la motivara; y cuando yo ví por primera vez las tierras vascas y cantábricas y en la época á que me voy refiriendo, no existia otro rastro de la permanencia de los romanos, que la tradicion de la guerra cantábrica y las muestras casi borradas de alguno de los reales en que camparan las legiones traidas de Bretaña por el yerno de Augusto. Esto y un camino que desde la frontera francesa y Olearsum, no lejos ya de Irun, subia á unirse en el Ebro al de César-Augusta á Leon y Astorga, eran los únicos monumentos notables que indicasen la presencia de los soldados romanos en tiempo, entonces ya remoto, en el país de los vascos.»

«Yo me encumbré, repito, á las elevadas llanuras de lo que despues recibió el nombre de Castilla. Ardia en ellas la lucha que Polibio llamaba seis siglos antes *guerra de fuego*; lucha inexplicable por lo salvaje y cruenta, por lo extraña á todo sistema, por la variedad

de sus trances y el ningun fruto suyo favorable para los siempre divididos y volubles y rencorosos españoles. Si preguntaba á uno de sus caudillos contra quién dirigia sus armas y el objeto que se habia llevado al empuñarlas, no sabia decírmelo; porque un dia asaltaba un fuerte de los imperiales, al siguiente resistia el merodeo de un destacamento suevo, y no pocos, acusándola de alianzas extranjeras ó de frialdad por la independencia de la pátria, saqueaba una ciudad española y la entregaba á los mismos horrores y violencias que cometian sus más sanguinarios y declarados enemigos. Los celos, despues, y los ódios entre los mismos que se proclamaban defensores de la pátria y mantenedores de su independencia, impedian la comunidad de esfuerzos necesaria para resistir, ni aun para defender los objetos más caros á todos. Y por un lado suevos, alanos y vándalos en los caminos que seguian y en las provincias que ocupaban; por otro los romanos, no menos rudos y crueles, pues que el mayor número de sus tropas se componian tambien de bárbaros asalariados; y, por último, los españoles divididos entre sí, no queriendo escuchar los consejos de los prudentes, ni obedecer las órdenes de los más valerosos ó de más autoridad, iban haciendo de España un inmenso desierto, cubierto de sangre y de cenizas.»

«*Toca hablar aquí*, continuó, *de los bagaudos, de los »infelices españoles despojados, oprimidos, sentenciados »por la crueldad de jueces inicuos. Habian perdido á un »tiempo su libertad, sus derechos y el nombre romano »que tanto les honraba. ¡Y les acriminaban su desventu»ra! ¡Y les echaban en cara una rebeldía necesaria! ¡Y »les daban un nombre que les estampaba la afrenta! ¡Les*

»atribuian un nombre de que eran ellos mismos la causa! »¡Les llamaban rebeldes, desastrados (perditos), *despues »de haberles precisado á ser criminales.»*

. . . . . .

«Pero los bagaudos de España eran más bien cuerpos »concejiles que agolpamientos de infelices á las órdenes »de un capataz, recorriendo las campiñas para agenciarse »la vida. Pueblos enteros se hicieron del partido de los »bagaudos; y no solamente les dieron asilo, sino que se »les reunieron para la defensa comun. En terreno tan »quebrado, como es el de la Península, hubo alguna de »aquellas asociaciones ó repúblicas que se mantuvo arrin- »conada y desconocida por algun recóndito páramo ó va- »lle; y construyéndose allí chozas de madera y tierra »pudo mantenerse encubierta, favorecida por la ignoran- »cia de aquel tiempo.»

«Así que no creais que tal estado de cosas fuese transitorio del primer período de la nueva invasion extranjera, no; duró años y años, décadas y décadas; hasta que los godos, aniquilando á los alanos, expulsando á los vándalos, sujetando á los suevos y reduciendo la ocupacion romana á la de sólo algunas plazas del litoral del Mediterráneo, lograron á la vez imponer á los españoles con su fuerza y á que se resignaran con una dominacion ménos ultrajante y ménos salvaje que la que acababan de experimentar.»

«Con efecto; apenas elegido Walia rey de los visigodos, y concertándose, mediante la entrega de Placidia, con el romano Constancio, enamorado hacia muchos años de ella, rompe con los vándalos, á quienes arroja de Andalucía, los persigue por Lusitania, destruye de paso á los alanos, y en pos de sus restos, unidos á los

vándalos, penetra en Galicia, decidido á establecer en España un solo imperio, el de sus armas. Pero los suevos, que tenian previsto tal desastre, habian acudido al único poder capaz de detener el brazo de Walia, al de los romanos, en cuyo obsequio se satisfizo con el desarme de cuantos bárbaros se habian acogido á las montañas de aquella, para él, remota provincia. El emperador Honorio, para recompensar tal condescendencia y los que consideraba servicios prestados á la causa romana, indemnizó á Walia los territorios que dejaba de conquistar con parte del Langüedoc y la Gascuña, que tambien codiciaba el godo, deseoso de establecer en Tolosa la capital de sus Estados, entónces más franceses que españoles, por la prosperidad superior de la Aquitania, libre hacia tiempo de las devastaciones que iban dejando desierta una gran zona de nuestra Península.»

«A la marcha de Walia sucedió en España lo que era de esperar del abandono en que la dejaba la autoridad, única en aquellos tiempos, de la fuerza; sucedió un recrudecimiento de la anterior anarquía que, unido á la aparicion de males ignorados hasta entonces, hizo temer hasta la ruina total de nuestra nacionalidad. Los vándalos, realizando el apólogo de la culebra y su bienhechor, se revolvieron contra los suevos que tan generosamente los habian acogido y que hubieron de encumbrarse á las montañas de Astúrias, desde las cuales lograron, por fin, deshacerse de sus ingratos huéspedes. Al dejar éstos su abrigo y volver á las pintorescas márgenes del Guadalquivir, abandonadas por los visigodos y mal defendidas por los imperiales, desparramáronse por las provincias inmediatas á su camino y cometieron en ellas las mismas devastaciones y los horrores mismos

que en la primera época de su invasion en España. Las campiñas quedaban á su paso yermas y desiertas; las ciudades convertidas en montones de ceniza, y los habitantes que no huian á otras comarcas ó se ocultaban en los bosques y cavernas, teñian con su sangre el rastro espantable que señalaba el camino de los que alcanzaron la triste gloria de dar nombre á los excesos de los conquistadores.»

«A tantos horrores vinieron á unirse el hambre, compañera inseparable de ellos, y la peste, su consecuencia inmediata. Escenas presencié de un canibalismo cuya memoria os llenaria de tristeza y que, sin embargo, no producia el fruto que de él esperaban sus autores, el de conservar la vida, porque lo inutilizaba el tósigo cruel del contagio que tan repugnante alimento ayudaba á extender y propagar eficazmente.»

«La rabia contra los causadores de tamañas desventuras aumentaba con eso; crecian tambien los ódios intestinos, más y más concentrados á la vista de dolores menos intensos, de más soportables aflicciones: y en la resistencia á los bárbaros, en el choque con los imperiales, tan inhumanos como aquellos y tan hambrientos como nuestros compatriotas, y en las convulsiones de tan larga y penosa agonía como estos padecian, nadie pensaba más que en satisfacer agravios, en vengarlos, en matar, lo mismo al enemigo que le asestaba un dardo ó una lanzada que al hermano de quien se creia envidiado ú ofendido.»

«En Andalucía ya, los vándalos recibieron un mensaje de la parte de Africa que produjo uno de los acontecimientos más faustos para España, su embarque para el otro lado del estrecho gaditano. El conde Bonifacio,

enojado por desaires de aquella Placidia que tanto influyó en los sucesos de su tiempo, emperatriz entonces de Roma, creyó que ayudado por los vándalos podria vengarse cumplidamente y los llamó. Acudieron los bárbaros, ansiosos de nuevas devastaciones, no sin dejar á los suevos antes de su embarque memoria del agradecimiento que por su hospedaje les guardaban, con la derrota de un grande ejército en Mérida y la muerte de su monarca. Una vez en Mauritania, Gunderico hizo lo que todos en su caso, sin cuidarse de satisfacer á Bonifacio, lo despojó de su gobierno y puso en él los fundamentos de un nuevo imperio, que tardó en hundirse lo que en minarlo con su espada Belisario.»

»Se equivocaron mucho los españoles que creyeron se iba á aliviar la suerte de la pátria con la partida de aquellos ochenta mil salvajes. Los suecos, viéndose libres de vecinos tan peligrosos como ingratos, proyectaron inmediatamente sustituirlos en Andalucía y en las provincias á que aquellos solian extender sus devastaciones; y despues de renovar en Galicia los horrores de su invasion, con su nuevo rey Hermerico y poco despues con Richilan que le sucedió, llegaron á hacerse dueños de toda la banda occidental de la Península desde Ortegal á Pálos.»

«¿Qué hacian, entre tanto, los visigodos? Apasionados entonces por la Aquitania y en diferencias constantes con los gobernadores romanos de las Gálias, no atendian á lo que pasaba en España, de la que se consideraban dueños tras del vencimiento de vándalos, alanos y suevos. Pero en la época á que se refieren los sucesos acabados de relatar, tuvo lugar uno de trascendencia tanta en Europa que no es extraño se preocuparan

de él más de lo que á los españoles conviniese. Aludo á la invasion de los hunos, de aquellos asiáticos que, desde el despues llamado mar de Azof, venian empujando á los demás bárbaros, escitas, alanos, getas y germanos contra el Occidente, y acababan de llegar al Loira con su rey á la cabeza, el *Azote de Dios*, el terrible, el cruel, el inexorable Atila.»

«¿Teneis curiosidad de conocer á Atila? Pues yo os haré su retrato. «Pequeño de estatura y ancho de pe»cho, tenia la cabeza grande, los ojos pequeños y hun»didos, la barba rala, la nariz aplastada y la tez casi ne»gra. Su cuello, echado naturalmente hácia atrás, y sus »miradas, que paseaba en derredor con inquietud y cu»riosidad, daban á su continente algo de fiero y de im»perioso..... Si le llegaba á irritar algo, su semblante se »crispaba y sus ojos lanzaban fuego; los más resueltos »no se atrevian á afrontar los destellos de su cólera. Sus »palabras y sus actos mismos aparecian impregnados de »un especie de énfasis calculada para hacer efecto; no »amenazaba sino en términos que ponian espanto; cuan»do atropellaba era más bien para destruir que para sa»quear, y cuando mataba era para dejar millares de ca»dáveres sin sepultura en espectáculo á los vivos. Al la»do de eso, se mostraba dulce á los que sabian sometér»sele, exorable á los ruegos, generoso para con sus ser»vidores y juez íntegro con sus súbditos. Su traje era »sencillo, pero extremadamente limpio; su alimento se »componia de viandas sin aderezo que se le servian en »platos de madera; en todo su porte modesto y frugal »formaba contraste con el lujo que hacia desplegar en su »derredor. Con la irascibilidad del calmuko, tenia los »instintos brutales; se emborrachaba y buscaba las mu-

»jeres con pasion. Aun cuando las tuviese innumera-»bles adquiria nuevas cada dia, y sus hijos formaban »casi un pueblo. No se le conocia creencia alguna reli-»giosa y ni practicaba ningun culto: los adivinos tan »solo, ligados á su servicio como los *Chamanes* al de los »emperadores mogoles, consultaban lo porvenir á su »vista en las circunstancias importantes.»

«Este hombre, cuya vida pasó entre batallas, exponia »rara vez su persona en ellas; era general con la cabeza. »Asiático en todos sus instintos, no daba lugar á la »guerra sino despues de la política, abriendo paso á los »cálculos de la astucia antes que á la violencia, y es-»timándolos en más. Crear pretextos, entablar negocia-»ciones á todo; ensamblarlas unas con otras, como las »mallas de un lazo en que el adversario concluia por en-»redarse, tener perpetuosamente á su enemigo en jaque »bajo la influencia de sus amenazas y, sobre todo, saber »esperar, era su habilidad suprema. El pretexto más »fútil le parecia frecuentemente el mejor con tal que no »satisficiese: lo dejaba, lo volvia á tomar, lo hacia dor-»mir años enteros, pero no lo abandonaba nunca. Era »un espectáculo curioso el de aquellas embajadas innu-»merables con que más tarde fatigó á la córte de Bizan-»cio y que confiaba á los favoritos que deseaba enri-»quecer.»

«Vencido en los Campos Cataláunicos, Aecio le dejó retirarse, ó movido por el recuerdo de su amistad con el Huno ó receloso de la pujanza que habian revelado los godos, enardecidos con la muerte de su monarca, el va-leroso Teodoredo, al penetrar por los batallones ene-migos.»

«Libres del Huno y desentendidos del que los histo-

riadores han dado en llamar *el último romano* en contraposicion á Filopœmen, *el último griego*, los sucesores de Teodoredo volvieron los ojos á aquella España que habian abandonado á los vándalos y suevos y que debia ser el nervio de su imperio.»

«Teodorico I, hijo del vencedor de Atila, que habia sucedido á su hermano Torismundo, allanándose el camino del trono con el fratricidio, entró por España con un brillante ejército y venció é hizo prisionero al rey de los suevos, que quiso resistirle. Pero llamado á Francia, las tropas que dejó en la Península fueron derrotadas por los habitantes de Leon, indignados de los excesos á que se habian entregado. Libres los suecos de rival tan formidable; envalentonados los españoles con el reciente triunfo, y siguiendo los romanos en el empeño de mantener su antigua preponderancia, los choques entre unos y otros se hicieron más rudos y nuestra pátria llegó al último grado de miseria, elevado, si cabe, con un desembarco de los hérulos que, desde sus victorias en Italia, habian emprendido la piratería por todas las costas del Mediterráneo.»

«Afortunadamente Eurico, deshaciéndose de su hermano, á quien habia ayudado contra el mayor de los tres hijos de Teodoredo, puso paz en España, sometiendo unos despues de otros á cuantos batallaban en ella. Si hubiera limitado su ambicion al dominio de la Península, la habria tranquilizado por completo; pero anhelaba extenderlo por las Gálias, en las que llegó, por fin, á establecerlo entre los Alpes y el Océano. Su nieto Amalarico, por órdenes ó consejo del abuelo materno, Teodorico, rey de Italia, cuyo palacio habreis visto arruinado en Terracina, fué el primero en llevar su córte

á Sevilla, con lo que pudo considerarse sólidamente establecida la monarquía gótica de España.»

«Hasta entónces los godos no habian emprendido la reduccion de los bagaudos; pero una vez asentados en España, era para ellos una necesidad urgente la de pacificarla, pues, de otro modo, no seria posible que los sustentase mucho tiempo. Más que de las armas se valieron, para conseguir resultado tan importante, de la política, mezclándola con ellas y haciéndola intervenir en todas sus empresas contra los naturales.»

«El Código de Eurico, corregido y modificado por algunos de los sucesores suyos, revela cómo penetrándose los godos de las ventajas de vida más regular y social que la nómada que hasta entónces habian vivido, y de la necesidad de proteger la agricultura que sus instintos y organizacion olvidaban, encontraban en sus leyes y en las romanas la amalgama que debia preparar para más adelante la del guerrero del Norte con el solariego de la Península. Este parece ser el pensamiento dominante en el Fuero-Juzgo, y, sin embargo, los resultados debian ser otros, porque los godos, orgullosos con la fuerza de sus brazos, repugnaban mezclar la noble sangre de sus venas con la de aquellos que consideraban destinados á la servidumbre, y los españoles, tan altivos como ellos y más pertinaces, esperaban la desaparicion de sus enemigos en los vaivenes de su existencia militar y errante, ó su fusion indispensable en la raza indígena, que, despues de todo, era la que disponia de los medios y del trabajo necesarios para la subsistencia de conquistadores y vencidos. Estos, por otra parte, eran muy superiores en cultura á los godos, y comunicándosela, habian, por fin, de atraerlos. La atraccion prin-

cipiaba, con efecto, á ejercerse, áun sin confesarla los vencedores y manifestándose generosos, cuando uno de aquellos vaivenes, el ménos esperado, los redujo de señores á mendigos de tierra, de solar, de fuego y agua. Entónces fué cuando ellos, y con ellos el mundo, reconocieron que no habian hecho de España más que un campamento, del cual, una vez arrojados por el enemigo, no descubririan otra retirada ni otro abrigo que las montañas y los pueblos que habian recorrido y entrado á sangre y fuego en las primeras invasiones, y que desde la última dejaban, por fortuna para todos, en paz y sosiego.»

«La primera manifestacion de aquella conducta mezcla de los antiguos furores de la guerra y de la nueva política conciliadora tuvo lugar en Meacum, lugar de la Carpetania, asiento de la actual villa de Madrid, sitio áspero, destemplado y seco, abrigo de pastores, á quienes no se dió tiempo para librarse de sus perseguidores en las encumbradas peñas de la cordillera Carpetana ó de Guadarrama.»

»Desde allí á la fundacion de Olite y de Vitoria pasaron muchos años de continuas sublevaciones, castigadas siempre que lo permitian las discordias de los conquistadores, aptos todos para ceñir la ensangrentada corona de sus reyes con el rigor característico de su orgullo, mitigado, en lo posible, con la templanza de su situacion y las previsiones del porvenir.»

«Ya os he dicho que Amalarico asentó su trono en Sevilla, mansion en todos tiempos deliciosa, lo mismo en el de los escrutadores fenicios y en el de sus interesados hermanos los cartagineses que durante la dominacion romana y despues de las devastaciones de los vándalos.

No disfrutó mucho de ella, yendo á morir en la Gália por defenderla contra Childeberto y Clotario, enojados de los malos tratamientos usados con Clotilde su hermana, esposa católica del arriano Amalarico.»

«A éste sucedió Teudis, su tutor, y á Teudis su general Teudiselo, vencedor de los reyes francos al regresar de Zaragoza, inconquistable entonces por su devocion á San Vicente, como lo fué despues por el favor de la Vírgen del Pilar. ¡Destino glorioso el de la ciudad del Ebro, el de haber sido siempre el blanco de las irrupciones francesas y siempre el baluarte de la independencia de España! Childeberto y Clotario, como tres siglos despues Carlo-magno, salieron escarmentados de las breñas del Pirineo donde esperaban, á aquellos los godos y á éste los árabes, ayudados unos y otros por los naturales que nunca han consentido se pise impunemente sus montañas. Pero estos dos sucesos, tan gloriosos como son para Zaragoza, quedan oscurecidos por los de 1808 y 1809, que son y serán ejemplo de memoria perdurable, cuyo eco, repetido de nacion en nacion y de pueblo en pueblo, servirá de estímulo á los que, abrasándose en el amor de la pátria, vean atropellados los fueros de su independencia.»

«Al asesinato del corrompido Teudiselo siguió muy de cerca el de Agila, no ménos desarreglado en su conducta; y recogió su corona en Mérida Atanagildo, uno de los pocos soberanos de aquella época que no cayera á los golpes de una espada ambiciosa ó de un puñal vengativo. Atanagildo, abrazando, aunque en secreto, el catolicismo, es una prueba de la atraccion que hace poco os decia iba á ejercer muy pronto la nacionalidad española sobre sus vencedores. Más civilizada, les inspiraba

leyes que la eran propias; agrícola, se ponia en constante comunicacion con los que, despreciando todo trabajo que no fuese el de las armas y todo arte que no fuese el de la guerra, necesitaban de aquella para subsistir; y católica, en fin, habia de ir minando con su ortodoxia el exclusivismo de una doctrina que sólo habia de encontrar en hordas ignorantes el vehículo de sus errores por el mundo cristiano.»

«Creció esa atraccion en el reinado subsiguiente de Leovigildo, la figura más eminente de los soberanos godos, si se exceptúa la de su hijo Recaredo. Leovigildo, que llevó á cabo con la mayor felicidad la unificacion de la Península en el sentido de la dominacion, repartida hasta entonces entre godos, suevos y romanos ó byzantinos, que de un modo y otro podian llamarse en tiempo de Belisario, ni queria realizarla políticamente, manteniendo la supremacía gótica, ni podia obtener la religiosa á pesar de su carácter férreo y de su intransigencia arriana. En su mismo palacio apareció la idea católica, y cuando la quiso cerrar el paso con el martirio del mayor de sus hijos, Hermenegildo, la dejó deslizarse en el corazon del segundo, Recaredo, en quien, al suceder á su padre en el trono, resplandeció con todo su brillo la victoria de la fé y de la constancia religiosa de los que habian sido de los primeros en arrostrar las iras del paganismo. Ayudaba mucho el clero, siempre inclinado á la proteccion del pueblo. Ardiente el católico por su fé y desmayando ya el arriano que solo con la fuerza podia sostener la suya, pronto fué de aquel la preponderancia, y hasta punto tal, que el dia de la abjuracion de Recaredo lo fué de la de casi todos los obispos y sacerdotes de la secta que con tanta tenacidad y tanta dureza habia

intentado sostener Leovigildo. El arzobispo de Sevilla, Leandro, sobre todo, y con él Isidoro y Fulgencio, los tres Santos y hermanos de la madre de San Hermenegildo y de Recaredo, contribuyeron poderosamente á espectáculo tan sorprendente y magnífico.»

«La habilidad de Leovigildo hizo hereditario el trono en su hijo y en su nieto. Las victorias de Recaredo sobre los francos y los cántabros habian tambien rodeado el esplendente trono de su padre de tanto poder y de prestigio tanto, que no le fué difícil á este imitar entre los godos el ejemplo de algunos Césares que compartian el peso del gobierno con los que deseaban les sucediesen. Así el dia en que murió Leovigildo no encontró su hijo ningun obstáculo para obtener el poder supremo, y éste pudo trasmitirlo á Liuva II, á pesar de ser su legitimidad más que dudosa.»

«El período de la herencia en la sucesion al trono fué corto, pero dió bien á conocer sus ventajas. Cuando lo interrumpió la sublevacion de Viterico, la monarquía gótica fué de nuevo á sumirse en las revoluciones y en los asesinatos que la caracterizaron en los primeros tiempos de su establecimiento en España.»

Sin embargo, las costumbres se iban dulcificando; las leyes que un monarca planteaba, aunque con no pocas variaciones ó con el descuido de las turbulencias, se conservaban al fin; y las que habian sancionado los concilios, muy frecuentes para dar consolidacion al poder teocrático, tan poderoso entre los visigodos, conseguian civilizar, unir y dar consistencia social á los que vinieran á la Península en el estado primitivo de una horda errante y sanguinaria.»

«Los españoles, con eso, iban ganando en situacion,

y, como ya hemos dicho, ganando terreno sobre sus conquistadores, á quienes se hacia de todo punto necesario un acuerdo sincero con ellos. Sólo en las montañas del Norte, en el país de los cántabros y de los vascos se consideraba imposible la asimilacion, orgullosos los naturales con su invulnerabilidad y sedientos los godos de venganza. Porque no satisfechos los montañeses con el mantenimiento de su independencia, no cesaban en sus depredaciones por las comarcas vecinas y las tierras ribereñas del Ebro, del que cada dia se veian más distantes, empujados por todas las dominaciones de la Península, deseosas de extenderse y de establecer, sobre todo, comunicaciones fáciles y seguras con las provincias del lado septentrional de los Pirineos.»

«Excuso deciros que allí donde se resistia á los invasores, fuesen suevos, godos, romanos ó francos, allí me encontraba yo, ayudando con mis fuerzas y, más que con mis fuerzas, con el espíritu, siempe elocuente, de la tradicional tenacidad de nuestros mayores por la conservacion de su libertad é independencia.»

«Cuando los godos se hallaban ocupados en sus discordias ó comprometidos en las empresas de someter á los suevos y de alejar á los imperiales, podíamos ejercitar nuestras correrías impunemente, llevándolas, en ocasiones, hasta muy adentro del territorio celtibérico. Pero en reinados como los de Leovigildo y Recaredo, asentada la autoridad real sobre cimiento sólido, próximo su centro de accion, pues que desde Atanagildo se habia trasladado de Sevilla á Toledo, y ocupado el trono por monarcas tan ilustres en las armas como en la política, llegaron para los rebeldes, y especialmente para los vascos, épocas de prueba, de sufrimiento y peligro.»

«Sisebuto derrotó á los astúres, mal avenidos con la dominacion gótica, y Suintila, en los primeros tiempos de su reinado, llevó á término, para él feliz, una gran expedicion contra los vascos. Aquel, con toda su piedad, trató á nuestros vecinos con la misma que años adelante habia usado para con los judíos, á quienes, en obsequio al emperador Heraclio, obligó á bautizarse ó al destierro; y Suintila, no tan inhumano con nuestros hermanos, pudo el dia de su destronamiento, junto á Zaragoza, eludir entre ellos el fin trágico, sin excepcion hasta entónces, de los reyes godos en su desgracia.»

«El que vió una á España, echando de ella á los imperiales que aún permanecian en la Península cunéica, en lo que despues se llamó Algarve, purgó con el destierro y la miseria la arbitrariedad y la avaricia que habia desplegado en el trono, obtenido con triunfos grandiosos y con virtudes tales, que le habian antes valido el título de «Padre de los pobres.»

«No estaba yo presente á todos estos sucesos, áun cuando no os recuerde más que los culminantes de la dominacion gótica en España; yo era para mis compatriotas lo que esos astros errantes, cuyo movimiento se ha escapado á los cálculos de la ciencia. Como os hago esta relacion de las cosas de España os podria hacer una general de cuanto iba sucediendo en el mundo entero que yo recorria sin cesar en todas direcciones, inclinado, empero, siempre el pié hácia aquella tierra que, por mi orígen y por sus desgracias interminables, me atraia constantemente. Mi aparicion en ella ha sido, como os decia, cual los meteoros que el vulgo considera mensajeros de borrascas, así en el órden físico como en el social; jamás he pasado el Pirineo que no haya sido

para presenciar un grande acontecimiento, influyente casi siempre en la suerte de la pátria, decisivo no pocas y repetidas veces.

«En la época á que me voy refiriendo llegué á España al tiempo en que Recesvinto acababa de proclamar la igualdad de razas entre la española (romana seguia llamándose todavía) y la gótica, con permitir los matrimonios entre personas de una y otra. La conquista se habia ejecutado por completo; pero no por los invasores, sino por los vencidos. Las espadas góticas habian avasallado el país; la civilizacion española habia hecho presa en los godos. Y no se diga que al celebrarse la fusion se confirmaba la derogacion de las leyes romanas recientemente decretada por Chindasvinto, porque, aparte del orgullo de los conquistadores, tan subido que aún se mantiene entre los que presumen de descender de ellos, costumbres, usos y hasta idioma se habian trasmitido de abajo á arriba; esto es, de los españoles á los godos. No podeis figuraros lo que entónces constituia el idioma pátrio. Tenia del romano la etimología y en gran parte la sintáxis; pero ¡qué pronunciacion tan bárbara la de la jerga, más bárbara aún, en que vino á parar la elegante diccion latina al hacerse inteligible para los bárbaros!»

«Rota la valla de separacion, y rota, más que por concesion generosa y espontánea del vencedor, por la fuerza de atraccion que sobre él ejercian los vencidos, aún hubiera tardado mucho tiempo en allanarse, tan desemejantes eran las dos razas y tan refractarias á todo pensamiento de union y de concordia. El dia en que pasó Taric de una á otra de las columnas de Hércules existia entre godos y españoles la misma divergencia

que cincuenta y nueve años antes al decretar Recesvinto la fusion social de sus vasallos, el mismo orgullo de parte de los septentrionales y la misma repugnancia hácia el extranjero de la de los naturales de la Península. La desgracia fué la que, hiriendo con fuerza igual á unos y otros, los unió con una rapidez asombrosa, á punto de no distinguirse á los pocos años más que en las manifestaciones pueriles de la prosapia de cada uno en los motes de sus escudos.»

«Poco despues de mi entrada en España ví morir á aquel buen monarca en una mísera aldea próxima á Valladolid, llamada hoy Gérticos. La ley gótica prescribia que allí mismo se hiciese la eleccion del nuevo soberano, y así se verificó.»

«Y allí hubiérais visto cómo el orgullo de la córte se afanaba en ocultar la pobre, pero ingénua, sencillez de los campos. Las miserables chozas que componian el pueblo fueron engalanadas lujosamente para recibir á los prelados y magnates; la pequeña y desnuda iglesia se vió, como por ensalmo, ensanchada y vestida de púrpura y oro, y las inmediaciones donde asentaban el redil, la era ó el abrevadero, se cubrieron con barracas y tiendas resplandecientes de luz y de colores: la elegancia, en fin, el fausto y la riqueza brillaban donde dias antes se escondian oscuridad y miseria, monotonía y tristeza.»

«Pero si esto era chocante, áun explicándose por lo inesperado del suceso y lo extraordinario de la ocasion, no fué ménos de admirar lo unánime y sábio de la eleccion, y sobre todo, la conducta del elegido.»

«Era Wamba ya anciano, pero estaba aleccionado tambien con el ejemplo de Chindasvinto que á la mis-

ma edad habia ceñido á sus sienes la corona, y por eso, y por su respeto á las leyes y vida ejemplar, se le creyó capaz de mantener todavía el prestigio del imperio gótico, no poco anublado con la corrupcion de las antiguas costumbres y las rivalidades de la ambicion y del orgullo. Yo le ví cruzado de brazos, pálido el semblante medio cubierto por su cabellera gris, fijas en tierra las miradas, encerrar su negativa á la eleccion unánime de sus pares en una fórmula invariable. «Soy viejo, decia: es peso demasiado grave para mis fuerzas el de la corona que me ofreceis.» Reflexiones, instancias, súplicas; todo era inútil: los ruegos de sus amigos como las recriminaciones de los próceres que le acusaban de falta de patriotismo ó le ponian de relieve los peligros de otro nombramiento que no reuniese la aclamacion que acababa de merecer el suyo, parecian no penetrar en sus oidos, cerrados á toda otra voz que la de su conciencia. Ya desesperaban todos de obtener la aquiescencia de Wamba, á cada momento más obstinado, procurando evadirse de un compromiso que, de preverlo, hubiera seguramente evitado con su alejamiento, cuando abandonando su escaño uno de los jefes de palacio se avalanzó al centro del salon en que descollaba el candidato entre los que de rodillas le pedian aceptase la corona. Ya á dos pasos y cara á cara del pertinaz anciano, desenvainó su daga el acalorado visigodo y con ceño torbo, voz estentórea y demostrando en todo su continente una resolucion inquebrantable, le dijo así. «Si te obstinas en rehusar la corona que te ofrecemos, sabe que voy á hacer rodar con este acero tu cabeza.» Wamba miró al godo fijamente y despues de un breve rato en que reveló su rostro la indiferencia primero, por la amenaza, la ternura, luego, por

aquel arranque noble, y la resignacion, en fin, por su suerte, exclamó á su vez: «Acepto: mi cabeza está débil para tan grande empeño; mi corazon lo resiste; Dios me dé su ayuda para hacer vuestra felicidad, que será la mia.»

«Quince dias despues, perdida la esperanza de que sus mutables súbditos revocasen el acuerdo de Gérticos, era Wamba consagrado en Toledo, y pocos meses más tarde se dirigia al Norte de la Península donde ardia el fuego de nuevas insurrecciones, como en todas las ocasiones de guerras exteriores ó de un nuevo reinado.»

«Si extraordinaria y dramática fué la proclamacion de Wamba, y si raro, ya que no prodigioso, el acto de su consagracion, no fueron ménos admirables los de su reinado entero y, sobre todos, el de su abandono de la vida pública y su encierro en un monasterio. Modelo de prudencia y de abnegacion, de tino y de cordura, de justicia y de imparcialidad, Wamba reunia á un gran carácter, el génio de un hombre de Estado y un valor frio y tenaz para la ejecucion de sus determinaciones. A ese carácter, á ese génio y á ese valor añadió al fin de su carrera en el mundo la prueba mayor de patriotismo y el de una humildad cristiana incomparable ante las conspiraciones de los hombres y la voluntad del cielo.»

«Yo fuí con él á Vasconia; pero desde el Ebro me adelanté á hacer conocer á mis hermanos el enemigo con quien iban á habérselas y los peligros que les amenazaban.»

«Solo hay en Europa dos pueblos, el griego y el italiano, que se entreguen á la sospecha con el calor y la prontitud del nuestro: los tres no reconocen en el mundo más rival en esto que el árabe, más fogoso, más impresionable y más aturdido que ellos. Quien no les li-

sonjea es su enemigo, y quien opone razonamientos á los impulsos de su anhelo patriótico ó de su espíritu genial de aventuras, un pusilánime ó un traidor. Aun no habia yo acabado de hacer manifiestas la energia y las fuerzas de Wamba, y ya corria la voz de mi infidelidad de boca en boca de mis compatriotas, entre quienes los habia que me vieran no hacia mucho combatir á los godos con un valor y un éxito, cuyo secreto seguramente ignoraban. Era necesario optar entre el silencio y una vigorosa iniciativa que impusiese con el prestigio que da siempre el valor, tan deslumbrador para las masas. Nada tenia yo que temer: así que apostrofé rudamente á mis oyentes, les demostré su ingratitud hácia quien con tantos títulos á su estimacion no llevaba en aquellos momentos otro objeto que el de evitarles un desastre que, sino iba á causar la servidumbre de la pátria, la sumiria por mucho tiempo en el dolor y la miseria.»

«Yo me atrevo, les dije, á impedir ese desastre; pero contando con vuestra prudencia, no con vuestra temeridad: sed dóciles á mis consejos y no tendreis de qué arrepentiros.»

«Pasé despues á manifestarles cómo en la Galia gótica acababa de tener lugar una sublevacion formidable contra Wamba, y cómo, ya que no habia podido disuadirle del pensamiento de ejecutar la campaña proyectada contra los vascos, habia logrado inspirarle el de enviar á Cataluña y la Septimania tal número de tropas, que tendria, antes de inaugurarla, que detenerse hasta la llegada de refuerzos con que acabarla felizmente. Esta dilacion les daba tiempo suficiente para prepararse á la defensa, ó para, reconociendo la sinrazon de las

depredaciones usuales que ejercian al principio de cada reinado, evitar el castigo que, de otro modo, no tardaria el enojado rey en imponerles. Aquellos de mis hermanos cuyos años y cicatrices revelaban que no era la de entónces la primera ocasion en que habian sabido mantener los fueros de su raza, no se oponian á una transaccion; pero los inexpertos, por su edad ó poltronería, se mostraban exigentes á un punto en que se hacia inútil toda gestion de acomodamiento. ¿Habeis observado en las modernas Asambleas cómo los veteranos de la libertad, los que por ella han corrido mil peligros y experimentado toda clase de sufrimientos, son apostrofados por algun imberbe, no rara vez pusilánime hasta la cobardía, que los moteja de tibios ó los acusa de enemigos? Pues del mismo modo y con expresiones semejantes fué mi discurso recibido y reprobada la aquiescencia que los más caracterizados de mis oyentes concedian á las palabras que acababa de dirigirles. Otro que yo hubiera temblado ante la manifestacion de disgusto y de cólera que el pequeño número de los disidentes provocaba en la masa imponente á que me dirigia; con el dolor de ver desatendidos mis consejos abandoné á mis compatriotas; pero no sin echarles en cara su ingratitcd y soberbia, y sin pronosticarles su humillacion inmediata ó su derrota.»

«Porque he de advertiros que en cuantas ocasiones, como aquella, me he encontrado hecho el objeto de una demostracion contraria á mi persona, los que, más osados, me amenazaban con su cólera se detenian al llegar junto á mí, y quedaban como petrificados al querer arrostrar las miradas mias. Parecia realizarse en mí la fábula de la víctima infeliz de la cólera de Palas; y no

una sola, sino que han sido muchas las veces en que he observado ese efecto en los enemigos que la desgracia ha puesto á mi alcance: una fuerza magnética poderosa y de polo igual parece seguir á la misteriosa, fascinadora de mis ojos, y todos aquellos á quienes mi ira ha pretendido aterrar han caido al suelo, más que al impulso del nudoso garrote que siempre me acompañaba, al de la luz siniestra de mis pupilas. Con la maldicion del Justo, el réprobo ha luchado contra la invulnerabilidad misma con que fué castigada su dureza, y en esa guerra incesante y suicida no consigue sino hacerse más terrible y odioso para que nadie tenga compasion de él ni encuentre disculpa á su delito. No los hombres, las mismas fieras han retrocedido á mi vista, huyendo á sus albergues para no sentir el hálito de este desgraciado. Yo he penetrado en el antro sombrío de que una leona habia hecho su espelunca; en la rabia y en la desesperacion que me causaba la perpetuidad de mi infortunio, he desgarrado con mis dientes los cachorros que el noble animal cubria con su anchuroso pecho, y toda su defensa se ha limitado á lanzar, más que amenazantes, lastimeros rugidos. ¿Qué más? Sorprendido en el bosque por la tormenta y en el desierto por los torbellinos de arena, he desafiado el rayo presentando mi pecho á su furia, y puesto en pié contra el simoun lo he provocado para que me sepultara en su candente polvo: el fuego eléctrico ha huido de mí lo mismo que las columnas que cubren á veces con su masa los lagos y los oasis inexplorados del Sahara.»

«¿Qué era, pues, entonces para mí el rumor de una asonada? ¿Qué la ira de unos cuantos insensatos olvidados de los beneficios que les habia hecho y ciegos

de orgullo por la fama de su valor y de su fuerza?»

«Yo los dejé, repito, entre coléricos y asombrados para trasladarme de nuevo al campo del ejército visigodo. Ya se sabia en él la traicion del griego Paulo con las tropas que Wamba acababa de poner á sus órdenes para con ellas sofocar el movimiento insurreccional de Hilderico en la Septimania. Era urgente el acudir á Cataluña, que el traidor habia dejado sublevada, y una vez vuelta á la obediencia tan importante provincia, continuar á la Galia é imponer un castigo ejemplar, no sólo á Paulo sino que tambien á los desacordados gobernadores que le habian ceñido á las sienes la corona de San Félix, arrebatada sacrílegamente al templo del santo mártir en Gerona. Tal, sin embargo, era el carácter de Wamba y tanta importancia daba á la sublevacion de los vascos, que prefirió á diferir su castigo el que tomase cuerpo la de los que á nada ménos aspiraban que á deponerle de una magistratura con que ellos habian sido los primeros á investirle. Porque todo en aquel hombre era admirable, y sobreponíase en él á todo otro sentimiento y á todo otro interés el patriotismo verdadero, el que á la idea de la personalidad, á las afecciones más tiernas y á las aspiraciones más naturales antepone la más costosa de todas, la de servir á la madre comun, la madre de sus hermanos, la madre de sus enemigos, la tierra natal, respetando y haciendo respetar sus leyes, manteniendo sus derechos, siquier fuesen los de la conquista, y conservando la gloria adquirida con tanta proeza y, sobre todo, con tanta sangre de sus nobles hijos. ¿Qué era así para Wamba el peligro de perder una corona que con tanta insistencia habia rehusado, al lado de la necesidad de no permitir se mancillase el honor de

esa misma corona, una vez en su frente, y el honor de las armas godas, una vez en sus manos?»

«Afortunadamente para los vascones me encontraba yo al lado de aquel varon incomparable, y un dia sin fortuna, y otro con ella, pude irle reduciendo á no hacer á mis hermanos la guerra ejecutiva que, por su misma posicion ante el levantamiento de sus delegados en Tarragona y la Galia, se habia propuesto y se esmeraba en llevar metódica, pero vigorosamente, á término. Despues de algun tiempo en que la perspicacia de los vascos evitó un choque general y en que su valor hizo costosísimas las pequeñas ventajas que el número proporcionaba á los godos en los parciales de su marcha lenta por los desfiladeros del Pirineo, Wamba comprendió la conveniencia de un acomodamiento que yo arranqué de mis compatriotas, desilusionados con penetrarse de la inutilidad de sus sacrificios por una independencia de que sólo el título se les disputaba, al exigírseles el tributo ordinario, única representacion y única fórmula de la soberanía visigoda.»

«Wamba entonces se dirigió á la Galia gótica, donde Paulo parecia esmerarse en la ostentacion de una dignidad y de unos atributos que pronto habian de tornarse en objetos irrisorios, demostrativos de su vencimiento y de su castigo.»

«Dividido el ejército real en tres grandes cuerpos, penetró por los tres tránsitos más usuales del Pirineo oriental, por Llivia que hoy recuerda el *Castrum Lybiæ* de los romanos, por el collado en que aun se alzaba el trofeo de Pompeyo, el del Portus, y por el puerto seco que ligaba los marítimos de Vénus y Rosas. Todas las plazas de la frontera fueron entregándose á su legítimo dueño,

y los generales encargados de defenderlas presentando sus manos á los del vencedor ó huyendo á Narbona y Nimes.»

«Witimiro defendió gallardamente á Narbona rechazando durante más de tres horas el asalto de los godos de Wamba, hasta que incendiada por mí una puerta, y despues de un choque sangriento por las calles se acogió á una iglesia, donde fué aprisionado con otros magnates amigos suyos para ser con ellos expuesto al público y baqueteado. Los de Nimes resistieron aun más; pero Wamba fué sin interrupcion mandando soldados y soldados desde su campamento, que al sonido de mi ronco cuerno y siguiendo la direccion de la tea con que me adelantaba á las puertas, penetraron por ellas en la ciudad, aterraron á sus defensores en las calles, y llegaron entre sangre y ruinas ante el portentoso anfiteatro que, con la *casa cuadrada*, forma el orgullo de los nimesanos. A pesar de la embajada del obispo Arguebaldo y de ver sus lágrimas acompañadas de las de Wamba, que no sé quién de los dos lloraba más, fué necesario asaltar las Arenas, y de una de aquellas bóvedas, cárcel en otro tiempo de tigres y de leones, imitadas sin éxito á su inmediacion por los ingenieros modernos, fué sacado el ambicioso Paulo para Toledo donde con sus colegas de traicion sirvió de befa á los godos y españoles vasallos de su generoso enemigo.»

«Yo no regresé á España: la calma de la paz me ahogaba, y no vivia para contemplar venturas, sino para engolfarme constantemente en los piélagos oscuros del dolor y de la sangre. Cuando llegase la catástrofe que desvaneciera el humo del orgullo gótico que sofocaba á mi patria; cuando de vencida y humillada se levantara

ésta á ofrecer á sus señores el abrigo de sus montañas y el auxilio de sus hijos, entonces recibiria yo el permiso de acudir al espectáculo de la tormenta y al de la nueva aurora, despues, de la libertad, de la regeneracion y de la independencia de los españoles. Se conoce que no debia yo asistir á la infame tonsura de Wamba, ni escuchar las hipócritas aprensiones de Ervigio, ni las dudas rencorosas del que habia elegido para sucederle ante concilios tan acomodaticios ya y contradictorios entónces como la mayor parte de nuestras modernas Asambleas.»

«Pero si admirable es mi alejamiento de España desde la expedicion de Wamba en 672, más lo es todavía mi regreso en los últimos años del reinado de Witiza. Este soberano, de memoria tan controvertida, era lo que hoy se llama un exagerado *regalista*; regalista en sentido religioso, pues que parecia dirigirse á la emancipacion de la Iglesia española de la autoridad del Papa, y regalista en sentido político por sostener con grande entereza los privilegios del trono, y más todavía, con demasía y dureza extraordinarias, los de la raza gótica sobre la hispano-romana.»

«Esta intransigencia causó, no ya un alzamiento, como el que elevó al sólio á Atanagildo, sino una verdadera revolucion en que el pueblo español, valiéndose de la influencia que ya iba ejerciendo sobre sus vencedores y ayudado de las ambiciones y discordias de ellos, arrancó la corona de las sienes de Witiza para colocarla en las del nieto de Recesvinto que tanto habia trabajado en favor de la raza solariega con sus leyes asimiladoras. Viendo desatendidos sus derechos, pues que ya lo era el de igualdad de las dos razas, y burladas sus esperanzas

de una justa influencia en los asuntos del gobierno, el pueblo español buscó en la noble familia de Chindasvinto y en uno de sus descendientes enlazado á una española, el arma con que herir de muerte la ya añeja é infundada tiranía de los conquistadores. Este es el secreto del ódio revelado por todos nuestros compatriotas al tan asendereado Witiza, y éste el del entronizamiento del último rey de los godos. Sobre uno y otro ha ido la posteridad acumulando crímenes para motivar la irrupcion de los sarracenos, como si no se viesen venir desde que los sucesores de Mahoma emprendieron la propaganda de su doctrina por el Africa con el calor de su fé y el brillo de sus cimitarras.»

«Yo me hallaba en el Pirineo cuando Rodrigo que, como casi todos los manarcas godos en la época de su exaltacion al trono, habia acudido contra los bascones, recibió la carta en que Teodomiro le hacia saber el desembarco de los árabes en Andalucia. Arregló el rey la paz con mis compatriotas y, arrebatando de su hogar á cuantos hombres hábiles encontraba en su camino, se trasladó á Toledo y, desde allí, á la márgen del ameno y rico y pintoresco Guadalete.»

«Cuál era el ejército de Rodrigo yo os lo diré, pues que iba en él, ávido de emociones y conmovido con el presentimiento de la que habia de presenciar sangrienta y descomunal tragedia.»

«Acabo de deciros cómo se iba formando y engrosando por el camino: aldeanos arrancados á la esteva, la hez de las poblaciones manchando con su embriaguez y con sus vicios á ciudadanos pacíficos atentos hasta entónces á su trabajo y á su industria, sin armas, todos, propias para verdaderos combates militares, y regidos

por godos en quienes una paz dilatada. las disensiones de su raza, las de sus leyes y, más todavía, lo depravado de las costumbres, habian enervado el valor, hecho olvidar la pericia y perder las virtudes de sus padres. ¡Qué variedad de trajes, cuánto lujo, cuánto andrajo, qué armas y qué *impedimenta!* La masa, negra, color dominante en los trajes españoles, salpicada, como el campo de amapolas, con las rojas camisas de los cántabros y vascos; el mate de la lana y el mate de las pieles, muerto aún más con el brillo de los cascos góticos resplandecientes de plumas y de acero; por lanzas y por espadas, por máquinas y dardos, largos garrotes, hoces y guadañas; y como signo de vida y como voz de aquel enjambre, ese ruido inarticulado, aturdidor de los hombres sin disciplina, de las mujeres, de los chicos, de los domésticos, de los carros, de los abastecimientos *vivos*, del séquito en fin, de los ejércitos emigrantes.»

«¡Y qué de lamentos, y quejas, y murmuraciones! ¿Por quién se iba á combatir? Por un rey, cuyo orgullo y cuyos vicios habian desmentido el respeto y la fama con que lo habia cubierto el pueblo que lo habia elevado al trono. ¿Para qué marcha tan larga, el abandono del hogar y tanta privacion y sufrimiento? Para que ese monarca ingrato resistiera á unos ambiciosos tan indignos como él, y que buscaban en el extranjero la satisfaccion de su venganza y de sus pretensiones.»

«Los musulmanes, corria de boca en boca por las »filas, traen á su cabeza á Julian, el orgulloso conde go»bernador de Ceuta, pariente de Witiza, enojado con el »rey y aspirando á su engrandecimiento ó al de su fami»lia.» «Vienen, añadia alguno, á colocar en el trono á un »hijo de aquel soberano y se volverán despues á Africa.»

Y otros contestaban: «De godos no saldremos; y si los »africanos hacen con el conde y con los hijos de Witiza »lo que los vándalos con Bonifacio, los españoles ni per»demos ni ganamos, y seguiremos sirviendo, pues está »visto que las leyes no son bastante garantía para nues»tra libertad.»

No podeis figuraros el estado en que caminaba aquel ejército influido por los partidarios de Rodrigo, y por los hijos de Witiza, que iban en él, disgustado é indiferente á la suerte que pudiera caberle en el tremendo lance á que lo arrastraban la tiranía de los unos y las ambiciones de los otros.

«Así llegó al Guadalete, en cuya orilla izquierda acampaban las tropas de Tárik-ben-Ziyed. Eran de 10 á 12.000 infantes y 5.000 caballos, casi todos bereberes, regidos por unos cuantos centenares de árabes que representaban, como en todos los ejércitos musulmanes de Africa en aquel tiempo, el elemento puro de los servidores de Dios, de los secuaces de Mahoma. La Arabia no podia dar soldados para tanto y tanto ejército como hacia noventa años iban difundiendo por el mundo la doctrina del Profeta y la autoridad de los kalifas. Venian tambien con Tárik muchos judíos, de los que, perseguidos por los godos, habian abandonado la Península, y no pocos españoles clientes del conde, partidarios de la familia de Witiza ó descontentos de Rodrigo, y más aún, de lo existente, bueno ó malo, amigos de mudanzas, de peligros y aventuras. Pero lo que daba más fuerza á aquel ejército, aparte de su espíritu guerrero, de su entusiasmo religioso y del prestigio de su valiente caudillo, era la indiferencia de los españoles que militaban en el contrario, y las inteligencias que tenia entre los principa-

les godos que rodeaban al infeliz Rodrigo. Los hijos de Witiza y D. Opas, metropolitano de Sevilla, se le habian unido en el camino y ofrecídole sus espadas y clientela. Al aceptarlas el rey, agradeciendo y encomiando tanta magnanimidad y nobleza, habia metido en su pecho el áspid que iba á morderle en el corazon.»

«Ocho dias duró la fragua de la pelea, como diria un escritor arábigo. Inaugurábase una manera nueva de batallar, algo parecida á la genial de los españoles, contraria completamente á la de los godos. Descollaban los sarracenos en una eminente pero suave colina, cuyos flancos cubria la excelente caballería de Tárik para hacer imposible el ataque á su infantería por parte de la de los godos, faltos de caballos y, sobre todo, de la disciplina necesaria para neutralizar la rigurosísima del enemigo. Los dias pasaban, de consiguiente, en grandes algaradas de uno á otro campamento, inaccesible el de Rodrigo por el número de sus defensores, cuatro veces mayor que el de sus contrarios, é inaccesible el de Tárik por el valor y la pericia de su caballería.»

«La posicion de los bereberes iba, sin embargo, haciéndose muy difícil; cada dia que pierde el invasor es un revés para él y una victoria para el que, sólo atento á la defensa, dispone del país y de sus recursos. Y áun cuando Tárik en su excursion hasta el Guadiana habia tenido la prevision de arrastrar en pos de sí granos, ganados y riquezas, cuanto habia considerado útil, por el enorme despilfarro de los conquistadores de aquella época y la accion enérgica que sobre su retirada ejercia Teodomiro, comprendereis como soldados, lo embarazoso de una situacion como la suya en país desconocido y al frente del enemigo. Al tercer dia, pues, Tárik, sin ser

desbaratado en ningun choque, áun imponiendo con el terrible continente de sus tropas á las de Rodrigo, aparecia ya como casi vencido; y, en otra situacion, se hubiera visto obligado á abandonar el campo.

Aquella noche se avistó con un emisario de los hijos de Witiza, que le ofrecian su cooperacion y la de D. Opas si se comprometia á dejarles reinar sobre los godos; dándole en premio un gran tributo y la soberanía de parte del territorio inmediato á la costa. Aceptó el africano, desesperanzado ya de un éxito completo, y con las reservas mentales propias de su posicion é índole, y se preparó á echar al dia siguiente todo el peso de sus armas en la balanza de aquel ya tan largo y tan dudoso combate.»

«Amaneció el dia cuarto, y los hijos de Witiza, lo mismo que el prelado, su tio, ejecutaron el abominable proyecto que su ambicion y su envidia les habia sugerido y les iba royendo el corazon por el camino. De arrollado y vencido, pasó Tárik, con el refuerzo de los traidores, á ser árbitro de la suerte de la monarquía goda, que sólo traidores ó ciegos por la ambicion podian creer iria á devolverles el afortunado bereber.»

«¡No hay ya España, no hay patria!»

«¡No hay ya patria!»

«Pero ¿la habia antes para los españoles? No: con la traicion de los hijos de Witiza y de D. Opas los españoles pasaban, como en el siglo IV, de un dominio á otro, del de los godos al de los árabes. España no era más que un nombre, y lo que ménos significaba éste era una nacionalidad: era el campo que, áun cuando cambie de dueño, sigue cognominado con el de sus primeros poseedores.»

Así que yo diria como el Pelayo de Quintana:

«¡No hay patria! Para aquellos que el sosiego
»Compren con servidumbre y con oprobios,
»Para los que en su infame abatimiento
»Más vilmente á los árabes la venden
»Que los que en Guadalete se rindieron.
»¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
»Todo buen español dentro en su pecho?»

«La ruina de los godos va á encomendar la salvacion del país al solo esfuerzo de los que jamás han humillado su frente ante los conquistadores; y el lábaro de Constantino, enarbolado en las montañas cantábricas, será el faro á que acudan cuantos sientan en su pecho el fuego sacrosanto de la religion y de la patria; el faro que disipe las tinieblas de la abyeccion y de la ignominia de que España hace diez siglos que se halla cubierta.»

«¡Ahora sí que hay patria! Un español, un Rumí, como decian los secuaces del Profeta, abandona el campo de Sidonia á la muerte de su monarca, y con sus deudos y un puñado de montañeses acomete la gloriosa empresa de reconquistar la España para los españoles. El que quiera seguirle recibirá su amparo; pero ya no hay razas, ya no hay privilegios; los españoles se bastan para defender el depósito de su libertad, tantos y tantos años ahogada en la servidumbre de los extranjeros. Pasarán años y décadas y centurias montanteando contra los hijos de Ismael, divididos, como siempre, por los celos, lo mismo que su tierra por las montañas y los rios; pero el dia en que luzca la union, que es el nivel de la Providencia, España se encontrará libre, independiente y, lo que es aún más, española.

¡Oh dia venturoso el en que viera los pendones unidos de Aragon y Castilla ondear en las torres de la Alhambra! Reyes españoles á la cabeza de héroes, españoles tambien, acabando la gigantesca obra que un español comenzára ocho siglos antes en el hueco de una peña escondida en las empinadas montañas que detienen el tenebroso piélago boreal; ¡oh espectáculo admirable, digna recompensa para los que, con la imágen del mártir del Gólgota en la adarga y en la diestra el hierro de la pátria, fueron, ignorantes y pobres, pero inspirados y ricos de valor y perseverancia, atropellando sin cesar la pericia, el saber, la abundancia y la valentía de los que á nada ménos aspiraban que al dominio universal.

SEGUNDA PARTE.

I.

EL FÉNIX ESPAÑOL.

«¡Ya no hay patria!» ¿Quién ha dicho que habia perecido España en el Guadalete? ¿Es posible demostrarlo con argumentos de peso, convincentes? ¿Por qué entonces, continuó Ashabero, fueron Tárik y Muça recorriendo todo el país, de Calpe al Pirene, sin que los españoles opusieran obstáculo sério á su marcha que desde Córdoba y Mérida dejó, para hacerse triunfal, de ser militar y arrebatada? ¿Por qué no asomaban en region alguna de la Península aquel amor á la independencia, aquel desapropio, aquella gallardía que tanto habia costado vencer y sofocar á los romanos? ¿Los habrian, quizás, desarraigado del corazon nuestro los que no estimaban una conquista que dejase esos sentimientos ni otro alguno patriótico entre los vencidos? No: quien estudie despacio las invasiones gótica y árabe descubrirá una indiferencia en los naturales de España que claramente las explica».

«Para los españoles no habia patria, habia sólo terruño, cuyo jugo iba á alimentar á los invasores que lo ex-

plotaban con el sudor de aquellos. Quiénes habian de ser los señores, se lo disputaban los romanos con los godos, los godos con los árabes: los españoles no hacian más que pasar de esclavos á siervos y de siervos á esclavos. El ingenio y, sobre todo, la perseverancia llegaban á dominar su mala fortuna haciéndolos, primero, necesarios al vencedor y convirtiéndolos, más tarde, en amigos, nunca en compatriotas suyos; que el orgullo dejaba siempre distinguir las dos razas, la del conquistador y la del vencido, al Brahamin del Pária, al Espartano del Ilota, al Godo del Rumí. Sólo en las montañas de Cantabria y de Vasconia se respiraba el aire de la libertad que hacia á sus habitantes cada dia más robustos y altaneros. Sólo allí ardia el fuego de la patria en los altares de granito levantados por Dios para contener á la mar y contener á los enemigos de la familia euskara, la primitiva familia española. ¡Oh tierra! ¡oh montaña! ¡Oh selva sacrosanta! Antro hospitalario, nido de golondrinas, sin tí, ¿qué seria España con sus valientes pero divididos habitantes, sin el calor de su antigua y pura sangre?»

¡Oh soledad sabrosa! «Exclamé yo.»
¡Oh valle! ¡Oh bosque umbrío!
¡Oh selva entrelazada! ¡Oh limpia fuente!
¡Oh vida venturosa!
¡Sereno y claro rio,
Que por los sauces corres mansamente!

Yo esperaba que el oficial me interrumpiria al verse cortado en sus patrióticas exclamaciones; pero sin dar una sola muestra de contrariedad ni de impaciencia, me miró un momento y despues se abismó en mudas y, al parecer, profundas meditaciones.

El carruaje se deslizaba rápido por el ancho y suave camino de Valmontone; por nuestra izquierda corria en direccion opuesta, tardo y manso, el Garellano á recoger las aguas del bullicioso Liris para entregarlas inmediatamente al mar; y rio y carretera parecian separados por una série de esbeltas torres con que el orgullo y los recelos de Orsinis y Colonnas vigilaban y guarnecian el tan ponderado valle de Anagni y Frosinone. Una casa de postas se ofreció luego á nuestra vista, fábrica vetusta con sus ínfulas de palacio señorial de la Edad media, pero en el que lo ruinoso de las torrecillas que lo coronaban, la yedra que asomaba por una que debió ser eminente galería de columnas, y los reparos que en época no lejana se habrian hecho para ofrecer albergue á los caminantes y al ganado de la empresa, quitaban toda ilusion de encontrar el cómodo y reparador que ofreceria en la época de su construccion. Como las torres rivales, se alzaba el parador entre el rio y el camino, cubriendo el espacio intermedio con restos de fábrica aprovechados para las varias dependencias que exigian el establecimiento y las labores de campo; y en la margen del rio y á la vera opuesta del camino, empezaban á elevarse colinas, suaves primero, labradas y salpicadas de blancos caseríos, más empinadas despues, y cubiertas de bosques seculares; y, en último término, los montes Volscos y Sabinos, tan rivales en los primeros tiempos de la sociedad romana, como en los siglos XV y XVI las moles de granito que á su pié construyeran los prohombres de la Ciudad eterna.

Un individuo, que despues nos pareció ser el administrador de la casa, se hallaba sentado en un banco de piedra junto á la puerta, rodeado de cuatro ó cinco mo-

zalvetes vestidos del elegante traje de postillones, todos atentos, como su amo, á lo que pudiera hacerles esperar nuestra llegada.

Hubiera yo descansado un rato en lugar tan pintoresco sin el temor de llegar tarde á mi destino; tal era el encanto que en mí producian sitios que, como aquel, estaban llenos de recuerdos elocuentes. Es verdad que con tal disposicion de ánimo seria preciso viajar sumamente despacio, sino á pié, por los valles y llanuras de la Italia, teatro en todas las épocas de la historia de acontecimientos trascendentales, cuando no para el mundo, ya romano en la acepcion antigua, como católico, universal en la de los tiempos presentes.

«*¡Cui ebbe luogo de Coriolano l'aspro avvenimento!*» dijo el que parecia administrador de la casa de postas, dejando su asiento y adelantándose hácia nosotros como para ofrecernos sus servicios.

No hay en Italia hombre de la condicion del que así nos recibia, maestro de postas ó posadero, *cicerone* ó *vetturino*, que no se introduzca para con los viajeros con el anuncio de los atractivos de su albergue ó los de los lugares á que él puede guiar ó conducir. No hay que alarmarse si la *Guia* que se va contínuamente hojeando desde Paris ó Madrid deja que desear respecto á puntos históricos de alguna importancia: el verdadero *turista*, el viandante filósofo, encuentra por todas partes quien se los recuerde y quien le explique con bastantes pormenores sitios, trances y resultados de los que se refieren al lugar por que transita. Tan es así, que no habrá quien visite las maravillas de Puzzoli que no se vea invitado para visitar las viñas y beber el vino del *poveretto Horatio*; quien se detenga en Rieti y no sea arrastrado

á contemplar la marmórea boca del oráculo de un Júpites *Appennino*, ni quien transitando por la aldea de Leco no encuentre un *contadino* armado de una enorme bocina, dispuesto á interpelar la montaña próxima con un verso del *Dante* ó del *Petrarca*. Hay que prevenirse contra las hipérboles y contra los comentarios, siempre exagerados, á que nunca dejan de entregarse los guias; pero, escudado con sus estudios y conocimientos, el aficionado halla por todas partes el complemento de su libro de viaje, sorpresas agradables é instructivas y el solaz, siempre deseado, de noticias interesantes y amenas. La gravedad española extraña á veces lo altisonante y hasta épico de la expresion en los que anuncian un buen hallazgo al caminante; pero eso mismo añade novedad y encanto á la novedad y al encanto de un viaje por aquella tierra, vasto museo del génio y del valor europeos.

La entonacion con que el maestro de postas de Anagni pronunció el que pudiéramos llamar su reclamo, áun haciéndolo en italiano, produjo en mí el efecto de la natural en un verso de Rioja, y aunque no debia extrañarla, acostumbrado á ella hacia mucho tiempo, me hizo vacilar en mi resolucion de no detener la marcha.

Venció, sin embargo, la idea del deber. El general en jefe debia estar impaciente por seguir á la Umbría, á donde la voz general suponia haberse dirigido Garibaldi, y la respuesta que yo le llevaba de Nunciante seria, como decisiva, esperada con ánsia verdaderamente legítima.

La situacion respectiva de los ejércitos que habian acudido al llamamiento del Papa, era, á pesar de las estipulaciones de Gaeta, la más rara de cuantas pueden

ofrecerse en la historia de las intervenciones armadas. Cuatro ejércitos debian restablecer en Roma la autoridad del Sumo Pontífice, y uno era el que se conferia el privilegio y, lo que es más, el derecho de hacerlo por sí solo.

El ejército francés fué el primero en pisar el territorio romano; desembarcó en Civita-Vechia y el 30 de Abril sufria un revés considerable en las puertas de la Ciudad eterna. No debió disgustar á los aliados aquel contratiempo en el que, sin contar con ellos ni darles siquiera aviso prévio, se les habia adelantado para hacer inútil su asistencia á aquella cita militar, y se apresuraron á acudir á ella ofreciendo su entrada inmediata en campaña. Los austriacos invadieron las legaciones y la Marca de Ancona, á cuya capital pusieron sitio, y los napolitanos, abandonando el *reino*, penetraron por *Epitaffio* hasta Velletri y Palestrina. Pero no habian contado con el orgullo galo, y cuando se prometian en la conquista de Roma una accion comun que nublase la gloria á que con tanto afan y apresuramiento aspiraban los republicanos franceses, salió á su encuentro un mensaje del general Oudinot en que se les rogaba no avanzasen, y se les prevenia que, si se acercaban al ejército francés á la distancia de cinco leguas, se veria en el caso de impedir con las armas su aproximacion. Los austriacos, siempre hábiles, comprendieron que un poco de gloria, de que se consideraban hartos desde lo de Novara, no valia los sacrificios que tenian que imponerse ni los compromisos que iban á correr, y prosiguieron en su tarea de ocupar sólidamente el litoral del Adriático, internándose tan sólo hasta Perugia y Foligno. Los napolitanos y, sobre todo, el rey se creian para con su ilustre huésped en

mayor obligacion, en deber más generoso, y, aunque con el propósito de no romper con los franceses, ocuparon á Velletri y hasta llegaron á esparcir algunos destacamentos en direccion de Roma y del camino de la Umbría.

No se podia quejar el general Oudinot; pero intentó vengarse de unos movimientos que él tomaba por ultraje vergonzante de los napolitanos, y ya que no por si mismo, quiso hacerlo por medio de sus enemigos; con lo cual lograba, además, que no pudieran echarle en cara su desgracia en la puerta de San Pancracio. Y soltó, que así puede decirse, á Garibaldi con sus bandas que, libres en su accion exterior á beneficio de un armisticio de algunos dias, salieron á campear contra el rey Fernando su enemigo irreconciliable.

Desgraciadamente ni el monarca napolitano tenia absoluta confianza en la solidez de sus tropas ni ellas fiaban mucho de la experiencia y el valor de su soberano, y éste se mantuvo encerrado en Velletri dejando á un regimiento suizo y al escuadron de Colonna el honor de rechazar el ataque de los garibaldinos. Estos creyeron deber satisfacerse con un alarde y, despues de un ligero tiroteo, regresaron á Roma con aire de triunfo, sin presumir, empero, el real y verdadero que habia conseguido el aspecto de sus rojas capas. Temiendo, sin duda, un nuevo ataque para el dia siguiente, pues suponia ser un reconocimiento el alarde de los republicanos, el rey Fernando dispuso la retirada para aquella noche, y tuvo la desgracia de ejecutarla con todos los caractéres y el resultado mismo de una gran derrota. Disgustóse, así, en sumo grado; quiso desentenderse del convenio de Gaeta y de los aliados orgullosos y pérfidos que aquel le habia

proporcionado; y, embarcando la mayor parte de las tropas para Sicilia, donde un reciente alzamiento las hacia necesarias, hizo campar el resto en el glacis de aquella formidable plaza, y redujo su accion á la de hacer todo lo llevadera posible la situacion de su inmortal protegido el Papa Pio IX.

Tal era el estado de las cosas el 29 de Mayo al desembarcar en Gaeta las tropas españolas.

El número de éstas era ciertamente bien exíguo. Comisionado dos meses ántes para investigar en Roma los recursos de Garibaldi en hombres y material de guerra, así como tambien el estado defensivo de la ciudad relacionado con los medios que pudieran ofrecer para su más fácil y pronta conquista los accidentes topográficos de sus inmediaciones, los puertos de la costa próxima y los caminos que conducen á ellos, habia yo manifestado la opinion, y en ella me hallaba de acuerdo con el coronel de Ingenieros, Sr. Talledo, que habia salido dos dias despues que yo de Madrid y se me habia unido en el camino, de que eran necesarios para sujetar la capital del orbe católico catorce ó quince mil hombres y un tren de sitio. El presidente del Consejo y el ministro de la Guerra no eran de esa apinion, creyendo que bastarian cuatro ó cinco mil infantes y algunas piezas de campaña para imponer á los romanos y expulsar de su ciudad á los secuaces de Garibaldi. Por fortuna nuestra, los franceses y napolitanos se nos adelantaron; y los reveses que sufrieron, áun con fuerzas muy superiores á las españolas, evitaron á éstas uno, quizás, irreparable. Pronto lo comprendió así el general Córdova, y lo hizo inmediatamente comprender tambien al Gobierno que dispuso una segunda expedicion de fuerza igual á la de

la primera; empezando á dar la razon á mi pobre escrito, arrinconado ya en el archivo del ministerio de la Guerra.

Entre tanto, el aire marcial de nuestros soldados y el entusiasmo con que los oficiales pedian la marcha á Roma, bendecidos ya unos y otros por Su Santidad en una ceremonia militar que dejará memoria imperecedera entre ellos, produjeron una reaccion admirable en el ánimo del monarca de las Dos Sicilias. Pensó en la formacion de un nuevo ejército de operaciones que, en union con el nuestro, invadiria los Estados romanos, á las órdenes de nuestro general en jefe, á quien ofreció el mando el dia siguiente al de nuestra llegada, momentos despues de la recepcion que motivaba el celebrarse en él la fiesta de San Fernando. Nuestros embajadores en Roma y Nápoles, D. Francisco Martinez de la Rosa y el duque de Rivas, entusiasmados con propuesta tan honorífica, instaban por su aceptacion; pero el general Córdova necesitaba consultarla al gobierno, y en el interin, sea por reclamaciones de los generales napolitanos ó por otra causa, el rey Fernando desistió de sus proyectos belicosos y, de consiguiente, de sus ofrecimientos á nuestro jefe y caudillo.

Entónces dejó nuestra division *el reino* para, despues de algunas excursiones á Piperno y Sezze, más con un objeto político que con pensamiento militar, establecerse en Terracina, donde habíamos pernoctado el dia siguiente al de nuestra salida del campo de Gaeta. Allí permaneció hasta el 4 de Julio, en que la noticia del próximo arribo de la segunda expedicion llevó el cuartel general á Velletri, quedando tan sólo en Terracina el Estado mayor con la mision de dirigir el desembarco

de aquella. Pero un vapor que divisamos cuando aún se hallaba en marcha el general en jefe, y que al pronto creimos de nuestra escuadra, nos trajo, con la noticia de la entrada de las tropas francesas en Roma, el aviso de que Garibaldi habia salido en direccion de Nápoles y, de consiguiente, en la de Terracina. Trasmitido á Velletri, el coronel Buenaga, nuestro jefe de Estado mayor, y yo recibimos la órden de trasladarnos inmediatamente á aquella ciudad, en la que supimos no ser el parte exacto, pues que Garibaldi, con los emigrados lombardos, que hacia tiempo le acompañaban á todas partes, y con los romanos más comprometidos en el partido republicano, habia tomado la direccion de la Umbría en demanda de la república de San Marino, donde se proponia soltar las armas.

En este desenlace de la cuestion romana, no difícil de prever, estaba cifrada precisamente la gloria que nuestras banderas podian recoger en aquella rara y singular campaña.

Mientras en Terracina era comisionado un oficial de Estado mayor para observar las bajas de los franceses desde Civita-Vechia, plaza de depósito y punto de hospitalidad del ejército sitiador de Roma, el coronel Buenaga desembarcaba en Fiumicino, junto á la desembocadura del Tíber, y seguia despues al campamento del general Oudinot para noticiarle nuestra llegada á Italia y ofrecerle la cooperacion de las tropas españolas en su ya dilatada empresa. Iban con Buenaga dos oficiales napolitanos y, entre ellos, el coronel Nunziante, hermano del general, que no fueron recibidos muy cortesmente por Oudinot, no admirador, como republicano, de las virtudes del Rey de las dos Sicilias. Nuestro compatrio-

ta, bien por haberle Oudinot conocido en Francia y estimar sus relevantes prendas, bien por deferencia al pabellon español ó, quizás tambien, por mortificar á los napolitanos, obtuvo una acogida muy cordial y honorífica.

El general en jefe del ejército francés le manifestó, sin embargo, que, hallándose comprometida la gloria de sus armas con el revés del 30 de Abril, á ellas exclusivamente tocaba la reparacion; y que, aún cuando estimaba en mucho la cortesía del general Córdova y el valor de nuestros soldados, no debia darles participacion en una empresa en que podia, por lo ménos, extender á ellos aquella gloria que solo el ejército de la Francia tenia derecho y obligacion de recuperar.

Al estado á que habian llegado á las cosas, esta contestacion era lógica: no habia de hacer la Francia una escepcion de nosotros. Pero, ¿por qué se habia anticipado en la intervencion á sus aliados? ¿Por qué no dió, siquiera, un aviso cortés de iniciarla al embarcar en Tolon sus tropas?

De todos modos la respuesta del general Oudinot redujo las operaciones de la division española á la de visitar algunos pueblos de la frontera romana y, por fin, como ya he dicho, á avanzar á Velletri; esto es, á los puntos que con tanta desgracia habia ocupado el ejército napolitano.

La política del presidente de la República francesa hizo tardío este movimiento: las consideraciones de Luis Napoleon al partido católico, que tanto habia de ayudarle á escalar el trono imperial, dando al sitio de Roma la energía de que hasta entonces carecia, abandonado á las vacilaciones calculadas de Oudinot y de Lesseps, acabaron con las esperanzas de Garibaldi que salió, co-

mo hemos visto, de Roma antes de nuestra llegada á Velletri.

Y aquí me voy á permitir una observacion militar que considero de alguna importancia.

Si al ménos hubiera reunido la division española la fuerza que despues tuvieron las dos, desde el dia en que invadió el territorio romano, habria podido dirigirse á Velletri y establecerse en Palestrina. Esta ciudad, por su posicion y las condiciones del castillo que la domina, ofrece un establecimiento seguro y la ventaja, además, de que desde sus casas se descubre toda la llanura de Roma y puede, con la ayuda de buenos telescopios, distinguirse cualquiera salida de fuerzas numerosas por los caminos de Nápoles y la Umbría.

¿Creen nuestros lectores que la division española podia sufrir la suerte de la napolitana?

Ocho ó nueve mil españoles, con numerosa y excelente artillería, podian sin recelo desafiar las iras de todos los garibaldinos que, despues de todo, no reunirian fuera de Roma ni cifra tan considerable, ni condiciones militares tan aventajadas. Con el apoyo de la ciudad y de su castillo; eligiendo al pié de la montaña una posicion buena desde la que se interceptara el camino de la Umbria, hasta con obras de fortificacion si era necesario; y estableciéndose en ella al saberse la evacuacion de Roma, que dista unas seis leguas, por los republicanos, la gloria más ruidosa de la intervencion hubiera sido para los españoles.

Tres direcciones podia tomar Garibaldi al abandonar la Ciudad eterna: la de los franceses, contra quienes sentia una aversion que habia crecido con el espectáculo de una república combatiendo á otra república; la de

los napolitanos, hácia los que, á más de ódio, experimentaba un desprecio que acababa de justificar el reciente combate de Velletri; la de la Umbría, por fin, donde hallaria á los españoles en primera línea, y quizas, si lograba salvarla y antes de tocar el territorio de San Marino, á los austriacos, sus *bárbaros* é irreconciliables enemigos.

Decíase, por otra parte, que los únicos de estos á quienes respetaba y acaso tenia algun afecto por su larga permanencia en la América del Sur, eran los españoles.

¿Ante quiénes, pues, se hallaria dispuesto Garibaldi á deponer las armas no vencidas en las murallas de Roma? Ante los españoles, indudablemente, si estos se le presentaban en el camino haciéndole optar entre la suerte de una batalla que, con dos mil infantes no organizados le seria imposible ganar, y una capitulacion que no deberia ser muy dura y nunca deshonrosa.

Pero, sea de esto lo que quiera, reunidas ya las divisiones españolas emprendieron la marcha á la Umbría en seguimiento de Garibaldi, y el general Córdova, calculaba yo que estaria impaciente entonces por conocer los planes de Nunziante, para continuarla sin descanso.

Cambié, pues, algunas palabras con Colonna; este hizo un saludo muy ceremonioso al hinchado posadero cronista de Coriolano, y proseguimos nuestro camino al ya no muy distante Valmontone.

«Ese bosque inmediato que cubre las faldas de los Volscos en la orilla opuesta del rio, pasa, dijo el coronel napolitano, por haber sido el lugar donde cayó el soberbio á la par que tierno hijo de Veturia á los golpes de sus

implacables aliados. Ese es siempre, continuó, el fin de quien busca en el extranjero la satisfaccion de los agravios recibidos en su pátria, satisfaccion siempre unida al interés de los enemigos, y que, de no cumplirse, se vuelve en perjuicio del que tan desatentadamente la buscaba. ¡Tambien en esta tierra derramó la envidia su letal ponzoña! Y sino, reparad en esas torres que levantaron los celos de mis antepasados para hacer ineficaces los de otra familia poderosa que con la mia tuvo divididos á los habitantes de este valle como á los de todo el territorio pontificio. Los papas, unas veces para sujetarlos, no pocas para satisfacer sus aspiraciones, y otras para conservar su independencia, buscaron el ayuda de los príncipes católicos, variando, segun el interés del momento, de aliados y enemigos; y así nunca descansaba Roma de querellas intestinas ó de guerras exteriores. Testigo ese rio celebrado, el Garellano, cuyas aguas se han enrojecido tantas veces con sangre generosa vertida en esas querellas y en esas guerras fratricidas é interminables. ¡Tambien aquí, repito, la envidia ha causado los mismos desastres que en vuestra valiente, pero siempre dividida España!»

«Una, interrumpió el oficial, es la sangre de los solariegos en las dos comarcas, la de los iberos. El nombre de ese lago Fucino que acabamos de visitar, escenario de espectáculos inhumanos y cuyas aguas quiere el rey Fernando, como Cláudio, llevar al Líris por el célebre *Emissario*; el de varias poblaciones de la Italia central y la Liguria, y esos muros ciclópeos que se atribuyen á los pelasgos por no remontar su construccion á edades más remotas, demuestran el orígen ibero de la raza italiana, la primitiva del país, sino llevamos nuestras inves-

tigaciones á las fábulas de los tiempos de Saturno.»

«Sin esa envidia y sin la division que es su inmediata consecuencia, Roma hubiera seguido realizando la bella utopia de la república universal,

Chè l'antico valore
Negl'italici cuor non è ancor morto.»

No es posible que yo trasmita á mis lectores el embeleso que producia en nosotros el lenguaje del oficial; Colonna y yo estábamos en un pasmo constante, no pudiéndonos dar cuenta de lo mismo que oiamos, veiamos y admirábamos.

Asaltábame á cada momento el temor de que nuestra llegada al cuartel general del ejército cortara la relacion sucinta, pero elocuentísima y original que aquel hombre nos iba haciendo de los acontecimientos más importantes de la historia de España; relacion que no por su brevedad, dejaba de llevar en todos sus rasgos el carácter cada vez más extraordinario de un testimonio presencial indubitable. Esa misma brevedad me daba, sin embargo, la esperanza de que nuestro interlocutor afectado, quizás de igual temor, procuraria terminar su peregrina historia en el corto espacio de tiempo que nos quedaba para llegar á Valmontone. Porque si se perdia aquella ocasion, ¿cuándo volveriamos á ver á nuestro oficial, juguete de su destino ó de su enfermedad, para quien no habia más leyes que reglasen su conducta que la voz de la conciencia ó los nervios?

Como si adivinara mi pensamiento, el oficial exclamó de repente y entregándose por instantes á una excitacion rara: «Yo combatí junto á Pelayo en Covadonga; yo fuí su embajador para el duque de Cantabria, quien,

léjos de ayudarle en la noble pero arriesgada empresa de sacudir el yugo sarraceno, se mantuvo tranquilo gozando del gobierno que le habia conferido el último rey de los godos.»

«Temerosos de penetrar por el *salto* de Pajares ó las Grandas de Salime, por donde habian huido al pronunciarse, como se dice ahora, las Astúrias, los moros asoman por las fuentes del Ebro, y sorteando las empinadas peñas de la cordillera, bajan rastreando á los cristianos y engargantándose por las angosturas que cierra la cueva ó grieta de donde brota el bullicioso Diva. Los montañeses no eran más de 600 ó 700, y muchísimos ménos los elegidos para defender la gruta, cuna dos veces de la independencia española: el mayor número estaba enriscado en el monte Auseba para acometer los lados y rezaga de los infieles en lo más recio de la pelea. Alkhamah asomó con los suyos y vaciló mucho tiempo, á la vista de los nuestros, entre acometer la entrada de Covadonga ó la subida al Auseba para aislar á los de la gruta de todo socorro humano. No contaba el bárbaro con el del cielo, que iba á dar á Pelayo una victoria que seria el principio y base de la reconquista. Alkhamah se decidió por ahogar el espíritu de rebeldía de los vencidos junto al Guadalete en el antro en que lo iniciaban, y, haciendo avanzar una nube de ballesteros, comenzó el ataque. Los de la cueva contestaron á los asaltantes con una lluvia de flechas que, por su desproporcion con el número de los que las arrojaban, les revelaba una ayuda sobrenatural y hacia creer á los moros que sus dardos rebotaban en la peña y se volvian contra ellos. Avanzan más infieles; crece la hueste en razon de la resistencia hasta cubrir el barranco y las

faldas de los montes que lo forman; oscurecen el sol el hierro y las piedras que se cruzan del valle á la cueva y del monte al rio, y la algazara de los combatientes, repetida por las rocas, lleva en mil ecos discordantes, á los más, el pavor de la muerte y, á los ménos, la esperanza del triunfo y de la gloria. La peña es inexpugnable; y al reconocerlo Alkhamah lo comprenden tambien los del Auseba, que, descolgándose sobre los infieles, los acosan y arrollan por el barranco, hasta hacerlos huir por las aguas del Diva crecido con la sangre inmunda de los invasores.»

«Salta entónces Pelayo de la gruta con el lábaro y la espada, y prosigue la victoria sin descanso por los valles y montañas que fueron camino de Alkhamah. Pero no cesa por eso el favor de la admirable y santa y milagrosa imágen acogida en Covadonga que cubriendo el ejército enemigo con una nube preñada de agua y fuego, lo extravía y lo dispersa, lo destroza y aniquila. En la oscuridad de la noche y de la tormenta, queriendo Alkhamah reunir á retaguardia una masa que resista el empuje de los cristianos y salvar con su propio sacrificio el ejército, entregado en aquel momento al espanto y la desesperacion, se presenta á nosotros en actitud de defender el paso de un arroyuelo henchido con la lluvia. Detiénense un instante Pelayo y sus astures ante aquel foso en que los cadáveres y el agua, formando catarata, hacen dificilísimo el tránsito: yo lo salvo en dos ó tres saltos y aumento el número de aquellas rocas humanas en que choca el móvil elemento con el jigantesco cuerpo del arrogante walí. Mi garrote parecia haber adquirido nuevas, inmensas proporciones, y mi brazo energía y actividad extraordinarias, segun repetia

que la satisfaccion del orgullo y goces materiales imperecederos serian la oferta más grata para arrastrarlos á conquistarle un imperio vastísimo y glorias que nunca se borrarian de la memoria de los hombres. «¡Alhamlah! ¡Alhamlah! ¡Aljiamah! ¡Aljiamah! (¡la pelea! ¡la pelea! ¡el paraiso! ¡el paraiso!)» Hé aquí las palabras que electrizaban á los árabes de aquel tiempo: ¡la pelea! que satisfacia su sed de emociones, de novedades, de gloria, ¡el paraiso! con sus hurís, el descanso regalado, el sol y el sueño, la recompensa más preciada para un hijo del desierto.»

«Y cayó la Siria en poder de Yezid que, á los dos años de la muerte de Mahoma, penetraba en Damasco; y Khaled ben Walid, por los Irakes y los confines de la Persia, fué al mismo tiempo avasallando la tierra en que más tarde habia de establecerse el centro y la capitalidad del islamismo. No habian pasado más de ochenta años desde el dia de la Hegira y los sucesores del fugitivo de la Meca eran dueños de las dos terceras partes del mundo conocido entonces, y Muça ben Nosair asomaba al monte Abila para contemplar aquella tierra de *Al-Andalus*, la relacion de cuyas maravillas le habia de encender en el anhelo de su conquista.»

¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves: ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden.

II.

EL BROCKEN Y LA PRIMERA FRANCESADA.

«Ya os he dicho cómo cayó la monarquía gótica: la que, como el fénix, renacia de sus cenizas, pudo, gracias á la victoria de Covadonga y á que la atencion de los musulmanes se dirigia hácia Francia, el país que llamaban *Tierra grande* y *Al Franc*, ir tomando cuerpo y robusteciéndose para emprender nuevo y aún más glorioso crecimiento. Diez y nueve años gobernó Pelayo el pequeño territorio de Astúrias en profunda paz, ocupado en la consolidacion de su corta, pero grande y memorable obra, y olvidado de los invasores por lo áspero del terreno, la preocupacion de conquistas más fructuosas y, sobre todo, por los decretos de Aquel que se deleita en crear de la nada las maravillas más insignes.»

«Sucedióle su hijo Fábila que vivió en paz, menos con los osos de la cordillera que, al fin, acabaron con él á los dos años de haber sido alzado sobre el pavés. Otra cosa sucedió con su cuñado Alfonso, hijo del duque de Cantábria, quien, con avecindarse entre los asturianos, y mostrarles su fervor religioso y su genial guerrero, logró hacerles desentenderse de los hijos de Fábila, de muy corta edad para esperar de ellos la accion pronta, inme-

diata que ya hacian necesaria las discordias de los árabes y su afan de pelear allende el Pirineo.»

«Tenia en su ventaja, además del valor y el celo religioso de que le consideraban dotado, la sangre real que decian venirle de Leovigildo, circunstancia de gran importancia para los godos acogidos á las fragosidades del Pirineo, el ayuda de los cántabros que le proporcionaria el amor de su padre, y la alianza de los vascos que, cubriendo y asegurando su pequeño reino por toda la zona oriental de la cordillera, le permitiria extender toda su accion por Galicia y el valle del Duero, regiones, tambien tenebrosas para los árabes y de triste augurio. De modo, que si varon alguno ha subido al trono con esperanzas de porvenir próspero y glorioso, nadie, como el primer Alfonso, pudo contar con aclamacion tan espontánea, nadie con más ardiente voluntad de apoyarle en sus proyectos de engrandecimiento ni con alianzas más sinceras y eficaces. Correspondió el primer Alfonso á tantas esperanzas como en él se fundaban, á tantos sacrificios como se hicieron por él; y su nombre y su título de *Católico* han llegado á ser la esperanza más legítima y el sobrenombre más honorífico de los monarcas castellanos.»

«Empezando por Galicia la série de sus gloriosísimas correrías, penetró luego en Portugal hasta la desembocadura del Duero, y remontando sus aguas llegó, sin dejar por su izquierda fortaleza que no conquistara ni pueblo que no sometiese, hasta el orígen de aquel gran rio en los confines ya de la cuarta provincia musulmana, la de Sarkosta, muy pronto nuevo y floreciente reino de Sobrarbe y Aragon. Su marcha fué el *despejo* más gallardo de que haya memoria: arrancando de Oviedo á

Lugo, Orense, Tuy, Braga, Oporto, Viseo, Chaves, Astorga, Leon, Zamora, Salamanca, Ledesma, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Coruña del Conde y Saldaña; volvió á las montañas asturianas cubierto de trofeos, cargado de despojos y seguido de millares de cautivos y, lo que valia más, de innumerables cristianos ansiosos de compartir con Alfonso las glorias y los peligros de tan brillante carrera.»

«Las aguas del Duero tardaron mucho, á pesar de tan brava y feliz expedicion, en ver de nuevo á los cristianos de Astúrias. El sucesor del primer Alfonso, su hijo Fruela, tuvo ya que hacer bastante en sus Estados y en los de sus aliados de Vizcaya para atender á los de sus enemigos los moros. El carácter desabrido del rey le enajenó el amor de los gallegos y vizcainos; valiente y cruel los supo dominar y castigar rudamente; pero con eso y con la edificacion de Oviedo, más que en la guerra, tuvo que pensar en no malquistarse con el poderoso Abd-er-Rahman, el último de los Ommíadas, ó Beni Omeyya de Bagdag, que, huyendo de los destructores de su familia, supo elevar en España un sólio rival del de Oriente en lo brillante y poderoso.»

«El cuidado, primero, de abrirse paso al mando de sus correligionarios venciendo á Iussuf, el Emir legítimo, y á sus hijos todos armados para la defensa; el de sofocar, despues, las rebeliones incesantes de los que, ya por las armas, ya por su clemencia inagotable, le habian reconocido por jefe supremo, aunque todavía rezasen por el Kalifa de Bagdag; y, por fin, su amor á la paz y á las artes que con ella se fomentan, entreteniéndole hasta en hacer versos á la gallarda palmera que consigo trajo á España, rival en Córdoba del magnífico laurel de Cé-

sar, retrageron á Abd-er-Rahman de comprometerse en una lucha decisiva con los montañeses de Astúrias, contentándose con imponerles un tratado, más honorífico que fructuoso.»

«Muerto Fruela, segun la sentencia de la Escritura, como lo habia sido por él su hermano Vimarano, esto es, con el puñal, siguieron Aurelio y Silo pagando el tributo que les imponia la posesion de Galicia, sujetos á él más por las rebeliones de aquella tierra, mal sometida aún, que por las armas infieles, ocupadas tambien, en empresas, para ellas, de mayor y más trascendental importancia.»

«Efectivamente, en el reinado del segundo de estos dos monarcas y en el año de 778. atravesó los Pirineos el poderoso emperador de los Franco-Austrasios, el inmortal Carlomagno. La gloria que le habian grangeado tanta y tanta empresa feliz por el Rhin y los Alpes, deslumbró á algunos walis de Aragon y Cataluña que le llamaron á España creyendo preferible la obediencia á un monarca cristiano, ocupado generalmente en guerras muy lejanas, á la del Ommiada, de cuya autoridad querian á toda costa desentenderse. Carlomagno acudió al llamamiento con un gran ejército dividido en dos cuerpos, dirigiéndolos por los dos *carriles usuales* del Pirineo, el Portus y Roncesvalles, regido el primero por uno de sus más afamados *cabos* y el segundo por él en persona y aquella pléyade de insignes caballeros que por su número y hazañas no hay romance de aquel tiempo que no recuerde y ensalce.»

«Así como la gloria de sus proezas le valió las simpatías de los caudillos mahometanos, el temor que solo su nombre infundia retrajo al Kalifa de Córdoba de una ac-

cion, paralizada, además, por las rebeldías nunca interrumpidas de los hijos de Iussuf, las noticias de próximas expediciones de los Bereberes Abbasidas, y no infundadas preocupaciones sobre intentos belicosos de los cristianos del Norte de la Península. La primera hazaña del Franco en nuestro país fué la toma de Pamplona por capitulacion. Ciudad cristiana sometida tan solo nominalmente á la autoridad de un gobernador árabe, abrió las puertas al magnánimo emperador que, á su vuelta de Zaragoza, habia de arrasar las murallas que ninguna resistencia le habian opuesto; acto de una prevision indigna que debió enseñarnos á no confiar jamás en nuestros vecinos y á no tener aquella plaza, como casi siempre la he visto, desprovista de todo elemento de resistencia.»

«Habia sido llamado por el walí de Zaragoza y allá se encaminó por Tudela, la llave de Aragon en la línea militar de aquel reino. Va con el Ebro á la ciudad por tantos títulos inmortal; y en vez de hallar la acogida que le habian prometido y esperaba, encuentra las puertas cerradas, los puentes levantados y las murallas coronadas de gente armada tan dispuesta á resistirle como diez siglos despues la generacion pasada á su digno imitador en genio y en ambiciones.»

«Pero direis ahora lo que en varias ocasiones os habrá venido á las mientes durante mi interminable relato: ¿qué tienen que ver todas estas historias con la del hombre que tenemos enfrente? No en algunas, sino en muchas, en casi todas, fuí yo actor y no de los ménos influyentes. En esta misma campaña de Carlomagno tuve una participacion cuyo conocimiento hubiera hecho la luz en las mil dudas que han levantado la venida del

emperador de los francos á España, la resistencia inesperada de Zaragoza y la victoria de Roncesvalles.»

«Hé aquí la clave para disiparlas.»

«Despues de la de Covadonga, tranquilas las Astúrias y sin temor alguno cántabros y vascones á la invasion alárabe, yo crucé el Pirineo y seguí al Rhin y al Danubio á engolfarme en la selva umbría, guarida predilecta de aquellos feroces, aunque bellos y castos, germanos que tan gráficamente describió el severo y verídico historiador de los emperadores latinos. Endulzaba mis penas la vida áspera de los valles pantanosos del Rhin, á pesar de que las moradas y los trages de los habitantes distasen ya tanto de los que recordara Tácito, como el castillo feudal de la choza y la dalmática y la martingala del sayo y las pieles con que ántes se cubrian y resguardaban.»

«Y aquí debo referiros la reproduccion, única afortunadamente, del espectáculo del Ararat.»

«Vagando entónces yo por Alemania, subí á una montaña, más notable por los accidentes abruptos de sus estribos que por la altura y majestad del cuerpo principal, cubierto, es verdad, de nieve en aquel tiempo. El sol acababa de asomar por el Oriente, empujando hácia el Oeste los vapores trasparentes de la mañana que no habian tenido aún el tiempo suficiente para condensarse y enturbiar el cielo límpido y sereno que iba á cruzar el astro refulgente del dia. Sentado en una roca pelada, al abrigo, aunque innecesario para mí, de un alto pinavete, cabeza de un bosque espeso que se extendia á la derecha, reflexionaba sobre mi triste y eternal destino, cuando, al alzar la vista á mi frente, distinguí en lontananza la silueta umbría de un jigante, de un

coloso, sentado, como yo, en la montaña vecina, y sumido, al parecer, en meditaciones tan hondas como las que turbaban mi espíritu. Con la sorpresa abandoné el asiento y la sombra se irguió conmigo en la altura opuesta, adquiriendo proporciones que llegaron á apretar mi corazon, como si en él pudiera caber el miedo. Creció la admiracion al ver que el fantasma seguia los movimientos que su aspecto causaba en mí, como imitándolos, como burlándose de ellos, como echándomelos en cara; pero cuando mi asombro llegó á su colmo fué al contemplar la aparicion de otro espectro que, descubriéndose paulatinamente, como si se alzase de la tierra, se dirigia al costado del primero. Un ruido sordo de pasos apresurados, de arbustos rotos y de piedras que rodaban al abismo, atrajo mis miradas del lado de que aquel se oia; y, no ya admirado y perplejo cual ante el espectáculo de los fantasmas, sino estupefacto, en el éxtasis más delirante, quedé en presencia del sér misterioso que en el Ararat fué delicia inesperada, paréntesis halagador y amargo desengaño de mi existencia en los primeros pasos de la expiacion á que habia sido condenada. La misma expresion de dolor, de hondo pesar y cruel remordimiento en su semblante, igual ánsia febril, inacabable, de accion en sus pasos y en sus movimientos todos, idéntico extravío en las miradas; pero la mágia, el encanto, la atraccion, irresistibles siempre de la, como yo errante, como yo maldita, como yo desventurada aparicion del Ararat. ¡Oh! ¡Cuál se agitó mi espíritu á la presencia de tanta miseria! ¡Cuál se encendió mi corazon ante embeleso tanto, sombrío y fatídico, pero atrayente, peregrino, de aficion inexplicablepara las naturalezas ordinarias de la humanidad, devoradora, ir-

resistible para el precito, para el abandonado de las misericordias nunca negadas á sus semejantes!»

«¿Quién eres, la dije, sombra enemiga de la paz eterna que tantos años voy por la tierra pidiendo al Omnipotente? ¿Quién erés tú, misterioso fantasma, enigma indescifrable y claro testimonio, todo junto, de una fuerza, de un poder que no llegamos á comprender ni siquiera á temer ni respetar? ¿Es que existen dolores y amarguras como el dolor de mi pecado y las amarguras de mis remordimientos que creia únicos en el mundo? ¿Es que cruzan todavía la tierra existencias que, como las de nuestros primeros padres, resisten al fuego de las pasiones humanas los siete siglos que nos han contemplado desde la cumbre del Ararat?»

«Y ¿quién eres tú, me contestó con una voz suave y melancólica como la del céfiro en el intrincado laberinto de un mar de tiernas y flexibles cañas, quién eres tú cuyo rostro velan aquí, como en la montaña armenia, raudales de sudor y raudales de sangre humeante que descienden á la arena como para lavarla de los crímenes que la manchan? ¿Eres hombre, Dios ó génio maléfico recordador de mi delito para traerme á la memoria cómo se desliza el tiempo sin que vengan con él la para otros espantable vejez, la muerte tan suspirada por mi corazon doliente? Yo exigí de la pasion lo que el verdadero amor no podia concederme; yo, esclava del pecado, quise manchar con sangre á los esclavos de mi capricho, y toda aquella sangre cae ahora gota á gota, horas, dias y siglos sin que logre parar su golpe incesante que me ahoga sin matarme. Yo tronché en flor un tallo vivificado en el Jordan despues de dar vida y aliento á quien habia de dar esa vida y ese aliento al mundo que los esperaba

para su purificacion. «Yo soy el fuego y soy el viento; yo soy la mujer, soy Herodias.»

«¡Desgraciada! exclamé, y cómo en la ira ineludible del Altísimo han caido de su mano dos sentencias que, en vez de la alegría y de la felicidad que representan á la condicion humana, tan avara del tiempo, constituyen el horrendo é interminable castigo nuestro. Pero ya que una es la pena y uno el dolor, únanse nuestros corazones para sostener, no ya la lucha imposible como la de los precitos desheredados del concierto anterior á todo lo creado, sino la pesadumbre de nuestra adversidad, aligerándola con los lazos de ese mismo anatema que la produce, que son los lazos de un orígen semejante y de un destino igual en ambos. Aquí, en medio de una naturaleza tan áspera y salvaje y solitaria como nuestra conciencia, entregados á nosotros mismos, sin más testigos que las rocas y los cedros que la nieve va silenciosamente cubriendo con su manto, arrojemos del pecho el cáncer que lo corroe y abrámosle á la emocion de sentimientos, de deseos y de satisfacciones que uno sin otro jamás podríamos experimentar en este mundo, de cuya comunicacion, viviendo eternamente en él, se nos ha privado para siempre.»

«Sin testigos no, me interrumpió Herodias: nos observan esos dos fantasmas gigantes que son, así como nuestra reproduccion en el espejo nebuloso de la bruma matutina, las conciencias nuestras que nos representarán provocando al cielo, cual tu imágen me representa tu crímen y la mia dejará á descubierto el horrendo que estoy expiando. Y al compás de aquellas palabras tristes, pronnnciadas más tristemente todavía, el semblante de la Hebrea parecia nublarse con vapores que mi apro-

ximacion condensaba con la rapidez de los pasos hácia ella, hasta cubrirlo primero y sustituirlo despues con el cárdeno y ensangrentado rostro del Bautista.»

«Los fantasmas del Achtermannshohe se movian como agitados por convulsiones hercúleas ofreciendo una intensidad aterradora y un espectáculo cuyo horror fué á colmar un trueno que conmovió todo el Brocken, tanto más extraordinario cuanto que la atmósfera aparecia límpida y trasparente. Cuando salí del aturdimiento que en mí produjo, solo descubrí un fantasma, inmoble, fijo sobre la niebla del valle interpuesto al Achtermannshohe, severo acusador de mis temeridades, que fué luego desvaneciéndose segun se iba perdiendo en las concavidades de la montaña el eco de una voz lúgubre que repetia sin cesar:

¡Hu! ¡hu! ¡hu! ¡y qué voces!
Garzas y buhos gimiendo,
Y su triste canto uniendo,
Infunden miedos atroces.
De entre las ruinas, veloces
Se ve que salen guadañas,
Raices feas y extrañas,
Lomos, brazos descarnados,
Vientres grandes y aplastados
Y mil reptiles y arañas.

Cuando terminó el canto, muy conocido para mí, del *Fausto*, era, hacia tiempo el oficial, presa de una convulsion creciente por momentos; de su boca, y entorpeciendo la pronunciacion de las palabras, caia una espuma negra como el tabaco que masticaba de contínuo; saltábanle de las órbitas los ojos, encendidos como dos carbones en la fragua, y al balbucear el último verso de Goethe, cayó como muerto en uno de los ángulos del carruaje.

No nos sorprendió, como la vez primera, el accidente; Colonna aplicó á las narices del oficial un frasco de sal inglesa, y pronto tuvimos el gusto de verle recobrar la vida que minutos antes parecia escapársele. Pero era necesario distraerle desde el primer momento; hacerle olvidar, si era posible, el síncope, y, sobre todo la causa de él; y, al observar que volvia en sí, me apresuré, entre impaciente y risueño, á decirle: «Nos teneis llenos de curiosidad con la historia de Roncesvalles.»

No debió pasar desatendida para él mi estratagema; pero, áun comprendiéndola y mostrándose como agradecido á ella, se sonrió tristemente, se limpió el sudor que bañaba su rostro, arrojó de la boca un gran trozo de tabaco y anudó su relacion anterior de esta manera:

«Pasaba yo por las inmediaciones de Paderborn, donde iba á celebrarse lo que entonces se conocia con el nombre de *Campamento de Mayo*, junta magna de próceres alemanes, más militar que religiosa, más política que social, áun cuando participase de todo. El campamento de 778 habia sido provocado por Carlomagno para imponer tributos, leyes y el estigma, en fin, de los vencidos á los sajones, tantas veces derrotados y siempre rebeldes al imperio Franco. No pensaba entrar en la ciudad, pero la noticia de una embajada de hombres extraños por la tez de sus rostros y lo abigarrado de sus trajes y armas, cundiendo con rara velocidad por el país circunvecino y los que habia atravesado en su marcha, arrastraba á todos, y á mí con ellos, al campamento. Aún habia en él gentes de armas, encanecidas, es verdad, para quienes no era desconocida una raza que habian sabido detener junto á Poitiers en la invasion mahometana de 732. En aquella más fructuosa que bri-

llante jornada, el abuelo del Emperador, aquel que por la fuerza de su brazo se habia adquirido, con el poder supremo, el sobrenombre de Martel ó Martillo, logró vencer y matar al esclarecido Abd-er-Rahman-ben-Abdalá el Gafeki que, siguiendo la tradicion de Muça, trataba, por Occidente, de ligar sus conquistas con las que iban á iniciarse en las fronteras de Siria sobre el imperio griego. La victoria hace generosos á los hombres; y los veteranos del ejército de Carlomagno recibieron con agasajo la embajada sarracena que al instante, y con el instinto de la pátria, comprendí procederia de España. Yo, por el contrario, sentia ódio concentrado, inextinguible, hácia los hijos del desierto; y recelando de su ida á país tan remoto y tan contrario, por lo septentrional, á su índole y á sus aspiraciones, puse empeño en conocer su propósito que ya conceptuaba peligroso para mis compatriotas.

«No tardé en introducirme en su comitiva y en captarme la intimidad del caudillo, que, como presumia, era un cacique alárabe, Ibn-al-Arabi, walí de Zaragoza, partidario de Juss-uf el mayor enemigo del Ommíada, y, para que no cupiese duda de sus intenciones, iba acompañado de Hosain, uno de los hijos del constantemente rebelde y vencido emir de España.»

«Pintó el infiel con los vivos colores que siempre usan los de su raza las desgracias que Abd-er-Rahman hacia pesar sobre la Península. Los partidarios del Kalifa legítimo eran perseguidos con el mayor encarnizamiento; los verdaderos creyentes atropellados; y era necesaria una reaccion poderosa para sacar á salvo los fueros del Islam y la autoridad de su primer representante. En el grado de fuerza que el Ommíada habia adquirido con

sus artes y su fortuna entre los árabes, descontentos, más que del Kalifa, de sus emires en España, y entre los rumies, anhelantes siempre, como siervos y como españoles, de mudanzas y variaciones de fortuna, se hacia precisa la intervencion de un monarca poderoso en favor del Abassida. Nadie como Cárlos podia emprenderla por su grandeza y por la vecindad de sus nuevos Estados en Aquitania. De escasa importancia serian los sacrificios que tendria que imponerse el emperador: su gloria, la fama de sus armas y unos cuantos escuadrones que las mostrasen en España, bastarian para hundir en el polvo al orgulloso Abd-er-Rahman. El galardon, en cambio, tendria toda la importancia del servicio. Los que adquiriesen el imperio de toda la Península, los desterrados que lograran tornar á aquella tierra de delicias que riega el Guadalquivir, tan próxima, además, al Africa, de donde empezaban ya á salir los enjambres humanos sostenedores del Corán en Occidente, no darian mucho valor á las montañas ásperas y casi deshabitadas del Pirineo.»

«No pareció mal á Carlomagno el discurso de Al-Arabi, y debió ser aquella la ocasion primera que inspirase á un monarca francés el pensamiento de dilatar sus fronteras hasta el Ebro, haciendo desaparecer los Pirineos como tantos otros lo han intentado despues, aunque inútilmente. Aceptó, pues, la invitacion, pero sin descubrir las ambiciones que tal propuesta dispertaba en su alma, y despidió á los sarracenos con la seguridad de su alianza y el ofrecimiento de su marcha inmediata á la Península.»

«Partió Al-Arabi con los infieles sus secuaces, y yo quedé en Sajonia para observar las operaciones del em-

perador Franco y seguirle en ellas. Pronto descubrí sus intentos: en vez de los escuadrones que le habia pedido el walí de Zaragoza, reunió un ejército numerosísimo de francos, austrasios, turingios, heseses, gentes todas del Norte de Europa cubiertas de hierro y cabalgando en enormes brutos, ávidas de botin y de matanza. Ya en Aquitania, rompe la hueste en dos, segun creo haberos dicho, y con la principal penetra por Ibañeta, ocupa la ciudad y fortaleza de Pamplona, y se presenta despues á la vista de Zaragoza.»

«Pero desde Garona, donde se detuvo Cárlos á celebrar la Páscua, vuelo á España y manifiesto á Al-Arabí primero, y despues á su teniente Hosain-ben-Yahya y á los que, ignorantes de los ofrecimientos del walí, resistian la alianza del cristiano Károlo, los planes que debia traer con golpe tan considerable de gentes de armas. Tan hábiles fueron mis maniobras, que al dia siguiente al de mi llegada á Zaragoza Al-Arabí se hallaba arrepentido de su embajada á Paderborn, Hosain conspirando contra el walí, y toda la guarnicion mahometana decidida á cerrar las puertas y defender tenazmente á Zaragoza. No descuidé por eso de interesar á los cristianos en la resistencia, cosa bien fácil en todas ocasiones; pero haciéndoles ver que las miras del francés se encaminaban á satisfacer su ambicion, y no á la exaltacion de su fé religiosa, conseguí encender en ellos el fuego de la patria hasta el punto de ofrecerse al sacrificio, si era preciso, de sus vidas, en defensa de la ciudad. Salí luego al campo, y de castillo en castillo llegué hasta los de Huesca y Lérida; hablé á sus gobernadores ó alcaides, y á los walís y wasires de la tierra; sin comunicarles los planes anteriores de Al-Arabí, les mos-

tré la obligacion de acudir á la venganza del ultraje de la invasion franca y fuí, sin descansar un momento, sublevando toda la frontera y las márgenes del Ebro hasta su desembocadura en el mar.»

«En todas partes era escuchado con atencion, y producia con mis palabras entusiasmo, ira y deseo de venganza. Dejaba, sin embargo, lo principal de mi obra para más tarde, para, si tenia éxito en Zaragoza, completarla despues con el exterminio total de los invasores. El paso de Carlomagno por Navarra habia convencido á los vascos, así del Pirineo como de la costa, del proyecto del héroe, que no era otro que el de imponerles su autoridad. Le habian visto atravesar su tierra con el recelo de un pueblo no sujeto jamás á yugo alguno; y una sospecha más ó una accion contraria á su independencia armaria á todos para escarmentar á los audaces extranjeros, por más que no desconociesen la gloria del que los mandaba. En pueblos como el vasco, nunca dominados, la fuerza, la gloria y el renombre del enemigo no son sino un incentivo más para resistirlos y vencerlos.»

«Carlomagno hizo sonar el bronco cuerno al pié del castillo de Zaragoza, esperando, por el convenio hecho en Paderborn y por el terror que debia infundir ejército tan formidable como el de su séquito, que se le abririan de par en par las puertas. Pero ninguno de los guerreros que cubrian el adarve bajaba á abrirlas: por el contrario, cada almena parecia ocultar un hombre, y por entre ellas asomaban las tan temidas ballestas de los sarracenos. Impaciente el francés recorria el campo seguido de aquel cortejo, comparable tan sólo con el del breton Artur, llamando á Al-Arabí, recordándole su fé

y amenazándole con su venganza. Al mismo tiempo que así creia amedrentar al walí y á la guarnicion, ofrecia al vecindario su libertad y la del culto á la Vírgen que nadie más que él, decia, era capaz de asegurar de las tropelías de los secuaces de Mahoma. Al-Arabí observaba mudo la hueste franca; la guarnicion pedia el combate, y el vecindario permanecia sordo á las promesas halagadoras de Cárlos.»

«Este comprendió que habia errado el golpe con querer darlo decisivo, y dejó pasar en parlamentos y misiones secretas á Soleiman un tiempo precioso para los sitiados, en cuyo auxilio acudian los walís de Lérida y de Huesca con los presidios de sus fortalezas y los montañeses del territorio de su mando. No era prudente entablar un trance sério con fuerzas tan exíguas, y allegadizas además, contra el formidable ejército de los francos; pero diestros los árabes en sus algaradas, y dejándose llevar los aragoneses de su ímpetu característico, no permitian descanso alguno á los invasores, ni forraje ni convoy ni destacamento, teniéndolos como encerrados entre una ciudad que se defenderia y un campo todo levantado en armas. ¿Temeria Carlomagno anublar la gloria de los francos, á tanta costa arrancada por su abuelo á aquellos mismos moros que tenia delante? Ello es que la defeccion de Soleiman, la entereza del presidio, los recelos de los cristianos, el aguijoneo constante de los auxiliares, y, con todo esto, el convencimiento de un fracaso completo, le hicieron desistir de sus grandiosos proyectos y ordenar la retirada por el mismo camino que le habia conducido á Zaragoza. Llevaba el pecho rebosando en ira y en deseo de venganza, y, no pudiéndolas satisfacer en la ciudad del Ebro, las guardó

para la del Arga, cuyas murallas arrasó completamente á su paso al Pirineo. Aquel acto inícuo, tan repetido en España por los admiradores del héroe, sus compatriotas, fué la chispa que habia de inflamar la mina sobre que marchaba el ejército franco.»

Suena y resuena alarido
De Exkaldunas por la eminente cumbre;
Deja el etcheco-jaona su techumbre,
Y siempre alerta
Ante su puerta
Exclama ¿qué me pide ese ruido?
Y Melampo
Que al pié del amo yacia
Y dormia
Sale al campo
Y Altaviza atronó con su alarido.

—

A diestro y á siniestro en el collado
De Ibañeta retumba
Cual de peñon que de lo alto se derrumba,
Y es de fiero soldado
El murmullo y el paso acompasado:
Ronca el asta de buey, y en Ibañeta
El etcheco-jaona aguza su saeta.

—

Ya están, ya están; y entre un cañar de lanzas
Las banderas tremolan mil venganzas.
Sus armas á raudales centellean;
Cuéntalos por muchísimos que sean,
Mozo; uno y dos y tres y cuatro y cinco
Y seis y veinte; en valde es el ahinco.

—

Miles y miles llegan: en contarlos
Se pierde el tiempo, vamos á matarlos;
Aquí de mancomun, brazo con brazo
En redoblado lazo
Peñones y peñones arranquemos
Y allá sobre sus frentes los volquemos.

Mueran; sea este de su vida el plazo.
¿Qué buscan los del Norte en estas breñas?
Dios hizo la montaña
Para que no la pase gente extraña;
Viva la paz; lluevan sobre ellos peñas.
Un peñon y otro y otro se derrumba,
Y á soldados sin fin sirven de tumba.
Huesos tendidos, carnes palpitantes
De sangre inmunda asoman rebosantes.

—

Huya quien tenga aun fuerzas y un caballo,
Huye tú, Cárlos, de tu suerte el fallo.
Y ni tus rojas ni tus negras plumas
A nuestros ojos ostentar presumas.

—

Ese tu primo, tu Roldan amado,
En vano fué tan ínclito soldado,
Pues yace allá; dejemos ya la cumbre;
Vuélvase cada cual á su techumbre.
Pues de diversos modos,
Viva, Exkalduna, viva, huyeron todos.

—

Huyen y más huyen; ¿qué fué entonces
de esos que en pompa semejaban bronces?
¿Y ese cañar de lanzas
Que amagaba tantísimas venganzas?

—

Ensangrentada hueste, ya no brillas,
Hecha astillas,
Tiznados tus aceros
Aparecen tan solo inmundos cueros.
Cuéntalos, niño, ahora con ahinco,
Veinte, catorce, doce, nueve, cinco.
Cuatro, tres, dos, uno,
Ya ninguno.

—

Conque etcheco-jaona, ya ni uno:
Conque á tu hogar con el perrillo;
Conque abraza á tu esposa y tu chiquillo;

Haces estrechas
Haz de tus flechas
Con el asta de buey en tu tarima,
Y duerme encima:
Ya el águila en las carnes se alimenta,
Y por siempre blanquea la osamenta.

«¡Hurra, hurra!» «¡Bravo, bravo!» gritamos Colonna y yo, y nos apeamos del carruaje.

Estábamos en Valmontone.

III.

UN HÉROE QUE SE NOS QUIERE HACER IMAGINARIO.

Dada cuenta de mi comision, el general en jefe ordenó la marcha del ejército para el dia siguiente. Aún era de noche cuando la emprendimos; y no tocaba al zénit el sol, cuando, despues de un breve descanso, salíamos de Pallestrina, célebre teatro en que se representó la última escena de la guerra civil entre Sila y Mário.

En la grande estrada, abierta al pié de Pallestrina, notable por ser la via antigua admirablemente conservada en un grande espacio, habia puntos que los franceses se apresuraron á ocupar despues de su entrada en Roma; y, para evitarlos, empezando por cruzar los campos, se tomó el camino de Castel-Madama, angosto, desigual, onduladísimo, un verdadero camino de perdices.

Sorprendidos por la noche algunos de los cuerpos de la division, se perdieron en la oscuridad, y fué necesario encender en la esplanada que ocupaba una gran guardia, establecida junto á la puerta del pueblo, hogueras que sirviesen de guia y de punto de reunion á toda la retaguardia.

En la primera de aquellas hogueras me situé yo con el encargo de reunir á los estraviados y señalarles su alojamiento, comision que, conociendo por experiencia

propia las dificultades del camino, y ausente además la luna de nuestro horizonte, supuse larga y no cómoda. Aunque de verano, era fria la noche, y la hoguera podia servir perfectamente, á la vez que de faro, de defensa contra la humedad que por instantes se iba desarrollando en la atmósfera; así que me senté en una piedra próxima al fuego, con cuya llama y con las chispas que bulliciosamente despedia, contaba distraer tambien el tiempo que durara mi comision.

Llegó un batallon, y luego otro, y tras de ellos el escuadron de Colonna; cada cual recibió la consigna correspondiente para su alojamiento; y entre la algazara que el toque de *asamblea* primero, y despues el de *fagina*, producen siempre en tales ocasiones, fueron poco á poco desapareciendo jefes, oficiales y soldados. Sólo quedó á mi lado el coronel Colonna, á quien desde nuestra llegada á Valmonte, no habia visto más que en la marcha y los cortos instantes que consentia el servicio.

Uno y otro teníamos deseos de comunicarnos las impresiones de aquel viaje, en que no habia pasado una hora sin una emocion nueva, y, sobre todo, profundamente extraordinaria. Más de una hora pasamos en un diálogo animadísimo sobre el hombre extraño que tan animada y deliciosa habia hecho nuestra expedicion á Avezzano, y aún me parecia no haber comenzado á hablar de él. Ya se disponia, sin embargo, Colonna á retirarse á su alojamiento para recibir el parte de haberlo concluido sus subordinados, cuando una sombra, que la poca altura de la llama del vivac prolongaba hasta perderse en las tinieblas, me hizo observar la interposicion de un individuo entre la hoguera y yo que, de espaldas á ella, me despedia de mi amigo y camarada el napolitano. Volví

inmediatamente la cabeza y me encontré frente á frente de quien estoy seguro que el lector estará esperando la presencia como, á pesar de la hora, del sitio y de la circunstancia, la presumí yo aún antes de retirar mi mano de la de Colonna.

«Os estábamos precisamente criticando, le dije, por no haberos dejado ver en todo el dia. Os he andado buscando en la marcha y no he conseguido distinguiros ni en las filas de vuestro regimiento ni en seccion alguna del ejército.»

«Una, contestó el oficial, habreis dejado de examinar, la vanguardia, á cuya cabeza he venido hasta la puerta inmediata de la ciudad, donde he recibido la órden de detenerme para guarnecer esta esplanada. Cuando llegaba á ella el cuartel general, me hubiérais visto al frente de esta gran guardia si el crepúsculo y, más todavía, el venir cabalgando por el costado opuesto no os lo hubiesen impedido. De todos modos, aquí me teneis á vuestras órdenes.»

«No tengo ninguna que daros respecto al servicio; pero sí me atreveria á dirigiros una súplica, la de que, mientras hayamos de velar por nuestra respectiva obligacion, nos entretengais con la maravillosa historia vuestra y la nueva y peregrina de la querida tierra que nos vió nacer.»

Y él á nosotros: «Permitidme un momento que necesito para echar una ojeada sobre mi avanzadilla y los centinelas del puesto: en seguida me tendreis junto á esta hoguera dispuesto á complaceros.»

Colonna, entretanto, penetró en la ciudad para recibir el parte del alojamiento de su tropa y despedir á los capitanes, operacion no larga por lo reducido del re-

cinto y haberse él hospedado en una casa muy inmediata, extenso parador en que cupieron casi todos los caballos de su escuadron. Así fué que trascurrieron pocos minutos desde la desaparicion suya y la del oficial hasta que, sentados junto á la hoguera, pudimos considerarnos prosiguiendo la excursion rapidísima por el campo histórico de la madre pátria, tan peregrinamente comenzada en el campo de batalla de Tagliacozzo.

«Recordareis, nos dijo, que celebramos la entrada en Valmontone con el canto de Altobizcar, el más notable de la poesía euskara. ¡Cuántas veces mi voz, repetida por las rocas del Lindus, ha despertado al casero, al leñador, al caminante, en las profundidades de Valcárlos con las estrofas que iban á recordarle su paso por la tumba de los celebrados Pares de la Francia! ¡Cuántas veces, cerniéndome en las peñas, bamboleantes todavía, esperando una mano que las precipitara al valle, lancé al aire aquel reto arrogante al ínclito emperador y á su valeroso primo, cuyo cuerno aún parece resonar en aquellas alturas, aguijon del combate, nuncio de desolacion y de venganzas!»

Así comenzó el oficial para ligar la relacion interrumpida en Valmontone, y la energía de su voz y la entonacion de sus palabras nos hicieron esperar calor y precision en el brillante periodo que suponíamos se preparaba á relatarnos.

Y continuó:

«No creais que el desastre de Roncesvalles fuera leccion saludable para nuestros vecinos los franceses: ya vereis expediciones semejantes á la de Carlomagno y con resultado idéntico repetirse con una frecuencia lamentable, pero que explica cuanto os dije ántes sobre

los proyectos del grande emperador, acogidos por algunos de sus sucesores con más calor que prudencia.»

«El franco manifestó no dar importancia á la derrota de Roncesvalles, que decia ser un ataque de retaguardia, tan frecuente en todo país de montañas, y cuyo resultado, mucho ménos sangriento de lo que se creia, era debido, más que á los españoles, á los vascos de la vertiente septentrional del Pirineo, mal avenidos con su reciente servidumbre y la prision del duque, su soberano. Satisfecho de aquella superchería, que consideraba como explicacion plausible de su derrota para sus súbditos; en el colmo de la alegría con el nacimiento de dos hijos durante su ausencia, y con la esperanza de desquitarse de la pérdida de sus ilusiones sobre España con nuevas conquistas en el Norte de Europa, atravesó de nuevo la Francia, y de nuevo se engolfó en el laberinto de bosques y pantanos que aún constituian la mayor parte de la Germania.»

«Entónces empezó Abd-er-Rahman la obra de sujecion de todo el valle central é inferior del Ebro, en que su autoridad era desconocida por las facciones que allí habia levantado su establecimiento en Córdoba. La misma resistencia invencible que habia opuesto á Carlomagno, hizo Zaragoza al árabe Abd-er-Rahman: no parece sino que la ciudad aragonesa quiso desde el principio de su existencia mostrar su ódio á todo lo que pudiera signficar fuerza ú opresion. Despues de tres años de sitio, en que llegó á poner en juego el Emir hasta treinta y seis arietes, capituló Hosain, pero con honrosísimas condiciones que Abd-er-Rahman tuvo que aceptar para apresurar la sujecion de todas las tríbus que moraban en el valle del Ebro, las más rebeldes á su au-

toridad de cuantas años antes habian pasado el estrecho gaditano.»

«No fué aquella la última de las luchas que hubo de sostener contra los Fehris; esto es, los hijos y partidarios de Jusuf. Acabólas todas, sin embargo, felizmente; y, despues de algunos viajes por Extremadura y Portugal, por Valencia y Múrcia, recaló á Córdoba de nuevo para inaugurar las obras de la gran mezquita, admiracion, todavía, de cuantos visitan la poética ciudad del Guadalquivir.»

«A Abd-er-Rahman sucedió en 788 su hijo menor Hixem, en cuyos brazos fué, por fin, aquel soberano ilustre á morir en Mérida; pero no le sucedió sin resistencia de los dos hermanos mayores Çuleiman y Abd-Allah, que se creian, sino con más derechos, porque no existian, con mayor aptitud en tiempos en que, ántes que la dulzura y el saber, eran el valor y el carácter necesarios para la gobernacion del Estado.»

«Vencidos los dos hermanos rebeldes, de suave y justiciero, de amante de las artes y dado á las cosas religiosas, pasó Hixem á príncipe guerrero, buscador de aventuras y de glorias en las batallas; y, viendo cómo durante las luchas civiles de los mahometanos iban los cristianos de Astúrias y de Francia extendiendo su poder y sus Estados, proclamó la guerra santa, *el-djihed*, para dispertar en sus vasallos el antiguo espíritu militar tan decaido ya entre ellos.»

«Cuando uno se remonta á investigar las causas de la duracion de la lucha tenaz y cruenta y, sin embargo de eso, dilatadísima de la reconquista, no puede menos de fijarse en las condiciones de carácter de las dos razas que la mantenian.

La Historia dirá: *Cerca de ocho siglos ardió en la Península la frágua de la pelea constante, abrasadora. Generaciones y generaciones, unas tras otras, sin interrupcion ni descanso, alimentaron su fuego centelleante, y jamás el eco de la montaña dejó de repetir el martilleo de los combates, ni la corriente de uno ú otro valle dejó de llevar ensangrentadas al Océano sus aguas. Monarcas de ánimo levantado y capitanes de corazon de hierro y en que resplandecia el génio de la guerra, brillaron en el campo de los españoles, llevando encadenada la victoria á sus banderas; los pueblos ofrecieron su sangre y sus haberes sin tasa; nunca se vió mejor deseo ni más acendrado patriotismo; y, sin embargo, la reconquista cristiana fué tan lenta, tan interrumpida de infortunios, tan azarosa, que sólo á los setecientos ochenta y un años de combatir, se vieron ondear en las torres de la Alhambra los pendones de Castilla y de Aragon.*

Y se preguntará el historiador: *¿Qué veneno sutil emponzoñaba la sangre, ó qué espíritu maléfico turbaba las inteligencias para hacer inútiles esfuerzos tan generosos y dejar sin resultado acciones tan magnánimas como las que se vieron en aquella época de eterna fama?*

«Yo contestaria, *La Discordia.*»

«Se me dirá que esa Discordia, enemiga de los españoles, paralizaba tambien la accion de la morisma su juguete siempre predilecto. Tan cierto es, que, sólo así, se concibe el sacudimiento feliz de las Astúrias y la independencia de los cántabros y vascos ante pueblos, cuya marcha desde el Asia está revelando su ardimiento y su pujanza incontrastables. Setecientos cristianos montaraces que necesitan enriscarse en las peñas del Auseba para no ser arrollados por el número de los ene-

migos, empiezan, con el ayuda del cielo, la obra de la restauracion española. Vencen, y esto no es extraño; pero, ¿por qué se les deja en paz engrosar sus filas con el prestigio de aquel primer triunfo y organizarse para emprender nuevas y más trascendentales operaciones? El desprecio á aquel puñado de *salvajes* y á aquella tierra áspera y nebulosa, tan desemejante á las de los conquistadores, hace, primero, no pensar á estos en la venganza de su derrota; la idea de conquistas más grandiosas por el Frandjat *la tierra grande*, el vastísimo plan de que la media luna cierre sus puntas por Oriente y Occidente, abrazando el mundo entero conocido, distrae á los kalifas de Bagdag y á los emires de España de una precaucion tan útil como la de no dejar en el camino entorpecimientos á su grande obra de unificacion islamita; pero, detenida ésta en los campos de Poitiers y Tours, la Discordia se abre paso en el corazon de los árabes, muy distantes ya del centro de la autoridad suprema, atizando las ambiciones de los poderosos é influyentes, las envidias de los impotentes y de los vencidos, y los ódios y los rencores de todos. La raza árabe deja ver, entónces, toda la viciosa complexion de su carácter, trasmitida de generacion á generacion desde Agar, su desheredado padre; y, exagerando sus defectos en el roce con esa *infanda Libia*, nido y abrigo de todas las pasiones, se entrega sin reserva á las más exageradas, á las más crueles, gérmen siempre de la division, de las disensiones intestinas, de la guerra civil, de la muerte, en fin, de los Estados. Un ambicioso derroca al emir y perece en empresas ejecutadas para justificar su encumbramiento: los fieles nombran uno nuevo que los ha salvado en la derrota, pero cuya eleccion anulan los kali-

fas para conceder su gracia á otro que, en señal de gratitud, requiere, acusa y atropella á los que llevan la vanguardia del islamismo. Un wasir desobedece las órdenes de Córdoba, apoyado por el walí de la comarca que, no atreviéndose á proclamar su independencia, quiere, hacerla al menos, efectiva, disculpándola con la distancia y las atenciones de su mando. Y, por fin, cuando á la crueldad de un delegado del Profeta se le escapa una víctima que, reuniendo á la calidad de la sangre el valor y el génio de los héroes, logra crear en España con una dinastía nueva, un imperio independiente, la fuerza moral del mahometismo decrece, disminuyen las físicas, y el reino de Astúrias se encuentra combatido, no ya por las reunidas del Asia y del Africa como al principio de la invasion, sino por las discordes y divididas de la Península.»

«Un gobierno unido en corazon y fuerzas podia, pues, sostener la lucha, por más desigual que fuese, ante emires sin autoridad sólidamente establecida y ante delegados que á ella preferian, como ya se ha visto, la de un extranjero enemigo de su religion; pero ahora toca preguntar, ¿el gobierno de los asturianos era tan homogéneo, se hallaba asentado en bases tan sólidas que pudiera emprender esa lucha con esperanzas fundadas de un éxito pronto, brillante y decisivo, cual se necesitaba para reparar completamente el desastre del Guadalete?»

«No: por el contrario, los cristianos españoles se hallaban tan divididos entre sí como los árabes sus enemigos. Los gallegos no querian reconocer la autoridad de los reyes de Astúrias que habian roto sus cadenas, y aspiraban á la formacion de un Estado independiente. Con más derecho pero con igual falta de cordura se retraian cánta-

bros y vascones de la comunidad cristiana, tan brillante y ejecutivamente establecida en los Pirineos astúricos. Si dos tribus célticas, la de los galláicos y la de los astures, que habian llegado juntas á España y estableciéndose una al lado de otra, no lograban hacer en el dia de mayor peligro, de un mismo interés patriótico y de aspiraciones iguales á la libertad un solo fondo y una sola fuerza, ¿cómo habian de fundirse en una nacionalidades tan diversas como la celta y la ibera procedentes de regiones tan distintas y regularmente por caminos tan encontrados? Orgullosos los vascos de su abolengo, poseedores antiguos, los más antiguos, de la tierra, y manteniendo la que entonces ocupaban y ocupan ahora contra todas las invasiones conocidas, no solo querian continuar en su vida independiente, sino que repugnaban todo consorcio con razas en quienes las emigraciones de épocas de mayor confusion, la servidumbre durante la romana y la guerra dilatadísima entre suevos y godos habian introducido, con elementos nuevos, heterogéneos todos, genio, carácter y costumbres nunca simpáticas á los linajes puros del mundo primitivo. Los vascos se avendrian á ser aliados, y en la sinceridad de sus compromisos y en la eficacia de su accion fundaban un orgullo que todavía conservan sus descendientes; pero nunca ligarian su suerte á la de los asturianos que á diverso orígen y distinta organizacion unian diferentes aspiraciones y una mision especial á que ellos no se sentian llamados. La Etognosia es la primera necesidad del historiador, porque sin ese estudio preliminar, sin el conocimiento del carácter de los hombres cuyos actos van á relatarse, es imposible explicarlos en sus causas y en sus resultados. En España, con particularidad,

donde la topografía y la diferencia de climas han servido á la separacion de los habitantes por razas de las distintas que, no sin fortuna, la han invadido, convidándolas con naturaleza y temperamento semejantes, si no iguales, á los del país de su respectivo orígen y convidándolas con el retraimiento seguro, si no tranquilo, de unas respecto de otras; en España, repito, es donde el que haya de emprender la tarea de historiador tiene que prepararse con un estudio filosófico, profundo de idiomas, carácter, leyes y costumbres de los moradores antiguos y modernos de tierra tan trabajada por todos los pueblos conquistadores del mundo. En esa ciencia, no fácil, ciertamente de adquirir, podria yo ser maestro; porque, ¿quién como yo, se habrá visto cerniéndose sobre todas las generaciones de la tierra, asistiendo á las vicisitudes y participando de la civilizacion de todas las sociedades humanas?»

«Pues bien; ese estudio, que en mi es la experiencia de vida tan dilatada, me ha hecho comprender la causa de todos los males que ha experimentado España, y, en el período de su historia que voy describiendo, la razon de las dificultades que encontró la empresa de la reconquista para obtener resultado satisfactorio por lo pronto y decisivo. Pelayo halla en Pedro, duque de Cantábria, un aliado, pero frio y satisfecho con que los moros no le inquieten en su gobierno; Fruela tiene que vencer las rebeldías de los gallegos y que castigar, puede decirse, el retraimiento de los vascos; Aurelio se vé hostilizado en su mismo reino por aquellos cautivos que Alfonso el Católico habia arrastrado á Astúrias en sus excursiones á la region del Duero; Silo vuelve á reprimir las rebeldías de los gallegos; y el reinado de Maurega-

to, su sucesor, se consume en su entronizamiento ilegítimo, en la expulsion de su sobrino del territorio asturiano y en la sujecion de aquellos de sus vasallos que no podian conformarse con ver el trono usurpado por un bastardo.»

«Era necesario un carácter superior para imponer el órden indispensable á la buena administracion del reino y á la marcha de la reconquista; y en brazos de Bermudo el Diácono, uno de los varones más sobresalientes de su siglo, hermano de Aurelio, elegido antes para el mando supremo á la muerte de Mauregato, fué alzado sobre el pavés aquel Alfonso proscripto á Alava con su madre, hijo de Fruela y mozo ya que acababa de mostrar en las dos campañas recientes valor extraordinario y prendas de talento nada comunes para aquellos tiempos.»

«Efectivamente; la primera de las tres grandes divisiones de tropas formadas por Hixem al proclamar la guerra santa, tomó el rumbo de Galicia y, por Astorga y Lugo, fué hasta los términos occidentales de aquella provincia talando los campos, destruyendo las poblaciones y arrebatando gente, ganados y cuantos despojos podian servir para lustre de su hazañosa correría. No tenia fuerza Veremundo para contrarestar aquel torrente devastador que, deslizándose por los escarpes de sus inexpugnables montañas, se extendia por las tierras de Galicia, abiertas por la naturaleza y entonces por el espíritu de desconfianza de los habitantes respecto á los monarcas asturianos. Salió, sin embargo, el rey sacerdote lleno de ardimiento contra uno de los cuerpos de los invasores, aunque sin fortuna por la desproporcion de fuerzas.»

«Entonces fué cuando Veremundo se asoció al hijo de Fruela en el ejercicio de la potestad real que despues le encomendó íntegro al ver que su conducta, por lo valerosa contra los enemigos y lo conciliadora para con sus compatriotas, lograba desterrar del ánimo de los asesinos del padre el recelo de la venganza, único motivo de repulsion hasta entonces hácia el jóven y gallardo príncipe. No bastaron, empero, ni la conducta de Alfonso ni sus hazañas en la guerra, á ampararle en el poder. A los once años de ejercerlo con el mayor celo, con la imparcialidad más severa y con una gloria desconocida en reinados anteriores, fué víctima Alfonso de una sublevacion de sus vasallos y encerrado en una fortaleza, de la que solo unos meses despues lograron sacarle sus parciales.»

«Despues de la de Lutos, en que derrotó completamente un ejército sarraceno, mandado por el Hadjeb de Hescham, Alfonso habia acometido la empresa de cruzar el Duero y extender la guerra hasta la desembocadura del Tajo y términos occidentales de la Lusitania. Sus armas lo habian arrollado todo en la marcha y, al fin de la campaña entraban victoriosas en Lisboa, ciudad ya de mucha importancia por su vecindario, comercio y fortificaciones. Tanta le dió el monarca astur que creyendo deber anunciar su triunfo al más afamado de los soberanos de Occidente hácia quien sentia, no solo admiracion profunda, sino que tambien las más vivas simpatías, le despachó dos embajadores, Basilisco y Froja, que le comunicasen la fausta nueva de conquista tan gloriosa. Recibiólos el emperador como era de presumir, y sospecharon los españoles que la amis-

tad de Alfonso y sus relaciones con Carlomagno podrian, fomentándose más, producir el mismo resultado que la embajada y las relaciones de Soleiman, el walí de Zaragoza; esto es, una expedicion franca que pusiese en peligro la independencia de los cristianos, ya puede decirse que asegurada de la invasion mahometana. Formóse, pues, un partido en todo el territorio pirenáico desde el Bidasoa al Miño, enemigo de toda alianza con el extranjero; partido en que los vascos, como los más inmediatamente interesados, constituian la mayor fuerza y el elemento más ardiente. Frente á ese partido se pusieron los godos más influyentes por su orígen comun con el del rey, pero en menor número y divididos entre sí, como siempre, por sus ambiciones y orgullo. Tan obstinado se mostró Alfonso que, como sucede en tales ocasiones, hasta llegaron á creer vascos y asturianos que volvia á atravesar los montes otro ejército franco anhelante de venganza por el revés de Roncesvalles, y en su rabia se atrevieron á destituir al monarca que, segun he dicho antes, algunos meses despues recobró el trono ayudado por el partido gótico; pero renunciando á la amistad y alianza de los francos.»

«Entónces tornó á batallar con los moros y afortunadamente en cuantos encuentros tuvo, haciéndoles retroceder en el valle central del Duero hasta los montes carpetanos que cierran al Sur la cuenca de aquel rio caudaloso. Hixem habia logrado dispertar por un momento el espíritu religioso y caballeresco de los sarracenos que en las primeras campañas de la guerra santa parecieron querer emular con los secuaces de Muça y Abd-er-Rahman; pero la derrota de Lutos y el ningun fruto de su expedicion en 792 á las montañas vascas en-

friaron de nuevo el entusiasmo galvánico que les habia comunicado el Kalifa para entregarse á sus placeres favoritos y á las contiendas civiles, más gratas á su inquietud genial y á sus ambiciones. Al-Haquem empezó su reinado en 796, batallando con sus dos tios Çuleiman y Abd-Allah, los hermanos rivales de su padre, y apenas asentada su autoridad tuvo que acudir á Cataluña invadida por el Bondadoso, hijo de Carlomagno, á quien hizo repasar los montes. Una sublevacion de los toledanos le obligó á derramar de nuevo sangre musulmana; y cuando acudia á refrenar los ímpetus de los asturianos en el Duero y en el valle superior del Ebro, hubo de volver á Cataluña con lo que fueron vencidos sus generales por D. Alfonso y él no pudo recobrar á Tortosa, Barcelona y otras muchas plazas que los francos le habian arrebatado. Disgustado de tanto revés y colérico contra sus vasallos cuyas rebeliones eran la causa principal de la decadencia musulmana en España, se retiró á Córdoba para entregarse en la soledad de su palacio á los vicios más degradantes y á las crueldades más bárbaras. Así, el que habia sido la esperanza de la morisma murió en 822 execrado del pueblo que tantas veces le habia proclamado *el vencedor y el clemente.*»

«A los tiempos de Alfonso el Casto debe referirse el principio del Condado de Barcelona por muchos que entonces y despues fueran los vaivenes que recibiese la dominacion de los francos en Cataluña, mejor dicho, *La Gocia*, que era como se llamaba entonces al Principado. La fortuna fué más favorable á la division que en 778 tomó el camino del Pertus que al ejército con que el emperador Carlomagno penetró en Navarra y Aragon. Abder-Rahman, Hescham y Al-Haquem hicieron á veces re-

troceder á los francos y aún llegaron en ocasiones á invadir la Septimania y saquearla, pero Cárlos y despues su hijo Luis, llamado el Bondadoso, fueron cada dia robusteciendo más la autoridad y el prestigio de sus armas con las disensiones de los moros y las victorias de Alfonso el Casto; y poco despues de la muerte de Al-Haquem no sólo obedecian Barcelona y su territorio á un conde franco, asesinado al poco tiempo por quien la fama hacia hijo suyo, Cárlos el Calvo, sino que Gerona, Ampurias, Urgel, Pallar y Rivagorza, repobladas de españoles fugitivos de las distintas partes de la Península ó refugiados en Francia, tenian sus condes independientes unos de otros, sometidos todos al emperador.»

«Luis el Bondadoso habia recibido en herencia, además del trono, las ambiciones de su padre. No satisfecho con las conquistas interrumpidas tantas veces, pero, al fin, acabadas felizmente en Cataluña, aspiró tambien á la dominacion de Navarra para, por medios más lentos, llevar á ejecucion los planes de Carlomagno. Ya en 812, escarmentados los vascones de Dax de una sublevacion contra la autoridad franca, incontrastable hacia algun tiempo en el Norte, se corrió Luis con un grande ejército al Sur del Pirineo, y logró mantener en Pamplona la idea de una alianza protectora entre los cristianos de las dos tierras colindantes. El recelo, sin embargo, de los navarros, que comprendian ser mayor el peligro de la parte de Francia por la razon misma de la religion y del parentesco entre los vascos de una y otra vertiente de los montes, les hacia contrabalancear el influjo de los francos con el de los árabes, y el de estos con el de Carlomagno ó el de su hijo. Cuando creia, pues, Luis el Bondadoso tener en su mano las llaves de

España por los dos extremos del istmo pirenáico, supo que la influencia musulmana era superior á la suya en Navarra, y, para destruirla de una vez para siempre, comenzó á reunir nuevo y más numeroso ejército con que invadir otra vez las tierras de Pamplona y ocuparlas hasta el Ebro, haciendo de este rio un valladar seguro en adelante contra la morisma. Y ya que él no podia mandarlo en persona, atento á las piraterías que desde el mar del Norte venian por entónces ejerciendo los normandos en todas las costas de la Germania y de la Galia, nombró generales de la expedicion á un franco, Eblo, que representase su autoridad, y á Asenario, un vasco francés notable, que por la afinidad con los navarros lograra con sus artes lo que Eblo no alcanzase con las armas.»

«Los vascos comprendieron el peligro que corrian; y, para conjurarlo acabadamente, pensaron en añadir á los obstáculos de su astucia y de su pujanza en la guerra de montaña, el valor y la disciplina de los moros en las batallas campales. El enviado navarro, aquel montañés cerril, sin boato y sin dictado de oficio, á quien cita Romey como diputado á Córdoba en demanda de auxilio, es el desventurado que teneis á la vista. *La gente germánica que iba á trasponer el Pirineo, si bien cristiana, se hacia á los vascos más contrapuesta mil veces que los andaluces secuaces de Mahoma: acudieron, pues, á ellos por mi conducto contra el enemigo comun, y no tuvo reparo Abd-er-Rahman II en hermanarse con los cristianos montaraces del Pirineo contra los francos cristianos.*»

«Quien era yo entónces entre mis compatriotas voy á decíroslo inmediatamente. Ya habia tenido el honor de ser ahorcado por Luis el Bondadoso en 812 á su vuelta á

Francia por Roncesvalles; habia combatido en el Duero junto al rey de Astúrias veinte veces, y en su campo y en las montañas vascas gozaba de una opinion extraordinaria por mi imperturbabilidad y mis conocimientos. Era yo más que el rival, era el génio de Bernardo, del tan celebrado castellano del Carpio, de aquel que las escrituras han desfigurado á punto de que, á fuerza de glorificarle, no sólo le desconozcan todos, sino que le juzguen muchos creacion intencionada de cronistas embaucadores.»

«No era, ciertamente, sobrino de Alfonso el Casto ni hijo de nobles perseguidos; pero batallaba uno y otro dia con los moros asaltando sus fuertes, sus convoyes y destacamentos en toda la línea del Duero y, sobre todo, frente á Zamora ganada tantas veces y tantas veces perdida. Esta lucha incansable y los retos, tan comunes en aquella época entre los adalides de uno y otro campo, que sostenia con los alcaides de las fortalezas opuestas á las de nuestra línea, le dieron alto renombre en un país en que una sorpresa hábil, una feliz extratagema ó un desafio público merecian y merecen más aplauso que la ejecucion pertinaz y metódica de un sábio plan de campaña. Nadie en la frontera sabia hablar más que de Bernardo, y nadie escuchaba la narracion de un acto temerario que no lo atribuyese á Bernardo; y cuando de generacion en generacion fué trasmitiéndose la historia de sus hazañas, Bernardo no sólo era un hombre superior á los de la *Tabla redonda,* sino que era, para hacerle más interesante, sobrino del rey, hijo de amores misteriosos y orígen de desgracias conmovedoras, es decir, que reunia y compendiaba los atractivos todos en la imaginacion ardiente y novelesca de los españo-

les de la Edad media. El Bernardo del Carpio de los cronistas y poetas españoles ha sido negado por los que no quieren la historia sin pruebas y mucho ménos si pueden ellos presentarlas en contra de su existencia, tal como fué preconizada en los romances antiguos; pero, aun cuando yo no lo dijera, quien retroceda con el pensamiento á los tiempos de la reconquista y estudie su modo de sér, la índole de sus historiadores y el fin á que dirigian estos sus escritos, comprenderá que podrian, para hermosearle, falsificar el orígen y las condiciones personales del héroe y exagerar el número y las proporciones de los combates en que hubiera tomado parte, mas nunca inventar un personaje de quien no hubiera tradicion en los pueblos y de cuya existencia dudasen los coetáneos del escritor. No fué el Bernardo del Romancero el sobrino de un monarca que no tenia hermana, el hijo de amores novelescos, el perseguido de un rey todo generosidad y nobleza, sino que fué el Bernardo ibérico, guerrillero incansable, retador sanguinario, viviendo siempre lejos de la córte, en la frontera enemiga, sin otro solaz que el de la pelea ni otro descanso que el de la victoria. Desechad, pues, ilusiones caballerescas al estilo moderno, como las desechais en este punto al leer á los poetas griegos respecto de sus héroes vengativos, crueles, materiales y groseros: el héroe español al nacer *la caballería* era el ibero ó el celta sin beber la sangre ó los orines en el cráneo de sus enemigos.»

IV.

SIMANCAS Y ALKHANDIK.

«Pero me voy extraviando; dejo lo principal por lo accesorio, y la historia de Bernardo no vale la de las trasformaciones que principiaron, viviendo él, á verificarse en la Península ibérica. Los españoles hacen siempre lo contrario de lo que aconseja la prudencia y de lo que ven hacer á los demás. Cuando por el valor ó la sabiduria de sus monarcas se eleva una nacion á un grado de poder superior al de sus vecinas, estas eluden el choque con aquella persuadidos sus hombres de Estado de la conveniencia, más aún, de la necesidad de no crear ni aun resistir conflictos siempre funestos. Esta es, por el contrario, la ocasion elegida por los españoles para, sin provocacion ó provocados, lanzarse á su acostumbrada política de aventuras ó repeler la intrusion en los asuntos propios de sus rivales ó enemigos.»

«Se arraiga en España la dominacion árabe con el establecimiento del Kalifato independiente de los Ommiadas en Córdoba; aparecen en la morisma los hombres más ilustres, y entonces es cuando entablan realmente los españoles la obra de restauracion comenzada en Covadonga. Sin auxilio extranjero y, puede decirse

á pesar de los extranjeros, se presenta en Navarra el principio de una monarquía gloriosa que sólo es absorbida al preludiarse la union de Aragon y Castilla, como para, con la incorporacion voluntaria de los vascos, completar el establecimiento de la unidad de España.»

«Combatidos los navarros en el Pirineo por los francos y en el Ebro por los árabes, lograron desentenderse del protectorado de aquellos y defender su territorio de los ataques de los segundos, hasta el punto de crearse una independencia, por unos y por otros respetada. Siguieron rigiéndose todavía muchos años *more-basco*, podríamos decir, por las costumbres y leyes de sus antepasados, guardadas religiosamente en las montañas septentrionales; pero el roce, ya frecuente, con las dos autocracias franca y musulmana les inspiró el pensamiento de una monarquía, moderada, sin embargo, por los usos democráticos innatos en el país. En la confusion de tiempos tan borrascosos, de lucha, de sangre y desolacion; en las vacilaciones de la inexperiencia, y sin maestros ni textos de doctrina constitucional, castellanos, navarros y aragoneses supieron implantar en España un sistema liberal moderado que, por no copiar, están estropeando los modernos legisladores. Diputados incorruptibles, á pesar de la flaqueza humanal, por la severidad de su mandato terminante y por la prohibicion de las compatibilidades, hoy tan en boga por lo sabrosas y cómodas, no podian tener otro interés que el de los pueblos y, en su independencia, podian desafiar las iras del poder como resistir sus halagos. La poca aficion al estudio unida á las ambiciones modernas han hecho desatender las lecciones de aquellas Córtes, para buscar en la copia de las de otras naciones sistemas corruptores,

más brillantes pero ménos sólidos que el pátrio de nuestras primeras monarquías.»

«Divago sin querer, y ya me iba olvidando que Eblo y Asenario, á la cabeza de un ejército, si no tan florido, más numeroso que el de Carlomagno, estaban pasando de Francia á Navarra, por donde siempre, por Ibañeta y Roncesvalles. Y pasaron, como antes y despues cien veces, sin encontrar obstáculo alguno en su marcha, y pasearon sus armas por la tierra alta, sin ver siquiera enemigos en quienes ensayar su valor y su fiereza, hasta que, dando por cumplida su mision de pregonar el respeto á la majestad de Luis el Bondadoso, repasaron los montes en busca de las aguas de la Nive, tan dulces siempre para todo francés á su vuelta del Pirineo. ¡Desgraciados! Ni uno solo llegó á beberlas. No habian servido en 823 las precauciones tomadas por Luis en 812; registrados los bosques y barrancos, aparecieron desiertos, y sin embargo, al recorrer los franceses el valle con la precipitacion del temor en lugares de recuerdo tan fatídico, los dardos y jabalinas que empezamos á arrojar sobre ellos y las rocas que con fragor horrendo iban á romper sus filas, les hicieron pronto comprender toda la extension del peligro que les amenazaba. La embestida no iba ya contra la retaguardia, como en la invasion de Carlomagno, sino que comenzándola por la cabeza de la columna enemiga, quedó toda ella encerrada en Val-Cárlos y toda destruida desde los flancos inaccesibles de la montaña. Pocos fueron los prisioneros, y de los condes, Eblo fué enviado á Córdoba en señal de la gratitud vasca por los subsidios del Miramamolin, y Asenario tuvo en su desgracia el consuelo de quedar entre los que, hablando el mismo idioma y con iguales

costumbres, más que como enemigo, le trataron cual huésped y pariente.»

«Dos escarmientos tan rudos en cuarenta y seis años dejaron libre á Navarra de las pretensiones de los francos y advirtieron á los árabes el peligro de una invasion en tierra tan bravía; con lo que hasta el establecimiento de la monarquía, en que tambien habian de sufrir otro tan decisivo, las orillas del Arga no fueron visitadas sino por los emisarios asturianos, cuyos monarcas, por vínculos de religion y de política, ejercieron hasta aquella misma época la influencia natural de hermanos y de aliados.»

«A la muerte, en 842, de Alfonso el Casto, uno de los soberanos que más tiempo han ocupado el trono, Ramiro, hijo del diácono, se encontraba en Castilla y hubo de contender con Nepociano, conde del Palacio, que aspiraba á la corona de Astúrias. El pretendiente fué cegado y relegado á un convento; y la misma suerte cupo á Aldoroito ó Aldrete, que abrigaba las mismas ambiciones. Aún hubo otro, conde tambien, que se alzó en armas contra el soberano legítimo; pero con el objeto, sin duda, de acabar con tanta rebeldía, Ramiro lo hizo matar con sus siete hijos. Como en esto era Ramiro en todo, justiciero, pero duro y adusto: bien puede decirse con la crónica «*Virga justiciæ fuit.*»

«Aun cuando no en Clavijo, peleó con los moros varias veces, y siempre con valor y con fortuna. Su hazaña más notable fué, sin embargo, la victoria que alcanzó en 844 sobre los normandos cerca de Betanzos, obligándolos á reembarcarse con grandes pérdidas de hombres y de naves.»

«Para conocer la fuerza que iba adquiriendo la mo-

narquía asturiana, basta comparar este resultado tan glorioso con la campaña de esos mismos normandos en Andalucía. Aun mermados tan considerablemente en sus fuerzas, que sólo en buques habia perdido su escuadra sobre setenta, despues de algunos desembarcos cerca de Lisboa y en el Algarve, remontaron el Guadalquivir y consiguieron saquear los arrabales de Sevilla y hasta demoler edificios notables y grandes trozos de las murallas. Fué necesario reunir fuerzas muy numerosas y que acudiese el mismo Abd-er-Rahman al frente de la caballería cordobesa para ahuyentar aquellos bárbaros de las costas de Andalucía que desde entónces empezaron á cubrirse de fuertes y áun de telégrafos que anunciasen la presencia de los piratas en ellas.»

«No fué esta, por eso, la única vez en que aparecieron los normandos por las costas de la Península. En 859, reinando ya en Astúrias Ordoño, sucesor de Ramiro, volvieron los escandinavos á desembarcar junto á la Coruña, como en 844, y, como la primera vez, á tener que refugiarse á sus naves. Entónces tomaron de nuevo el rumbo de Andalucía, saquearon y asolaron toda la costa meridional desde Algeciras á Málaga; dirigieron despues las proas á las Baleares, á la desembocadura del Ródano, á Sicilia, Malta y otros puntos del archipiélago griego, hasta que, sofocados por la sangre, hartos de botin y echando de ménos las nieblas del Báltico, volvieron á su país á disfrutar en él de su presa y de la satisfaccion de sus victorias:»

«Hallábase por aquel tiempo España en una de esas situaciones cuya repeticion, tan frecuente por desgracia, ha sido la causa de sus desventuras en todas las épocas notables de su historia. Héla aquí.»

«Habíase alzado en Toledo contra el Miramamolin un moro cuyos abuelos, godos, habia yo conocido en la comitiva de Rodrigo. Orgulloso con los reveses que habia hecho sufrir al Emir y á su hijo, que habian acudido á sitiarle en aquella ciudad, cuyos cercos pueden contarse por el número de los califas cordobeses, y orgulloso con la influencia que ejercia en Aragon y áun en parte de la Gozia ó Gozalonia, que así empezaba ya á llamarse Cataluña, creyó poder aspirar á la formacion de un reino central que viviese del equilibrio que ya iban estableciendo el de Astúrias, el naciente de Navarra, el condado de Barcelona y el califato de que trataba de emanciparse.»

«Inspirados por un Maquiavelo todos los príncipes cristianos, hubieran ayudado á Muça-ben-Godos en su obra de demolicion del poder islamita en la Península; pero, como ahora y como siempre, no se obraba entónces más que segun aconsejaban las pasiones comunes á los españoles; y viendo unos que los demás se aliaban al renegado, se declararon sus enemigos sin razon, sin causa y sin objeto.»

«Los navarros y vascones estrecharon á tal punto su amistad con el walí rebelde, que con él rompieron á los francos, incansables en mezclarse en los asuntos españoles, y de él recibieron una hija para esposa de su caudillo Eneco, un conde bigorrano que, huyendo de su país y avecindándose en Pamplona, alcanzó por su bizarría el sobrenombre de Arista, que en vascuence como en griego quiere decir el más valeroso, el sobresaliente. Pero bastaba esto para que el rey de Astúrias, Ordoño, hijo de Ramiro I, que acababa de guerrear con los vascones rudamente, pero sin resultado decisivo, se decla-

rase contra el walí rebelde y contra sus aliados los vasco-navarros. Y como ya sabia pelear con Muça, á quien en una correría dispuesta por Mohamed acababa de vencer junto á Alvelda, se jactó de arrollarlo de nuevo con alianzas y sin alianzas, lográndolo cerca de Clavijo tan ejecutivamente, que, derrotado el ejército de navarros y bereberes, muerto García Iñigo Arista y herido Muça, debió éste su salvacion á un castellano, su amigo, que le dió el propio caballo para que se volviese á su gobierno de Zaragoza, donde no tardaria en perecer.»

«De este modo Ordoño libraba á Mohamed de su mayor enemigo y salvaba el imperio cordobés de una ruina inminente; impedia la formacion del reino de Navarra, cuyos fundamentos andaba estableciendo el Bigorrano, y daba fuerza á los ódios entre los Estados cristianos, ódios que habian de ser el mayor obstáculo para la reconquista. Para que comprendais del todo el desórden de aquellos tiempos y la imprevision de los hombres de Estado castellanos, me bastará deciros que poco despues, en 859, Lupo, el hijo de Muça, no pudiendo, tras de un descalabro tan decisivo como el de su padre, sostenerse en Toledo, se abrigaba en Astúrias, al lado de su favorecedor y amigo el rey Ordoño.»

«Exento Mohamed de temores respecto á Muça, pudo dedicar un grande ejército á la guerra santa, en la que, además de contener su hijo Al-Mondzir las correrías de Ordoño por las orillas del Tajo, vengó rudamente la alianza de los navarros con los bereberes rebeldes de Toledo y Aragon. ¡Consecuencia lógica de las envidias y disensiones entre nuestros compatriotas!»

«¿Creeis que por eso cesaran esas divisiones? No, por cierto. Al subir Alfonso III al trono encontró en su esca-

bel á un conde de Galicia que trataba de ocuparlo, y fué necesaria una estratagema que participaba algo de traicion para que se sentara en él por fin el monarca legítimo. Los Alfonsos españoles han encontrado siempre entorpecimientos en el camino del sólio, ó se han educado en la desgracia; esa es, quizás, la razon de su valía, y el tercero de ellos en Astúrias fué uno de los soberanos más cabales de la cristiandad.»

«A la ambiciosa empresa de Fruela siguió uno de aquellos que los cronistas castellanos como los góticos se empeñan en llamar sublevaciones, no siendo más que actos de independencia de las repúblicas euskaras al exigir de ellas el reconocimiento de cada monarca nuevo. Negáronse los vascos á hacer pleito-homenaje al rey de Astúrias y mantuvieron felizmente su repulsa en el valle pedregoso y sangriento de Arrigorriaga, con lo cual tuvo Alfonso, como dice un historiador moderno, que cursar la guerra, y con menoscabo propio, contra los cristianos. La aprendió, sin embargo, tan concienzudamente que, apareciendo muy pronto maestro consumado en ella, logró adquirir el sobrenombre de *El Magno*, con que es conocido entre los Alfonsos castellanos. Todo el valle del Duero que el Casto habia tan gallardamente recorrido, fué ocupado de un modo permanente y fortificado con innumerables castillos á la vista unos de otros y protegiéndose mútuamente; las poblaciones y fortalezas que, conquistadas por Ordoño en la derecha del Tajo, habian vuelto á poder de los mahometanos, fueron de nuevo incorporadas á la monarquía astur, y las armas cristianas, atravesando las aguas de aquel rio bullicioso y las mansas y serenas del Guadiana, llegaron á brillar casi á la vista de Córdoba en las

cumbres de la cordillera Mariánica. Pocos fueron los reveses sufridos por Alfonso III, aun peleando con los moros por casi todo el espacio de 34 años que duró su reinado; pero esto no impidió que en su córte y hasta en su misma familia hubiera quienes conspiraran contra el acrecentamiento de su poder, que era el de la nacion, contra su gloria, que era la de la cristiandad, y contra su vida, en fin, dedicada toda á la santa empresa de la independencia española. Grandes, orgullosos de lo gótico de su sangre, y mal avenidos con el modo que se iba introduciendo de la sucesion directa; hermanos desnaturalizados que preferian la alianza morisca á la obediencia fraternal; hijos cansados de esperar la corona; una mujer, finalmente, más inclinada á esos hijos que á aquel á quien ofreciera su amor y respeto, trabajaron sin interrupcion ni descanso por la destitucion del monarca generoso, buen hermano, padre excelente y esposo irreprochable. Y ¿para qué? Para que repugnando al corazon magnánimo de Alfonso el principio de una guerra civil, ocupase el trono quien no habia de ofrecer otro timbre de gloria que compensara su felonía que el de haber trasladado su córte á la romana *Legio-séptima-gémina*. ¿Por qué extrañar, pues, la duracion de la reconquista?»

«Más penosa, más acabadora que por el desierto ó por las heladas montañas boreales, era en verdad mi peregrinacion por los pintorescos valles del Pirineo. De Navarra á las llanuras alavesas, y de Alava á Castilla, á Oviedo y á Galicia anduve sin descansar un punto, predicando siempre la concordia á los príncipes y la obediencia á los pueblos. ¡Intento vano! Hablaba á la razon y solo me escuchaban los corazones: todos aplaudian

mis consejos y nadie los seguia, porque aquellos que los creian más saludables, suponian que la concordia y la obediencia á que los exhortaba debian ser para su propia ventaja y aprovechamiento. ¡Setecientos ochenta y un años de experiencia constante, en que cada revés era una leccion y otra cada triunfo! Porque yo soy el tiempo y, como tal, el maestro; pero así como el tiempo pasa por mí sin dejar siquiera la señal de sus estragos en mis ojos, así mis lecciones, que son las de la historia, no enseñan más que al filósofo, y á éste no le escuchan los ambiciosos, que son y serán siempre los dominadores del mundo. Pocos saben distinguir la historia de la novela; si aquella halaga, se lee con un poco del interés que esta inspira siempre; pero lo mismo enseña una que otra y sirven para prueba de lo que conviene demostrar, nunca para norma de la conducta que debe observarse en las operaciones de la vida.»

«¡Setecientos ochenta y un años de vagar por lo que en España es una quimera, la concordia entre los poderosos y la obediencia de los humildes! ¿No os parece empresa de gigantes ó de locos? Porque, acudid á la historia de nuestro país y la considerareis imposible de éxito feliz, y acudid á la novela y no hallareis en ella, lo mismo en el libro que en el teatro, más que las envidias de los grandes y la burla de la autoridad por parte de los que parece que más debian respetarla y temerla. Y no hagais distincion de autores ni maestros: la historia siempre es la misma porque ha de ser la verdad; y entre los noveladores, ni en Cervantes ni en Lope, esos dos mónstruos de ingenio que, por vivir á un tiempo mismo, llevan diferente título, encontrareis la autoridad en su lugar ni á los súbditos en el suyo.»

«Tal es la manera de ser de los españoles; y con esos instintos y con esa educacion, los períodos de grandeza son de un dia y se hace larga y pesada la servidumbre de los pueblos. Y no hay voz que contrareste esos instintos, ni fuerza que contenga tal corriente, y la virtud se esconde, cuando no por modesta, en busca del reposo, por la consideracion de su impotencia.»

«Sin las profundas divisiones que tambien destrozaban el imperio mahometano de Córdoba, los reinos cristianos hubieran todos desaparecido en España. Los árabes ofrecieron, sin embargo, un ejemplo de patriotismo, que si no fuera por otras causas que lo neutralizaron, acabado hubiera con aquellos para siempre. Me refiero al acto de desprendimiento y de abnegacion del Modhafer, uno de los héroes más eminentes de la familia de los Ommiadas.»

«Abd-Allah habia heredado de su hermano Al-Mondzir, y al sentir que se le iba la vida, en vez de proclamar á su hijo Abd-er-Rahman, llamado el Modhafer por sus victorias, hombre, empero, de condicion severa y de corazon inhumano, elevó al sólio á otro Abd-er-Rahman, nieto suyo, generoso, ilustrado y muy querido del pueblo cordobés, que conocia sus altas prendas. En una época en que los hermanos é hijos de los Emires alborotaban el país en provecho propio, y desoyendo la voz del patriotismo con el mismo desden que la de la naturaleza, causó universal admiracion que el iracundo y áspero Almudafar fuese, no solo el primero en reconocer á su sobrino, sino el más fiel mantenedor de la autoridad de éste, el paladin más leal y el héroe de sus ejércitos. Decaido el ánimo al observar el estado de la Península, despedazada por las facciones en sus dos socieda-

des, alárabe y cristiana, como que se repone con ejemplo tan conmovedor, por más que en sus actores vea uno á los enemigos de su pátria y de su raza.»

«Esas dos sociedades presentaban un espectáculo semejante. En la nuestra, García desconoce la autoridad paterna, y ¡la de qué padre! Ordoño, batallador y afortunado con los moros, áun mandados por el Modhafer y el mismo Abd-er-Rahman III, tiene que manifestarse cruel y hasta pérfido con algunos de sus vasallos principales, poco atentos y descuidando la gloria y engrandecimiento de la monarquía cristiana; Fruela II es arrebatado prematuramente á la vida, como en castigo de sus persecuciones á los partidarios de los hijos del rey difunto; Alfonso IV, piadoso hasta el punto de quitarse la corona, se arrepiente antes de un año de su piedad y de su retraimiento y, abandonando el cláustro, corre á Leon con los hijos de Fruela y al frente de tropas numerosas á, en vez de recobrar el trono, perder la libertad y la vista; Ramiro II, ardiente en la fé y valeroso con los enemigos de ella, tiene que interrumpir sus triunfos para acudir al avasallamiento de los famosos condes castellanos Fernan Gonzalez y Diego Nuñez, más atentos á crearse soberanías independientes que á ayudar á su señor á sacar frutos de aquellos grandiosos y sangrientos combates de Simancas y del Alkhandik, ó del Foso de Zamora, «*tan fatales para los vencedores como para los vencidos*;» el hijo de Ramiro, Ordoño III, ya no pelea con los moros, tiene bastante que hacer con resistir á su hermano menor, D. Sancho, á su suegro Fernan Gonzalez y al soberano de Navarra, D. García; Sancho I, por fin, llamado el Gordo, *condenado á llevar sobre sus hombros, con más que doblado peso, la carga de*

desabrimientos y afanes que habia echado sobre los de su predecesor y hermano, se ve perseguido por otro Ordoño, hijo de Alfonso IV, á quien ayuda ahora el versátil conde de Castilla, y se ve obligado á buscar un refugio en Navarra y despues en Córdoba, donde obtiene, además de su curacion, auxilios de hombres y dinero con que recuperar el trono, del que le arrojan los gallegos dándole un veneno, contra el que no encuentra yerbas que, como las de la sierra cordobesa, le devuelvan la salud.»

«¡Qué série, señores, de errores, de traiciones, de felonías entre los que llevaban en sus pechos el signo de la fraternidad humana! ¡Qué de batallas descomunales perdidas ó infructuosas! ¡Cuánta sangre derramada en luchas fratricidas que, de verterse en las fronteras, hubiera sacado el país de la servidumbre agarena!»

«¿No veis aquí todavía el génio gótico y las consecuencias de la elegibilidad en la sucesion al trono? Aún asoma en todo el orgullo de los que no supieron defender en las márgenes del Guadalete la tierra tres siglos antes conquistada por sus padres. La corona aparece desde Covadonga vinculada en la descendencia de Pelayo; pero en provecho del más útil ó del más meritorio cuando la eleccion es popular; del más fuerte, ó del más osado, ó del más intrigante desde el momento en que se resuelve entre los privilegiados. Esta, sin embargo, no es más que la causa ostensible de los disturbios que afligian la sociedad cristiana en el N. O. de la Península; existia otra más grave, más trascendental para el porvenir de la monarquía española, la de la division antigua en sus provincias, recrudecida y aumentada, si era posible, con la formacion de reinos distintos, inspirada,

más que por el interés verdadero de la pátria comun, por el espíritu autonómico y receloso de sus habitantes. De modo que entonces las ambiciones de los godos acogidos en 711 á las escabrosidades de Astúrias, encontraban el ayuda de las divisiones y de los rencores en las masas populares, dispuestas á sacrificarse sin conciencia en interés de cualquier atrevido, con tal de que su sangre dilatara el ya anchuroso y profundo foso que separaba las de una region de las de otra por próximas que se hallaran. Los gallegos estaban siempre dispuestos á rechazar la supremacía que los asturianos sostenian con tanta pertinacia como razon; los castellanos, libres apenas del yugo sarraceno, aspiraban á la emancipacion de los que de él les habian libertado; los vascos se negaban á toda union política que les privara de su constitucion especial; los navarros, ya lo he dicho, se inclinaban á fundar una monarquía, pero si la deseaban con ardor, era precisamente para desentenderse del protectorado que francos y asturianos pretendian ejercer en un país sin constituir todavía; los catalanes se adherian á los extranjeros creyendo así más fácil crearse una república que, de federal, podria pasar muy luego á independiente; y gallegos, asturianos, castellanos, vascos, navarros y catalanes, para no obtener una hegemonia brillante en las provincias que se emancipaban de la media luna, preferian su aislamiento y con él su debilidad, á la fuerza en la union de todas ellas y al pronto restablecimiento de la antigua monarquía.»

«En la sociedad mahometana pasaba otro tanto hasta años despues de la proclamacion de Abd-er-Rahman III, segun ya habreis observado en mi relato. Ya era el Muça tantas veces citado quien se declaraba independiente

de la autoridad de los Kalifas, ya era un simple trabajador de Ronda que, desde su taller, se trasladaba á los montes capitaneando una partida de bandoleros y, de allí, á los confines de Navarra y Aragon, donde llegaba á crearse una especie de soberanía que hubieron de destruir Mohamad y Al-Mondzir con todas las fuerzas del Kalifato; ya era el hijo de ese mismo foragido, Calib-ben-Omar, que con su habilidad militar y su pertinacia llegaba á enseñorearse del valle del Ebro y á vencer y matar, primero, al Hadjeb-Haxem y, por fin, al mismo Al-Mondzir, ya soberano de Córdoba; instalándose despues en Toledo, y perseguido más tarde y sin descanso por el Modhafer, morir en Huesca de muerte natural; no sin «*ser uno de los más extraordinarios ejemplos de una rebelion próspera por largo tiempo, entre cuantos constan en la memoria de los hombres.*»

«Yo contribuí, y no poco, á la duracion de aquel que llegó á ser un verdadero reino, independiente del Kalifato de Córdoba y de las tres monarquías cristianas con que lindaba desde Toledo á Lérida y Tortosa. Mis gestiones les valieron las plazas de Huesca, Zaragoza y Toledo, cuyos walíes se unieron á Calib contra Al-Mondzir y su hermano; y si hubiera seguido en todo mis consejos, en vez de provocar á Alfonso III que lo escarmentó rudamente á la vista casi de Zamora, hubiese obtenido su alianza como obtuvo la de los navarros y catalanes. Como yo, le ayudaban todos los cristianos de Aragon y Valencia, unidos por la desgracia y aspirando á sacudir el yugo del más fuerte de sus enemigos para romper despues el de sus aliados. Y alcanzaran su objeto y noble propósito con alguna mayor prudencia por parte de Calib y sin el rasgo de abnegacion por la del Modhafer

que dió á su sobrino Abd-er-Rahman un reino unido y, como tal, fuerte y poderoso.»

«A pesar de tantas ventajas como proporcionaban á Abd-er-Rahman ese acto inesperado en el héroe mahometano, la muerte de Calib-ben-Omar, el vencimiento de los serranos de Andalucía, prontos en todo tiempo á sublevarse, y del grado de esplendor que llegó á alcanzar el Kalifato en cuanto constituye la grandeza de las naciones, y á pesar de los disturbios que en Galicia y en Castilla provocaban sus condes y en Navarra y Cataluña los conatos de constituirse sus pueblos en una forma de gobierno propia é independiente, el soberano de Córdoba con toda su sabiduría, con todo su genio guerrero y en un reinado feliz de cerca de cincuenta años, no logró hacer perder al de Leon ni una sola de las conquistas ejecutadas anteriormente. Y eso que es difícil imaginarse ejércitos tan numerosos ni tan floridos como los de aquel reinado, época la más espléndida de la dominacion arábiga en España. Voy á narraros la batalla de Simancas y el asalto de Zamora, que os darán á conocer la condicion de aquellos ejércitos, sus armas, su vestuario, si así puede decirse, y su manera de pelear en las batallas campales y en el ataque de las plazas. La descripcion de dos combates tan distintos es, indudablemente, más significativa, instruye más en relatos como éste que las disertaciones más latas y técnicas sobre la organizacion, disciplina y táctica de los ejércitos de la Edad media.»

«En 937 Omiá-ben-Abu-Yahiah, walí de Santarem, en venganza de la ejecucion en Córdoba de un hermano suyo, habia celebrado alianza con Ramiro II, quien, penetrando por Extremadura y Lusitania, se habia hecho

cargo de varias fortalezas dependientes del gobierno de su nuevo amigo y saqueado las campiñas del Tajo y del Guadiana hasta las puertas de Mérida y Lisboa. Infructuosa una tentativa de venganza por parte del Modhafer, Abd-er-Rahman habia proclamado la guerra santa; y en la primavera de 939, despues de arrasar varias fortalezas y poblaciones del valle central del Duero, hacia poner sitio á Zamora con un ejército de más de cien mil hombres de todas armas.»

«Iba dividido en tres grandes cuerpos ó divisiones que regian, segun su número, el Modhafer, Obeidala, wali de Badajoz, y el Miramamolin en persona, y lo componian los musulmanes de todas las provincias de España. Mucho tiempo habia sido necesario para reunir y dar una, aunque ligera, organizacion á aquella masa inmensa de hombres, en quienes, aunque brillase el ardor guerrero de los hijos del desierto, no cabia constitucion ni disciplina alguna militar. Salamanca habia servido de punto de reunion; y la ciudad y los valles del Tórmes y del Zurguen no daban espacio suficiente para la série de aduares que van estableciéndose en ellos y que constituye el campamento de un ejército islamita de todos tiempos. Al mediar el año de 938 sólo se veian allí los fieles que á la voz de los caides y con el estímulo de las recompensas divinas, acudian con familia, ganados y haberes de toda clase á la guerra santa, y los que la administracion dirigia al campamento á preparar víveres, trasportes é ingenios para el ejército y alojamiento para el soberano: los contingentes militares de los walís de la Península y los que el Modhafer vizo venir del Algarbe africano llegaron en lo crudo del invierno y ántes de la Páscua de Natividad se alojaba en Salamanca Abd-

er-Rahman con toda su guardia, el Divan y la caballería andaluza. La guardia, los ginetes andaluces, los del Algarbe y las banderas de las capitanías que acompañaban á los gobernadores de las provincias, constituian los cuerpos selectos de la milicia mahometana de Córdoba, y especialmente la primera, compuesta de cuatro mil infantes esclabones, armados de montantes y abroquelados con adargas, cuatro mil africanos zenetas y otros cuatro mil andaluces, unos y otros de caballería, y mandados por los deudos más queridos del Miramamolin, brillaba por la magnificencia de sus trajes, el esplendor de sus armas y el valor y la lealtad de todas sus clases. La generalidad iba con el traje comun arábigo y armada de chuzos, arcos y hondas; lo que pudiéramos llamar el ejército, en su verdadera acepcion militar, formaba, es verdad, una masa abigarrada con los mil colores de la fantasía marcial de los moros, pero en su armamento se podia observar, si no la regularidad antigua, la de la antigüedad clásica, sí la suficiente para dar á entender un órden ménos imperfecto que el comunmente atribuido á la milicia de aquella época. Honderos y ballesteros eran la mayoría de los infantes: en la caballería, y especialmente en la Guardia, se veian cuerpos armados del alfange morisco y cuerpos con lanzas, y algunos con adargas, turbantes forrados de hierro y áun corazas.»

«Era fuerte Zamora, como que la ceñian siete antiguos y robustos murallones, flanqueados por torres elevadísimas y precedidos de anchos y profundos fosos, llenos de agua, inagotables por su comunicacion con el Duero. Así es que, á pesar de la corta utilidad de las salidas que verificaba la guarnicion ante la mole inmensa

de los árabes, tan diestros en el manejo de las hondas y ballestas, Zamora contrarestó bizarramente los ataques dirigidos por los walís de Mérida y Badajoz, encargados de las operaciones del sitio.»

«El rey de Leon iba, entre tanto, reuniendo sus fuerzas en Búrgos, punto de cita que yo habia significado, á la vez, á sus aliados, el moro Abó-yahia, segun llamábamos al walí de Santarem, á los condes de Galicia y de Castilla, á los vascos del Pirineo y al Rey de Navarra, D. García, cuya madre, doña Toda, fué la heroina de aquella campaña.

No habia, quizás, en el ejército cristiano la sombra de organizacion que un ojo escudriñador lograba observar en el del Kalifa de Córdoba; pero sí presentaba un aspecto general más propio de gentes de guerra, más militar, efecto del traje, de las costumbres y de las condiciones sociales de nuestros compatriotas. Habria, repito, menos arte, pero en el ejército del rey de Leon brillaba más el hierro, ese metal de fulgor siniestro, emblema de la fuerza y de la muerte. Cada rey mandaba allí á sus vasallos, cada conde á los suyos y cada señor á sus criados y clientes. No habia, pues, cuerpos organizados, ni podia haber, de consiguiente, arte para manejarlos en el campo de batalla. La masa general iba cubierta de pieles ó telas groseras, aquellas sujetas con fuertes correas, estas con bandas de hierro que defendiesen el cuerpo de las saetas que como lluvia menuda harian caer los ardientes y diestros arqueros musulmanes. La nobleza iba ya toda cubierta de acero; y sobre las grandes armaduras que ocultaban á la vista á los hombres y caballos, las plumas, tan sólo, y las bandas de colores resplandecientes permitian conocer el ape-

llido y la alcurnia de los ginetes. Pero era ya tan numerosa la gente de armas, montaba tan soberbios brutos, que en la mezcla con los peones y con el brillo de los chuzos, las picas y los capacetes que estos empezaban á usar, el conjunto del ejército representaba para el que lo observarse desde lugar eminente un reptil gigantesco cubierto de escamas que despidieran al sol infinitas y fulgurantes chispas.»

«Al ruido de la aproximacion de los cristianos, resuelven los sitiadores de Zamora salir á su encuentro, y rompe la marcha el Modhafer con los cuarenta mil hombres de su division, á los que, un dia más tarde, siguen los de Abd-er-Rahman con toda la guardia y la comitiva real. Los exploradores de uno y otro campo se encuentran donde el Pisuerga deposita sus aguas en el Duero; escaramucean un rato y retroceden á dar aviso á sus cabos respectivos que, con la noticia, establecen sus reales uno frente á otro, esperando ocasion para combatirse. El establecimiento de un campamento no era entonces operacion tan rápida como en la época de la milicia romana; por el contrario, áun sin fortificar el terreno, exigia por la falta de cohesion del ejército y por la constitucion y condiciones de los combatientes mucho tiempo y extremada paciencia. Las grandes tiendas y el cuidado de los caballos en el ejército de Abd-er-Rahman, y las pretensiones de los señores y la necesidad de las varias subdivisiones que el número y la discordancia de los aliados requerian en el de Ramiro, producian grandes y, á veces, inesperados retardos; siendo por punto general necesarios dos ó tres dias, que las avanzadas distraian con escaramuzas, para presentarse las tropas en batalla.»

«Al dia siguiente, 19 de Julio, dia y mes de portentos en España, cuando en un campo y otro se descansaba del trabajo de la mañana, *ostentó el Omnipotente un signo de su poder en el cielo convirtiendo el sol en tinieblas para el mundo por espacio de una hora.* El terror se apoderó de los ánimos y áun los más fuertes sintieron esa preocupacion que hasta en aquellos para quienes los fenómenos de la naturaleza son sucesos calculados y previstos, infunde cuanto no constituye la vida ordinaria en la tierra y el espacio. La juventud, sobre todo, para la que un eclipse era suceso, más que extraordinario, maravilloso, présago de desgracias y catástrofes, se sobrecogió á un punto que hacia temer la disolucion de aquellos dos grandes ejércitos; y en el arábigo sin la sabiduría de Abd-er-Rahman y en el cristiano sin mi experiencia, la interposicion del astro de la noche entre el sol y la tierra hubiera sido la señal, si no de la fuga, de la retirada de todos á los lares pátrios. Yo habia oido que Pericles en una circunstancia igual reunió su pequeño ejército y le explicó la razon del eclipse; á imitacion suya, fuí, pues, recorriendo el vastísimo campamento de los cristianos y demostrando que si en la esfera celeste no era aquel un suceso frecuente, no ofrecia, tampoco, nada que fuese contrario á las leyes por que se regía el movimiento de los astros y, mucho menos, trastorno ni peligro alguno para los hombres.»

«Tres dias despues los torbellinos de polvo que árabes y cristianos, repuestos ya de la impresion pavorosa del eclipse, levantaban al frente de sus campos, predecian el huracan de una batalla.»

«El Modhalfer aparece en el centro y la vanguardia escuadronando las tropas, animándolas á la pelea y

dando instrucciones para iniciarla en la primera línea. El walí de Toledo gobierna el ala derecha, que se presenta en marcha como para extenderse hasta rebasar el campo de los cristianos, sin duda para envolverlo é invadirlo. En el ala izquierda campea el walí de Badajoz; y en la tercera línea, acaudillando la reserva desde un altozano que domina el campo de batalla, y donde descuellan las tiendas y sobre ellas las enseñas del califato, Abd-er-Rahman dicta las disposiciones convenientes para acudir á los trances que va á provocar el valor de los adoradores de Cristo.»

«No guardaban estos formacion tan ordenada. Muy inferiores en número, lo eran, segun ya os he dicho, en organizacion, y la pluralidad de mandos, la falta de cohesion entre las distintas partes del ejército y las condiciones diversas de los que lo componian, eran otros tantos obstáculos para el establecimiento de líneas de combate regulares y tácticas. D. Ramiro formó en el centro una gran masa con la infantería más aguerrida, la vencedora del Modhafer en Osma, y la refuerza con todos los hombres de armas del reino y los caballos ligeros de Abó-yahia; los castellanos se alinean hácia la derecha y el rey de Navarra dispone sus huestes en la izquierda para escarmentar á los que ve decididos á envolverle en una nube de piedras y saetas.»

«Contra la costumbre de aquel tiempo, no comienza la batalla con las algaradas ni con las escaramuzas de las primeras líneas: la gran columna de los leoneses rompe, al encumbrarse el sol, su marcha contra el centro de los árabes, y va ahuyentando con su aspecto imponente y la pesadumbre de su masa á toda la chusma sarracena que se retira con presteza igual y pavura se-

mejante al entusiasmo y á la actividad con que se apresta-ba á la batalla.»

«¿Habeis observado despacio el pedrisquero? Un ruido sordo se escucha en las alturas de la atmósfera, el que causan las corrientes opuestas en su choque; el ruido crece y se hace desigual, tumultuoso; cae á vuestros piés un grano helado, explicador elocuente, nuncio de la tormenta que os amenaza, y tras de él, uno en pos de otro, un centenar, y mil y millones de piedras, chocando y empujándose, caen y se precipitan con fragor horrendo sobre vuestra cabeza. Aquellas corrientes atmosféricas llevan en su seno sutil electricidades opuestas que, al repelerse, os aturden con su luz, os ensordecen con sus detonaciones y os arrastran con su violencia. Y relámpago, trueno, pedrisco y huracan, juntándose, por fin, en accion comun, devastadora, incontrastable, destruyen, aniquilan cuanto encuentran en su tenebroso y mortífero camino.»

«Pues bien; la columna leonesa encuentra en el suyo un pedrisquero, si no igual en su naturaleza, idéntico en sus efectos. La muchedumbre que se retira se acoge á la segunda línea de los moros, donde el Modhafer se prepara á recibir gallardamente el ataque de los nazarenos. Experto en las lides campales, comprende el peligro de esperar el choque á pié firme; pero espia la ocasion, siempre breve y difícil de distinguir, para lanzar sus tropas al encuentro del enemigo. Corre el héroe de fila en fila; anima á los fugitivos con sus enérgicas palabras y, acaso más, con el ceño homérico de su semblante; dispone los honderos y ballesteros en filas alternadas á retaguardia de la línea, la caballería en los flancos; y aumentando el fondo de las divisiones del centro

por medio de una concentracion hábil de sus primeras reservas, espera, ojo avizor y el corazon anhelante, la aproximacion de los cristianos. La marcha es lenta, áun en terreno inculto y llano, por la necesidad de la union, el calor del dia y la fatiga de tamaña empresa hasta en hombres de espíritu levantado y corazon de hierro. Ya se acercan, y la piedra que choca en una adarga anuncia con su estridente fragor en el acero que ya está próximo el momento supremo del encuentro. A aquel ruido primero, siempre, aunque previsto, conmovedor como la primera chispa de una máquina eléctrica, responde un grito del rey de Leon, que se pierde en la misma inmensa aclamacion que produce. Mas luego las piedras, las flechas y jabalinas se suceden con celeridad increible, y el estruendo de su choque en los escudos, el vocerío de los combatientes y los gritos de los moribundos forman el confuso, continuado y pavoroso rumor del pedrisco. Sólo falta el huracan, y para que no pueda echarse de ménos en la comparacion, el Modhafer lanza al viento el grito de la pelea y, esgrimiendo su alfange á la cabeza de los escuadrones del Algarbe, se precipita sobre los flancos de la columna cristiana, como decidido á romperla y destruirla.»

No se detiene por eso el leon de España; ruge con nuevo furor y corre, por el contrario, á poner á los enemigos que le acosan al alcance de sus garras poderosas. Mientras Ramiro *con los ginetes, encajonados en sus mallas de hierro va*, como dicen los árabes, *arrollando y volcando cuanto se le opone* y escarmentando á los africanos que le cercan y le hostigan, la masa de los infantes arrostra impávida el huracan, prosigue su marcha y, ya sobre la línea de los infieles, la invade y la atropella

siempre unida y siempre compacta. Horrendo es el espectáculo y espantosa la carnicería; el Modhafer hace esfuerzos titánicos por desbaratar con su caballería aquella masa que, como un alud inmenso, va arrojando por tierra cuanto encuentra y cubriéndolo con su mole. ¡Esfuerzos inútiles! La masa divide el ejército sarraceno; la caballería de los españoles rechaza á los africanos, los obliga á la retirada y para terminar la obra de los peones comienza la de destruccion en los que, apartándose del camino de la columna, resisten todavía sobre sus flancos en la línea de batalla. En el izquierdo se mantenian los árabes frente á frente de los castellanos que los observaban; pero en el derecho, el rey de Navarra, viéndose rebasar por los honderos del Kalifa, habia seguido el impulso de los leoneses, y, siempre á su altura, iba asaltando la morisma con sus hombres de armas y sus infantes más ágiles y robustos.»

«La derrota del ejército musulman era inminente. Abd-er-Rahman lo comprende *al ver tantos honderos de la derecha desbaratados y el centro del ejército cediendo terreno al enemigo,* y, bajando del cerro que le servia de atalaya, se lanza sobre el costado de la columna con toda la caballería cordobesa y la infantería esclabona. Su caballo brilla entre los demás en el campo de batalla, tal es su nítida blancura; y como su ropaje lleva en el color, blanco tambien, y en todos sus pliegues el antiguo y venerable carácter patriarcal del desierto, parece el Miramamolin vision fantástica del Profeta, las palabras de cuyo libro va, además, repitiendo para animar y enardecer á sus secuaces. Vacilan á su vista y al empuje de los andaluces los que ya se creian vencedores; D. Ramiro acude á sus reservas; y leoneses, gallegos,

castellanos y navarros, mezclados ya y confundidos en una sola é inmensa muchedumbre, pelean sin órden ni formacion contra la morisma, tanto ó más desordenada y revuelta. La voz de los caudillos se pierde en el vocerío de los combatientes; las señales de los instrumentos de uno y otro campo se confunden entre sí, y no hay medio de comunicarse, atento cada uno á matar al enemigo más próximo sin cálculo anterior, sin objeto alguno táctico, con el ánsia, tan sólo, irreflexiva de sangre y de venganza.»

«Yo marcho al estribo del leonés, cuidando de su persona, fascinado por su valor y gallardía, sin herir á nadie y defendiéndome con el nudoso garrote que siempre me acompaña. En una de las oscilaciones de la línea, tan frecuentes en la batalla, se abre á nuestro frente un gran boquete, y en él se nos aparece el emir rodeado de los más valerosos jeques de su ejército. No salta más veloz el tigre sobre la presa que le depara la fortuna, que yo contra el grupo que se ofrece á mi vista y á mi alcance. D. Ramiro y su comitiva advierten, como yo, la ocasion y tratan de seguirme; pero al intentarlo, las hileras de la morisma, rotas por las ondulaciones de la línea, vuelven á unirse, y unos pocos, tres ó cuatro, quedamos del otro lado aislados y sin esperanza de auxilio. Ebn-Ahmed, el fidelísimo walí de Mérida, cae á mis piés, magullada la cabeza, al cubrir con su cuerpo á Abd-er-Rahman; el cadí de Valencia y varios otros de la comitiva real siguen la misma suerte, y hubiera al fin llegado su vez al emir sin la interposicion de la guardia negra, que, atropellándome y pisoteándome con los caballos, me abandonó por muerto entre mis compañeros de armas.»

«Continuó todavía recia y sangrienta la batalla, en una de cuyas peripecias, vuelto ya de mi aturdimiento, logré deslizarme por entre los cadáveres del monton en que yacia desmayado. Una hora despues, vino, sin embargo, la noche á poner fin á tan descomunal contienda; y, áun cuando los dos ejércitos permanecieron todavía largo rato establecidos en el campo de batalla, la fatiga, el hambre y la repugnancia á pernoctar en aquel lecho de sangre en que habian acabado su triste peregrinacion por la tierra más de ochenta mil hombres, retrajo á moros y á cristianos á sus respectivos campamentos.»

«¿Qué pasó luego en el de D. Ramiro? Yo os lo diré en pocas palabras. Abó-yahia se dolió de la suerte de sus correligionarios que habian llevado la parte peor en el combate; y, para salvarlos de una derrota completa en la madrugada siguiente, aconsejó á D. Ramiro la retirada ponderando el número, el valor y el talento militar de los enemigos. En vano el rey de Navarra y, sobre todo, su madre, la heróica doña Toda, y yo intentamos disuadirle; el consejo de un tránsfuga es siempre más estimado que el de los servidores leales y el de los aliados sinceros, y prevaleció el de Abó-yahia, que dias adelante volvia á sus antiguas banderas en que era acogido con la gratitud y regocijo naturales despues de servicio tan señalado.»

«Gozosísimos Abd-er-Rahman y el Modhafer de un movimiento que, al decir de los mismos árabes, «*rescató »á los musulmanes de manos de Ramiro, defraudándole »así Dios de aquella victoria,*» levantaron tambien el campo para acabar el sitio de Zamora.»

«Los defensores, al observar la vuelta del emir, creye-

ron rotos y vencidos á sus compatriotas. No desmayaron, sin embargo, en su propósito de sepultarse en los muros de su ciudad antes que entregarlos á sus aborrecidos enemigos. El Modhafer hizo jugar los vaivenes construidos en Salamanca para destruir las obras exteriores; cegó los fosos con los cadáveres de las innumerables víctimas de su temeraria empresa; tuvo, á veces, que apelar á las minas de aquella época; y, por fin, á escalamientos y asaltos costosísimos. Así, despues de varios dias logró el sanguinario Ommiada ganar dos de los siete recintos de Zamora; pero, al desembocar sobre el tercero, un foso más anchuroso que los precedentes ataja el paso á la muchedumbre de los moros que con sus piedras y dardos pretenden obligar á los defensores á retirarse de nuevo. Siglos y siglos duró en la memoria de los árabes la del combate en aquel foso colmado de cadáveres y sangre, foso que le dió su nombre, el de *Al-khandik*, por generaciones y generaciones repetido con horror y asombro. Hubieran acabado, sin embargo, los moros la conquista sin la presencia inesperada del rey de Leon que, de nuevo, acudia á salvar aquella perla tan disputada desde los tiempos de su establecimiento en las márgenes del Duero.»

«Entonces se vió lo que en el siglo XVII vino á ser tan frecuente que obtuvo reglas en el arte militar, el espectáculo de un ejército sitiador, asediado, á su vez, por otro ejército de socorro. Esta situacion del real de Abd-er-Rhaman os hará comprender cuán sin fundamento podia gloriarse de ser el vencedor de Simancas, cuando dias despues se veia sitiado por D. Ramiro y en la precision de retirarse á la orilla izquierda del Duero y, de allí, á Mérida y á Córdoba.»

«Tan decisiva fué la campaña en favor de los cristianos, que á los dos meses penetraban en Salamanca y repoblaban muchos de los puntos que guerras tan frecuentes habian devastado en las orillas del Tórmes y del Duero, hasta la cordillera que hoy separa las dos Castillas.»

«Estos son los dos combates que me ha ocurrido relataros para que tengais una idea, aunque ligera, de la organizacion de los ejércitos de aquel tiempo y de la manera de manejarlos en los campos de batalla. Vendrá la descripcion de peleas más recias todavía y, con ella y con la que acabo de haceros, podreis iros formando un concepto aproximado de los adelantamientos, mejor dicho, de la marcha del arte militar en siglos olvidados de la historia y de las reglas de la falange y de la legion, los dos modelos más acabados de la antigua milicia en cuanto á organizacion y táctica.»

V.

LA DAMA BLANCA Y EL HADJEB ALMANZOR.

Diga el lector ahora si, al escuchar aquella narracion, no habia uno de ver en el hombre que nos la trasladaba algo más que un mero cronista, algo más que un pretendiente al papel de original y extraordinario. Yo que recordaba un poco la historia pátria, no debia abrigar recelos sobre el estado del cerebro de nuestro interlocutor, tan versado en ella; pero sí alguna duda acerca de sus intenciones para con nosotros, que bien podria suceder que pretendiera burlarse de nuestra buena fé. En Colonna hacian las palabras del oficial un efecto que elocuentemente revelaban sus ojos y ademanes. Mirábame, á veces, como para consultarme la exactitud del relato que oia como atónito; y otras, con sus posturas y exclamaciones, demostraba la admiracion que le embargaba ó el entusiasmo que en su pecho se encendia con la relacion de tantas y tan brillantes empresas como iba recordando el oficial, una tras otra.

Los italianos, además, son de suyo supersticiosos hasta la exageracion. Todo lo que sale del curso ordinario de las cosas, por inverosímil que sea, por repugnante que se presente á la razon, es acogido en Italia con la

credulidad más calurosa. Lo feo siempre es de mal agüero; lo bello seduce al corazon y al entendimiento como á los ojos. Los duendes tienen vida real y se mezclan en la de los simples mortales. Existen los genios benéficos, espíritus de aquellos que en el mundo amaron y sufrieron, y vagan por él tambien los que sólo ansían venganza y perdicion. Entre estos los hay que imponen miedo en los corazones más fuertes porque en su compañía no se ve otro camino que el del Tártaro: entre los benéficos, la *Dama blanca* es el prototipo de la belleza y la dispensadora de las bienaventuranzas terrenales. Pertenece, como los demás, á una esfera de séres sobrehumanos; pero, rozándose con los mortales, les sirve de modelo: viste y, á veces, funciona como un ente cualquiera vulgar y perecedero; pero, no sólo es de los que no sufren, sino que conforta y sirve de consuelo á los que padecen en la tierra.

Tratar de convencer á una italiana de que la *Dama blanca* sólo existe en su imaginacion, es, además de una insensatez que no se atreve á disculpar en un hombre culto, así como un proyecto de asesinato á las ilusiones más halagüeñas, á las creencias más venerandas que desde la cuna van sonriendo y arraigándose en las hijas de aquel país de delicias.

Los cuatro oficiales que generalmente componíamos el Estado mayor del cuartel general, nos alojábamos juntos en Terracina los últimos meses de la expedicion. La casa era espaciosa, y bañábala en su pié el Mediterráneo con sus blandas olas, cuyo susurro, suave casi siempre y áun monótono, era, cuando se encrespaban, armonioso y hasta arrullador. Pertenecia á una familia muy bien acomodada, gozando en el país de gran consi-

deracion por su riqueza y generosidad, y, más que por todo eso, por el porte sencillo y el trato igual y modesto de todos sus individuos. Formaban esa familia dos matrimonios de hermanos con hermanas; uno de ellos, sin hijos, y el otro con una niña de quince años y un pequeñuelo de cinco.

Marieta, que así llamábamos á la niña, era en la regularidad de sus facciones, en la expresion de la mirada y en el continente todo, como una imágen de su santa patrona, la Reina de los ángeles. Inocente hasta la carencia más completa de todo conocimiento mundanal; ignorante de cuanto no se encerrara en las paredes de su casa ó en las páginas de su libro de misa, parecia elevar tan solo sus aspiraciones á la material del bienestar que disfrutaba y á la más pura y vivificadora de la tranquilidad de ánimo y de espíritu que veia reflejarse en los semblantes de los que la rodeaban. No conocia, pues, otro cariño que el de la familia, que veia en ella su ángel tutelar, ni aficion alguna más que á la casa, cuyo silencio y cuyo órden solo habian logrado turbar en los últimos tiempos la presencia, primero, de los garibaldinos al iniciarse la intervencion de las potencias católicas, y la de los napolitanos y españoles, más tarde, desde el desembarco del brigadier Bustillos en la playa inmediata.

Pues bien, en aquella casa se albergaba la *Dama blanca*, y en el corazon de Marieta habia penetrado el culto de la tierna y maternal fantasma, guardiana y protectora del hogar doméstico.

Todavía muy niña, habia interrumpido el, como inocente, tranquilo sueño de Marieta un ruido suave como el de sedas y gasas que rozaran entre sí ó con las fér-

reas varillas de la cama, y un ambiente fresco y perfumado que la rodease y envolviera. Habia sentido una mano apoyándose en su almohada, y unos lábios en contacto con los suyos; pero cuando, despues de esos momentos de lucha plácida entre el sopor y la vida, abrió sus ojos para darse cuenta del motivo de su desvelo, solo vió cómo por la entreabierta puerta desaparecia la vaporosa imágen de la *Dama blanca*, que tantas veces le habia su madre descrito y anunciado.

Veloz como el pensamiento, salta del lecho la alborozada niña; traspasa el umbral de aquella puerta; recorre los salones inmediatos inundados aún de la fragancia más suave; vuela á la escalera y, ya en el último peldaño, descubre de nuevo la ondulante falda y el luminoso rastro de la ninfa que desaparece en el portal sombrío y solitario de la casa.

La niña vuelve entre triste y feliz á su dormitorio á punto de abrirse paso hasta él la ténue y sonrosada luz de la mañana; y, al recorrer anhelante la estancia, queda estática ante la mesilla de noche, contemplando una pequeña caja de cristal llena de oro, de dulces y juguetes.

Entonces recuerda que es el 8 de Diciembre, y cae de rodillas ante una imágen de la Madre Purísima del género humano, su santa patrona, ahogada por la alegría y gratitud que la inspira la visita, tanto tiempo apetecida, de la *Dama blanca*. Ya se han llenado sus deseos más vivos; ya llegó la mensajera peregrina de nuevas cada dia más felices; ya en la casa será todo ventura y paz con atalaya tan vigilante y solícito; y Marieta, festejada en sus dias precisamente, puede contar con la seguridad de un porvenir risueño.

Quien lo dude siquiera, quien por casualidad se sonria al contemplar el contento de la niña, es un ignorante ó un malvado, un *bárbaro* incapaz de cultura, nunca un italiano, civilizado como todos, sagaz y admirador de lo bello en todas sus formas.

Al oir á Marieta no quitaba yo los ojos de su madre, trasformada, á mi ver, en *Dama blanca* el dia de la Concepcion á que la niña se referia. Pero la sonrisa que asomaba por sus lábios, más que de satisfaccion por las ilusiones de su hija, parecia de alegría verdadera, de gozo inefable por los favores de que la consideraba objeto. No una sola, sino varias y frecuentes habian sido las visitas que á ella tambien hiciera la *Dama blanca* desde los albores de la vida.

A nadie más que á su marido habia amado la *signora* Felicia; pero cuando ya iban á celebrarse los desposorios que la unirian á él para siempre, hubo de aparecer en su casa, presentado por personas respetables, un nuevo pretendiente tan orgulloso como rico, tan violento de carácter como enamorado.

Era además temido en toda la comarca por la influencia que los habitantes le veian ejercer en la administracion y la política, influencia que le proporcionaban sus conexiones de familia en Roma y sus manejos, no pocas veces tenebrosos, en los pueblos y aldeas de la frontera próxima. Y á tal punto se habian exagerado los campesinos esa influencia, que no faltaba entre ellos quien la creyera hasta maléfica, fruto de tratos no santos con espíritus ó duendes. Sus diarias cacerías en el lago de Fondi, en cuyas aguas, insondables como las de todos los de las leyendas, se le habia visto zambullirse desde el bote donde con otros desconocidos fingia esperar el

paso de los ánades, habian infundido sospechas muy vehementes, y no habia un aldeano en los alrededores que no dijera haberle visto salir del agua ó de las cuevas, que en la orilla forman las montañas, con trasgos ó fantasmas. La noche no era obstáculo para sus correrías; y no pocas se le habia visto conversar en voz baja con hombres cubiertos, como él, de anchas capas y sendos sombreros, en las inmediaciones de *Epitaffio*. Antes de amanecer desaparecian las sombras por el camino de Fondi y el de Terracina; ocultándose nuestro hombre en la *Torre-Gregoriana*, que se levanta junto al Mediterráneo, ó ganando la elevada montaña que sustenta el palacio de Teodorico.

Su figura era atlética y arrogante, no hermosa ni simpática; su vestir rico, pero descuidado, y jamás se le habia visto sin armas. Todo lo contrario; llevaba siempre en todas sus expediciones, además de una escopeta, al parecer excelente, un par de buenas pistolas en el cinto y un puñal que, más que cuchillo de monte, parecia daga por su excesiva longitud.

El dia en que fué presentado á los padres de nuestra amable patrona, penetró, pues, con él la más angustiosa zozobra en la familia. Por rico que fuese, por influencia que se le atribuyera y por vehemente que comprendiesen todos debia ser su pasion para atreverse al intento de romper esponsales tan gratos como los contraidos entre la bella jóven y su prometido, la satisfaccion de su amor propio y el respeto á las personas que le presentaron no eran bastantes á neutralizar el terror y los tristes presentimientos que asaltaron á los padres y á la novia.

Esta sintió, en vez de gratitud, una repugnancia que aumentaba cada dia con las atenciones del nuevo pre-

tendiente y la resolucion, al parecer inquebrantable, que manifestaba de ántes morir que ceder en su temeraria empresa. Los halagos, como el terror, no hacian más que acrecer la violencia del afecto que habia jurado á su amante y la de su desprecio al hombre cruel que la amenazaba con arrebatarle las más risueñas esperanzas.

La situacion de aquella noble y generosa familia se habia hecho, con eso, difícil y hasta peligrosa. Y no sólo en la familia, sino que en la ciudad toda se temian los riesgos que iba á correr con su oposicion la gentil señorita, y se esperaba una catástrofe ruidosa de las á que todos los dias se creen los italianos abocados en su ánsia febril por lo extraordinario y maravilloso.

Zambelli, que así se llamaba, habia intentado, por otra parte, provocar varias veces al novio á un lance personal, del que era de esperar le sacasen airoso sus fuerzas corporales y la destreza que habia adquirido en el manejo de las armas. Para evitarlo, la jóven habia comprometido á su amante bajo juramento á no presentarse en ningun paraje público hasta la celebracion del matrimonio, con lo que era de suponer se acabarian, como las esperanzas de Zambelli, sus pretensiones y su ódio.

Irritado Zambelli con los obstáculos que encontraba en todos los caminos que habia emprendido, trata, por fin, de acabar de un solo golpe la obra de iniquidad tan atropelladamente comenzada. Revuelve en su mente proyectos y proyectos, á cual más aventurados, hasta que se fija en el infernal de escalar la casa de la jóven para, deshonrándola, vencer su repugnancia y la oposicion de sus padres.

Y dicho y hecho: una noche, no lóbrega y tempestuosa, como en otra ocasion elegiria, sino despejada y bri-

llante en la época precisamente del plenilunio, oye Felicia en la estancia inmediata á su dormitorio un ruido de pasos trémulos como los latidos con que el corazon la anuncia su desgracia. Tranquilízala, sin embargo, el espectáculo de una imágen de la Vírgen iluminada por la lamparilla que á su lado arde, y que parece dirigirla como siempre una mirada amorosa y plácida, y la tranquiliza tambien la idea de que la única puerta de su estancia se halla cerrada para quien no sea su madre que guarda la llave cuidadosamente bajo su almohada. Pero ¡cuál no seria su terror al contemplar por el hueco de la puerta, que gira sobre sus robustos goznes pausadamente y sin ruido, la aborrecida figura del Zambelli!

«¿Quién sois? ¿A qué venís? ¡Compasion por Dios! ¡Socorro!» exclama la atribulada jóven de rodillas en su lecho.

«¿Quién soy? contesta el malvado, ¿acaso no conoces al que ha jurado por el cielo y el infierno antes morir que renunciar á los tesoros que esconde tu belleza? A eso vengo; á arrebatarte á tus imbéciles padres y á tu cobarde y miserable amante, á romper tu empedernido corazon, ya que no con mis suspiros y mis ruegos, con el terror y la violencia. Yo no abrigo una de esas almas humildes, que se resignan al desprecio y la desgracia; la mia se mofa de los desaires, y ni la mala fortuna, ni áun la muerte han de hallarme desprevenido y cobarde; lucharé contra ellas con las armas que mi estrella ó el Averno me procuren hasta caer, pero hasta entonces con esperanza y sin miedo.»

«¡Pides compasion! Y ¿la has tenido tú de mi amor cien veces más acendrado y más violento que el de todo otro mortal que haya contemplado tus ojos? Yo no co-

nozco otra compasion que la de mis propios dolores, la del deseo inextinguible de satisfacer las pasiones que el génio del mal ha hecho crecer en mi corazon endurecido por las contrariedades de la vida. «¡Socorro! ¡Socorro!» ¿Quién ha de dártelo? El que lo intentara, no haria más que manchar con su sangre el camino que yo te preparo de flores y delicias.»

«Ya comprendereis, nos decia la madre de Marieta, cuáles serian el asombro y el espanto mios, á merced ya de un hombre tan malvado, pues que era mayor, si cabe, mi miedo por las desgracias que con un grito pudiera provocar, que la mia propia, tan inminente ya é irreparable.»

«Al compás, con todo, de aquellos acentos angustiosos que el infame repetia, aunque con voz baja, en el mismo tono deprecatorio con que yo los habia pronunciado, se reanimaba mi espíritu en la confianza, sin duda, de que su mismo eco habia de llamar al cielo en mi socorro.»

«Y, con efecto; apenas el mónstruo habia pronunciado las últimas palabras con que me brindaba á una vida que sólo para él podia ser de placeres y felicidad, cuando de la sombra que arrojaban los ámplios pabellones de mi lecho salió una mujer desechando de su frente la brillante vestidura que la cubria, sonrosada como el primer albor de la mañana. Brillaban sus ojos como el fuego, chispeantes, provocadores; sus rojos lábios estaban entreabiertos animando al más tímido con su sonrisa encantadora; y su rostro todo y los nevados hombros, velados apenas por la espléndida cabellera de oro que le caia hasta el suelo, parecian convidar, mucho más, ciertamente, que los mios, á la temeridad de Zambelli.

No era mujer aquel arrebatador fantasma, en quien yo reconocí al momento á la *Dama blanca* de mis primeros años, sin su gravedad, empero, y su modestia; era una de las sirenas que con sus atractivos arrastran al navegante á sus misteriosos antros.»

«No bien se descubrió al Zambelli; éste, como aturdido ante belleza tanta y fascinado por unas miradas á cada punto más arrebatadoras, si permaneció un instante clavado en el sitio en que la vision le sorprendiera, no tardó en correr hácia ella procurando estrecharla entre sus brazos. Ella se deslizaba como una sombra; y despues de algunos giros y saltos que no hacian más que irritar á su brutal perseguidor, abandonó la estancia por la puerta misma que aquel habia dejado entreabierta.»

«Sin saber lo que me hacia, corro yo tambien tras del fantasma y tras del Zambelli que volaba en su seguimiento. Despues de atravesar todos estos salones, llego al terrado inmediato á vuestra estancia al punto en que los dos bajaban á la playa por la escala que habia servido al mónstruo.»

«Entónces comenzó una carrera que bien pudiera llamarse de los Fantasmas, y que la luna desde su zénit se encargó de iluminar con su pálida, pero trasparente, luz. La vision para mi celeste, parecia no tocar la tierra sino con su refulgente vestidura; la sombría, la infernal de mi enemigo debia atesorar fuerzas hercúleas segun amenazaba alcanzar la blanca y vaporosa á cada instante. Primero se corrieron por la orilla del mar y pisando su blanda arena; despues la *Dama blanca* se dirigió á ganar el áspera montaña coronada por el palacio de Teodorico, cuyas ruinas la ví recorrer por entre las

robustas columnas y los espesos paredones que atestiguan la magnificencia del soberano ostrogodo. Por fin, y descendiendo por el oscuro derrumbadero que desde aquí se descubre, volvió la perseguida sombra al arranque de la peña gigantesca, admiracion de los artistas, cortada hasta una altura increible por Trajano para dar mayor ensanche á la via Appia. Si en vez de bajar á la ciudad, emprendia la ascension á la peña, era perdida, pues que sólo existe en ella un sendero escalonado para subir á la gran cornisa de donde se observa el mar, único tránsito, asperísimo y sin salida á ningun lado. La sombra, sin embargo, acometió la subida, repasó el observatorio y, como si la escalase, ganó la meseta que nadie se habia atrevido á pisar hasta entónces. Zambelli, al verla comprometida en la ascension al *Sasso giganteo*, lanzó una carcajada infernal que el eco de la montaña trajo á mis oidos como las palabras de «¡Non mi fuggirai adesso!» con que acabó la satánica expresion de su alegría. Y no sólo llegó al observatorio sino que, haciendo esfuerzos sobrenaturales, trepó á la cúspide de la peña, pensando acaso que allí acabarian sus afanes y fatiga, y comenzaria una felicidad tanto más grata cuanto más difícil le era y más costosa.»

«Yo ví las dos sombras luchando en agilidad y presteza; y ya estaba de rodillas implorando la misericordia divina para mi bienhechora la *Dama blanca*, cuando un grito de desesperacion, ronco y atronador, me hizo caer al suelo sin aliento.»

. . . . . .

«Al dia siguiente se recogia en el camino el cadáver destrozado del Zambelli; y poco despues era yo la esposa feliz de mi amado Gaettano.»

¿Quién, despues de oir esta bellísima leyenda, va á negar á su autora la existencia de la *Dama blanca?*

Pues, del mismo modo, en Colonna podian descubrirse las dudas que á veces se levantaban en su mente y aún la conviccion que, en ocasiones, se apoderaba de él sobre la verdad de la mision extraordinaria confiada á nuestro camarada de Avezzano. Aquella seguridad con que acababa de hablar de su participacion en los rudísimos combates de Simancas y Alkhandik, era ciertamente para confundir al más prevenido y despreocupado.

Pero, si no en el grado que á Colonna, tambien á mí me embargaban narraciones tan animadas como las con que nos iba entreteniendo desde nuestra feliz expedicion al cuartel general de Nunziante.

No era, por otra parte, cosa de interrumpirlas en un momento en que aún podrian correr algunas horas sin abandonar aquella hoguera, único faro para los extraviados batallones de retaguardia.

Tuve, pues, buen cuidado de no interrumpir á nuestro interlocutor, que, engolfado el ánimo en la memoria de sucesos tan grandiosos, pero tan embrollados á la vez, como los de la interminable guerra con los moros, parecia no ver ni oir nada de lo que en su derredor pasaba.

Así es que, sin detenerse en observar el efecto que en nosotros hacia su no interrumpida narracion, continuóla tan rápida y enfáticamente como si no pudiera caber duda alguna sobre su autenticidad, ni, mucho ménos, sobre el papel de protagonista que en toda ella iba arrebatando á nuestros soberanos y héroes más eminentes.

«A estos tiempos, dijo, debe referirse la constitucion de la tierra castellana en Estado indepen liente. Los con-

des nombrados por el rey de Leon van, segun aumenta la importancia del territorio con las nuevas conquistas, adquiriendo influjo por sus servicios, formándose partido por su administracion y el mejoramiento de los pueblos, fijando en su familia la sucesion al condado, áun cuando sea en feudo de la corona leonesa, debilitando la potestad real con intervenir en las discordias del soberano con sus deudos y sus vasallos, y elevando, por fin, sus pretensiones á la emancipacion en la ocasion de esas mismas discordias ó en la de las guerras con los moros, hasta declararse paladinamente independientes. A Rodrigo, uno de los prohombres de la monarquía, primer conde de Castilla en 860, sucedió su hijo Diego Rodriguez, como en premio de haber sofocado la rebeldía del conde Fruela de Galicia contra Alfonso III. Este Diego Rodriguez, conocido generalmente con el sobrenombre de Porcellos, fundó en 882 á Búrgos, la ciudad que tanto habia de sonar en la historia de la monarquía española. Gonzalo Fernandez pobló despues á Clunia, Auca y San Estéban de Gormaz; y tanto influjo adquirió en el ánimo del monarca leonés, que obtuvo la sucesion en el feudo castellano para su hijo Nuño Fernandez, quien lo trasmitió á su hermano Fernan-Gonzalez. Fernan-Gonzalez, el más artero, el más intrigante, el más valeroso y el más sublime de cuantos varones han emprendido en el mundo la grande obra de fundar imperios, empieza por rendir pleito-homenaje á Ordoño II en 923, pide auxilio para repeler una invasion mahometana á Ramiro II en 932, ya en tono de aliado; se manifiesta despues de la batalla de Simancas con ínfulas de independiente y, aunque es vencido y encarcelado, sale de su prision, no sólo tan conde de Castilla como ántes,

sino suegro, además, del rey; interviene más tarde en las discordias de Ordoño III y de D. Sancho y, áun viendo á su hija repudiada, tan diestramente se maneja, que adquiere la deseada independencia, y con ella tal importancia, que logra pase aquella hija querida, la primera doña Urraca de nuestra historia, de los brazos de Ordoño III á los de otro Ordoño, hijo de Alfonso IV, entronizado en Leon por el célebre conde, despojando de la corona al Sancho tan favorecido ántes por él contra su primer yerno.»

«Si á esta sucinta historia os añado la del robo de doña Sancha, su mujer, cuando era prisionero de su padre el rey de Navarra, comprendereis el carácter del primero en fama y más poético de los condes de Castilla, fundador de la monarquía más brillante de cuantas formaron despues la española, tan gloriosa y respetada, hasta hace poco, en ambos mundos. Ni en Sepúlveda ni Haciñas blandió por él, como se ha dicho, su acero fulminante el mayor de los Zebedeos; pero no brilla el relámpago á los ojos del atribulado caminante con fulgor más siniestro que brillaba la espada de Fernan-Gonzalez á los de la morisma, y cada uno de los que seguian al insigne conde creia ver en él, á la par que el rayo de la guerra, el númen tutelar de sus castillos, el guion de su libertad y el representante de su independencia. Como defensor de la fé, como rebelde y como iniciador de la independencia castellana encontró, pues, secuaces en número bastante para con su valor, su astucia y sus veleidades vencer á los moros, eludir la autoridad de los soberanos de Leon y fundar un imperio que desde sus albores dirigió la política de las monarquías cristianas peninsulares y formó la punta de aquel cúneo celtibé-

rico que, áun cuando con paso tardo, habia de romper la servidumbre española en Calatañazor, las Navas, el Salado y la Alhambra granadina.»

«No tardaron en llegar dias de prueba así para la nueva como para todas las demás repúblicas cristianas de los Pirineos. Muerto en 961 Abd-er-Rahman III, sin haber logrado gozar en cincuenta años de reinado más que de catorce dias felices; muerto tambien su hijo Al-Háquem, amigo de vida sosegada capaz de proporcionarle más dias venturosos que los disfrutados por su padre, y elevado al trono de los Ommiadas Hixem-el-Muwayiad-Billah, el amparado de Dios, apareció en el estadio cordobés un moro andaluz que, de secretario de la madre del nuevo emir, pasó á ser primer ministro, regente y Kalifa, podria decirse, pues que su miserable pupilo no traspasó nunca las puertas del harem. Pero más que como político profundo, y lo era mucho, brilló Almanzor como general; siendo, en los años que le duró la vida, el enemigo más encarnizado y formidable de la cristiandad, un nuevo azote de Dios que, por fortuna, encontró en Calatañazor otros campos cataláunicos.»

«Y aquí voy á llamar vuestra atencion sobre una circunstancia que explica perfectamente las dificultades de una guerra de invasion en la Península española.»

«Mayor enemigo de la fé cristiana; hombre más decidido á exterminar á los que la confesaban en España, ni adalid más experto no lo vomitó el Averno en toda la Edad media; veinticinco años anduvo peleando sin descanso contra Galicia, Leon, Castilla, Navarra y Cataluña, siempre victorioso, siempre destructor y arrancando siempre hasta las raices poblacion, sociedad, cultura en toda la tierra que pisaban sus innumerables y aguerri-

dos soldados; y, sin embargo, despues de cincuenta campañas sucesivas en que parece que un capitan hábil no debia haber dejado ni memoria del nombre cristiano, Almanzor era vencido y dejaba el Kalifato de Córdoba en una situacion que no era, ciertamente, lo robusta y homogénea que cuando él tomara su direccion y su gobierno. Zamora, Leon, Astorga, Barcelona, Gormaz, Sepúlveda, Coimbra, Compostela, Atienza, Osma, Alcoba, Montemayor, San Estéban, Coruña del Conde, Aguilar y cien otros pueblos ménos importantes, son presa sucesivamente de Almanzor que derriba las murallas, incendia las poblaciones, mata ó aprisiona los habitantes y los arrastra con un botin inmenso á Córdoba y Sevilla. Todo lo invade y todo lo conquista con sus ejércitos y las máquinas de que se hace acompañar en toda empresa que, como los sitios de Barcelona, Leon ó Compostela, considera lenta y árdua; sólo las crestas del Pirineo parecen arredrarle y los montes y castillos que cierran los pasos principales á ellas. En cada campaña penetra por distinto camino y territorio diferente en los Estados cristianos, que encuentra desprevenidos casi siempre ú ocupados en discordias intestinas; las fronteras, abandonadas por sus moradores, van cubriéndose de colonias berberiscas medio pastoriles y medio militares, grandes guardias de los campamentos alárabes en las épocas de descanso; y sobre la ruina de los castillos, alzados por los castellanos y leoneses, se ven descollar las atalayas ó brillar las hogueras telegráficas que notician los movimientos del enemigo ó la tranquilidad de la comarca. La España mahometana, unida bajo la autoridad de un hombre de génio militar y político, déspota é inexorable en el camino de sus am-

biciones, le ofrece toda clase de recursos, le anima con toda especie de lisonjas y le recompensa con la obediencia y sumision más ciegas; el Africa, ese vivero de atletas ávidos de botin y de matanza, acude á reforzar los ejércitos, á cubrir sus bajas y á sustituir á los habitantes de los valles más ricos y pintorescos, aherrojados ó muertos; todo es entusiasmo en la morisma, todo riqueza y poderío, todo abnegacion y valentía.»

«¿En qué, pues, consisten el fruto escaso de campañas tan afortunadas y el vencimiento final del héroe mahometano? Tengo que empezar diciendo que su sistema de guerra no era el más propio para la conquista de los Estados cristianos. En empresas de esa índole, la primera condicion militar es la de una constancia inquebrantable en el plan que se adopte. Eso de acometer en la primavera el reino de Leon y por el otoño atacar á Osma ó remontar el Ebro hasta las montañas de Navarra, y eso de *ir derramando á oleadas la sangre cristiana, haciendo prisioneros sin número y causando estragos infinitos en las campiñas y pueblos por donde transitaba*, para retirarse inmediatamente y no volver á ellos hasta dos ó tres años despues, cuando ya estaban repoblados y podian de nuevo defenderse, no es otra cosa que la guerra de algaradas, la más comun y vulgar entre los moros; no es la obra militar, explendente y ejecutiva de Muça y de Tárik. ¿Era esto resultado de un plan preconcebido, de un sistema que dirigiese á la adquisicion del mayor botin posible con que sostener un gran poder militar para fines exclusivamente políticos, en quien tenia y aspiraba á conservar una autoridad, más que delegada, usurpada y fascinadora, ó era efecto de la necesidad por las dificultades

que oponian á operaciones seguidas y ordenadas enemigos tenaces é incansables en la defensa de sus hogares y montañas pátrias? De uno y otro podia haber en la posicion del Hadjeb de Hescham y en la pertinacia de los españoles.»

«Como en los tiempos antiguos, los españoles no se desanimaban por una ni por más derrotas: desde que el honor militar no quedaba mancillado por un desastre, los caballeros cristianos y los montañeses sus soldados ó clientes, como el clásico celtíbero, se mantenian á la vista del vencedor para ofrecerse al dia siguiente á un nuevo holocausto, ó se encastillaban en las montañas y en los collados más próximos para impedirle el paso á la tierra sagrada, arca santa de su fé y cuna de su independencia. Caia Santiago en poder de los infieles, y los que no habian logrado defender con fortuna aquel tan célebre santuario, exterminaban en su retirada á los profanadores. Caia Leon con sus murallones romanos, sus torres agigantadas y sus puertas de bronce al embate de las máquinas y por los asaltos repetidos y sangrientos de Almanzor, y, al proseguir éste su conquista hácia el Pirineo astúrico, unos miserables castillejos, los de Luna y Gordon, le detenian y rechazaban, á pesar de sus máquinas y á pesar de su valor y el de sus secuaces. Y, por fin, al dia siguiente de una batalla afortunada en el territorio cristiano y al retroceder á la frontera, tenia que establecer un campamento permanente y hasta labrar las tierras inmediatas para que los castellanos, por no verle invernar entre ellos, le abriesen paso y facilitaran su retirada.»

«Así, á los veinticinco años de guerra sangrienta y asoladora, cual no se habia visto desde los tiempos de la

invasion, los Estados cristianos, á pesar de esa guerra, á pesar de las discordias que los dividian y á pesar de la menor edad del más poderoso de los monarcas que los gobernaban, se deshacian en una sola batalla y para siempre del que parecia haberlos reducido á la impotencia y á la muerte.»

«Dad ahora con el pensamiento y la memoria un salto de siete siglos, que yo he atravesado dia tras de dia en afliccion y dolores, y despues otro de un solo centenar de años, y las guerras de sucesion y de la independencia os mostrarán repetidamente cómo el tiempo, ese agente destructor de toda esencia, materia ó espíritu, no ha logrado modificar el carácter español en sus excelencias, el valor y la pertinacia, como no ha logrado modificarlo en sus defectos, la desunion y la envidia.»

«Al iniciar Mohamad Almanzor sus campañas reinaba en Leon un niño, Ramiro III, hijo de Sancho el Gordo; y como si esto no bastara para debilitar el reino, á ese niño, cuando ya iba tomando fuerza para manejar las armas, le salió al encuentro en Galicia un competidor, Bermudo II, que, despues de una batalla indecisa, la de Montoroso, y en 984 por muerte natural de su contrario, alcanzó un poder que tanto habian de amargarle las dolencias que sufria, las ruinas que presenciara y las desgracias que, áun con valor y con dotes, no habia de poder remediar. Al rey Gotoso, acogido á Oviedo desde la pérdida de Leon, sucedió otro niño, Alfonso V, que, como Ramiro bajo la tutela de su tia doña Elvira, primera gobernadora de una monarquía española, fué puesto bajo la del conde Menendo Gonzalez y de su mujer doña Mayor. Siete años tenia el rey de Leon en la notabilísima ocasion de que voy muy luego á daros cuenta.»

«En Castilla gobernaba su penúltimo conde el fiero Sancho Garcés, hijo de García Fernandez, prisionero de Almanzor y muerto en 995 de resultas de las heridas recibidas en la batalla, y nieto de Fernan Gonzalez que en 970 habia terminado su carrera de aventuras sutiles y á la vez caballerescas.»

«Regía á Navarra Sancho II, llamado el Mayor por su largo reinado y Cuatro-Manos por el esfuerzo que desplegó siempre contra sus enemigos.»

«Era D. Sancho sucesor de García el Temblon, cognominado así porque al empezar los combates, en que siempre se mostró heróico y expertísimo, no podia vencer el temblor que, á despecho de su valentía y de su pundonor, le acometia irremediablemente. García debia el trono y la vida á aquel Sancho Abarca de quien habreis oido que, distraido en una expedicion por Francia, supo cómo los árabes tenian cercada la fortaleza de Pamplona, y, encontrando cerrados por la nieve los puertos de la cordillera, calzó á sus soldados con anchas sandalias de pieles sin curtir y de cortezas de árbol con las que lograron salvar tan inoportuno obstáculo, y al dia siguiente presentarse ante la capital de la nueva monarquía y hacer en la morisma una espantosa carnicería.»

«En la época á que me voy refiriendo, era Sancho un monarca poderoso, pues que, además del territorio navarro, dilatado ya por la derecha del Ebro hasta los montes Idúbedos ó Ibéricos, dominaba en el que encierran los rios Aragon, Ebro y Gállego con los altos Pirineos, regía la Vizcaya, que le habia elegido para señor suyo, y con el condado tambien señorial de Ribagorza habia adquirido el título de rey de los Pirineos y de Tolosa, en cuya provincia poseia extensos dominios y alianzas muy

importantes. Tal era la influencia que ejercia Sancho el Mayor al otro lado de los Pirineos que, á su llamamiento en 1002, acudieron auxiliares en gran número de la parte del Langüedoque, enviados por Guillermo Tallafer, conde de Tolosa, pariente y feudatario entonces del rey de Navarra, y hasta de Burdeos llevó su conde Sancho Guillermo, duque de la Vasconia francesa por su mujer doña Urraca, hija de García el Temblon, cuanta gente de armas pudo reunir entre la que no escaseaban clérigos que se terciaron gallardamente el aljaba y el tahalí para pelear contra los moros.»

«Así, cuando la repeticion de las *gazwas* ó campañas de Almanzor hizo por fin comprender á los reyes cristianos el peligro de sus discordias y de su aislamiento, cuando la noticia de los preparativos que se hacian en Toledo reveló los planes del formidable Hadjeb, dirigidos á acabar con la recientemente emancipada Castilla, más débil que los otros reinos por esta misma circunstancia, procuraron aquellos entenderse, uniéronse luego en concordia militar y política, y, al empezar el verano del año de mil y dos de la era cristiana, se agolparon sobre la raya de Castilla y Navarra, leoneses, castellanos y navarros, y con ellos los vascos de uno y otro lado del Pirineo, y miles de burdeleses y aquitanos vasallos, amigos ó aliados del rey de Navarra.»

«En Calatañazor, la mayor parte del ejército del Hadjeb consistia en caballería, habiendo hecho la marcha desde Toledo en dos grandes columnas, una de la caballería andaluza y de la africana la otra. Los leoneses, castellanos y navarros fueron al encuentro de los moros divididos por naciones en tres fuertes y grandes masas.

El primer dia de la batalla se pasó en escaramuzas co-

mo generalmente sucedia; pero Almanzor, como hombre de génio y de disciplina, se arrojaba pronto á los trances decisivos, y en el segundo dia lanzó á la carga sus espesos escuadrones. Ruda, impetuosa, terrible fué la acometida, como de gente avezada á triunfar en cincuenta campañas sucesivas; pero los cristianos resistieron y, como inspirados por el espíritu de union que los llevaba juntos á aquel campo de batalla, mantuvieron unidas sus filas, en enlace constante sus batallones y sin romper su línea.»

«La batalla fué defensiva en toda la extension técnica de la palabra; y Almanzor por la noche, despues de cerciorarse de sus enormes pérdidas por la falta de los caudillos, se retiró en órden á Medinaceli, donde le abandonó la vida con el pesar de la derrota.

«Este grandioso acontecimiento ha sido puesto en duda por algun orientalista extranjero, extraviado con la traduccion de una carta arábiga en que se supone la muerte de Almanzor causada por sus dolencias y sin mediar refriega en su correría por la Rioja. Ha habido español, pena me da el decirlo, que solo con semejante dato y dándole una importancia decisiva, ha creido deber borrar de la série de nuestras glorias nacionales una de las más puras, la de la batalla de Calatañazor. ¿No han reparado el orientalista de Leyden y el erudito español en que casi todas las noticias de combate tan ruidoso son de orígen arábigo? ¿No están avezados en sus estudios á encontrar datos contradictorios, y no han visto que entre los de los cristianos existe una crónica contemporánea del trance de Calatañazor por un concienzudo benedictino de Cluny que lo conmemora y puntualiza?»

«Para vosotros basta que os lo diga yo que asistí á la batalla. Tan reñida fué, que al dia siguiente cuando observamos la retirada del ejército mahometano por el puente del Andaluz no nos atrevimos á perseguirle; tal era la admiracion, tal el pasmo que nos causaba el éxito de nuestras armas contra las del invencible Mohamad.»

«Las repúblicas españolas se habian salvado; y no tardarian en tomar una iniciativa enérgica contra el poderío musulman, cuya decadencia señalaba la muerte de Almanzor que yo mismo, para mayor afrenta, fuí á anunciar en las márgenes del Guadalquivir «*con voz doliente y lamentable, en caldeo y castellano.*» Los cordobeses escuchaban atónitos la, para ellos, increible nueva, y me perseguian con rabia; pero, esquivándolos en una orilla, aparecia en la otra, repitiéndoles sin cesar el mismo canto:

En Calatañazor
Almanzor
perdió el tambor.»

VI.

UNA PRUEBA FELIZ.

El corneta de la gran-guardia, que, de vez en cuando, tocaba llamada para señalar á los cuerpos que venian marchando el punto á donde habian de dirigirse, hizo resonar de nuevo su instrumento, que fué entónces contestado de lugar próximo. Con eso abandonamos la hoguera para recibir á los que de un momento á otro debian presentarse á la puerta de Castell Madama. Eran ya las tres de la mañana; la velada habia sido larga; el cansancio era grande, y aguijoneaba el sueño para recogerse á satisfacerlo: así es que, aunque con pena, nos retiramos al alojamiento, apenas terminado el del batallon de Chiclana que en aquella tarde cerraba la marcha de la columna.

No me fué posible conciliar el sueño, que parecia rendirme una hora ántes: la emocion producida en mí por el oficial con su manera de contar la historia de España, negándome la tranquilidad necesaria, me engolfaba en un verdadero piélago de dudas y de sospechas. Habia comenzado su peregrina relacion anunciando la historia de la errante y calamitosa vida á que la Justicia divina le tenia sentenciado; y, más que su vida, era la de la

nacion española la que narraba, si bien salpicada con episodios que hacian comprender, ó tendian por lo ménos á conseguirlo, la accion presencial, inmediata, del que los traia á la publicidad ó á la memoria. Una figura comun, ordinaria, en el oficial, me hubiera quizás desencantado, me hubiera hecho presumir una locura erudita, una manía por el remedio de España, siempre tan dispersa en voluntades y en fines políticos para su existencia y engrandecimiento. La del oficial era, sin embargo, tan extraordinaria como su modo de ser y de expresarse; era una figura antigua, semisalvaje, y revelaba una raza pura todavía, primitiva.

Perdíame, pues, en conjeturas, y me perdia en cálculos sobre un hombre cuyos antecedentes no habia podido averiguar, no sabiendo de él sus jefes nada anterior á su presentacion en Barcelona la mañana de nuestro embarque para Italia. Entre los mil proyectos que revolví en mi agitada imaginacion para romper el velo misterioso que cubria á aquel hombre, adopté, ya al abandonar el lecho, el de un exámen detenido y minucioso en que, apartando todo asunto histórico, pudiera descubrir el estado del alma, si no el de la cabeza, de nuestro oficial.

Era ya medio dia cuando emprendimos la marcha á Santo Polo, un pueblecito pintorescamente situado en una eminencia separada de la que coronan los muros de Castell Madama por un áspero barranco. En el fondo corria un arroyuelo cubierto de arrayanes y de adelfas, en cuyos troncos, chocando las aguas, formaban pequeñas cataratas que con su rumor distraian la soledad del lugar, como las flores matizaban la verdura, y su aroma hacia más y más embriagadora la tibia atmósfera de un

dia canicular. El camino, todo él escabrosísimo, ofrecia apenas paso á los caballos por entre las rocas y los árboles que cubrian las faldas del barranco, serpenteando en ellas sin arte y sin holgura, con el objeto sólo de salvar las distancias sin peligro inminente, pero en el más corto espacio de tiempo. Al otro lado del arroyo, por la márgen derecha, corria una ancha estrada, que iba á recordarnos la fábula de Tántalo, puesto que, pasando por los cantones franceses, teníamos que abandonarla en el punto mismo que la pisáramos para emprender la ascension á Santo Polo por otro sendero igual al hasta allí recorrido tan lenta y trabajosamente. En el fondo de una ondulacion causada por dos estribos de la eminencia en que asienta aquel lindo lugar, descúbrese una capilla medio oculta bajo tilos altísimos que arrojan á la vez su sombra contra una verde pradera, vestíbulo encantador de la iglesia, y contra la carretera, desde la cual, templo, monte y enramada parecen colocados de propósito, formando una decoracion de teatro.

La division española bajó rápidamente al riachuelo y formó en masa en la carretera para desde ella emprender la subida á Polo. Yo quedé encargado de que en la retaguardia se ejecutasen las providencias tomadas con el fin de evitar las paradas y el extravío de la noche anterior. Y como la marcha debia hacerse á la desfilada tambien, y trascurriria largo tiempo hasta comenzarla el batallon que la cerraba, despues de recorrer toda la línea y comunicar las órdenes recibidas á los jefes, me situé frente á la capilla para ver y apresurar el desfile de las tropas.

A caballo yo, y siendo nuestro oficial de estatura elevada, no tardé en distinguirle á retaguardia en actitud

meditabunda y algo separado de sus compañeros que, agrupados en derredor de su comandante, esperaban el movimiento del batallon precedente para prepararse al suyo. Mi primer impulso fué el de acercarme al oficial; pero me contuve esperando que á su paso por mi lado encontraria pretexto más verosímil para conversar con él, pues que mi deber era marchar con las últimas compañías del batallon de retaguardia. No tardó en llegar la oportunidad que aguardaba, y el momento en que un nuevo rasgo del oficial me engolfase en dudas más extraordinarias, aún, que las que me habian desvelado aquella noche.

A mi espalda se alzaba la capilla; y en su portada, sencilla pero elegante, una imágen marmórea de la Madre del Salvador, velada en su hornacina por la sombra de los árboles, parecia convidar al pasajero á los consuelos de la oracion y con la esperanza de que seria escuchada y atendida. Las órdenes del eremita ó la piedad del podador habian dejado en descubierto la santa imágen para los caminantes provocados por la amenidad del sitio á dirigir sus miradas al prado, á la iglesia y á su pórtico. La Vírgen tenia la mirada pudorosa y atrayente, la postura digna y sus brazos parecian ofrecer favor y amparo.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Nadie, al descubrirla, podia ménos de detener el paso para contemplarla; y más de un soldado habia roto en exclamaciones de admiracion por aquella imágen hermosísima de la Reina de los ángeles.

El soldado español, apasionado de lo bello y de lo grande por su orígen meridional, altivo por el carácter é historia de su nacionalidad, es religioso hasta el entusiasmo más poético y hasta la intolerancia más ciega; porque sin comprender, en general, los misterios de nuestra religion, excitan su admiracion y su celo la pobreza, la abnegacion y el sacrificio de su Dios. La imposicion le irrita y, en su altivez, siendo sensual, desprecia los halagos del sensualismo; rechaza las amenazas, amenazando siempre, desoye las lisonjas de los que tratan de extraviarle prometiéndole la independencia de su espíritu, á él, independiente hasta la exageracion, y se extasía ante la virtud, ante la indigencia y ante la debilidad luchando contra la injustica y la fuerza. Este es el secreto de la fé guardada en España á los reyes de menor edad. No hay país en el mundo donde no se hayan olvidado las leyes que señalan la sucesion al trono cuando ha recaido en niños, incapaces, como tales, de arrostrar las crísis supremas de una nacion; las excepciones son rarísimas menos en España, donde la debilidad de la infancia ó del sexo han sido, más que un obstáculo, un aliciente para desplegar la generosidad y la energía características de nuestra raza. Una vez fijada la sucesion á la corona, ¡cuánta minoría, siempre amparada y siempre sostenida contra las ambiciones y la perfidia por ese sentimiento que arrastra á nuestro pueblo á la defensa de los desvalidos, por el espíritu de justicia y de lealtad de la gente de armas! *Porque en esta se ha-*

lla, más que en ninguna otra clase, representada la masa general de una nacionalidad; siendo el hombre de guerra, por su edad y por su profesion, el corazón, el eco y la bandera de su país.

En tal concepto, buscad en el ejército español los caractéres distintivos de nuestro pueblo y encontrareis en el soldado la candidez, el fervor y la poesía de los montañeses iberos. Y no prosigais el exámen elevándolo gradualmente por la escala jerárquica de la Milicia, porque áun cuando la ambicion y el orgullo, la envidia y los rencores son tambien de esta tierra, ireis gradualmente asimismo desconociendo á los españoles.

Un toque de atencion sonó al poco tiempo, y minutos después rompia la marcha el último de los batallones. Yo seguia como clavado en el mismo sitio, en la linde del prado y del camino; y al acercarse el oficial le supliqué se detuviera un momento para que, dejando pasar las últimas compañías, pudiéramos reanudar la conferencia de la noche. El oficial se volvió hácia mí, pero no habia acabado de ejecutarlo, cuando, mudado el color y presa de un temblor convulsivo, osciló como el tronco de un árbol herido por el hacha y se inclinó lentamente para apoyarse, más que en mis brazos, que le tendí, contra el robusto cuerpo de mi caballo.

«No es nada, me dijo reponiéndose al instante, no os alarmeis....., la sorpresa de un encuentro que no sospechaba, ignorante de estos lugares, me ha trastornado un poco; pero á algunos pasos de aquí ya habré distraido la sorpresa y la pena que me causa.»

Sin embargo de eso, y á pesar de que sacudia los lomos de mi caballo y queria como cubrirse conmigo, el

oficial no separaba un momento su vista de la imágen que los árboles del prado permitian ver, orlándola con su verde y móvil follaje. Yo pasaba alternativamente los ojos del oficial á la imágen y de la imágen al oficial, como si esperase hallar en la emocion de éste y en la inmovilidad de aquella el secreto de las perturbaciones que sufria el espíritu de mi camarada. Pero la escena principiaba á tomar un carácter embarazoso por la exaltacion que volvia á retratarse en el semblante del oficial, nuncio de algun otro paroxismo, quizás más pronunciado que el que acababa de experimentar; y, espoleando al bruto, salimos todos de la línea de accion misteriosa, tan eficazmente calculada para la prueba que el insomnio me habia hecho discurrir y, al parecer, con acierto.

No quise despues detenerme, ni interrogar á mi compañero de expedicion, ni mirarle siquiera, como si no me hubiese apercibido de la causa de su mal ni del sentido de sus palabras, seguro de que no tardaria en explicármelas él mismo.

Y, con efecto; no habia pasado un cuarto de hora cuando, mirándome con una fijeza indagadora, muy comun en él, me dijo gravemente: «No se habrá escapado á vuestra perspicacia la causa del pequeño accidente que acabais de observar en mí: lo que ignorareis de seguro es la razon de su efecto, tan antigua como mi delito y como la expiacion á que me veo condenado. Os he abierto mi corazon, y no quiero ya ocultaros ninguno de sus pliegues, en los que se esconden dolores inconcebibles para la humanidad.»

«En una de las cien vueltas que la ignorancia de los sitios y el estado de mi espíritu me hacian dar al prin-

cipio de mi peregrinacion, me encontré al pié del Líbano, no lejos del mar de Siria, cuya costa me inclinaba á seguir la esperanza de pasar á Europa y dirigirme á nuestra pátria.»

«Era la tarde de un dia nublado y caluroso, fatigador siempre en aquellas latitudes. Yo me habia sentado en una roca que dominaba el mar, próxima á un grupo de chozas albergue de pescadores, alguna de cuyas barcas veia flotar á mis piés amarradas á las peñas, varadas las demás en la playa vecina, asiento de aquella aldehuela miserable. La vista del piélago, reflejando en su móvil superficie las grandes y rojas masas que se cernian sobre el horizonte corriéndose al Ocaso para confundirse con las oscuras cumbres del Líbano; el blando susurro de las aguas chocando en los escollos y deslizándose en la arena, anhelosas por romperlos y anhelosas por montar el débil, al parecer, invencible dique que aquella les oponia, y la contemplacion de la vida tranquila, feliz, quizás, entre las miserias y peligros, de los pobres pescadores que desde la elevacion de mi asiento descubria, de tal manera embargaban mi espíritu que casi, casi, no sentia el latido de la conciencia que sin cesar me abrumaba con la memoria de mi desgracia inaudita é incomprensible. El sudor, constantemente frio de mi rostro, iba templándose con la suave emocion que se apoderaba de mi alma al aspecto de naturaleza tan embriagadora y de existencias tan ignorantes de toda grandeza terrenal; el calor, por ventura, la humedad de una atmósfera casi tropical, la tregua, sobre todo, que parecia concederse á mis dolores, producirian tan grato y restaurador beneficio: yo era dichoso y ya me creia trasportado á los primeros años de mi vida y á aquella otra

costa, mediterránea tambien, de clima tambien suave, tumba de mis abuelos y cuna mia feliz é idolatrada. ¡Cuán poco habia de durar el éxtasis raro, sorprendente á que me sentia arrastrado!»

«Un rumor sordo, el de gentes que envueltas en una densa columna de polvo descendian á la playa desde la série de eminencias que forman allí la costa, vino á sacarme de aquel arrobamiento venturoso. No pude al pronto distinguirlas, mas no tardé en observar el traje hebráico que vestian y la condicion, más que modesta, pobre á que debian pertenecer. En el centro del grupo bastante numeroso que formaban se descubria una mujer, asistida de cerca por otras varias que mostraban por ella una gran solicitud, pero apoyada en un jóven de andar resuelto y majestuoso.»

«Del collado á la aldea era muy corta la distancia, y no tardó la comitiva en recorrerla; esparciéndose, despues, los hombres por la orilla del mar en busca sin duda, de una barca propia para alguna expedicion lejana. No sé qué vago temor, de los que atraen al vertiginoso abismo de la curiosidad, me arrancó del sitio en que habia llegado á olvidar las para mí espantosas realidades de este mundo, y me arrastró á la playa primero y, momentos despues, á una como plaza formada por las chozas miserables de que os he hablado. Allí se encontraba, sentada en una piedra y entre las mujeres que acababa de ver y las de los pescadores de la aldea, la matrona viajante, y á su lado el jóven en que se apoyaba al bajar la montaña.»

«Era éste de elevada estatura, tez blanca, rubia cabellera y ojos azules y expresivos: revelaba así en su semblante como en sus formas y maneras elevacion de

ideas y la conciencia de una mision grande y solemne. Pero si en el jóven resplandecian el génio y la majestad á pesar de su traje áspero, comun á las clases más pobres de la Judea, en la matrona, por quien parecia mostrar la solicitud más tierna, brillaban signos elocuentes del sufrimiento y del dolor más sublimes. Parecia no vivir en la tierra, sino haberse trasportado con su corazon y su alma á otras regiones de luz más pura, de espíritus más nobles, segun eran su apostura, sus miradas y el olvido de cuanto la rodeaba. No puedo describiros aquella mujer, porque, al mirarla, mis ojos apercibian en derredor de su cabeza una atmósfera luminosa que, aunque ténue, daba á sus facciones la vaguedad que priva el distinguirlas claramente, añadiéndoles, empero, de gracia y misticismo lo que les quita de mundanal expresion.

«Yo habia visto en otra parte aquellos rostros, pero no lograba recordar ni la ocasion ni el lugar. Un gran misterio se encerraba en todo aquello, y bien me lo hacia presentir el corazon con sus extraordinarios sacudimientos.»

«¿Quién era aquel hombre tosco y sublime y quién aquella mujer esplendente, en su pobreza y en su modestia, de luz y de hermosura?»

«Voy á decíroslo.»

«El jóven se irguió al verme: su brazo se extendió horizontalmente hácia mí y, como su brazo, sus ojos y su boca expresaron el horror que pareció inspirarle mi presencia. Sus gestos, incomprensibles hasta entónces para mí, sacaron de su arrobamiento á la matrona; mas no bien se habia alzado para mirarme cuando cayó de nuevo en los brazos de las mujeres que la cercaban

dando un grito que, repercutiendo en mi pecho con la fuerza del inmenso dolor que lo arrancaba, abrió mis ojos y mi corazon para reconocer el misterio de aquella luz que veia y el arcano de aquellos sacudimientos y de aquel temor que me habian empujado á uno de los tormentos más crueles de mi triste vida.»

«Brotó la sangre á raudales de mis ojos; abrióseme el corazon, inundado tambien, y un vértigo dolorosísimo, arrancándome de la plaza y de las arenas próximas, me empujó á aquella misma roca asiento de mi ventura, en la que caí como muerto.»

«Cuando recuperé los sentidos iba todo á desaparecer entre las sombras de la noche, y sólo en la vasta y móvil superficie de las aguas el matiz rojizo de la luz vespertina consentia distinguir la barca preciosa que trasportaba á Samos al jóven de la blonda cabellera y á la santa matrona sentados junto á la popa en el mayor recogimiento.»

«¿Quién, prosiguió el oficial, ha podido esculpir la imágen que acabamos de ver en ese santuario? ¡La misma mirada, igual continente, los rasgos todos de la matrona de Siria!»

«Mejor diria yo, le interrumpí, que la imaginacion vuestra, exaltada con la memoria de historias tan peregrinas, asimila imágenes con imágenes, las que os ofrece la vista con las que una fantasía acalorada crea en vuestro cerebro y confunde en vuestro corazon apasionado de todo lo bello, de todo lo grande y de todo lo extraordinario.»

El oficial se detuvo y me miró fijamente de hito en hito.

«No comprendo, dijo, las palabras vuestras: ¿es que

habeis tambien caido en la vulgaridad de que mi razon se ha extraviado?»

«No por cierto, le repliqué inmediatamente; pero no dejareis de confesar que eso de que una imágen esculpida en el siglo XVI se parezca á la Madre de Dios es un poco fuerte, siquier su autor fuese el mismo Miguel-Angel-Buonarotti.»

«Siento, me interrumpió á su vez, deciros que no os hallais en estado de discutir conmigo en ese punto. Si fuéreis á Spoletto, veríais en su precioso templo un trasunto fiel de la Madre de Jesus pintado por quien la conoció, por Lúcas el apóstol, de cuya tabla y de cuyas descripciones, resplandecientes de verdad y de gracia, ha podido muy bien un escultor inspirado representar fielmente la apostura y hasta las facciones de la Vírgen de Nazareth.»

«Yo arrancaré de vuestro pecho hasta el más leve átomo de duda, puesto que la abrigais, sobre mi desdichada mision en la tierra. Yo he conocido á vuestro padre y le he visto pelear rudamente contra el extranjero en las montañas euskaras; yo he conocido á vuestros abuelos, desde los que batallaron á mi lado en Haciñas y las Navas, en Baeza y el Salado, hasta los que se engolfaron en las pampas vastísimas de la vírgen América; yo.....

«Basta, basta.....»

«No basta, señor, no basta. Habeis puesto en duda mi razon ó mi buena fé, y quiero demostraros que ni aquella está turbada ni carece de ésta mi corazon. Mis palabras, lo conozco, tienen que producir en todos extrañeza y confusion extraordinarias, no pudiendo concebir un sér tan original ni conformarse con la realidad de una

que pasa en el mundo hace muchos años por fábula ó conseja, la de la existencia del Judío errante. Mis ideas, no puedo tampoco negarlo, se confunden á veces por lo infinito de los sucesos y de las peripecias en que no puede ménos de abundar mi interminable carrera por la tierra, solo al parecer, pero con una compañía mucho más aterradora que la de las tempestades del cielo y las fieras y alimañas de la tierra: la de mi conciencia. Pero aquí estoy yo para dar testimonio de la verdad de la tradicion sobre mi persona; aquí estoy para decir el *sí* ó el *no* en las historias escritas con las palabras mismas de aquel jóven de cabellos rubios y luengos, cuyo conocimiento personal me habeis negado: *et qui vidit, testimonium perhibuit: et verum est testimonium ejus.*»

Y calló, evidentemente disgustado de mis dudas y de mi falta de fé en sus palabras.

Ya habrá el lector presumido que la relacion anterior y el diálogo subsiguiente no interrumpirian la marcha: el no ser oidos se debia á que íbamos á una distancia suficiente para que los soldados que cerraban la marcha no pudieran oir la conversacion nuestra ni tuviesen ocasion de advertir la accion, los trasportes y las gesticulaciones de mi interlocutor. Ibase á cada paso haciendo más estrecho y más áspero el camino que seguíamos. Por nuestra derecha se alzaba la montaña, cubierta toda de arboleda y espeso jaral que la hacia intransitable; en la izquierda, helechos y argomas eran los únicos arbustos que suavizaban la rudeza de las peñas blanquecinas, tajadas sobre un torrente bullicioso y formando un precipicio. El camino, mejor aún, la senda que recorria la division española se hallaba, de consiguiente, abierta, segun suele comunmente decirse, á media la-

dera, y era necesario, especialmente á los ginetes, andarlo despacio y con mucho cuidado. Ya lo he dicho; en el siniestro lado no se descubria otra verdura que la de algunos arbustos raquíticos, y hasta era escaso el musgo entre las rocas: un árbol tan sólo formaba la excepcion, y era una higuera de brazos jigantescos, desiguales y retorcidos, medio descubiertas sus raíces y balanceándose sobre el abismo.

«¡Qué árbol tan extraño!» dije cuando al salir de una revuelta del camino, lo descubrí entre las masas graníticas que la causaban.

«Hé ahí, me contestó el oficial, un árbol maldito.»

«Pues su fruta es bien sabrosa, repliqué yo, y no comprendo la razon de ese anatema arrojado sobre uno de los árboles más productivos de los países meridionales.»

«Yo no le he visto más que una fruta, bien repugnante por cierto, en la noche de mi desgracia; y, desde entónces, aparto de él mis ojos, lleno de horror, ántes de poder distinguir la que os parece dulce y agradable,» dijo el oficial; y, desviándose cuanto pudo y separando la vista del lado de las rocas, volvió á abismarse en sus secretas, pero acostumbradas meditaciones.

No fueron poco hondas las en que se vió sumida mi acalorada imaginacion. Si eran fundadas las dudas que sobre hombre tan extraño me habian asaltado la noche anterior, no encontré en aquella tarde luz alguna que las desvaneciera. No era cosa, sin embargo, de volver á procurarme nuevos desvelos ni de repetir los ensayos para descifrar el logogrifo viviente que de algunos dias atrás llevaba, cuando no á la vista, en mi memoria constantemente, sin cesar: me resolví, pues, á con la indolencia española y la falta de cuidados natural en mis

años y estado entregarme entero al placer, y solo al placer, de escuchar á aquel hombre, cual se escucha la lectura de un romance fantástico ó de una balada alemana.

En este concepto, ni Hoffman ni Bürger podian presentar una lucubracion más brillante, ni un tipo tan extraordinario como la novela y el tipo de nuestro oficial, novela histórica, verdaderamente histórica, condicion tan rara en los actuales tiempos, con un protagonista eterno, encarnacion viva de la raza española desde los tiempos prehistóricos hasta los presentes.

¿Qué más pedir ni qué más se podia desear en circunstancias como las de un oficial en una expedicion que tanto campo ofrecia á las exageraciones de la edad en su sentido más poético?

No podia imaginarse teatro más adecuado á una aventura tan novelesca como Italia, país encantador, cubierto de monumentos, lleno de recuerdos capaces de inflamar el corazon más frio por su significacion y trascendencia en la vida de un pueblo que, con su génio y su disciplina, logró imponer á los demás del mundo leyes, costumbres, idioma, todo, ménos ese mismo génio y esa misma disciplina.

Esta, que fué su cualidad sobresaliente, la que, decia Vegecio, proporcionó á los romanos la victoria *contra la muchedumbre de los galos, la corpulencia de los germanos y el número y las fuerzas corporales de los españoles*, habia desaparecido arrastrando consigo el imperio universal. El génio quedó en Italia, y no sólo se mantuvo en sus pueblos, sino que creció y se desarrolló á medida que Grecia, su maestra, fué escondiéndose en las tinieblas de la servidumbre; pasando las artes, las ciencias y

las letras del Egeo al Thirreno en busca de un país tan fraccionado por la política como el de su cuna, cual si no supieran mantenerse más que entre la division y las pasiones exageradas de los hombres. Y Rafael, Miguel Angel, Galileo, el Dante, Petrarca, Maquiavelo y cien otros, que seria largo enumerar, vinieron á proclamar la primacía de Italia en la pintura, la escultura, las ciencias exactas, la poesía y la política, como ahora mismo puede sostenerla presentando á Europa junto á la escuela más famosa de bellas artes y al lado de los historiadores, dramaturgos y novelistas más ilustres, los mejores cantantes, los cómicos de mayor ingenio y las más ágiles y graciosas bailarinas.

Para el que vive en Italia algun tiempo no es, pues, extraño el desenfado con que perpetúan sus naturales el apellido de *bárbaras* en las demás naciones de Europa, incluyendo en la lista lo mismo que á la ligera Francia, á la grave Albion y á la sesuda y espiritual Alemania.

En ese país, en medio de ese pueblo y recibiendo cada dia impresiones de carácter siempre nuevo para el corazon y para el alma, recibí yo la extraordinaria de tener por camarada y ya casi, casi, amigo, á quien se decia, y no sin medios para demostrarlo, ser el mismo Judío errante en persona.

¿Qué de extraño que me preocupara constantemente con la idea de aquel hombre y con la de desentrañar el misterio que encerraba, ya fuese en su corazon lacerado, ya en un capricho novelesco, ya, en fin, en un rapto de enagenacion mental?

Llegamos ya de noche á Santo Polo, pero sin contratiempo alguno, y al dia siguiente recobrábamos la carretera de la Umbria junto á Nérola, un pueblecito en-

cumbrado en la montaña, á cuyo pié camparon el cuartel general y una parte de las divisiones.

El tiempo habia sido excelente en toda la marcha; pero aquella noche, la del 16 de Julio, conocida en nuestra division de Italia por la *Noche de Nérola*, parecieron abrirse las cataratas del cielo para inundar nuestro campamento. Tropa y oficiales, valiéndome de una expresion vulgar, nos calamos hasta los huesos; y fué necesario, para secarnos, encender hogueras, algunas de las cuales, las primeras, se formaron con el ramaje de una barraca dedicada por los ingenieros al general Córdoba, que no quiso hacer uso de ella. Más difícil fué aún, la mañana siguiente, el aprovisionamiento de que la Administracion militar no habia cuidado, al ménos con éxito, por lo que oficiales de Estado mayor y los agregados al Cuartel general tuvieron que recorrer los caseríos inmediatos y la vecina poblacion que ocupaban las tropas del general Lersundi, para procurar un rancho á las del campamento. Tan calamitosa fué la jornada que, llegando á Gaeta la fama de lo rudo de la tempestad, del número de las hospitalidades que habia causado, y de las privaciones experimentadas por lo imprevisto del suceso, nos valió una nueva bendicion de Su Santidad, solícito siempre por la division española.

Por fin, despues de algun tiempo, cuando ya el sol habia traspasado el meridiano de Nérola; seca ya la tropa y repuesta de la fatiga de noche tan borrascosa, emprendimos el movimiento á Torricella, donde recibí la órden de permanecer hasta la llegada del general Lersundi, á quien tenia que comunicar instrucciones que se me dieron verbalmente.

Debia en seguida alcanzar al general en jefe en com-

pañía del capitan Ibarra que, con motivo de otra comision, venia desde Nérola, y se me autorizaba para elegir la escolta que mejor me pareciese.

Considerando inútil esta última, dispuse me acompañara tan sólo un oficial, que, cual supondrán mis lectores, fué el protagonista de esta interesante y verídica relacion.

Minutos despues desfilaba el cuartel general y, sentado junto á mí en la yerba á la sombra de una encina gigantesca, reanudaba el oficial su historia interrumpida en el vivac de Castell-Madama.

VII.

OTRO HÉROE QUE SE NOS QUIERE TAMBIEN NEGAR Y EL INNEGABLE TRIUNFO DE LA CRUZ.

«Desde la de Calatañazor hasta mi regreso á España trascurrieron muchos años que pasé en una de las más dilatadas peregrinaciones de mi vida.»

«Era en el mundo una época de transicion. Al salir de España nos hallábamos en pleno feudalismo, y al volver se sentia ya en toda Europa un movimiento de union de los pueblos con los reyes que presagiaba la muerte de aquella que, áun sin llamarse institucion, porque no podia serlo, formaba la manera de ser de las sociedades europeas, regidas por las razas conquistadoras, no hacia mucho tiempo llegadas del Setentrion.»

«Despues de anunciar en Córdoba la catástrofe de Almanzor, yo pasé á Africa, y unas veces siguiendo el litoral y engolfándome, otras, en los vastos desiertos que constituyen la mayor parte de su superficie, recorrí todo el imperio islamita, tan recientemente creado y ya dividido, casi en disolucion. Ya no habia un solo Kalifa como en la época brillante de los sucesores del Profeta; eran tres los que se dividian el imperio; los de Bagdag, el Cairo y Córdoba; y áun el primero, el en quien veia

el Islamismo su verdadero pontífice, se habia entregado á un Emir-al-Omra, emir de los emires, que, establecido para sujetar las rebeldías frecuentes de los gobernadores y delegados del Kalifa, concluyó por constituirse en tutor de este y en dueño y árbitro de su trono y de su vida.»

«Recorrí, entónces, el Egipto en toda su longitud; esto es, desde las montañas de la Luna hasta el tan celebrado Delta. ¡Cuán otro era aquel valle maravilloso de cuando por primera vez llegaron mis ojos á contemplarle! Tébas, la que con sus innumerables palacios cerraba la cuenca toda desde las montañas occidentales que miran el gran desierto hasta las gargantas de Biban-El-Muluk, donde las sepulturas de los reyes se orean con las brisas del Seno Arábigo, ofrecia ya el aspecto de una inmensa superficie solitaria, cubierta de escombros y en que Medinet y Gurnah, en la izquierda del Nilo, y Luksor y Karnak, hácia el Oriente, revelaban tan sólo con sus ingentes ruinas la grandeza y la magnificencia de la ciudad de las cien puertas. Aquellas pirámides de Memphis, expresion la más elocuente del estado de las artes y de las ciencias entre los antiguos egipcios, eran ya las canteras del Cairo, que acababa de fundarse; y la ciudad de Alejandro y los canales de los Faraones no servian ya más que para advertir á los hombres pensadores de la excelencia de aquel puerto y de la necesidad de establecer una via fluvial entre la Europa y la India.»

«La obra del *Arabe poeta, guerrero sin generosidad, profeta sin milagros, ostentando entre ruinas una religion sin misterios, un culto sin sacerdocio, una moral fundada en los deleites, una mision sin más credenciales que el exterminio*, tenia que producir resultados que cor-

respondiesen á los principios en que se habia fundado. Si en sus orígenes la unidad de la creencia, agrupando las distintas tribus de la Arabia y llevándolas al corazon del Asia y al Africa las habia proporcionado la adquisicion de conocimientos que parecian enterrados, más que en las ruinas que ellas causaban, en las de las antiguas civilizaciones, ya en la época á que me voy refiriendo las depredaciones de los nuevos secuaces del Islam, sobrepujando á las de los primitivos creyentes y áun amenazando confundir á estos con los enemigos de su fé en su accion devastadora, paralizó por completo la del Mahometismo, detenido en Oriente ante los muros de Constantinopla y en Occidente por Cárlos Martel y por Pelayo. Surgió, como he dicho, la division en una sociedad cuya mayor fuerza consistia en la union; y cuando formado un vasto imperio con la celeridad del rayo parecia en aptitud de acabar con el que no habia terminado aún su constitucion universal católica, fraccionado y dividido convidó á la unidad cristiana á aprovechar coyuntura tan favorable para deshacerse de él, su mayor y más constante enemigo.»

«A la voz de *Dios lo quiere*, se levantó en armas el Occidente entero; y, no ejércitos, sino enjambres de guerreros valerosísimos corrieron á salvar la cristiandad fundando en su misma cuna un imperio que sirviese de antemural contra nuevas y sucesivas invasiones.»

«¡Ojalá pudiera yo contaros las mil y mil proezas de aquellos soldados de la fé, reyes y magnates convertidos en peregrinos humildes ante los muros de Jerusalen, en Nazareth y Tiberiades! Os veo impaciente porque me traslade á otras regiones, por más que en el Oriente se resolviesen entonces los problemas más árduos y más

interesantes para la comunidad latina, así en su constitucion social como en los demás ramos de la civilizacion cristiana. Porque, como he indicado antes, la sociedad europea pasaba de un estado á otro contrapuestos, del feudalismo al poder mancomunado del monarca con el municipio: los cruzados salieron señores de Occidente y volvieron vasallos. El pueblo, ó peleó con ellos en la tierra santa y se hizo su camarada, ó, manteniéndose en su país, conspiró con el rey á fin de cambiar un dueño demasiado próximo por otro, cuya distancia más larga y cuyo interés ménos apremiante le proporcionaran más libertad y mayor ganancia. No sirvió para eso de poco el ejemplo de las ciudades libres de Alemania, fundadas en el siglo anterior contra las pretensiones y los intereses de los grandes señores, empeñados en habitar los campos, donde se consideraban independientes de la autoridad real.»

«España no habia tomado parte en aquel arranque europeo, arranque nobilísimo del *que no puede burlarse quien se lamente de ver que todavía ondea sobre el harem y sobre los mercados humanos el pendon de la media luna en la más hermosa ciudad del universo.* Los españoles no tenian que abandonar su país para llenar la misma heróica, y caballeresca, y cristiana mision de los cruzados, la de ir humillando al Islamismo y vengando al Occidente de sus temores de hacia poco tiempo. No faltó en Aragon y en Cataluña quien, arrastrado de la corriente general, prefiriese, á pelear en su pátria por la reconquista, morir en la tierra regada con la sangre del Salvador; pero el amor al país, por un lado, y por otro las exhortaciones de los Papas y sus indulgencias, otorgadas con mano igual que á los cruzados de Palestina á

los españoles, retuvieron á estos en la Península para pelear con la morisma.»

«Cuando yo regresé á España, la reconquista seguia con el mismo paso lento é interrumpido con que habia comenzado su marcha. Habian crecido los reinos cristianos; hasta gozaban de una prosperidad relativa que les daba no poca importancia, mayor quizás que entre sí, en las demás comarcas de Europa adonde llegaba la fama de las proezas que nuestros compatriotas ejecutaban, sin la de las discordias que las empequeñecian. Navarra y Barcelona, por sus relaciones con Francia y con la Guiena ocupada por los ingleses, eran consideradas en Europa como dos naciones ya respetables por sus instituciones y su fuerza; pero la que realmente ocupaba el primer lugar por la extension de su territorio y por su posicion avanzada hácia el del enemigo comun, era Castilla, unas veces sola y otras unida á Leon y Astúrias, segun los entronques de las familias soberanas y las pretensiones y rencillas de sus habitantes.»

«Sancho de Navarra, llamado con razon el Mayor por su longevidad y por ser el príncipe más poderoso de España, llegó á reunir los reinos de Navarra y de Sobrarbe, el señorío de Aragon, naciente entonces, y, por fin, en 1026 el condado de Castilla, convertido, segun creo haberos dicho antes, en reino ya, influyente desde sus albores en los asuntos cristianos de la Península.»

«En vez de fundar una monarquía española, para lo que hasta tenía en Leon la influencia necesaria por el casamiento de su hijo Fernando con la heredera del trono, repartió al morir sus Estados entre cuantos hijos tenia, llevado de los afectos de la sangre más que de una idea política grande y conveniente. El reino de Navarra

y el señorío de Vizcaya quedaron para García, el mayor de los hijos de Sancho; Castilla, para Fernando; Ribagorza, que acababa de arrebatar del señorío de la Francia, para Gonzalo, y Aragon fué heredado por Ramiro que, descontento de su parte, quiso aprovechar, aunque sin fortuna, la peregrinacion de su hermano primogénito á Roma. No era éste más cariñoso, y quiso encarcelar á Fernando para arrebatarle el reino que habia heredado de su padre y el de Leon, que la muerte de su suegro acababa de proporcionarle; pero tal maña se dió el castellano, que el aprisionado fué García, quien escapando despues del castillo de Ceya, murió en la famosa batalla de Atapuerca.»

«¿No era esta leccion bastante elocuente para un político mediano? Pues no lo fué para Fernando, uno de los monarcas más insignes de España. Al vestir el cilicio en San Isidoro de Leon, repartió tambien sus Estados, legando á Sancho, su primogénito, el de Castilla; á Alfonso, los de Astúrias y Leon; á García, el de Galicia; á doña Urraca, la ciudad de Zamora, y á Elvira, por fin, la de Toro, con el patronato de algunos monasterios para una y otra de sus hijas.»

«Los hijos de Fernando no eran mejores hermanos que los de Sancho; y á los dos años de haberse hecho girones la monarquía, tan engrandecida por aquel soberano valeroso y magnánimo, Sancho invadia las tierras de Alfonso y tres despues volvia á vencerlo y lo aprisionaba en Sahagun, de donde logró huir á Toledo al amparo de El Mamun.»

«No satisfecho con la corona leonesa, Sancho prosiguió á Galicia, y, venciendo tambien á García, le obligó en Santaren á hacerle pleito-homenaje. Con esto,

retrocedió á Zamora decidido á arrebatar su señorío á doña Urraca; pero

Un venablo, que el rey siempre empuñaba,
En la arena dejó: no bien lo vido,
Para la infame accion que meditaba
Asióle, y le vibró el traidor Bellido;
Silbando el aire atravesaba,
Pasóle espalda y pecho inadvertido:
El rey dando un gemido lastimero
Cayó en la arena; . . . . . .

«Y decidme, interrumpí yo, ¿seria ó no sincero el juramento de Santa Gadea?»

«Debió serlo, contestó el oficial; lo que hay es que el orgullo de D. Alonso quedó herido por la manera con que le fué exigido por el Cid, tan duro en sus palabras como en sus hechos.»

«Entónces teneis por real y verdadera la existencia del Cid,» dije yo aguijoneado por la curiosidad más viva.

«¡Pues no he de tenerla, me respondió el oficial, si cuando yo volví á España encontré en relaciones, monumentos y resultados los signos más elocuentes del paso por este mundo del incomparable Rodrigo del Vivar! ¿Hemos de dudarlo porque un crítico no haya encontrado rastro alguno del héroe en la crónica del obispo D. Pelayo, tan concisa que no emplea más que una página en cuarto para el reinado de Fernando I, media para el de Sancho, y para el de Alfonso VI tres, de las que ocupa la mitad con el elogio de aquel soberano?» «*Tenemos del Cid documentos públicos; tenemos historia-*»*dores árabes que le mencionan, tenemos historiadores* »*nacionales y anales extranjeros que le citan con elogio*

»y poetas que han cantado sus hazañas; tenemos su sepul-»tura y su cuerpo, sus armas y otras prendas suyas; una »creencia tradicional constante, una fé en su valor y vir-»tudes profundamente arraigada en nuestros corazones; »y esto no lo ha podido obtener nunca quien no haya si-»do, en el tiempo en que vivió, el más brillante ornamen-»to, el númen tutelar de su pátria.»

«Los documentos son la carta de arras del casamiento del Cid, la ereccion y dotacion de la catedral de Valencia; los historiadores árabes que describen la conquista primera de esta ciudad citan al Cid como su expugnador, y cuando aun existian hombres que debian haber conocido al héroe castellano se compuso un poema épico para celebrar sus hazañas; existe en San Pedro de Cardeña la sepultura suya y en Búrgos un cofre y en la casa de los marqueses de Falces una de sus espadas, la Tizona; y, finalmente, como os indiqué al principio de esta narracion, el ruido que hace escuchar la corriente tradicional del Cid Campeador revela un manantial que no existiria si no hubiese existido el valeroso y noble castellano.»

«El Cid de los romances, de la crónica castellana y de »los poemas, aquel Cid cuya vida abraza un siglo entero »y que tiene por teatro de sus hazañas la tierra que hay »desde Coimbra hasta lo interior de Alemania, ese es el »Cid de los poetas, no es el Cid verdadero. El Cid grose-»ro, traidor y contradictorio que Masdeu ha visto en me-»dio de su furor contra el P. Risco, es un ente ideal que »solo ha existido en la mente del abate barcelonés, inca-»paz de concebir la gran figura del héroe de Castilla. El »Cid de la crónica leonesa y los cronicones es el Cid que »existió; pero no todo el Cid que ha existido: es el Cid

»*visto á pedazos por entre los listones de una espesa celo-*
»*sía; es el Cid sin voz ni movimiento, es el Cid difunto y*
»*amortajado.*»

«Esta disertacion, si así puede llamarse, es para los incrédulos, prosiguió diciendo mi acompañante, que para vos tengo el argumento irrefutable de un testimonio presencial de sucesos, de relaciones, de monumentos que no podian inventarse en época tan próxima como la en que regresé á España, la misma en que el arzobispo D. Rodrigo de Toledo entregaba al pergamino su historia *de Rebus Hispaniæ*. Cuando yo pasé por Valencia poco ántes de que la entrara D. Jaime, aún se mantenia viva, más aún, palpitante, la tradicion de las crueldades del Cid con el walí Amed-ben-Djehaf y su inocente familia. Así recordaban los valencianos la entrada del Cid y la conducta que observó en su ciudad. «*El Saheb de Santa María de Oriente ó de Albarracin,*
»*Abu-Merwan el Melek, entroncado con el último emir*
»*dzulmenide de Valencia, se enconaba ante todo contra*
»*el yugo de los Almoravides, y acababa de comprometer á*
»*los emires de Murviedro, de Schatebah y de Denia en*
»*una nueva liga para sublevarse contra los adalides de*
»*Yusuf. Se hermanan todos y nombran por su caudillo*
»*al caid de los cristianos Rudrik, apellidado El Camby-*
»*tur, que blasona de su amistad y entronques con El-Ka-*
»*der, y quizás en aquella ocasion le condecoran con el*
»*dictado de Cid (saied, señor), que viene luego á quedarle.*
»*Agolpados de nuevo bajo el pendon de Rodrigo, pasan*
»*á sitiar osadamente á Valencia, siendo El Cambytur ge-*
»*neralísimo de la hueste árabe-española. Informado del*
»*riesgo de Valencia, Schyr, el recien apoderado del seño-*
»*río de Badajoz, acude al vuelo en auxilio de la plaza,*

»por supuesto, con su auxiliar cristiano Garci-Ordoñez; »pero el Cid lo arrolla y lo aventa matándole largos mi»les de hombres, y apremia luego más y más á Valencia; »y el vecindario, acosadísimo y desahuciado de todo so»corro, precisa á su walí Ahmed-ben-Djehaf á capitular. »Déjale el Cid en salvo vida, libertad y haberes, tomando »el dictado de walí para él, y el gobierno de Valencia por »cuenta de los emires coligados. Con estas condiciones »Ahmed abre las puertas de la ciudad, y el Cambytur »(¡á quien Dios maldiga!) entra en el mes de Djumada el »awal de 487 (Mayo ó Junio de 1094). Gobernó Rodrigo »á Valencia soberanamente, aparentando templanza y »dejando á Ahmed desempeñar sus funciones de Cadhi»al-codhade (cadí supremo). Pero cumplido un año, y »harto impensadamente para Ahmed, lo sorprende y lo »encarcela con toda su familia. El motivo de aquella tro»pelía es el afan de hacer declarar el paradero de los te»soros del rey Yahya. Tras de echar el resto de ruegos, »amenazas, halagos y tormentos para precisarle á mani»festarlos, dispone el Cid que se encienda una hoguera »grandísima en la plaza pública de Valencia, y sin más »cargos ni descargos, trae á su presencia padre, hijos, »hijas y esposa, todos aherrojados, y manda que los abra»sen ejecutivamente. Todos los asistentes, musulmanes y »cristianos, se conduelen y claman instándole á que in»dulte por lo ménos á la familia inocente de aquel des»venturado cadhí, lo que no se pudo recabar, decia el nar»rador musulman, del tirano Cambytur sino tras lar»guísima resistencia. Pero empedernido con el cadhí, »hace abrir un hoyo en la misma plaza y enterrarle vivo »hasta la cintura, y luego, tapiándole con leña, lo que»maron á fuego lento. Pronuncia Ahmed al espirar la

»profesion de fé musulmana, y merece con su muerte el »dictado y el galardon de los mártires (schaydun). Este »desenfreno de crueldad atroz ocurrió un jueves del mes »de Djumada-al-awal de 488 *(Mayo ó Junio de* 1095*), en »el idéntico mes de la entrada en Valencia el año ante»rior del maldito Cambytur (á quien Dios empoce en el »fuego sempiterno) y de los vengadores del emir El-Kader »Yahya (á quienes Alá perdone su intimidad). Arregló »luego el Cambytur el gobierno de la ciudad, que siguió »ocupada por los cristianos para resguardo de los musul»manes coligados, con cuyo principal Abd-el-Melek, saheb »de Albarracin, se puso luego en marcha, dejando al »walí ó saheb de Murviedro, Abu-Isa, por naib ó lugar»teniente de Abu-Merwan. Cuentan que despues Rodrigo, »recien amistado con Alfonso, le instó para colocar un »obispo en Valencia, y quedó consagrado Jerónimo por »mano del primado Bernardo, arzobispo de Toledo.»*

«¿Creeis ahora que, no habiendo existido el Cid Campeador, hablara así un historiador árabe del siglo posterior al en que pasó á mejor vida el héroe castellano? Antes, pues, que el poema del Cid y ántes que la historia de D. Rodrigo habia cronistas musulmanes que contasen las hazañas del de Vivar, revelando entre sus lamentaciones y dicterios la verdad de los más bellos y culminantes hechos de armas que la tradicion española ha trasmitido de generacion en generacion á las presentes, únicas que se han atrevido á ponerlos en duda y áun negarlos.»

«Y no es eso lo más extraño: los españoles de ahora, tan escrupulosos en recibir como verídica la tradicion del más famoso de sus compatriotas, no encuentran nada que oponer á relaciones de sucesos coetáneos, en

que se elevan hasta las nubes actos que no sólo carecen de verdad, sino hasta de verosimilitud. El siglo de las luces las emplea, no en esclarecer su propia historia, sino en embrollar la de quienes, con la gloriosa suya, pueden avergonzar á los degenerados y raquíticos negadores de sus hazañosas empresas!»

«Pero volvamos á nuestra narracion, que es posible sea pronto interrumpida por la llegada de las tropas del general Lersundi »

«Muerto D. Sancho, su hermano D. Alonso corrió desde Toledo al campo de Zamora, despues de celebrar con El Mamun un tratado de amistad, una liga ofensiva y defensiva, como ahora se dice, que los dos monarcas, el leonés y el toledano, observaron con la mayor y más escrupulosa lealtad. Ella sirvió al sarraceno para rechazar una invasion de los cordobeses, á las puertas de cuya capital llegaron en desagravio las armas unidas de Castilla y Toleitola. Desde allí fueron las primeras á pasear por las comarcas portuguesas que el soberano más escarmentado, al parecer, de las divisiones de territorio, habia de dar en dote á una hija ilegítima, á doña Teresa, al casarse con el conde de Besanzon. Es verdad que para entónces era D. Alonso dueño de Toledo, la conquista más importante de aquellos tiempos, ideada de mucho ántes por el Castellano, detenida por su rigor en el cumplimiento de la fé otorgada, y llevada á feliz término á la muerte de El Mamun y despues de dos años de obstinado y nunca interrumpido asedio.»

«Por la generosidad de Alfonso para con su hija, puede conjeturarse el alcance de su prevision política. Al testar en 1109, muerto su hijo D. Sancho en la de Uclés, que desde sus años más tiernos, y aquel á los once, ves-

tian los príncipes la cota, D. Alfonso dividió, como don Fernando, el reino, legando Castilla y Leon á su primogénita Urraca, y á Alfonso Raimundo, hijo de esta y del de Borgoña, el señorío de Galicia, donde se estaba criando al cuidado del conde D. Pedro de Trava, señorío feudatario, como el de Portugal, pero cuya independencia preveia el político más torpe si no mediaba un favor verdaderamente celeste en pro de la monarquía castellana.»

«Poco despues de morir su padre, doña Urraca se habia desposado en segundas nupcias con Alfonso de Aragon; matrimonio que habia de atraer sobre Castilla todo género de calamidades, áun despues de roto por ambos y deshecho por el Pontífice romano. La ambicion del conquistador de Zaragoza y el carácter de la castellana produjeron una guerra dilatadísima de reino á reino, contiendas civiles, y hasta de madre á hijo, en Leon y Galicia, rivalidades sangrientas entre los principales señores aspirantes al favor de la reina, y muertes, saqueos, depredaciones sacrílegas, toda clase de violencias en los pueblos declarados por uno ú otro de los consortes. Tales raices echó la guerra que, áun despues de la muerte de doña Urraca, Alfonso VII, su hijo, necesitó pelear rudamente con Aragon, Navarra y Portugal, primero para establecer su autoridad y más tarde para satisfacer, en unas partes, su derecho y, en otras, la ambicion que, al verse monarca tan poderoso, habia tambien invadido su alma. Portugal, sin embargo, logró su independencia de Castilla, alzándose con los enemigos de Alfonso, y en los campos de Ourique fundó una monarquía que contra toda prevision habia de resistir á los tiempos y á los múltiples vaivenes de la política europea, y Navarra

pudo libertarse del dominio castellano para caer no mucho más tarde en el de los aragoneses.»

«Entónces Alfonso que, como su abuelo, se habia atribuido el título de emperador por la acumulacion, sin duda, de los reinos cristianos del Norte y Noroeste de España, se dedicó á una lucha más noble y provechosa, la iniciada cuatrocientos años ántes en las montañas de Astúrias; siendo en ella tan feliz que traspuso los montes mariánicos, y sin su muerte al regresar de una de las expediciones que ejecutó contra Córdoba, hubiera, quizás, anticipado en muchos años la conquista de la ciudad de los kalifas.»

«Entretanto iban ensanchando sus ámbitos las tres soberanías cristianas que se dividian el territorio de la izquierda del Ebro, Navarra, Aragon y Cataluña.»

«Al rey de Navarra, muerto en Atapuerca, sucedió sobre el mismo campo de batalla Sancho III con el asentimiento de su tio D. Fernando. Herido y despeñado en una cacería por su hermano ó los secuaces de éste, los navarros resistieron el entronizamiento del asesino; y despues de una lucha desigual con los reyes de Castilla y de Aragon, que pretendian vengar la muerte de Sancho, pero recogiendo su herencia, concluyeron por reconocer como soberanos suyos á Sancho IV, Pedro I y Alfonso I que lo eran, á la vez, del territorio aragonés.»

«Así como García habia muerto lidiando con su hermano D. Ramiro, primer monarca independiente de Aragon, pereció en batalla tambien hácia el año de 1063 con el rey de Castilla D. Sancho, sobrino carnal suyo, por haber éste obligado á rendirle pleito homenaje á los moros de Zaragoza, con quienes consideraba Ramiro que sólo él tenia derecho á contender. Sucedióle Sancho

Ramirez, el expugnador de Barbastro, hombre cuyo raro mérito militar le proporcionó, además, el trono de Navarra, que ocupó con el nombre de Sancho IV. Sus aficiones marciales le hicieron buscar en la Iglesia recursos con que satisfacerlas; y, obligado por temor á un anatema á no usarlos, extremó su celo arrebatando á los moros toda la izquierda del Ebro, excepto la ciudad de Huesca, donde en 1094 alcanzó una muerte gloriosa, no sin exigir á sus hijos el juramento de nunca levantar el cerco hasta conquistarla. Cumpliólo gallardamente el rey Pedro I despues de una gran batalla en los llanos inmediatos de Alcorán contra un ejército auxiliar de moros y cristianos confederados, tras de la cual tomó por armas y divisa la cruz de San Jorge en campo de plata y en los cuadros del escudo, cuatro cabezas rojas, aquella por el favor especial que creia haberle otorgado el santo patron de la caballería cristiana, y las cabezas por otros tantos reyes y caudillos que murieron en la batalla.»

«A D. Pedro sucedió en 1104 su hermano Alfonso, juramentado como él ante el cuerpo casi exánime de su padre y que, sin su matrimonio con doña Urraca, hubiera, en union con los castellanos, dado el golpe de gracia á la morisma. «*El conquistador de Tudela, Zaragoza, Tarazona, Calatayud, Daroca, Mequinenza y casi toda la region vecina al Ebro por la parte del Mediodia; vencedor en varias batallas, que por sus prendas de guerrero consiguió el dictado de Batallador, y por la extension de sus dominios, cuando reinaba en Aragon y Castilla, el de Emperador, usado tambien por otro Alfonso castellano,*» despues de haber paseado sus armas de Oriente á Poniente por todo el curso de aquel rio caudaloso, y del

Septentrion al Austro, desde Burdeos, castigada por la falacia del duque de Aquitania, hasta las regiones más fértiles de Andalucía, de donde arrancó innumerables cristianos sujetos al yugo mahometano, murió tras la batalla de Fraga, acabando una vida gloriosísima cual cumplia á quien, como dice Zurita, *fué por su persona uno de los mejores caballeros que hubo en la cristiandad.*»

«Sin sucesion el *Emperador*, y á pesar de su testamento en favor de los templarios y sanjuanistas, fué elegido su hermano D. Ramiro, el Monge, rey de Aragon, mientras los navarros elevaron al sólio suyo á García Ramirez, vástago tambien de la estirpe de sus antiguos monarcas. Contra lo que era de esperar por su edad y condiciones, tuvo D. Ramiro una hija, llamada Petronila, título el más esclarecido de aquel modesto soberano, pues que desposada con el conde de Barcelona, Raymundo V, sirvió de lazo á la union de aragoneses y catalanes para constituir una vasta y poderosa monarquía.»

»Desde los tiempos de Wifredo II, á fines del siglo IX, en que el señorío de Barcelona se habia desentendido de los derechos que proclamaban los soberanos franceses, Miro, Sunifredo, Borello, Raymundo I, Berenguer I y los demás Raymundos hasta el marido de doña Petronila, habian estado ocupados en libertar á Cataluña del yugo mahometano, en reparar los males producidos por la formidable invasion de Almanzor el Grande, en reunir los diversos condados de Barcelona, Besalú, el Rosellon, Gerona, la Cerdaña y Urgel y otros señoríos feudales constituidos en la época de la reconquista franca, y en despejar los mares é islas vecinas de los corsarios y piratas

que los infestaban. Pero llevada á cabo tan gloriosa empresa, los catalanes iniciaron el pensamiento sábio de la fusion de todas las provincias orientales comenzando por la aragonesa, sin que les desviaran de él las condiciones de orgullo impuestas por sus hermanos ni áun la pérdida de su nombre en la nueva república.»

«A la vuelta del Monge á su convento, Raymundo se hizo cargo del regimiento de Aragon y pudo tomar parte en los asuntos interiores de la Península, de que le tenian casi del todo separado la distancia y la situacion del condado de Barcelona. ¡Union feliz la de aquellos bravos aragoneses y catalanes que, desde el momento mismo, principiaron á tocar las inmensas ventajas de ella! Aragoneses y catalanes limpiarán de moros el litoral de Levante, volverán á aquellas islas cuya conquista por Raymundo IV hizo inútil la exigüidad de recursos del condado para mantenerla, y mientras una parte de sus ejércitos continuará en la grande obra de la reconquista cristiana, otra muy considerable, montando las afamadas galeras catalanas, tomará el rumbo de Oriente á libertar de tiranos la tierra italiana y detener por siglos el torrente asiático amenazante ya en las riberas del Bósphoro.»

«Esa era la situacion de España poco antes de mi vuelta, y os la he trazado á grandes rasgos para no interrumpir el curso de mi relacion histórica.

«Cuando yo entré en España, y lo hice precisamente por el territorio catalan, no gobernaban, sin embargo, sus distintas provincias los monarcas á que acabo de referirme. Reinaba en Aragon Pedro II, nieto de Raimundo, é hijo de Alfonso II, el conquistador de Teruel. En Navarra, Sancho V, en guerra constante con sus ve-

cinos los aragoneses y castellanos, habia legado á su hijo, del mismo nombre, el ódio y las ambiciones que le devoraban, y para cuya satisfaccion habia buscado la alianza de los ingleses de Guiena, dando su hija al tan celebrado príncipe Ricardo, Corazon de Leon. Castilla y Leon habian vuelto á separarse á consecuencia del testamento de Alfonso el Emperador. Sancho, á quien habia tocado el trono de Castilla, lo legó al morir en 1158 á su hijo Alfonso VIII, de edad entónces de tres años, cuya minoría dió ocasion á las inolvidables rivalidades de Castros y Laras, empeñados en ejercer la tutela del jóven monarca; y D. Fernando, el segundo, que ocupara el sólio de Leon, lo dejó en 1188 á otro Alfonso que, á pesar de sus celos y de sus contiendas con el castellano, casándose con la hija de éste, dió lugar á que otra vez volviesen á ser regidas las dos monarquías por un solo varon, y entonces por el insigne y santo D. Fernando, tercero de su nombre.»

«La España árabe se encontraba operando una de las varias trasformaciones que sufrió desde que, desconociendo los últimos Ommiadas la índole de su gobierno, fundado en la unidad del imperio, por atraerse voluntades lo hicieron caer en las exageraciones del feudalismo. Así el kalifato de Córdoba fué precipitándose cada dia con mayor rapidez en una decadencia que no tardó en llegar á ser ruina definitiva y completa. El walí de Sevilla fué el primero en considerarse independiente y en adjudicarse la autoridad y los atributos reales. Siguieron su ejemplo los de Toledo, Málaga, Algeciras, Granada, Almería, Denia, Valencia, Huesca, Zaragoza y otros varios; hasta los gobernadorcillos de ciudades poco importantes y áun los de fortalezas circunscritas al señorío de

unos viejos murallones empinados en lo alto de frias y estériles montañas se consideraron con derecho y con fuerza para desentenderse de las órdenes del impotente dueño del palacio de Zahara, refugio casi único de la suprema autoridad de los descendientes de Abd-er-Rahman III. La dinastía de aquel insigne Kalifa habia caido en el mayor descrédito; pero cuando el pueblo se decidió á buscar en otra sangre el gérmen de nuevas grandezas, pudo descubrir con la pérdida de su autonomía y su fusion en la monarquía sevillana que hay en la ruina de las naciones causas tanto ó más influyentes que la de falta de virtud en sus caudillos. Cayó Toledo en poder de los cristianos, y Mohammed, entonces rey de Sevilla, y los que no habian sido apeados por él de sus tronos ni rendian á D. Alfonso pleito homenaje, convinieron en llamar á los Almoravides al socorro del Islamismo.»

«No tardó en arrepentirse de su resolucion el moro sevillano al ver realizados los pronósticos de su prudente hijo Ali-Raxid, y aquel sueño fatal que le inspiraban las preocupaciones de su destino. «*Algun dia te llevó la »fortuna en su carro de triunfo y fué tu nombre dilatado por la fama hasta los últimos confines de la tierra. »Ahora la misma fama sólo lleva por el aire tus suspiros. Pásanse los dias y las noches, y al par se van los »deleites y gozos de este mundo: tu grandeza se ha desvanecido como un sueño.*»

«Y vino de Africa el valeroso Yussef-ben-Taxfin y despues de combatir en Zalaca al rey D. Alfonso aunque sin resultado evidente y á su tercer desembarco en Algeciras con más y más fuerzas para asegurar sus proyectos, arrancó á Mohamed y á los demás reyes maho-

metanos de la Península el poder con la perfidia misma con que se lo habia arrebatado en Marruecos á su caudillo y bienhechor Abu-Bekir segundo emir de los Almoravides. Con la venida de Yussef la España mahometana ganó en fuerza lo que, al desaparecer sus innumerables reyezuelos, perdia en libertad é independencia; pero ni él con la batalla de Zalaca ni su hijo y sucesor Alí con la de Uclés lograron doblegar la constancia de los cristianos, viniendo á reducir al fin su accion á la de defenderse de los incesantes ataques y correrías de los dos emperadores aragonés y castellano, los dos Alfonsos.»

«Pero asomaban ya por el gigantesco Atlas enemigos más tremendos para los Almoravides que los incansables pero divididos españoles. El hijo del que cuidaba las lámparas de la mezquita de Córdoba excitado por las predicaciones de Abu-Hamed-Algazali en cuya escuela de Bagdag habia ido á instruirse en la doctrina de Mahoma, logra, seguido de millares de prosélitos, fundar un pueblo nuevo con el que, y con el título de Mehedi, otro Mesías anunciado á los musulmanes, amenaza destruir el imperio del hijo de Yussef. La muerte le arrebata, sin embargo, la gloria de un triunfo que ya tocaba; pero su primer ministro, Abdel-Mumen, un gallardo mancebo que se le habia unido en sus peregrinaciones, lleva á cabo la obra de su iman y maestro, y en pocos años acaba con todo el poder de los Almoravides en Africa y España.»

«No quiero dar fin á este exordio sin deciros antes cómo los Almohades ejecutaban al mando de Abdel-Mumen sus expediciones militares para que comprendais el órden y la disciplina que aquel jefe ilustre supo in-

troducir en las hasta entonces apiñadas filas de los hijos del desierto berberisco. «*Siempre se ponia en camino el ejército despues de la oracion de la mañana, ántes de salir el sol. Daba la señal de marcha un tambor inmenso, de veinte varas de circunferencia, y todo pintado de verde, que era el color de los almohades, en el cual se daban tres golpes, que, siendo hecho el instrumento de madera muy sonora, cuando estaba colocado á alguna elevacion y se hallaha el viento en calma, bien podian oirse á media jornada de camino. Seguia cada tribu su particular estandarte ó pendon; pero estos, mientras se iba caminando, estaban encerrados en sus fundas, tremolando al viento sólo los de la vanguardia, que eran blancos y con una media luna por adorno. Los camellos y acémilas llevaban las tiendas de campaña y los equipajes y víveres, y seguian al ejército numerosas manadas de bueyes y carneros guiados por pastores. Las tropas regladas de Abdel-Mumen se componian, por ejemplo, en su expedicion á Túnez, y no contando la caballería, de setenta mil hombres de á pié, repartidos en cuatro divisiones, unas en pos de otras, distantes entre sí una jornada de camino, para evitar que les faltase el agua y poder hallar un sitio conveniente para acamparse. Como las tropas, en general, llevaban armas de grave peso, hacian jornadas cortas, caminando solamente desde el salir el sol hasta el medio dia, á fin de poder emprender su marcha al dia siguiente, restauradas las fuerzas con el descanso. De ahí vino que necesitó seis meses Abdel-Mumen para ir desde Salé á Túnez, cuando la caballería podia hacer aquel viaje en dos meses. Abdel-Mumen, ántes de montar á caballo, rodeado de sus generales y otros personajes de los de más cuenta,*

rezaba con ellos la oracion de la mañana, y en seguida cada cual acudia á su puesto y se ponia al frente de las tropas cuyo mando le estaba encomendado. Cien caudillos, á modo de coroneles, cavalgaban delante del sultan en magníficos corceles, revestidos de brillantes ropajes. Abdel-Mumen habia dispuesto que siempre fuese llevado delante de él, como una santa reliquia, el Alcoral de los halifas Ofman y Afan, que los almohades habian cogido en Córdoba. Estaba aquel libro encerrado en un cofre de riquísima labor, todo él cubierto de oro, perlas y piedras preciosas; pudiendo decir, con razon, que en aquella alhaja se hallaban juntos los tesoros de los Ommiadas, de los Beni-Abed de Sevilla, de los Beni-Hud de Zaragoza y de los almoravides. Tenia el cofre asas preciosas y de sus cuatro lados salian cuatro banderas. En pos é inmediato venia el tesoro del imperio. Seguia el emperador, llevando al lado á uno de sus hijos, á su secretario íntimo, Cid-Abul-Afas, gobernador de Telencen y hermano gemelo de Cid-Abul-Yacub-Yussef: á corta distancia venian los otros hijos de Abdel-Mumen y luego los abanderados de todas las tribus, por su órden, con un séquito muy numeroso de timbaleros montados en corpulentos caballos y de trompetas y clarines, y otros instrumentos bélicos, todos bien ordenados. Cuando llegaba el momento de acamparse se señalaba á cada division el sitio donde habia de hacerlo, y nadie podia salir del campamento sin recibir permiso. Los víveres, que estaban abundantes, se distribuian á la misma hora á todas las tropas, de suerte que nadie pudiese carecer de ellos. Observando órden tan riguroso en sus marchas y ejercicios militares, repetidos con frecuencia, bien es de suponer que Abdel-Mumen, durante sus ex-

pediciones guerreras, ponia la mayor atencion en los puestos en que se situaba, y en general, en todo lo tocante á las operaciones de la guerra, perfeccionando el arte militar hasta un punto muy superior al á que príncipe alguno, ni de Africa ni de España, habia ántes llegado. Como con su claro entendimiento y ingenio agudo estaba continuamente inventando maniobras nuevas, que, si bien tenian el mérito de sencillas, no dejaban por eso de ser útiles, dió al arte militar nuevo sesgo y á su ejército una disciplina más severa. Queria que consistiese su fuerza, no en el número, sino en el valor de sus tropas. Contra la costumbre de los almoravides y de la mayor parte de los príncipes africanos, consideraba que la fuerza de un ejército consistia en tener una infantería bien equipada y adestrada, de la cual únicamente habia de depender la fortuna de las batallas y la toma de las fortalezas. Si es cierto que tenia una numerosa caballería, tambien lo es que la miraba como una cosa de poco valor, porque los ginetes moros no son á propósito para pelear en línea.»

«Hombre dotado de claro entendimiento, Abdel-Mumen, que en menos de veinte años habia fundado un imperio que se extendia desde el Océano atlántico hasta el Egipto, y desde el gran desierto hasta las fronteras de Andalucía con Castilla y Portugal, quiso diferenciarse de los almoravides en cuanto á su cultura principalmente, protegiendo las artes y las letras hasta el punto que era dable en aquella época y en la sociedad mahometana.»

«El poderío de los Almohades no se consolidó, sin embargo, en España hasta que fué á sujetar por completo la porcion de territorio ocupada por sus correligio-

narios el hijo y sucesor de Abdel-Mumen, hombre de prendas, si no tan venturoso como el compañero y ministro del Mehedi, pues que murió alanzeado en el sitio de Santarem lejos del grueso de sus tropas, y al ejecutar una parte del vastísimo plan de operaciones con que se prometia acabar con toda la cristiandad en la Península.»

«Yakub-ben-Jussef, llamado Abdalá, pero conocido generalmente por Almanzor Bifadl Elá (el vencedor por la gracia de Dios), varon insigne que puso nuestra pátria á dos dedos de su ruina, fué el que venció á D. Alonso el octavo en la batalla funestísima de Alárcos. Provocado á la guerra por el rey de Castilla, á quien la temeridad afortunada del arzobispo de Toledo, D. Martin de Pisuerga, llevando sus soldados á las puertas de Algeciras, habia hecho creer posible terminar, á su vez, de un solo golpe la obra de la reconquista, Almanzor pasó el Estrecho con un ejército de árabes, zenetas, kabilas, negros, aghzates, rumates y almohades, y con él fué, segun la bellísima expresion del sucesor de D. Martin, *arrasando la yerba de los llanos, volcando los peñascos que le atajaban el tránsito, trasmontando sierras encumbradas y con la muchedumbre de su soldadesca agotando las corrientes de los rios.* No era fácil obra la de contrarestar aquel huracan, contra cuya violencia prometieron fementidamente apoyar á D. Alonso los monarcas de Navarra y de Leon, y en 1193 vió Alárcos perecer á la flor de la caballería castellana.»

«Derrota tan ejecutiva y sangrienta y cuyo recuerdo teneis en la giralda de Sevilla, no dió, con todo, los grandes resultados que eran de temer, reduciéndose á la expugnacion de algunas plazas vecinas á Toledo los ob-

tenidos por el Miramamolin, que volvió á Marruecos para entregar el poder á su hijo Mohamed-ben-Yakub, llamado por su fé, Mohamed-el-Nasr ó Nasredino. Por el contrario, Alfonso VIII conoció su imprudencia; los españoles la necesidad de unirse, y el Papa y los príncipes cristianos de Francia y Alemania la de, con un gran esfuerzo, contener la irrupcion que temian de nuevas huestes almohades, que llevasen la media luna por la Europa desangrada entónces por sus expediciones á Jerusalen y Egipto.»

«*Apíñase, efectivamente en las márgenes del Tajo multitud inmensa de castellanos, aragoneses y navarros, multitud que se acrece, aunque momentáneamente, con muchos millares de extranjeros del Garona, del Loira, del Rhin y hasta del Danubio, ansiosos del galardon de la cruzada, pero que vuelven á su país algunos dias despues, poco satisfechos del fruto material de los primeros combates; muévese, luego de bien descansada y fortalecida, hácia el país enemigo, guiada por un pastor, cuya imágen es hoy objeto de curiosidad y veneracion en el altar mayor de la catedral de Toledo; y, preparada con el pasto espiritual el lúnes* 16 *de Julio de* 1212, *acomete furiosamente á la morisma y alcanza sobre ella el triunfo más glorioso en las Navas de Tolosa.*»

«*Si en aquel dia los reinos cristianos hubieran estado bajo una sola mano, ó si leoneses y portugueses, en vez de aprovecharse de la marcha de Alfonso VIII y de invadir sus provincias, pelearan en las Navas junto á los castellanos, hubiérase consumado la libertad de la Península, derrotados, como lo fueron completamente, los Almohades y divididos y dispersos, cual estaban, los moros andaluces.*»

«Yo, en aquella brillante jornada que aún conmemora la Iglesia en una de sus solemnidades, me encontré en la vanguardia con los toscos adalides de D. Diego Lopez de Haro. En las empinadas cuestas del campo de batalla, como en las angosturas tajadas de lo que hoy lleva el nombre verdaderamente gráfico de *Despeñaperros*, nuestros chuzos y estoques no podian romper las densísimas líneas de los Almohades, peones en su mayor número y muy diestros en lanzar sus dardos y toda clase de armas arrojadizas. Su número, además, era muy superior al nuestro y peleaban en un terreno favorable, desde el que hacian nuestros esfuerzos completamente inútiles, así que nuestros primeros ataques fueron rechazados, y ya empezaban los moros á moverse y parecia iban á arrollar cuanto se opusiera á su ímpetu, cuando reunidas las cuatro órdenes militares se lanzaron á la carga.»

«*Nube que arrebata el huracan asemejó aquella masa coronada de blancos penachos, vestida de armas resplandecientes y envuelta en polvo durante su rápida carrera. El ángel exterminador, cubriendo con sus alas la cruz arzobispal de Toledo, parecia marchar á la cabeza aterrando con su espada de fuego los batallones enteros y abriendo ancha brecha en las espesas líneas de los infieles; así que, á los pocos momentos, ante aquellos héroes habia desaparecido todo, líneas, masas, infantes y caballos.*»

«*Quedaba el terrible reducto frente á las pintorescas revueltas del camino que hoy desemboca en las Navas, y en derredor de un cabezo á que non podia home subir sino con grande afan, donde se mantenia el emir con los* 40.000 *negros que formaban su guardia. Asaltámos-*

le furiosamente y á porfía; y D. Pedro de Aragon, segun unos, y segun la mayor parte de los asistentes y los trofeos de tan descomunal pelea, el rey de Navarra, rompiendo la formidable barrera de hierro, y atropellando á los defensores, acabó tan memorable lucha, haciendo huir á Mohamed que, en vez de vencido, esperaba entrar en Jaen con los reyes cristianos aherrojados.»

«El recuerdo de las Navas habia de evocarse seis siglos más tarde en igual dia, en lugar muy próximo y en los movimientos preparatorios de una ocasion solemne en que, así como en la de 1212 se remataba con las esperanzas de volver la península á la obediencia de los kalifas, se rompia el encanto y se acababa con el prestigio de las armas de Napoleon el Grande, armas que llevaban veinte años de continuadas y nunca interrumpidas victorias por todo el viejo continente. En las Navas terminó la media luna la mision que la Providencia le habia confiado en España, y en Bailén las águilas francesas, vencidas y humilladas, lanzaron al aire el grito desgarrador que anunciaba á la Europa el momento de su emancipacion.»

«¡Coincidencias que el cielo prepara para con sólo el vigor que dispiertan y por los medios de que la humanidad dispone, producir los efectos más extraordinarios y llevar á cabo los pensamientos más grandiosos!»

VIII.

LA MORISMA SE VA.

«Todo, desde entonces, debió ser obra fácil para los cristianos en España.»

«Muerto dos años despues de la de las Navas el rey Alfonso, sucedióle su hijo Enrique, primero de los de su nombre entre los castellanos; pero víctima de un golpe asestado involuntariamente por un niño compañero suyo de juego, obtuvo el trono doña Berenguela, su hermana mayor, que lo cedió á San Fernando, quien, al fallecimiento de su padre en 1230, reunió sobre sus sienes, y para que nunca ya se separasen, las coronas de Castilla y de Leon.»

«Pero antes y despues de tan fausto acontecimiento, ¡cuántos no llevó á cabo aquel mancebo generoso, dignos de la gloria más pura y duradera!»

«En un plazo, aunque breve, de concordia entre los príncipes cristianos, el aragonés invadió el reino de Valencia, mientras el castellano entraba por Murcia y por Jaen, resuelto, como D. Jaime, á no descansar hasta obtener un triunfo decisivo, cual el que por la misma época iban D. Alfonso de Leon y el monarca portugués alcanzando en Badajoz y Elvas, puntos en que para siem-

pre habian de ondear los dos pabellones peninsulares uno frente al otro, haciendo triste gala de nuestras discordias y miserias.»

«Las que afligian á los árabes, fruto de su carácter siempre y aumentadas entonces por el vencimiento de los almohades en las Navas, tenian tan debilitado el poder de la media luna en los innumerables waliatos y reinos que aquella misma debilidad creara, que ni los baleares y valencianos lograban resistir con fortuna al en todo poético y grande, en su nacimiento, en sus proyectos y en sus obras, el hijo insigne de Pedro y Beatriz, ni los andaluces podian salvar á Córdoba, Jaen y las demás ciudades del valle del Guadalquivir del valor y de los ardides de los castellanos, de la constancia sin igual y génio sobresaliente del que en la conquista de Sevilla y con su vida inmaculada y su fin ejemplar, iba á ganar el lauro inmarcesible de los héroes, un asiento en el cielo y el santo patronazgo de la pátria.»

«Yo le procuré la entrada en la ciudad de los kalifas. Despues de la batalla, ahora afortunada, de los cristianos en el Guadalete, cuando arrebatadas al rey moro de Andalucía, Abó-Abd-Allah-Ben-Hud, varias fortalezas importantes del Guadalquivir y Guadiana por D. Fernando y los portugueses, parecia aquel más ocupado en contener á otro, usurpador tambien y, como él, valiente y generoso, Al-Ahmar que, con la conquista de Loja y de Alhama, andaba echando los fundamentos de un nuevo reino entre el Genil y el Darro, tuve yo ocasion de penetrar en Córdoba y establecer estrecha y sólida inteligencia con algunos de los muchos descontentos que pululaban en la ciudad. Corro á Úbeda, participo á su guarnicion el abandono en que se halla Córdoba y

las promesas de traicion que se me habian hecho, la acaloro con la esperanza de tan gloriosa como lucrativa conquista, y á las pocas horas nos uníamos con algunos, tan temerarios como nosotros, del presidio de Andújar en marcha para aquella desaforada empresa. Era de noche, por cierto bien sombría, cuando llegamos al pié de la Akarkia, un arrabal murado junto á la puerta de Mártos, y caia á torrentes la lluvia, con cuya oportunidad y fortuna, guiados por los traidores, logramos escalar el muro, apoderarnos de una torre fortísima que habia de servirnos de reducto, y abrir la puerta por donde penetrarian y podrian auxiliarnos los camaradas que muy cerca esperaban el éxito de nuestra estratagema. Yo fuí el primero en escalar la torre: dánme el *quién vive* al ganar el adarve; pero, suponiendo que camino por el muro, hago creer por mi traje y mi acento que soy de los de la *ronda*, y ayudado por uno de los cuatro que allí vigilan, rindo á los otros tres y los arrojo al foso, donde son degollados. Sigo á lo largo de la muralla, de la mano con el traidor mi confidente, hasta la puerta de Mártos, donde pasamos á cuchillo la guardia y abrimos paso franco á los nuestros que, como ya os he indicado, eran media hora despues dueños del arrabal, una especie de ciudadela, desde la que, si no pudimos ganar la ciudad por haber roto la comunicacion sus habitantes y ser tan exíguo el número de los expedicionarios, la tuvimos en jaque hasta la llegada de don Fernando que la conquistó para siempre el 29 de Junio de 1236.»

«Era entónces obra muy larga y muy penosa la del sitio de una plaza fuerte. La accion de los ingenios, cuando se llevaban, era lenta por su poca eficacia con-

tra las murallas, y desde el momento en que no era posible el uso de las escalas ó el de las torres por lo numemeroso de la guarnicion ó los accidentes del terreno en que asentaba la fortaleza, se hacian interminables los procedimientos, teniendo que acudir al bloqueo la mayor parte de las veces.»

«Así se hizo en Córdoba, y en eso vino á parar al fin el cerco de Sevilla en 1248, despues de haber cortado el puente de Triana de un modo semejante, si no tan perfecto como el de Amberes en el famoso sitio de 1585, en que anduve yo largo rato por los aires hasta dar con mi cuerpo, bien chamuscado por cierto, en el Escalda.»

«Y lo que en Córdoba y Sevilla, habia pasado en Jaen y varios otros puntos, no tan importantes, de Andalucía, conquistados por el santo monarca, así como en Valencia que, despues de una campaña feliz de combates, siempre venturosos, y de un asedio dilatadísimo, llegó á conquistar el más célebre de los soberanos aragoneses, el poético y valeroso D. Jaime el Conquistador.»

«No parecia sino que el cielo se habia propuesto favorecer de un modo tan ejecutivo como visible la empresa grandiosa de los españoles. Las peripecias extrañas del nacimiento y de la infancia del nieto de Alfonso VIII, del monarca afortunado que, á los laureles de las Navas, habia de añadir la gloria de contar en dos de sus hijas dos madres de insignes soberanos, San Luis y San Fernando, eran vicisitudes ordinarias en la vida de los hombres si se comparaban con el orígen y la educacion de D. Jaime, calificados, no sin fundamento, de milagrosos por algunos historiadores de nuestra patria. D. Fernando habia nacido de un matrimonio de-

clarado nulo por el Papa Inocencio III, y para heredar el trono de Castilla por cesion de doña Berenguela habia encontrado los obstáculos más grandes en su padre, quien, no pudiendo al fin evitarlo, legó, aunque en vano, su corona de Leon á las infantas doña Sancha y doña Dulcia, habidas en su primer matrimonio, tambien anatematizado y deshecho. Todo esto es irregular y anómalo; pero lo es mucho más el nacimiento de D. Jaime, que, áun á peligro de cansaros alargando demasiado esta ya extensa y fatigosa narracion de la reconquista, voy á referiros tal y como llegó á contármela el mismo En Ramon Muntaner que conoció á D. Jaime y fué su cronista más notable.»

«*El rey En Pedro, decia, tomó por esposa y reina á madama María de Mompeller, por su esclarecida nobleza y virtud eminentes. Acrecentóse su poderío con la ciudad de Mompeller y su baronía, que era un alodio. Mozo era aún el rey En Pedro, y andaba galanteando á otras beldades nobles desentendiéndose de su consorte; y áun solia asomar por Mompeller, sin acercársele, lo que era de sumo desagrado á los súbditos, y particularmente á los prohombres de la ciudad. Venido una vez á Mompeller, se enamoró de una dama principal del pueblo, obsequiándola con carreras, justas, torneos y funciones; y enterados los prohombres de Mompeller, enviaron á buscar un caballero, que era de los confidentes más íntimos del rey en aquellos negocios, diciéndole que si tomaba el asunto á su cargo, lo harian rico y venturoso, el cual contestó:—«Dígaseme lo que he de hacer, pues, menos renegar de mi fé, estoy pronto á serviros.»* Se prometieron mútuamente el sigilo, y le dijeron:—«*Se trata de este punto. Os consta que la señora reina es*

de suyo muy cabal y virtuosa, tal vez cual ninguna del mundo; tambien sabeis que nuestro rey no se le acerca, lo que redunda en sumo quebranto del reino; y aunque la señora reina aguante su desvio con sufrimiento y disimulo, para nosotros es muy aciago, pues si fallece el rey nuestro señor sin hijos, queda desairado é infeliz todo el pais, y principalmente Mompeller, al par de la reina, pues vendria á parar esta baronía en otras manos, y no quisiéramos que se desmembrase por ningun título del reino de Aragon; y en vuestra mano está el sacarnos de tamaño conflicto».—*«Os digo de nuevo, replicó el caballero, que corre por mi cuenta cuanto se os ofrezca en honra y pro de la ciudad, el rey, la reina y sus pueblos, con tal que esté en mis alcances.»*—*«Puesto que os explicais así, nos consta vuestra privanza con el rey nuestro señor, que estais enterado de su cariño á cierta dama, que habeis mediado para que la lograse, y así os suplicamos le digais que está corriente y que vendrá reservadamente en busca suya, pero que ha de ser absolutamente á oscuras para que nadie la vea. Celebrará en el alma este anuncio, y en estando allá retraido en su aposento y sin palaciegos, vendreis aquí al consulado, á donde acudiremos los doce cónsules y otros doce caballeros y vecinos principales del pueblo y de la baronía, como tambien la reina María con otras doce damas de honor y otras tantas señoritas. Nos encaminaremos al rey con dos notarios de cámara, el de la curia, dos canónigos y cuatro honrados religiosos. Hombres, damas y muchachos llevarán sus velas en la mano y las encenderán al entrar la reina María en el aposento del rey, y todos nos quedaremos allí trasnochando hasta el amanecer. Entonces abrireis el aposento y entraremos todos*

con nuestras luminarias. Se quedará atónito; le diremos cuanto hemos hecho y le manifestaremos que es la reina María de Aragon la que yace acostada con él, y que esperanzamos en Dios y en la Vírgen María que entre los dos habrán engendrado un niño que será la gloria y el regocijo de Dios y de todos, y quedará su reinado esclarecido, si Dios tiene á bien concederle tamaña merced.»

«Celebró el caballero todo el intento como justo y acertado, mostrándose pronto para ejecutar la propuesta, sin que le detuviese zozobra de venir á desmerecer la privanza con el rey, ó de perderse, y confiaba en Dios que lo resuelto tendria feliz paradero; así que les dijo que contasen con él, añadiendo:—«Pero, señores, ya que habeis tenido tan precioso pensamiento, razon es que hagais algo por mí.»—«Corriente, dijeron, *dad por hecha vuestra peticion.»—«Pues, señores mios, puesto que es hoy sábado, dia en que habeis entablado el negocio, en nombre de Dios y de nuestra señora Santa María de Valverde, os aconsejo que el lúnes todo el vecindario de Mompeller, junte en rogativa, que se celebren misas en honor de Santa María, y que duren hasta siete dias en celebridad de los siete gozos que tuvo por su amado Hijo, y para que nos alcance de Dios el que nos redunde en ventaja y regocijo esta empresa, y que resulte fruto para el reino de Aragon, condados de Barcelona y de Urgel y baronía de Mompeller y demás Estados. Añadió que en su dictámen se debia disponer todo para la noche del domingo inmediato, mandando entretanto celebrar misas en los templos principales, y así quedó acordado.»*

«Se dispuso además que en dicho domingo acudiese to-

do el vecindario de Mompeller á las iglesias, velando y rezando, mientras la reina estuviese con el rey, y ayunando el sábado su víspera á pan y agua, y así quedó tambien mandado. Juntos ya todos, pasaron á comunicar el intento con la reina María de Aragon, quien contestó que eran súbditos suyos muy queridos, sin que hubiese en el orbe consejo más ajuiciado que el de Mompeller, que todos le aconsejaban se atuviese á su dictámen, que conceptuaba aquel mensaje como la aparicion del ángel San Gabriel á Santa María, y que así como se había salvado el género humano con aquel saludo, ansiaba igualmente que su disposicion agradase á Dios, á Santa María y á toda la córte celestial, y redundase en gloria y salvacion de cuerpo y alma del rey, de ella misma y de todos los vasallos: ¡ASÍ SE CUMPLA TODO! *añadió,* AMEN. *Retiráronse ufanos y satisfechos; y desde luego se deja discurrir con qué afan ayunaron y rezaron todos, y con especialidad la reina, en aquella semana.»*

«Dijimos ahora cómo cabe que el rey nada maliciase, estando todos tan atareados con sus ayunos y plegarias por la semana entera; habíase dispuesto que se hiciesen rogativas diarias por el afecto mútuo del rey con la reina, y que Dios les agraciase con un fruto para bien de todo el reino. Se habian esmerado más en la permanencia del rey, quien, al presenciarlo, prorumpia en que HACIAN BIEN Y SUCEDERIA LUEGO LO QUE DIOS QUISIERA.»

»Agradóse Dios de tanta demostracion, habiéndolos oido, y luego se entenderá cómo el rey ni nadie, fuera de los asistentes al convenio, estaba enterado del móvil verdadero de tantísima misa y rogativa como hubo por aquellos dias.»

«*Desempeñó el caballero su encargo, y el domingo, por la noche, cuando todos estaban ya acostados en palacio, toda la comitiva sobredicha, con su vela en la mano, acudió á la puerta del aposento del rey. Entra la reina, los demás se quedan fuera de rodillas en oracion toda la noche. Yacen juntos el rey y la reina, creyendo siempre el rey que está con su dama apetecida. Permanecen aquella noche abiertas todas las iglesias de Mompeller y se agolpa el vecindario exhalando más y más sus rogativas. Al amanecer entran prohombres, prelados, monjes y damas con sus velas encendidas en el aposento real; el rey, que está junto á la reina, se asombra, salta de su lecho, empuña la espada; pero todos se arrodillan y le dicen llorosos:* POR DIOS, SEÑOR, DIGNAOS MIRAR CON QUIÉN ESTAIS ACOSTADO. *La reina se manifiesta, el rey la conoce, le refieren cuanto ha pasado, y el rey prorumpe:* PUESTO QUE ES ASÍ, QUIERA DIOS QUE SE CUMPLAN ESOS ANHELOS.»

«*En aquel mismo dia el rey monta á caballo y se marcha de Mompeller, reteniendo los prohombres consigo seis de los infanzones más queridos del rey, mandando que cuantos habian presenciado el ceremonial permaneciesen dentro del palacio junto á la reina, comprendiendo damas y señoritas, durante nueve meses; haciendo otro tanto los dos notarios que habian extendido el acta pública en aquella noche y á presencia del rey, como igualmente el introductor de la reina. Gustosísimos están todos en su compañía, pero enloquecen de gozo al ver el resultado que Dios les concedia con la preñez de la reina, y por fin, á los nueve meses sale á luz un niño gallardo para dicha de los cristianos, y con especialidad de sus pueblos, pues á nadie agració Dios con*

mejores y más exclarecidas prendas. Bautizáronle en la iglesia de Nuestra Señora de las Mesas de Mompeller, con sumo regocijo y aplauso de toda la concurrencia. Recibió, por la gracia del Señor, el nombre de Jaime, reinó larguísimo tiempo, alcanzó victorias esplendorosas y aumentó infinito la prosperidad de la fé católica y de sus súbditos y vasallos.»

«¡Resortes que la Providencia pone en juego, continuó diciendo el oficial despues de una breve pausa, con el fin de enardecer á los pueblos en sus más trabajosas y difíciles empresas! Los almohades amenazaban con la destruccion de la obra tan gloriosamente comenzada por Pelayo; y el cielo enviaba en Fernando y Jáime los rayos que habian de acabar con su prestigio, sus timbres, su dinastía y hasta su nombre en España.»

«Pues bien; ya los cristianos son dueños de Córdoba y Sevilla, de Valencia y Játiva; muy pronto caerá en su poder el reino de Teodomiro, y no quedará á la morisma otro abrigo que el de la ciudad del Darro y sus ásperas y nevadas montañas. ¿Quién podrá impedir el coronamiento inmediato de aquella obra lenta y laboriosa de cinco siglos comenzada con las peñas del Auseba y amasada con tanta y tanta sangre generosa? ¿Quién? Los cristianos incansables, como en su noble propósito de independencia, en sus ódios y rencores mútuos, en sus rencillas y divisiones interiores.»

«D. Jáime ve á sus hijos de tan distintos y, á veces, ilegítimos consorcios, disputar entre sí, no el amor paternal que ninguno de ellos quiere agradecer, no la gloria de dilatar con la fuerza de sus brazos un imperio tan floreciente, sino los pedazos en que una predileccion funesta y un falso sistema político desgraciada-

mente español le aconsejan dividirlo. Sin el buen sentido del pueblo aragonés y la energía de sus representantes; sin los estragos mismos que la ambicion y la envidia hicieron en la abigarrada descendencia del gigante de Mompeller, hubiérase, en efecto, hecho trizas su corona; y fraccionado el reino, cual intentaba el apasionado monarca, hubiera ido por tierra el grandioso edificio levantado por D. Ramiro el Monge y su hija doña Petronila.

«En Castilla, si no se derrumbaba el que tan sábia como valerosamente habia conseguido elevar Fernando III con la traslacion de la córte á Sevilla, esto es, en el corazon de los enemigos que acababa de vencer y al frente de los que aún permanecian en España recordando su dominacion y amenazando con renovarla, impedian á D. Alfonso, su hijo, terminarlo su carácter, la índole de sus aficiones y, más que todo eso, la ambicion que le aquejó el mayor tiempo de su reinado por coronarse emperador de Alemania. Volvieron á turbar el reino las rebeldías de los grandes señores, disculpadas ahora con las ambiciones extrañas del monarca, que producian gastos extraordinarios, desmembraciones de territorios ganados á costa de mucha y preciosa sangre, y descrédito no escaso para una monarquía hacía dias tan gloriosa y prepotente. Pero daba pábulo mayor á las demasías de los magnates y al disgusto y tristeza del pueblo la lucha naciente entre el infante D. Sancho y el derecho indisputable de los huérfanos del primogénito de Alfonso, muerto en lo mejor de su edad.»

«Las Córtes fallaron en favor de D. Sancho siguiendo el uso gótico, resolucion no extraña en una monarquía que tanta necesidad tenia de soberanos fuertes y peritos

en la guerra, y cuyos pueblos, descontentos del rey Sábio, deseaban ser regidos por su hijo, varon ya señalado por la energía de su carácter y el valor con que habia combatido en varios encuentros á los moros. De esto á deponer al rey no habia gran distancia en tierra de tantas rebeldías y de afectos, si bien extremados, no regidos por el amor de familia, antes bien por las ambiciones casi siempre, encubiertas con la capa del patriotismo. Así que la muerte violenta del infante D. Fadrique, favorecedor de la fuga de los de la Cerda; la alteracion de la ley de la moneda, pocas veces impunemente ejecutada; la imposicion de arbitrios, entonces no legales y exigidos con crueldad inusitada; la codicia del rey, amigo de acumular tesoros para gastarlos en sus pretensiones imperiales; y, por fin, las mil y mil quejas que todos exhalaban contra la debilidad de Alfonso y su mala gestion en el gobierno, impulsaron á los señores y diputados castellanos á pedir á D. Sancho que empuñase las riendas del Estado.»

«No deseaba otra cosa el príncipe; pero si bien en un principio le fué favorable la fortuna, lo triste de su accion y la influencia del clero, compelido por el Papa á ejercerla por la causa de la moral y de la justicia, le pusieron en el caso de esperar la satisfaccion de sus ambiciones del estrago, de los disgustos y del dolor en la existencia de su padre,»

«. . . . . el rey de Castilla
emperador de Alemania, que foe
aquel que los reyes besaban el pié,
é reinas pedian limosna é mancilla;
el que de hueste mantuvo en Sevilla
diez mil de á caballo é tres dobles peones;

el que acatado en lejanas regiones
foe por sus Tablas é por su cuchilla.»

«Cuatro años hacia ya que el rey D. Jaime dormia en Poblet el sueño eterno, sueño bárbaramente interrumpido no há mucho para, despues de servir de hito á los profanadores el gigantesco cadáver del héroe, continuarlo en las bóvedas de Tarragona. Reinaba en Aragon D. Pedro, casado en 1262 con una hija de Manfredo, soberano de Sicilia, *salvo el derecho de Conradino*, tan famoso en las luchas italianas de güelfos y gibelinos, por las que sostuvo constantemente con su pupilo y cuatro Papas que se oponian á sus usurpaciones.»

«Y aquí viene el relataros uno de los episodios más dramáticos de mi vida, entregada toda á azares aparentes, maniobras providenciales de la sabiduría suprema.»

«Yo habia dejado á España, cuando muerto D. Fernando comenzaba su hijo Alfonso la carrera de errores políticos, extraños al parecer, comunes, sin embargo, en hombres embargados con sus estudios y aficiones literarias.»

«Andaba engolfado en los mares de hielo que cubren las insondables quiebras de los Alpes, cuando por los aldeanos de la Suabia llegó á mis oidos el rumor de la caballeresca expedicion de Conradino al mediodia de Italia. Conocí que podia abandonar los montes y seguir las inspiraciones de mi corazon; llegué á Roma por la parte en que dos siglos despues se alzaba la cúpula de San Pedro, y uniéndome á los españoles y africanos del infante D. Enrique, hermano del monarca castellano, seguí al Abruzo con el aún imberbe hijo de Federico II, cuya confianza me proporcionaron mis noticias, primero, y mi adhesion, luego, á su noble y generosa causa.»

«Ya os indiqué, y esta fué la ocasion que me hizo descubriros el secreto de mi vida, cómo el viejo Alard, hombre de genio y experto en las porfiadas luchas de Palestina, aconsejando al de Anjou una estratagema no desusada en la guerra, la de fingir una derrota para salir despues al encuentro del enemigo desordenado con el entusiasmo y la confianza de la victoria, logró vencer á los gibelinos y dispersarlos tan completamente que don Enrique fué hecho prisionero en Monte Casino, y Conradino, el duque Federico de Austria su primo, Galvano Lancia y Galeoto su hijo, lo fueron al embarcarse para Sicilia por uno de los francispanis romanos, gobernadorzuelo de la Roca de Astura.»

«Yo combatia junto á los castellanos en su primera embestida con D. Enrique, tan valiente como díscolo, y con Federico de Austria, tan inexperto como temerario; y apenas distinguí entre los enemigos á un caballero que llevaba las armas y las insignias reales del de Anjou, corrí á él y, no logrando que se rindiera á pesar de verse cercado y sin esperanza de salvacion, lo derribé de un hachazo que le dejó sin vida. Todos me dieron el parabien; mas no tardamos en reconocer que era el mariscal de Cosenza y no el rey Cárlos la víctima de mi brazo.»

«Jadeante de cansancio y con el corazon traspasado de angustia, abandoné un campo en que para vencer á los hombres de armas castellanos fué necesario irlos apeando á brazo de sus caballos; pero interesado vivamente por la suerte de aquel mancebo generoso, cuya desgracia tantas simpatías habia de despertar, me encaminé á Nápoles, asiento de la nueva córte francesa, y donde era natural se decidiera su suerte. Allí, con efec-

to, y en la plaza de su mercado, ví corto tiempo despues alzar el patíbulo en que iban á perecer Conradino, su primo el de Austria, Lancia y Gherardesca, sus leales camaradas. Conradino subió el primero, dejó caer su capa de los hombros, oró un momento arrodillado, y exclamando al levantarse: «*¡Ay, madre de mi alma, cuál no será tu quebranto al saber mi paradero!*» se quitó un guante y lo arrojó á la multitud como en demanda de un vengador.

«¿Quién recogeria aquel guante? Un rumor sordo, de conmiseracion sin duda, pero de temor, á la vez, y de vergüenza, se escuchó en la plaza ocupada por los que, debiendo ser soldados de la víctima, se sometian, ¡cobardes! al verdugo, su tiránico é insolente conquistador: solo á un español debia la Providencia elegir para instrumentos de sus fines, que eran, como tales, los de la justicia y del derecho, y el guante de Conradino fué á parar á mis manos, como dirigiéndose á los reyes de Aragon, parientes los más próximos y herederos legítimos de la justicia y del derecho del mancebo.»

«Como de Roma á Tarragona en busca de Galva, vuelo de Parthénope á Zaragoza, y expongo ante la hija y el yerno de Manfredo el trágico fin de Conradino y su demanda de un vengador que, con aquel guante, recoja la herencia legítima de la casa de Suabia. Al mismo tiempo que yo llega á la córte de D. Pedro un prohombre siciliano, Juan de Prócida, señor de la pintoresca isla de su nombre, varon insigne, modelo de valor, de patriotismo y de perseverancia. Sus prendas le conquistan al momento la admiracion y el afecto de los reyes; pero todo, valimiento, dones, todo lo emplea en la libertad de su pátria. No descansa un punto en su

patriótica tarea: el emperador Andrónico, el Papa, los nobles, sus amigos, que habian quedado en Sicilia, le ven llegar á sus palacios de Constantinopla, de Roma, de Palermo y de Messina, siempre animoso, incansable y rico de esperanzas. No en todas partes tiene benévola acogida; no en todas logra impresionar con los arranques de su elocuencia rebosando en ira y en venganza contra el injusto y sanguinario opresor de sus conciudadanos; pero tras de afanes, contrariedades y decepciones sin cuento, constante en su porfía, sin que los feudos que en Valencia y Mallorca le regalan los monarcas aragoneses, ni la oposicion de Roma le retraigan de su aspiracion invariable, llega á arrancar del emperador griego una suma respetable de dinero, de sus conciudadanos la resolucion de sublevarse y del rey don Pedro la promesa formal de acudir á Sicilia con un ejército que acabe para siempre en ella con la dominacion bárbara é insoportable de los franceses.»

«Yo le acompaño á todas partes y le guio por el inextricable laberinto de nacionzuelas en que las Cruzadas y la política de aquellos tiempos tenian divididos el litoral y las islas del Mediterráneo, con lenguas diferentes y costumbres opuestas, todas, empero, abrigando en sus pobladores ambicion, suspicacias y traiciones. Cuatro años pasamos de ese modo, hasta el de 1282, en cuya Páscua de Resurreccion los sicilianos, dirigidos por Lentini, Palmieri y Gualtero, otros nobles isleños que se habian puesto al frente de la conjuracion, acometieron al toque de vísperas la noble empresa de la independencia de su pátria. Al grito de «*¡Moranu li Franzisi!* que así se decia entónces, no quedaron en toda la isla con vida más que dos, los gobernadores de Calata-

fimi y el Noto, que por su espíritu caballeroso y humano se habian captado el amor de los habitantes. Los demás franceses, soldados, sacerdotes ó mercaderes, sus mujeres y sus hijos, perecieron en aquella jornada memorable, preparada con la mayor cautela y coronada con el éxito más completo. Bien se conoció en el continente por la rabia del de Anjou que se propuso elevar en Sicilia con su venganza un monumento que patentizara al mundo el poder de sus armas y la manera de su desagravio. Atraviesa el proceloso canal con un ejército, y tan reciamente embiste la plaza de Messina, que, áun con temor tan grande á las iras de Cárlos, piensan en capitular los habitantes, cuando asoman por las faldas del Etna dos mil almogávares que el rey D. Pedro enviaba desde Palermo al socorro de la ciudad.».

«En tres dias habian hecho las seis jornadas que median entre la capital de Sicilia y el tan celebrado faro; mas ¿qué era tal esfuerzo para aquellos hombres, digo mal, fieras, que no otra cosa parecian con las pieles que les servian de abrigo y de defensa? Al entrar en Messina, más que un socorro, creyeron los sitiados que les mandaba D. Pedro una calamidad, y recibieron á los almogávares con desabrimiento; pero al dia siguiente, despues de una salida, en que dejaron en derredor de los muros más de dos mil cadáveres de los sitiadores, todo fué regocijos y obsequios y alegres y bulliciosos esparcimientos para con los que poco tiempo despues habian de ser tenidos entre los enemigos de España por aborto del infierno, segun su valor y su fiereza.»

«Por fin, á la aproximacion de nuestro almirante Roger de Lauria al puerto de Messina, Cárlos de Anjou levantó el sitio y se trasladó al continente para no volver

á pisar aquella tierra de Sicilia que habia ensangrentado con sus crueldades y su despotimo. No tardó en seguirle nuestra escuadra, muy inferior á la suya en el número de las naves, infinitamente superior en el valor de sus tripulantes y en la habilidad de su jefe: con lo cual pocos dias despues de haber desembarcado D. Pedro en Sicilia, no sólo se hallaba la isla libre de franceses, sino que estos quedaban imposibilitados de atacarla de nuevo y reconquistarla.»

«En una de las expediciones al continente, y os relato este episodio para demostraros el valor y la agilidad de nuestros peones los almogávares, quedaron tres de ellos en manos de los de Anjou.»

«*Sonrióse Cárlos al verlos, y prorumpió en que no sabia por qué habian de causar tantísimo pavor semejantes bárbaros; y uno de ellos, oyendo aquel improperio, pide al rey desaforadamente que le pongan delante un ginete armado. Acepta Cárlos, y se presenta un ginete francés armado de piés á cabeza, con su lanza, espada y maza. Acude el almogávar con su espada y su chuzo; pónese el ginete en movimiento y cae al punto su caballo atravesado de un chuzazo, y luego le iba á caber igual suerte, cuando la voz del rey detiene al vencedor, quien habiendo otorgado la vida al ginete, recibe en cambio la libertad.*»

«Pero las hazañas de los hijos del Cinca y del Segre en Italia fueron juego, y nada más que juego, si se comparan con las que iba á presenciar el Oriente, proezas que, de no hallarse confirmadas por los escritores griegos más enemigos de España, se creerian fantasías de entendimiento acalorado por un patriotismo exageradamente jactancioso. Combates, no ya de uno contra tres,

sino contra diez, asaltos de fortalezas que pasaban, y con razon, por inexpugnables, duelos inconcebibles por lo desiguales, y todos estos lances acompañados de venganzas, justas pero crueles, de incendios y saqueos horrosos pero imprescindibles, dieron á nuestros catalanes y aragoneses tal reputacion y nombre tan glorioso, que solo con la nueva de su aproximacion las ciudades abandonaban su defensa, las provincias se sometian sin lucha y hasta los reinos y los imperios temblaban de pavor y áun recibian las leyes de los intrépidos aventureros.»

Y empezó á declamar con énfasis:

Fills, patria, donas, plens de riquesas
Sempre ns' reberen y vencedors:
Esta es la empresa de las empresas,
Vos durém armas, sedas, pendons.
¡Deu nos ajuda! Marquen est dia
En llurs rengleras lo pas del llam.
¡A ells! ¡San Jordi! ¡Santa María!
¡Desperta, ferro! ¡Firam! ¡Firam!

«*Historia interesantísima, añadió, cual ninguna novela y que merece referirse grandiosamente, es la de aquellos ocho mil catalanes y aragoneses, quienes, tras de vencer á los turcos en la Cilicia, á las faldas del Tauro, estuvieron á pique de constituir el Asia Menor en feudos militares en beneficio propio, ateniéndose al sistema feudatario del Occidente, y que por un agolpamiento de fracasos nunca vistos, tuvieron que venir á conquistar ó asolar por Europa lo más florido y descollante de aquel mismo imperio que habian acudido á resguardar y poner en salvo; y quienes desde el Quersoneso de Tracia, tras una marcha triunfal, atravesando la Macedonia hasta el pié del Olimpo y del Osa, y luego por*

los valles amenísimos de la Tesalia hasta la Beocia y el Atica, terminaron por fin sus peregrinaciones asombrosas y de mano armada en este último país con la derrota del duque de Gualtero de Briena, el último de los duques de linaje francés que mandaron en Atenas; y enarbolaron los blasones barreados de uno de sus príncipes siculo-aragoneses á las puertas de la Acrópolis de Minerva, mientras la bandera de Aragon y el estandarte de San Pedro ondeaban en las almenas del Pireo, en el puerto de Falera y sobre las mazmorras de la fortaleza de Crisa.»

«Historia interesantísima, repito, que yo os narraria con el fuego del actor y los pormenores de la epopeya, necesarios para conocer en toda su grandiosidad y belleza una empresa muy superior en dificultades y trabajos á las tan celebradas de Troya y del Bellocino, sin igual hasta las de Méjico y el Perú, si fuera este lugar y la presente fuese ocasion para traerla á la memoria de los hombres.»

«Ningun sitio más propio, le contesté, ni ocasion tampoco más adecuada para asunto tan heróico, cuales los en que nos hallamos. Un cielo lleno de misterios revelándose por entre la calina espesa con que la humedad del pasado temporal lo entolda; una bóveda de follaje verde y espeso; asiento cómodo, y el espectáculo de un panorama de los más hermosos de la tierra, tiempo, en fin, más que suficiente en lo que de tarde queda, me parecen lugar y momento oportunísimos para el objeto.»

«No, me dijo, porque mi experto oido ya escucha el rumor sordo y acompasado de la tropa que gana la montaña, y que llegará á coronarla antes de una hora, tiem-

po preciso para acabar la ya demasiado larga y pesada crónica que os traia á la memoria.»

«No la tengo por tal, y sólo accedo á vuestro deseo de acabar la historia de la Reconquista con la esperanza, ya que la condicion no quepa, de en ocasion propicia y cuando el tiempo huelgue, contarme aquella maravillosa expedicion que sin documentos como los existentes pasaria por un mito dedicado á satisfacer el orgullo y enardecer el entusiasmo de los defensores de Gerona y Zaragoza.»

«Yo me impongo gustosísimo esa condicion y la cumpliré en cuanto me sea posible; que así como sin voluntad abandonaba á los almogávares el dia de su entrada en la ciudad de Minerva, así podria suceder que mañana os dejara en las cumbres próximas del Apenino. Ni tiempo tuve para examinar la cada dia creciente decadencia de la culta Aténas: no bien iba á penetrar en el monton de ruinas que aún daban nombre á la encantadora pátria de Perícles, cuando uno de esos ímpetus que constituyen casi la regla de mi existencia me llevó á las montañas de Thesalia, y por sus crestas á los Alpes y el Pirineo, ya con el ánsia mortal de quien ve contrariados sus deseos, bien con la dulce y halagadora esperanza de volver á aquella tierra madre en cuyo seno pretendia caer para siempre.»

«¡Cuán agitada, empero, la encontré y cuán triste! Habian muerto en Castilla D. Sancho y su hijo Fernando, el Emplazado, sin lograr un momento de tranquilidad en el reino, dividido en facciones capitaneadas á veces por los infantes, hermanos ó tios del soberano, y á veces por *aquella familia de Lara, azote ó plaga constante de España*. No habian sido más afortunados en el exte-

rior, pues ni habian podido evitar la proteccion constante de los monarcas aragoneses á los infantes de la Cerda, aspirante legítimo, el mayor, al trono castellano, ni impedir las irrupciones de los portugueses en las tierras fronterizas del valle del Guadiana, ni acabar, por fin, con el reino de Granada, último pero brillante floron del antiguo poderío alárabe en la Península. Tan turbulenta como la de D. Fernando habia sido la minoría de Alfonso su hijo, á pesar de haber estado en ella entregada la gobernacion del reino á mujeres, lo mejor indudablemente y más sano de la familia real en tales tiempos; pero una vez las riendas en las manos del nieto de doña María de Molina, con maña, en ocasiones, artera y casi salvaje, ó con una energía que el recuerdo de las injurias sufridas hacia en otras cruel y temeraria. Alfonso el Onceno llegó á poner á raya algun tiempo á los magnates, y á dedicarse á la grande obra de la expulsion de los moros.»

«Con esa maña y esa energía pudo efectivamente, siquier por corto tiempo, reunir las voluntades de sus súbditos y aliados para dar á España otro dia tan glorioso como los de Calatañazor y de las Navas, llevando á su lado en el del Salado

E rricos omnes de grand guisa,
De Castiella la rreal,
Infançones de Gallisia,
E cavalleros de Portogal.
Bien así los cibdadanos
Fasian grand cavallería,
Fijos dalgo castellanos,
Levavan la mejoría.
Lioneses, asturianos,

Gallegos, portogaleses,
Biscaynos, guipuscoanos,
E de la montanna é alaveses.
Cada unos bien lidiaban
Que sienpre será fasanna,
E la mejoría davan
Al muy noble rrey de Espanna.

«Tan arrogante iba, con efecto, D. Alfonso en su caballo *Valencia*, y tan valeroso se mostró en aquella gran jornada, que nada tiene de extraño que uno de los que con nosotros combatian, Rodrigo Yañez, oyera á sus camaradas y exclamara con ellos.....»

Qué buen sennor
E qué noble cavallero!
Val Dios, qué buen lidiador
Val Dios, que rreal braçero!
De aquesta finco neçia
Africa, sin toda falla,
Alixandre, rey de Greçia,
Non ferió mejor batalla.
Nin Pepinos, rey de Françia,
Con la su cavallería,
Non fiso mayor matança,
De la que fue aquel dia.

«No conocia esos imperfectos pero bellísimos versos, dije yo al oficial interrumpiéndole, ni habia llegado hasta mí el nombre de Rogrigo Yañez, su feliz autor.»

«El poema, me contestó, no ha sido publicado hasta ahora: Yañez era un caballero riojano cuyas prendas le llevaron á la córte de Alfonso, donde gozó de gran pri-

vanza y del honor de varias de las jornadas acometidas por su amo. En la del Salado combatió como bueno al costado de D. Enrique, D. Tello y D. Fadrique, tres de los hijos del Rey y de doña Leonor de Guzman su manceba, cuyas hazañas en aquel dia memorable hacen tan interesante su historia, como la fortuna del primero y las desgracias de los otros dos, en el reinado siguiente.»

«La peste acabó con D. Alonso cuando esperaba hacerse dueño de Gibraltar, suceso que no costó, sin embargo, las lágrimas que mereciera hasta darse á conocer la cruel desconfianza y los instintos sanguinarios del hijo y sucesor de aquel insigne monarca.»

«Y no solo en Castilla, sino que en toda la Península parecian haber tomado entonces asiento la crueldad más refinada unida á la doblez y la traicion en los soberanos de las distintas monarquías en que estaba dividida. Eran tres los Pedros que en horrible pugilato se disputaban la primacía en la barbárie, los de Aragon, Portugal y Castilla; y sobrepujando á ellos en cobarde falsía y en dureza de corazon, regía á los navarros un Cárlos, de quien es inútil decir sino que recibió el sobrenombre de *El Malo*, que le han conservado las edades posteriores. Y no deja de ser, por cierto, bien curioso que el D. Juan que gobernaba por entonces á la Francia, siendo tan taimado y derrochador y cruel como los soberanos españoles, recibiera, sin embargo, el dictado de *El Bueno*, que tan mal cuadraba á su carácter y condiciones.»

«En España no habia virtud á salvo de un ultraje, honra que no fuese mancillada, servicios que alcanzaran otra recompensa que la muerte, ni asilo, en fin, para los fugitivos de la avaricia ó de la crueldad de aquellos tiranos, que comerciaban entre sí con la vida, el ho-

nor y las haciendas de los que se ponian á su alcance.»

«Es verdad que tampoco habia escrúpulos para faltarse recíprocamente; sin contar el asesinato de Abu-Said, usurpador del reino granadino, pero huésped, al cabo, suyo, cometido por D. Pedro, tanto por espíritu de justa aunque bárbara indignacion, como por la avaricia que dispertaran en el Castellano los tesoros del Musulman, los reyes cristianos tomaban unas precauciones en sus visitas y tratos que hacian bien manifiesta la desconfianza recíproca entre ellos y el temor de caer en un lazo tendido por los que les llamaban hermanos y aliados.»

«El tan celebrado Duguesclin, modelo de caballeros en concepto de sus compatriotas, cortó, al fin, con la más infame de las villanías, el hilo de la vida á D. Pedro de Castilla, elevando al trono á D. Enrique, cuya política, contrapuesta á la de su hermano para con la nobleza, retrata perfectamente el título de *El de las mercedes*. Disputáronle la corona los que, no pudiendo reconocer el parentesco que le unía á su víctima, podian presentar títulos más legítimos para la sucesion, como el rey de Portugal, biznieto de D. Sancho el Bravo, ó conexiones más íntimas, aunque del género de la suya, como el duque de Lancaster, casado con una hija de doña María de Padilla. Pero D. Enrique, entre cuyos gravísimos defectos no se puede enumerar el de falta de valor, supo imponerse á todos, con el rigor á los revoltosos del reino, á los portugueses venciéndolos por mar y tierra, y al Inglés entreteniéndolo en la Guiena con los franceses sus aliados.

«Sucedió á Enrique su hijo D. Juan, primero de este nombre, que siguió la política de su padre en las cues-

tiones exteriores, teniendo ocupado al de Alencastre en Francia y procurando atraerse la amistad de los portugueses con enlaces que pudieran dar más adelante lugar á la union de las dos coronas, tan repugnante entónces, á la verdad, para los castellanos, como en todas ocasiones para nuestros hermanos de la Península. Aun llegando á obtener el derecho, el ódio de los portugueses logró allegar bastante fuerza para neutralizarlo; y en Aljubarrota, una de las desgracias más lamentables para España, la batalla del 14 de Agosto de 1385 afianzó la corona usurpada de Lusitania en las sienes del bastardo D. Juan de Braganza.»

«Además del trono de Portugal, iba quizás á perder D. Juan el suyo de Castilla, segun parecia favorecer la fortuna al de Lancaster, aliado y suegro del portugués; pero la propuesta de otro matrimonio que aseguraba dos tronos á las nietas de D. Pedro y la Padilla, apaciguó al príncipe inglés, preocupado entónces con las desgracias de su dinastía en la madre pátria. No saboreó, sin embargo, D. Juan por mucho tiempo el fruto de su habilidad, pues, queriendo emular en destreza hípica con unos caballeros recien llegados de Africa, cayó bajo su caballo para no levantarse jamás.»

«Fué proclamado rey su hijo D. Enrique, el primero que llevó en España el título de príncipe de Astúrias, instituido á imitacion de los de Galles en Inglaterra, quien, al salir de su menor edad, reveló dotes que auguraban mejores tiempos para la monarquía castellana, pero cuyas dolencias lleváronle al sepulcro en edad temprana.»

«Los primeros años de la minoría de Juan II fueron pacíficos en el interior por la firmeza y lealtad de su tu-

tor el infante D. Fernando: no así cuando el ilustre conquistador de Antequera recibió de los compromisarios de Caspe la corona de Aragon; dejando al tierno príncipe entregado á un Consejo de regencia, de que se declaró cabeza á la reina madre doña Catalina.»

«Pero si agitada fué aquella época, muchó más llegó á serlo la que siguió á la toma de posesion del trono en el reinado de Juan II. Sin valor ni carácter para sostener su independencia en el ejercicio del poder real, no los tuvo para mantener incólume el favor que dispensaba á sus validos, ni áun para atraerse á los que entre ellos conspiraban con la esperanza de sucederles en la gobernacion del Estado y de su débil representante. Todo, así, fué turbacion y desórden en la monarquía: los infantes de Aragon luchaban sin cesar contra D. Alvaro de Luna, y al derribarle en ocasiones, luchaban entre sí como enemigos encarnizados, hasta que lejos de Castilla el uno de ellos y muerto el otro en la batalla de Olmedo, dejaron árbitro sin rivales á

. . . . . aquel gran Condestable,
Maestre que conocimos
Tan privado.

de quien podemos decir muy bien con Jorge Manrique, que

No cumple que dél se hable
Sino solo que le vimos
Degollado.

«Así cayó efectivamente el gran Condestable de Castilla, Maestre de Santiago, víctima principalmente de su propia desmedida ambicion; pero que lo fué tambien en

gran manera de los celos y ódio de cortesanos y señores rivales, y de la falta de fé y ánimo de su rey. Sus delitos, aunque muchos y graves, más eran los propios de su siglo que los de su condicion particular, no habiendo por cierto sido él más criminal que lo fué ó era á la sazon la mayor parte de los nobles principales de Castilla, despreciadores todos de las leyes de la razon y de la justicia cuando podian lograr sus propósitos por medio de la violencia. Tuvo grandes prendas, hizo muchos favores, y quienes los recibieron le fueron ingratos.»

«A la vida de aquel célebre valido estaba, sin duda, unida la del señor á cuyos piés solia dormir en la mocedad de ambos, porque á los pocos dias de la desgracia del Condestable, cayó tambien D. Juan II al rudo golpe de la muerte.»

«Parece que no debia temerse mayor desórden ni más falta de gobierno en Castilla; mucho más empuñando el cetro un soberano en edad de regir por sí solo la monarquía, y que revelaba algun carácter al atreverse á juzgar de la conducta política de su padre y áun á contrariar sus proyectos; y, sin embargo, los males crecieron en proporciones extraordinarias; tales eran la torpeza y flojedad que distinguieron á Enrique IV, llamado el Impotente desde la separacion de su primera mujer, pero empeñado en demostrar la falsedad de este sobrenombre con los mayores escándalos y el reconocimiento de una hija que la opinion general suponia fruto de un adulterio. Los grandes, siguiendo en sus añejas rebeldías, proclamaron, primero al hermano del rey, que durante un año anduvieron apellidando el duodécimo de los Alfonsos castellanos, y, muerto el infante, á su hermana doña Isabel, que no aceptó sus ofertas, con-

sintiendo tan sólo en que D. Enrique la declarase, como lo hizo, su heredera ante unas Córtes por él y libérrimamente convocadas.»

«Las veleidades del rey le llevaron á deshacer su obra y á desmentir la exclusion de la Beltraneja, así como á oponerse al enlace de su hermana con el heredero de la corona de Aragon; pero efectuada en Valladolid union tan venturosa, y muerto D. Enrique, las provincias castellanas, despues de algunas resistencias parciales y de una lucha corta y feliz con el monarca portugués, que sostenia los derechos de la infeliz Beltraneja, su sobrina y esposa, obedecieron todas las leyes de su incomparable soberana, unida en el poder, como en el afecto, á don Fernando bajo el hábil y generoso lema de

TANTO MONTA, MONTA TANTO
ISABEL COMO FERNANDO.

«Mientras tenian lugar en Castilla estos sucesos, el reino de Aragon operaba el complemento de su grandeza con la anexion de Navarra.»

«Desde el reinado de Pedro III, muerto poco despues del recobro de Gerona, conquistada por Felipe de Francia, que con el hermano del monarca aragonés, D. Jaime, rey de Mallorca, habia repasado el Pirineo, víctima, como todo su ejército, de una epidemia horrible, los aragoneses se habian ocupado más en sus asuntos de Italia que en los que se ventilaban en la Península española. Así D. Pedro como su hijo D. Alfonso, no habian tenido un dia de reposo acosados por los reyes de Francia y por el Papa, que se negaban á reconocer la nueva dinastía en Sicilia, y pretendian, además, implantar la de los Va-

lois en la tierra nada menos que de Aragon y Cataluña. Y para que, no sólo un dia, sino que ni un instante, gozara el segundo de aquellos soberanos de la satisfaccion del poder real, con la noticia, puede decirse, de la muerte de su padre, le llegaron las de que la nobleza aragonesa, extrañando se considerase en el trono sin haber prestado en las Córtes el juramento de costumbre, sin detenerse á observar que se hallaba en Mallorca distraido con la expulsion de su tio D. Jaime, de nada menos trataba que de trasladar á manos de éste la autoridad soberana.»

«D. Jaime II, hijo y sucesor de Alfonso III, áun obligado á una guerra repugnante con su hermano de Sicilia para cumplir las estipulaciones recien acordadas con el Pontífice y los franceses, trató de mezclarse en los asuntos de Castilla favoreciendo á los infantes de la Cerda; pero disgustos domésticos y complicaciones intestinas por la famosa causa de los templarios y los vejámenes que inferian los pisanos en la isla de Cerdeña, cuya soberanía, con la de Córcega, le habia conferido el Papa, le hicieron perder las primeras ventajas que aquella intervencion le habia proporcionado en Múrcia.»

«La guerra que D. Jaime habia sostenido en Cerdeña con los pisanos hubo de continuarla su hijo Alfonso IV con los genoveses durante todo su reinado, pacífico en todo el resto de la monarquía aragonesa, excepto en la casa real, donde un segundo matrimonio del rey llevó consigo su consiguiente cortejo de disensiones domésticas.»

«De condicion bárbaramente cruel, ambicioso insaciable, doble con violencia, sin una sola virtud y con cuantos vicios caben en la humanidad, D. Pedro IV reinó, sin embargo, cincuenta y un años, desde el de 1336 hasta

el de 1387; combatiendo en Castilla contra Alonso el Onceno, hermano de la madrastra del aragonés; contra la nobleza unida para arrancarle sus prerogativas bajo la direccion de sus mismos hermanos; contra su pariente el rey de las islas Baleares, que incorporó á sus Estados hereditarios, como quiso incorporar la de Sicilia alegando en perjuicio de la hija de Federico los obstáculos de la ley sálica que él habia hecho salvar en favor de su hija Constanza, y hasta llegó á hacerse reconocer soberano de los nietos de aquellos valientes almogávares, que habian conquistado á Patras y Atenas, y se mantenian aún poderosos en la ciudad de Minerva.»

«Los ódios, cuya explosion habia turbado la monarquía aragonesa al subir al trono Pedro IV, saludaron tambien los albores del reinado de su hijo Juan I, celoso de que su padre, que habia cometido toda clase de violencias por anular donaciones imprudentes del suyo, cometiese el mismo error en beneficio de su cuarta y última mujer, doña Sibila. Pero la debilidad que tanto motejaba en D. Pedro, la sentia D. Juan en tal grado hácia su esposa, que el palacio real llegó á ser, por caprichos de ésta, teatro de juglares extranjeros cantantes y bufones, de que fué necesario al pueblo grave y rudo de la Coronilla obligar á su rey á deshacerse por la fuerza.»

«A D. Juan, muerto de una caida del caballo en la caza, su diversion favorita, sucedió D. Martin, su hermano, que por fallecimiento del rey de Sicilia, en Cerdeña, quedó sin heredero directo, dando lugar al celebérrimo compromiso de Caspe, del que salió la exaltacion al trono aragonés de aquel infante de Castilla, D. Fernando, conquistador de Antequera y tutor de Juan II.»

«Como los reyes sus predecesores, Fernando y su hijo D. Alfonso, quinto de este nombre, pasaron el tiempo de su soberanía ocupados en unir con fuerte vínculo á sus Estados los de Sicilia y Cerdeña, así como en adquirir en el continente italiano otros nuevos con que enriquecer la monarquía aragonesa, ya tan poderosa y extensa. Alfonso llegó á hacerse adoptar por la reina de Nápoles, y fué necesaria la liga de la caprichosa y voltaria doña Juana con su poco antes fugitivo marido, el francés conde de Lamarche, con los genoveses, el Papa y el duque de Milán, para impedirle la ocupacion completa de aquel reino. Una vez abandonado, al tornar en 1432 con sus pretensiones de heredero de la corona, fué derrotado en Gaeta y hecho prisionero con sus hermanos el rey de Navarra y el infante D. Enrique, lo cual no impidió ¡resultados de un carácter tenaz y enérgico! que en 1438 llegara Alfonso á coronarse en Nápoles y á ser reconocido como soberano de las dos Sicilias hasta por sus más encarnizados enemigos, vencidos todos en Gaeta, Ursaria y Nápoles.»

«En 1458 sucedió á Alfonso su hermano D. Juan, rey de Navarra contra el derecho incontestable de su hijo el príncipe de Viana, con cuyo prematuro fallecimiento y el inícuo y violento de doña Blanca, su desgraciada hermana, logró mientras le duró la vida continuar con poder y título gobernando la monarquía pirenáica, destrozada por los dos bandos de beamonteses y agramonteses tan conocidos por sus ambiciones y crímenes. Sólo empero, al terminarse el glorioso y hábil reinado de Fernando el Católico, se vieron reunidas en una las dos soberanías de Aragon y Navarra, para cuatro años más tarde, en el de 1516, formar con la de Castilla un solo y

vasto imperio que iba á llevar el terror y la admiracion á las extremidades todas de la tierra.»

«¿Qué podré yo ahora deciros de los Reyes Católicos que no hayais leido en las mil historias de que ha sido objeto tan glorioso como feliz gobierno?»

«Yo los acompañé en todas sus afortunadas expediciones y no les valió de poco el celo que por permision, sin duda, del Altísimo pude desplegar en servicio suyo y en obsequio de tan útil como santa causa. Desde el asalto de Alhama hasta que Abul-Cassen entregó al rey Fernando las llaves de la Alhambra, mientras el desgraciado Boabdil perdia de vista aquella feliz tierra de Granada, *llorándola como mujer por no haber sabido defenderla como hombre*, no hubo una sorpresa, una escalada, un combate, una batalla en que yo no tomase parte, unas veces con el marqués de Cádiz, con Hernan Perez del Pulgar otras, ya con el invencible Gonzalo de Córdova y, por fin, con los dos soberanos que, compartiendo el imperio de la Península emulaban en valor y en desprendimiento para arrojar de ella los restos que de la morisma hacia siglos ocupaban la parte más pintoresca y fértil de Andalucía.»

«Nunca olvidaré aquel dia venturoso en que España vió flotar sobre el fantástico alcázar granadino las enseñas unidas de Castilla y Aragon. Las emociones de Calatañazor y las Navas no eran nada para la que sentía al pié de los muros formidables que circuian la ciudad de Aben-Alhamar, de la que no tardé en despedirme suspirando como su infeliz soberano y

En las ásperas costas africanas,
Al náufrago inhumanas,
Yo, Granada, tu nombre repetia;

Y las inquietas olas
Llevábanlo á las costas españolas;
En el polo apartado
Oyólo de mi lábio el mar furioso,
Por el teson del Bátavo enfrenado;
Oyólo el Rin, el Ródano espumoso,
El Alto Pirineo, el Apenino;
Y del Besubio ardiente
En el cóncavo hueco
Por vez primera repitiólo el eco.

TERCERA PARTE.

I.

LOS ESPAÑOLES DENTRO Y FUERA DE ESPAÑA.

El rumor ya indudable de la tropa que ganaba la montaña en que asienta Torricella, interrumpió en aquel punto al vehemente cronista de la guerra de ocho siglos contra la morisma. Y era tiempo, ciertamente, de dar fin á aquella narracion tan larga ya como su asunto ó que, al menos, debia parecérmelo en tal sitio y en ocasion como la en que me encontraba.

La época con cuyo recuerdo me entretenia el oficial, era interesantísima, á no dudarlo, pues que encerraba los gérmenes de la sociedad moderna, como época de transicion que puede considerarse entre el viejo mundo con sus religiones sin moral, sus leyes y constituciones de privilegios, y el mundo presente, todo espiritual, de igualdad y de progreso. Debia, pues, interesarme una que, áun cuando no pudiera llamarse con propiedad la historia, porque le faltaba mucho para bajo este punto de vista satisfacer á un crítico moderno, era la representacion más viva que yo habia leido ó escuchado de

la vida española en la reconquista cristiana. Pero las condiciones del narrador, la forma que daba á su relato, el lenguaje de que se valia, todo el artificio, en fin, con que llegaba á mis oidos envuelto y adornado, más que el placer de escucharlo provocaba en mi ánimo el ánsia de descorrer el velo que cubria á su autor, velo á cada momento más denso y á cada frase más incitador y misterioso.

Ya en Torricella la division del general Lersundi, y cumplimentada la órden que allí me habia retenido, emprendimos la marcha el oficial y yo acompañados del capitan Ibarra.

Teníamos que descender al valle del Velino casi tanto como habiamos subido en tres dias de marcha para cruzar el gran estribo que separa aquel rio de los últimos afluentes del Tébere por su orilla izquierda. El descenso era rápido; ménos incómodo, por consiguiente, que cabalgando, á pié y distrayendo con la conversacion lo largo del camino, en el que, por otra parte, lo ameno de los sitios y las revueltas que hacía necesario su desarrollo en las faldas del monte convidaban á recorrerlo despacio. Del diestro, pues, los caballos, emprendimos la marcha alegre, si no bulliciosamente, en direccion del cuartel general.

Empezaba el sol á declinar en su carrera, y los árboles del camino, iluminados ya tan sólo en sus enormes copas, arrojaban sobre nosotros sombra que á cada instante iba haciéndose más intensa y profunda. Los contrastes, así, de la luz en las claras del bosque eran otras tantas sorpresas, gratísimas unas si ofrecian la ocasion de admirar un accidente notable del terreno, conmovedoras todas y provocando emociones artísticas ó de una

melancolía poética. Un grito de asombro al descubrir en lontananza y entre bruma la ondulada llanura de Rieti, y el encuentro, momentos despues, de un aprisco, cuyo dueño nos recibió zampoña en mano y el hondo cuerno lleno de espumosa leche, fueron los que bien pudieran llamarse prodromos de aquella expedicion. Servian, con efecto, de prólogo á una relacion de las más embriagadoras para militares españoles que, como los antiguos celtas, iban á escuchar de lábios de quien pudiera tomarse por un bardo y bajo encinas seculares la historia de sus progenitores.

Una dificultad, y no ligera, se me ofrecia, sin embargo, para reanudar el anterior coloquio; la de salvar el escrúpulo, natural en mi acompañante, de no revelarse en todo su misterio á otro que no fuera de los que tuvimos la suerte de sorprendérselo en Tagliacozzo.

Discurrí largo rato para vencerla; y hé aquí las palabras con que esperé conseguirlo:

«El señor, dije á Ibarra tomando de la mano al oficial, es persona que á una erudicion vastísima reune la memoria más privilegiada; sabe la historia del mundo cual ninguno de mí conocido, y la de nuestra pátria como si uno á uno hubiera ido presenciando todos los grandes acontecimientos que la hacen tan instructiva y gloriosa. Sónle familiares los maestros antiguos y modernos del arte, y parece haberlos leido y comparado entre sí con tal atencion y criterio, que cuanto habla y discurre sobre los sucesos humanos, lleva el sello de una verdad comprobada que la hace irrefutable.»

Me miraba el oficial de hito en hito, como si abrigase la sospecha de una revelacion por mi parte, que pudiera vender su secreto; pero no tardé en descubrir una como

expresion de tranquilidad en su semblante que, con la satisfaccion de mi amor propio, me dió la esperanza de un éxito completo.

«Me abrumais con vuestras lisonjas, dijo despues de una pausa tan breve que apenas dejó tiempo para que Ibarra cambiase con él un saludo ceremonioso; he discurrido un poco sobre las miserias humanas, que no otra cosa parecen los sucesos históricos al desentrañar sus causas verdaderas, arranques del orgullo, vértigos de la ambicion, impulsos del despecho en los que se consideraban llamados á regir los destinos de la humanidad, pero nada más que discurrir con alguna madurez, no la que suponeis, es lo que me ha sido dado en mi trabajosa carrera por el mundo.»

Calló el oficial y continuó la marcha, haciéndose el distraido, como si temiera caer en algun lazo. Ibarra pareció no dar más importancia al caso de la que no podia menos de merecerle el aspecto de nuestro acompañante, á quien miraba con curiosidad pero sin admiracion ni sorpresa.

«¡La Historia! dijo al seguir una revuelta del camino donde el agua saltaba entre rocas y entre arbustos con suave y armonioso murmullo; ¿quién conoce la historia, la verdadera historia, cuando ha sido trasladada por los hombres, siempre influidos por las pasiones, nunca atentos á la voz de la razon y la justicia? ¿Cómo ha de darse uno cuenta del carácter de una época, de la índole de un pueblo si las impresiones vienen de quien las recibió por el prisma de sus simpatías y por pasion y por favor á los que se las inspiraban, ó por ódio á los que como él no pensaban, las trasmitió á las generaciones sucesivas?»

«¿Qué historia, prosiguió Ibarra dirigiéndose á mí, os relataba el señor al llegar nuestra division á Torricella?»

«La de la Reconquista cristiana,» respondí yo al momento.

«Pues bien, continuó Ibarra, ¿dareis fé ciega á los cronistas españoles? ¿Se la concedereis á los enemigos? ¿Creeis que buscando en las opuestas versiones de unos y otros la verdad, vais á encontrarla completa y cual se necesita para de ella deducir las consecuencias que hoy exige una crítica razonable? No la hallareis; y si no, ¿por qué los críticos sacan de esa historia corolarios diversos, haciéndola servir para demostraciones opuestas?

«¡La historia de la Reconquista! Para unos el caballero español será un dechado de valentía y de honor, de patriotismo y galantería, y otros, analizando escrupulosamente los hechos, descubrirán en ellos rebeldías, crueldades y faltas de fé que les inclinarán á creerlo salvaje, artero y mentidor. Y lo mismo digo de los árabes, cuya civilizacion sobresaliente ha sido por muchos desconocida, cuyo esplendor ha encontrado negadores y que de las puras costumbres del desierto no han mostrado á algunos historiadores más que la disimulacion, la envidia y el ánsia de la venganza. Ea, decidme, el español de la Edad media, ¿era valiente ó cobarde, honrado ó traidor, patriota ó revoltoso? y el árabe, ¿era culto, galante y generoso, ó cruel, grosero y vengativo?»

El oficial se detuvo á mirar á Ibarra, que se habia parado á observar la *cascatella*, y yo me quedé un poco á retaguardia en contemplacion del contraste que formaban la vehemencia febril del uno y el excepticismo genial en el otro.

El cuadro era, á no dudarlo, interesante. El observador hubiera en él hallado figuras de expresion admirable, conocidas las causas que la producian, y un fondo tan nuevo y embriagador y misterioso como aquellas imágenes y el asunto que podian representar. El oficial, sobre todo, apareciendo en el pequeño grupo velado por la sombra vespertina y la bruma del torrente como el protagonista del drama á cuya representacion respondia el cuadro, ofrecia cuantos atractivos pudiera ambicionar el más exigente de los artistas modernos; novedad, carácter y armonía. Pálido, más que pálido, amarillento y lívido el semblante, donde los marmóreos ojos y los gruesos lábios caidos sobre la barba dejaban traslucir bien admiracion, bien sentimiento ó sorpresa; en la mano izquierda el schakó y la derecha entre los crespos y revueltos mechones de su cabellera; rígido el alto cuerpo, vacilante, empero, cual si lo agitaran fuerzas encontradas con desigual empuje, parecia el oficial sostener una lucha interior entre su acostumbrado y ya espontáneo abandono en mi presencia y el recelo de no revelarse en toda su imponente originalidad á mi compañero de Cuerpo. Ibarra no veia al oficial; pero yo no queria perder ni uno solo de sus gestos para atender á cualquier accidente, nada extraño para quien se hallase en el secreto de aquel hombre.

Mi ansiedad era natural, porque si, como á Colonna y á mí, descubria el oficial á Ibarra su secreto, el velo de su misterio se descorria completamente para dejar á descubierto la locura. ¿Iria á descorrerlo?

«En la imposibilidad de trasladarse á aquellos tiempos, dijo por fin el oficial volviéndose hácia mí, hay que engolfarse en el exámen de su historia: no es empresa

fácil la de conocer con exactitud los sucesos que la constituyen, pero por encima de todos ellos asoma siempre la idea dominante, y esa idea revela el espíritu de la época y demuestra la índole de sus agentes, el espíritu de los tiempos y el ideal de los pueblos.»

«Estoy bien seguro, repliqué yo, que el señor pintaria la sociedad española de la Edad media con los colores verdaderos, cual si la hubiera visto y frecuentado en sus más importantes peripecias y trasformaciones. ¿Qué digo?.....: en la relacion que no há mucho me hacia de los grandiosos acontecimientos de la Reconquista, he descubierto cuán familiares le eran, por sus profundos conocimientos y su espíritu de exámen, las cosas y los hombres de aquella época. Mucho me equivocaria si sus explicaciones no satisficiesen al más escrupuloso de los oyentes sobre esos mismos problemas históricos cuya resolucion no cree posible mi amigo Ibarra.»

Ibarra hizo un gesto de duda; y, llevándose á la boca un sorbo de agua con la palma de la mano, se puso á caminar de nuevo por el espacioso andén del camino cada vez más cubierto de la sombra de los árboles y de la que á cada instante hacia más profundo el crepúsculo de la tarde.

Detrás de Ibarra nos colocamos el oficial y yo, él en medio para que los caballos no se alcanzasen, sueltos como iban á nuestro lado por el firme de la carretera; el oficial, mostrándome por señas cuánto iba temiendo una imprudencia mia, y yo queriendo tranquilizarle, aunque no sin la intencion de sondear más y más sus propósitos de darse ó no á conocer á Ibarra como á mí y á Colonna. Sacó maquinalmente de aquella bolsa, signo precursor de sus espontaneidades, un buen trozo de ta-

baco; ya iba á introducirlo en la boca, pero, como iluminado repentinamente por la luz de una idea temerosa, lo devolvió al bolsillo y con una triste sonrisa pareció quererme decir que acababa de evitar un peligro. Y con resolucion, muy rara en presencia de otros, interrumpió el silencio que un largo rato habia ya que se estableciera entre nosotros.

«Los españoles de la Reconquista, dijo el oficial en voz alta como para llamar fuertemente la atencion hácia su discurso, eran lo que los de ahora y siempre, «*amantes de sus costumbres antiguas, orgullosos con ellas; celosos de sus privilegios, dispuestos en todas ocasiones á derramar su sangre para mantenerlos; idólatras de sus reyes, extasiados en la admiracion de sus virtudes y ciegos para sus vicios y defectos; religiosos intransigentes, prontos á toda clase de sacrificios al temor de innovaciones en sus creencias católicas; dignos hasta el quijotismo, si así puede decirse; soberbios ante el poder, más soberbios en la desgracia é irritables hasta ser feroces ante la injuria.....*»

«La de siempre, interrumpió Ibarra; en hablando de sí mismos los españoles, no abandonan ni por un momento la hipérbole. La arrogancia, disculpable en los siglos XV y XVI cuando, acabando tan felizmente su grande obra de la expulsion de los moros, se derramaron los españoles por el mundo para descubrir tierras escondidas en las tinieblas de lo desconocido, castigar á los bárbaros y domar á los pueblos más cultos y más fuertes de la vieja Europa, se ha hecho endémica en nuestro país; y ni las desgracias posteriores ni el aniquilamiento actual, resultado de un carácter canceroso de envidia y de inquietud, han conseguido arrancarnos defecto tan chocante hoy como natural entónces. En

España, el que se detiene á estudiar nuestros grandes desastres del Guadalete y Alárcos, de la Invencible y Rocroi, es el *rara avis in terra*, pero en todos los lábios suenan, y con los detalles más minuciosos, Las Navas, Granada, Pavía y San Quintin, esas bases robustas de nuestra independencia y grandeza, fundamento, empero, del orgullo más desenfrenado. Y no el pueblo tan sólo, sino que los hombres más cultos, y sobre todos, los historiadores han ido fomentando esa vanidad irritante para cuantos nos tratan, con sus discursos apasionados ó sus escritos encomiásticos. Yo me tengo por tan patriota como el primero de ellos; pero estoy firmemente persuadido de que nada aprovecha á los pueblos como las lecciones fundadas en la verdad, aunque sea triste, de sus desventuras nacionales, y por eso ha dicho un filósofo moderno que la desgracia es la que acerca á los hombres y los prepara á la fortaleza y al engrandecimiento de su raza.»

Mientras Ibarra iba así combatiendo el espíritu de jactancia tan desarrollado en nuestros compatriotas, todo se le volvia al oficial pasear la vista de un lado á otro, como si la sintiera extraviada, detenerse, emprender de nuevo la marcha y saltar del andén al firme y del firme al andén, como procurando ponerse á la altura de su interlocutor para establecer con él una séria y detenida polémica. Habia perdido todo el aplomo en que le dejaba mantenerse ántes la consideracion que yo me imponia en obsequio á su desgracia, cualquiera que fuese el sentido en que la concediera, y revolvíase contra el que parecia negarse á reconocer su autoridad en materia histórica.

«No dejais de tener razon en cuanto vais exponiendo;

pero si yo hubiera podido terminar mi pensamiento sobre el carácter de los españoles, creo que habríais acabado por dármela á mí tambien. Cuando me habeis interrumpido iba yo á declarar el nombre del historiador que así ha pintado á nuestros compatriotas, y no sin exactitud, para el objeto de su obra. Hay, sin embargo, que distinguir entre los españoles en España y los españoles fuera de la Península, porque no se parecen mucho en sus condiciones. Y se comprende fácilmente esa diferencia por la diversidad de impresiones que en una y otra situacion reciben, de los afectos á que se entregan, de los intereses que los guian, de los móviles, en fin, tan distintos á que obedecen. Galantes con orgullo, fanfarrones con valor y generosos á la vez que crueles, se muestran en su país altaneros, descontentadizos é inquietos, cualidades todas resultado de aquella lucha interminable, á la vez que del roce con los enemigos en los momentos de paz y de respiro. La guerra de la Reconquista reprodujo en los españoles el personalismo celtibérico, personalismo que no hace mucho salvó á la pátria de la dominacion francesa; y al reproducirlo dió lugar á usos, costumbres y leyes que, en vez de combatirlo, lo confirmaron y fortalecieron. Para demostrar esto no hay más que traer á la memoria unas cuantas estrofas del Romancero, expresion popular y, como tal, la más elocuente del carácter español en aquellos tiempos. Pero trasladaos á América, á la Oceanía, á esta Italia que ahora pisamos, á Flándes y á Alemania con esos mismos españoles, y los vereis modificarse rápidamente, á punto de no reconocerlos. Y si no, decidme: ¿cómo pueden compararse Pizarro, Hernan-Cortés ni Legazpi con los montañeses sus predecesores, incansa-

bles, como ellos, en la pelea y los trabajos, pero combatiendo siempre en la frontera, junto al hogar paterno, ó con las fieras y los mónstruos marítimos? ¿Ni qué tienen de comun Gonzalo de Córdoba, Pescara y el de Alba con aquellos de sus mayores que empleaban sus mejores prendas en desacatar á sus reyes, vejar á sus vasallos y clientes, revolver, en fin, el país y ensangrentarlo con sus envidias y rencores?»

«Las guerras exteriores, imposibles sin disciplina, modificaron notablemente el carácter nacional; introdujeron costumbres de obediencia en los que, lejos del campo de una accion individual, esto es, de sus feudos y señoríos, se veian sujetos á la del rey cuando éste regia los ejércitos y, cuando no, á la de sus generales en jefe ó gobernadores, y ofrecieron al patriotismo camino más recto que el de las luchas de partido á que, más que contra la morisma, dedicaban los españoles sus esfuerzos en la tierra natal. ¿Cómo, de otro modo, habian de llevarse á cabo las admirables campañas que colocaron á nuestra pátria sobre todas las demás naciones de Europa? Aquel constante conspirar de la nobleza española contra sus monarcas; el recelo de los reyes y los pueblos trabajando sin cesar, los primeros por su autoridad y los segundos por su emancipacion, pero unos y otros para rechazar las pretensiones de los grandes ó vengar su tiranía, cien veces más ultrajante que la del trono, inutilizaban el valor de todos, consumian las fuerzas del país y sumianlo en la guerra civil, mucho más aflictiva y desoladora que la tradicional y sagrada de la Independencia.»

«Modificóse, pues, el carácter antiguo con las guerras exteriores, áun cuando no con tal fuerza que impidiera

su reproduccion cuando volviesen á presentarse circunstancias como las que le dieron nacimiento y consistencia. En cuanto se inició una guerra nacional, de independencia, asomó de nuevo sobre España el individualismo como recurso el más poderoso contra el invasor, probado en todas las luchas anteriores de la misma índole; y, con el personalismo, se abrieron paso todas las pasiones, que tan fatal huella dejaron en el país despues de la victoria. Y de ahí el desenfreno de las ambiciones más injustificadas, el empleo necesario de las intrigas y las traiciones, séquito indispensable de la falta de mérito; de ahí las guerras civiles, los pronunciamientos y motines, y con ellos la postracion de España.»

Y calló el oficial mirando á sus dos interlocutores como si tratara de leer en sus fisonomías el efecto de las palabras que habia pronunciado.

Ibarra habia estado muy atento á cuanto el oficial decia, y, áun cuando de soslayo, no habia perdido ni uno de los ademanes con que aquel acompañaba su discurso; manifestando, no sólo atencion, sino curiosidad tambien, y hasta sorpresa por el calor con que se le contestaba y rebatia.

«Mucha influencia concedeis á las guerras exteriores y á los descubrimientos de los españoles: no la negaré yo, por cierto; sin que, por eso, deje de creer algo exageradas vuestras opiniones. El carácter de un pueblo meridional, obediente más que ningun otro al imperio del corazon, todo pasiones y fuego, no varía fácilmente, y vos mismo habeis tenido que confesar que al primer choque solemne recordativo de las antiguas ocasiones en que fué haciéndose nacional, volvió á exhibirse con fuerza mayor, si cabe, que en ellas. Las guerras de Italia,

de Alemania y los Países-Bajos no fueron sino ceniza que cubrió el fuego de nuestras discordias: los huracanes de Rocroi y Dunquerque, de Portugal y Nápoles, remueven y aventan aquella ceniza, dejando á descubierto el fuego de las discordias españolas que ya asomaba en Cataluña; y si despues nuevas luchas en Italia dan algun prestigio á la corona española y la de la Independencia una gloria imperecedera, un solo acto político y el personalismo ibérico, atacado imprudentemente en él, así atizan el fuego que parecia de nuevo amortiguado, que no tarda en extenderse por toda la Península y causar la que vos llamais postracion de España.»

«Creo, pues, que exagerais al proclamar el influjo soberano de las guerras exteriores. ¿Qué elementos entraban en ellas para que produjesen resultado tan benéfico?»

«Yo os los enumeraré, dijo el oficial excitado con la polémica: yo os haré ver cómo la guerra de Italia dió solidez á la disciplina que los Reyes Católicos habian empezado á establecer con la administracion de las Ordenes militares, el sometimiento de la nobleza, la creacion de la Santa Hermandad y la todavía no bien debatida de la Inquisicion.»

Parecia el oficial disponerse á emprender, efectivamente, la enumeracion de los principios y causas que habian motivado el cambio de carácter en los españoles; pero, áun cuando me cautivase discusion tan sabrosa, no pude resistir al deseo de, con ese motivo, reanudar la narracion no hacia mucho cortada en Torricella. Así es que dije á nuestro camarada: «Mucho me interesa la disertacion que estais durante la marcha de esta tarde sosteniendo; pero, entusiasta por las crónicas, yo os rue-

go que al aducir las pruebas de vuestras opiniones sea prosiguiendo la forma historial para no interrumpir la marcha de los acontecimientos cuya memoria os habíais propuesto trasmitirme.»

«Sea, respondió, áun cuando tenga que concentrar mis ideas y mis recuerdos con atencion quizás exagerada para evitar distracciones y alguna digresion difícil de impedir en tales circunstancias, este sitio y la ocasion presente.»

O no dió valor Ibarra á estas palabras ó no intentó que se explicaran, creyendo perder, así, un tiempo que hacia precioso lo avanzado de la hora: yo las comprendí perfectamente, pero me guardé muy bien de darme por entendido de ellas; con lo que el oficial, un si es ó no es temeroso de alguna que él creeria indiscrecion, segun lo revelaba su semblante, principió á hablar muy despacio y en voz bastante baja hasta que, animándose con la narracion, volvió á tomar su tono ordinario y expresivo.

II.

EL GRAN CAPITAN.

En la época, dijo, de la conquista de Granada, cuando los Reyes Católicos llevaban á cabo la empresa más grandiosa de la Edad media en el Occidente de Europa, Italia era feliz; tal á lo menos lo parecia por la cultura de sus campos áun en los parajes más ingratos y montuosos, el número de sus habitantes, la magnificencia de sus ciudades, su industria y el comercio que sostenia con las demás naciones.

Y consistia en que Italia se gobernaba por sí misma, teniendo al frente de sus Estados príncipes ilustres y hombres de verdadero mérito, distinguidos en la administracion, las ciencias y las artes. Sobresalian Lorenzo de Médicis, á quien la República florentina debia una importancia tan desproporcionada á la extension de su territorio, é Inocencio VIII, varon de eminentes virtudes que ayudaba al de Médicis con su grande influencia al mantenimiento del equilibrio existente entre los diferentes Estados.

En el horizonte político de Italia se descubria, sin embargo, un punto negro, nubecilla, al parecer, poco

densa, pero preñada de las tempestades que habian de sumir de nuevo este hermoso país en los horrores de la guerra más dilatada y sangrienta. Gobernaba á Milán Ludovico Sforza en nombre de Juan Galeazzo su sobrino, jóven ya de más de 20 años aunque de entendimiento escaso, abandonado de su abandonadísima madre y educado en la servidumbre de su tio que, no satisfecho con el título y las atribuciones de tutor y regente, se aplicaba las de duque de Milán con los signos todos y las apariencias del Principado. Para no reconocerse deudor de su autoridad á la eleccion de los pueblos se decia feudatario del Imperio, pero no se cuidaba, ni por su sobrino ni por él, de solicitar la investidura de los emperadores. Cansado de la regencia, intentaba suplantar á Galeazzo; pero temiendo la oposicion de los Estados vecinos y sobre todo la del rey de Nápoles, abuelo de su pupilo, *creyó indispensable revolver el agua para poder pescar en ella con más facilidad.*»

«Por una cuestion de dignidad, Ludovico Sforza, generalmente llamado *el Moro*, se indispuso con los Médicis y con Alfonso el de Nápoles que le acusaba de maltratar á su nieto, y, en vez de la confederacion contra los franceses que iba á buscar en Roma, se unió, para llamarlos á Italia, á Alejandro VI, sucesor de Inocencio y quejoso del napolitano.»

«Reinaba en Francia Cárlos VIII que, como hijo de Luis XI, se decia heredero de la casa de Anjou, príncipe aturdido, sin experiencia y que creyó deber empezar por la de Nápoles la conquista del mundo, con que soñaba desde que, ya de 15 años y al aprender á leer, se enamoró de César y Carlo-Magno.

«No faltaron en Francia varones prudentes que le

aconsejaran el desistimiento de tal empresa; pero la juventud de Cárlos y sus ambiciones le hicieron desoirlos para atender tan sólo á las reiteradas instancias de los italianos. Porque Juan Galeazzo «esperaba que le liber»taria del yugo de su tio; *los florentinos se prometian »emanciparse, con su ayuda, del de los Médicis; Alejan»dro VI dar un principado á su familia, los venecianos »humillar la casa de Aragon, y los napolitanos libertar»se de la tiranía extranjera: en Italia, sólo las gentes sá»bias creian bastante graves las circunstancias para te»mer el porvenir.»*

«Así las cosas, Cárlos VIII pasó los Alpes con un ejército que algunos historiadores han creido encerraba la flor de la Milicia francesa. Yo os diré, porque importa mucho saberlo para aquilatar el valor de los españoles y el génio de Gonzalo de Córdova, la composicion de aquellas tropas. Pasaban los hombres de armas, todos franceses, de 3.500, y, tambien franceses, iban 600 arqueros, otros tantos ballesteros y hasta 8.000 de infantería ligera, todos armados de arcabuces. Pero ¡ qué gente! causaba espanto verla. «*De todos los que iban con »las banderas y bandas de los capitanes, la mayor parte »eran gentes de saco y cuerda, pícaros escapados á la »justicia, y sobre todo, marcados con la flor de lis en la »espalda, desorejados y que ocultaban las orejas con sus »largos cabellos enmarañados y sus horribles barbas, tan»to por esta razon como por mostrarse más espantosos á »sus enemigos.*» Lo mejor del ejército eran 8.000 suizos; y lo más notable el tren de artillería, que constaba de centenares de piezas de todos calibres, encabalgadas, la casi totalidad, en montajes sumamente ligeros, y arrastradas por caballos, con lo cual y con ser de hierro los

proyectiles que lanzaban, tenian una movilidad y una eficacia desconocidas hasta entonces.»

«La marcha por Italia fué un paseo militar para el ejército francés, un verdadero desastre, una calamidad inaudita, el más horrible de los azotes para los italianos. Decia despues uno de estos: «*La ferocidad de los »franceses, que en las plazas fronterizas exterminaba po»blaciones enteras y se cebaba en los hospitales cuando no »encontraba otro pasto, habia abatido nuestro valor y pa»ralizado nuestros medios de defensa, como cuando un asesino penetra con el puñal en la mano en medio de una reunion de familia.*»

«El rey D. Alfonso, perdida toda esperanza, abdicó y se hizo fraile; su hijo D. Fernando se retiró á Ischia y de allí á Messina; él, su padre, cuantos se mantenian afectos á la casa de Aragon, el mismo Ludovico Sforza, el emperador Maximiliano, los venecianos y hasta el papa Alejandro volvieron los ojos á los soberanos de Castilla y Aragon para rechazar á los franceses.»

«Cárlos comprendió el peligro, y para conjurarlo regresó á Francia, áun cuando no tan pronto que no hallara en Fornovo á las tropas de la liga, que aún tuvo la fortuna de vencer y derrotar. En Nápoles habia dejado la mitad de su ejército con el duque de Montpensier y á las órdenes de un señor escocés, Everardo Stuart, señor de Auvigni, capitan de reputacion grande y merecida.»

«Y aquí comienza á hacerse europea la que ya tenia entre los españoles el insigne Gonzalo de Córdova, maestro de nuestra gran escuela militar del siglo XVI.»

«Gonzalo arribó á Sicilia en Mayo de 1495 con 5.000 infantes y 600 caballos; y despues de fijar el plan de

campaña con D. Fernando, se trasladó al continente con sus tropas y las que se pudieron juntar en la isla para establecer su base de operaciones en Reggio que, al desembarcar, tomó arrebatadamente por asalto. Muy escasas eran sus fuerzas para sobreponerse á las que Auvigni mantenia en la Calabria; pero la habilidad y energía de Gonzalo suplia á todo, y Santa Agata y Seminara se habian sometido á los pocos dias á la obediencia de su legítimo soberano.»

«Carecia Fernando de prudencia cuanto excedia en valor; y, desoyendo los consejos de Gonzalo, se empeñó en aceptar la batalla que al pié de la última de aquellas plazas le ofreció el de Auvigni, muy superior á él en fuerzas de todas armas. Y se dió la batalla de Seminara, única que Gonzalo perdiera en sus varias, dilatadas y difíciles campañas. En ella tuvo lugar un rasgo de abnegacion, muy raro en otros pueblos, tan frecuente en España, que, sin ir más lejos, el monarca napolitano y su general vinieron aquel dia á resultar iguales en la manifestacion de la lealtad castellana.»

«De vuelta en el campo granadino de una celada en que creia hacer caer á los moros, Gonzalo se vió solo, rodeado de enemigos y con el caballo además muerto, sin esperanza, en fin, de salvacion alguna. Habia, sin embargo, no muy lejos de él un hombre, cuyo conocimiento no importa ahora, que, abriéndose paso entre los enemigos, ofreció á Gonzalo un caballo, en el que pudo el héroe llegar al campamento.»

«Esto sucedió, segun acabo de indicar, en el sitio de Granada. Pues bien; tres años despues, en presencia, puede decirse, del mismo Gonzalo de Córdova, otro español, el castellano Juan Andrés de Altavilla, ve al mo-

narca de Nápoles á punto de morir, ó, al menos, de caer en manos de los franceses, y no tan sólo le entrega el caballo que montaba, sino que, para darle tiempo de cabalgar y de salvarse despues, detiene á los enemigos con su lanza hasta morder la tierra.»

«¡Cuán grande y cuán sincera no seria la admiracion que en Gonzalo crearian rasgos tan sublimes y frecuentes en sus soldados! ¡Qué de extraño, pues, que en el *paso honroso* de Barletta los tuviera por los mejores del mundo!»

Y al hablar así el oficial me miraba como para recordarme la polémica anterior. No pasó desatendido esto para mi camarada Ibarra; y áun cuando en tono que revelaba la intencion de no reproducirla, dijo lenta y solemnemente: «La masa excelente; trabajo estéril el de buscarla mejor, más sólida y homogénea; lo que sobrenada, como la de todos los metales, por preciosos que sean, es la escoria.»

Las palabras de mi amigo trajeron á la memoria mia una comparacion semejante que habia escuchado de lábios de uno de nuestros más distinguidos generales. «El pueblo español, decia el inolvidable marqués del »Duero, se asemeja á una bala de cañon: el interior es »de hierro, con todas las propiedades de un metal sin »mezcla, duro, tenaz y generoso; en la superficie están »los óxidos, lo que el aire y la tierra, lo que el mundo y »los hombres hacen degenerar y corrompen.»

«Es curioso é importante el episodio, continuó Ibarra; »lo oigo con el corazon henchido de orgullo; con el que »voy escuchando esa narracion que recuerda el proemio »de la brillante epopeya de aquel siglo en que por los »ámbitos del mundo no se sentia un ruido que no fuese

»el de las armas españolas; no se veia un adelanto que »no reconociese su orígen en nuestra noble pátria.»

«Proseguid, proseguid, señor oficial.»

«La batalla de Seminara, continuó éste, no produjo, afortunadamente, los resultados que, sin sus achaques y ante otro general ménos experto, hubiera, sin duda, d'Auvigni sacado de un combate tan bien dirigido hasta su remate. *Tuvo que meterse en la cama, no se atrevió en tal estado á dirigir el alcance de los vencedores contra los vencidos, y no pudiendo ir á su frente, les concedió un descanso, que él necesitaba más que nadie, pero que le arrebató todos los frutos de su victoria.*»

«Fernando pasó á Sicilia, y de allí á Nápoles, á donde no habia llegado aún la noticia de lo de Seminara; Gonzalo, desde Reggio, su punto de retirada, pudo comenzar la guerra que mejor cuadraba á unas tropas acostumbradas á la de España con los recien vencidos sarracenos; y á los pocos meses, apoderado de toda la costa del Jonio y de la mayor parte de las plazas de la Calabria, hacia aquella marcha admirable de Nicastro á Melfi, en que, como dice Quintana, *cada paso era un ataque y cada ataque una victoria*, para reunirse al monarca napolitano y acabar, con la expugnacion de Atella, la sumision de todo el reino á la dinastía aragonesa.»

«Aquella marcha es una de las operaciones más sábiamente ejecutadas de cuantas de las de su género pueden conmemorarse en la historia. Más de 40 leguas recorrió Gonzalo de un camino interceptado por rios y montes de muy difícil tránsito, por plazas que bien podian llamarse fuertes en una época de tanto atraso para la artillería; los montes, defendidos por sus habitantes, los más belicosos del reino, las plazas y castillos coro-

nados de franceses y de aquellos barones tan tenazmente apegados á la casa de Anjou. ¿Y cuándo tenia que salvar nuestro ilustre compatriota tantos obstáculos? En los momentos en que el menor retraso significaba la desgracia del monarca en cuyo auxilio habia ido á Italia, á las manos con su mortal enemigo el de Montpensier y su experto y sábio general. Tres asaltos costó la plaza de Cosenza, pero los tres se dieron en un solo dia; en Layno fué muerto el celebrado conde de Melito, Alberto de San Severino, y hasta once de los más notables barones de los de Anjou murieron con él, ó cayeron en poder de nuestras tropas, apostadas, á favor de la noche y del ruido de la *cascatella* inmediata, para, al punto de amanecer, asaltar el pueblo; y una nube de ciudades y fuertes, amedrentadas las guarniciones con tan rudos y ejecutivos ataques, se rindieron con sólo avistar su ejército al afortunado y diestro capitan.»

«Así, y sólo así, podia reunirse á D. Fernando que le habia llamado, con quien pasó, en seguida, á poner sitio á la importante fortaleza de Atella, para con su capitulacion destruir todo el poderío francés en el *reino*.»

«No gozó Fernando mucho tiempo del triunfo, pues que á impulsos de la disentería murió cuando todo parecia sonreirle, gloria, poder, hasta una reputacion quizás superior á su mérito. Sucedióle su tio D. Fadrique, príncipe ilustrado y de prendas, más propias, sin embargo, para tiempos tranquilos que para los borrascosos que atravesaba el reino, á pesar de dejárselo Gonzalo libre de enemigos á los pocos meses de haber ceñido la corona real.»

«La fama de tanta habilidad, como la del valor de los soldados españoles, inspiró en Roma la idea de acudir á

Gonzalo para librar los Estados Pontificios de los graves daños que en ellos producia la ocupacion de Ostia por el cardenal de San Pedro, ayudado de unos centenares de franceses que capitaneaba un Menoldo Guerri, vizcaino metido á *condottiere*, valeroso y hábil, pero feroz, tirano y desalmado. Nuevas construcciones y modo de ser diferente en los ejércitos, han llevado á otros puertos las llaves marítimas de Roma que entonces guardaban Ostia y Fiumicino en la boca del Tíber; pero Ostia, sobre todo, imponia entónces mucho en la capital por su vecindad, su puerto y sus defensas que ofrecian seguro apeadero á cualquiera expedicion francesa.»

«Gonzalo batió en brecha la fortaleza á los tres dias de haber establecido su campo en el agro romano, y cinco despues la asaltaba con el insigne Garcilaso de la Vega, nuestro embajador cerca de la Santa Sede, que, por un frente opuesto al del ataque, la escaló tambien y contribuyó á su rendicion.»

«La entrada de nuestros compatriotas en la Ciudad Eterna recordaba la de los triunfadores de que aquellos monumentos habian sido mudos testigos; tales fueron la pompa, los vítores y los agasajos con que se les recibió de San Pablo al Vaticano. Allí viérais el entusiasmo de los enemigos de la Francia, la gratitud de los que Ostia tenia en la miseria y el hambre, sobre todo, del que, además de deshacerse de una vecindad que tanto calor daba á los muchos descontentos que su tiranía y sus vicios le habian creado, creia tener en Gonzalo el instrumento con que anonadarlos á todos.»

«Pronto, sin embargo, debió caer de su error, porque á la entereza con que nuestro héroe defendió el honor y el carácter de sus ínclitos soberanos, correspondió el ale-

jamiento de toda ingerencia en los asuntos temporales de los Estados Pontificios, de los que muy pronto se trasladó á Nápoles para despedirse de la tierra en que tantos laureles habia recogido.»

«Aún tuvo que ayudar á D. Fadrique en la conquista de Trani, que todavía estaba en poder de alguno de los barones afectos á la Francia; pero la presencia de Gonzalo puede decirse que bastó para aquella empresa, con la que se dió término á la primera campaña de los españoles en Italia.»

«Y no se hubiera dado lugar á otra nueva más dilatada y sangrienta, añadió Ibarra, si en aquella época siguieran los negocios de Estado el impulso de la moral y del bien de los pueblos. Campaña tan decisiva debió enseñar á los franceses que no tenian raices en Nápoles para mantener un dominio fundado tan solo en la fuerza de las armas; y que si unos cuantos españoles, por valerosos que fuesen, y un general, por hábil que se mostrara, los repelian tan ejecutivamente, seria porque una nacion puede ser conquistada pero no sometida si el derecho, la conveniencia y el aprecio no se abren paso franco en el corazon de los vencidos.»

«Así es, dijo el oficial, y buenas pruebas ha dado de ello España; pero eso sucede en países como el de nuestra pátria; no tanto allí donde la volubilidad es característica y hoy se ama lo que ayer se hacia aborrecible, donde siempre se mira á las nubes para seguir las corrientes del viento. Los barones partidarios del de Anjou eran muchos é imponian grandemente al pueblo, y tan pronto como Luis XII hizo aparecer en Nápoles soldados más disciplinados y caballeros más cumplidos que la chusma y los hombres de armas de Cárlos VIII, Gonza-

lo, segun veremos muy luego, se encontró solo, entregado á sus propias fuerzas, á su habilidad y génio.»

«Es verdad que la causa que sustentaba habia ya tomado otro rumbo; del de la integridad del territorio napolitano y del de la defensa de la dinastía legítima pasó al de la desmembracion de aquel y al de la usurpacion más arbitraria é injusta. ¡Cuánta pericia y qué tacto, qué dotes tan sobresalientes no tendria que desplegar nuestro caudillo para sobreponerse á tantos obstáculos, á dificultades de índole tan diversa y grave como los que la política torcida de su soberano le iba á crear en su segunda expedicion!»

«Porque es difícil hallar memoria de un tratado como el que Luis XII y Fernando el Católico celebraron en el año de 1500 para la reparticion de Nápoles. Se comprende en el francés que, aun teniendo carácter tan opuesto al de su antecesor, seguia una política tradicional en la nacion á cuya cabeza se hallaba; pero en el jefe de la dinastía aragonesa, una de cuyas ramas gobernaba en Nápoles, en el pariente del desgraciado D. Fadrique y en quien llevaba dictado tan honroso y que tanto comprometia, es indigna una conducta que solo puede hallar admiradores entre los del famoso secretario de Florencia. Tan cruel era el convenio, que hubo de mantenerse secreto hasta la aprobacion del Papa que, aun siéndolo el Borgia, la hizo esperar más de lo que podian creerlo en su impaciencia los dos ambiciosos monarcas.»

«El de Francia se adelantó á despojar de su tan mal adquirida soberanía á Ludovico Sforza con el objeto importantísimo de crearse una base sólida de operaciones en las faldas meridionales de los Alpes. Fernando, como si sólo atendiese á las reiteradas instancias de los vene-

cianos acosados en sus posesiones por el sultan Bayaceto, situó en Sicilia un ejército de 6 á 7.000 españoles distrayéndolos en la toma de Cefalonia ínterin con la aprobacion del Papa se hacia público y se llevaba á práctica el tratado contra D. Fadrique.»

«Era difícil y no costó poco la conquista de la fortaleza de San Jorge, donde el hercúleo García de Paredes fué preso en los garfios de un *lobo* á que, gracias á su extraordinaria fuerza, pudo agarrarse para no ser despedido contra las rocas, debiendo además la vida á la admiracion de sus enemigos. La artillería y las minas parecian ineficaces en el granito de los muros, y sólo despues de mucho tiempo pudieron las bombardas venecianas abrir una pequeña brecha que los españoles asaltaron con su gallardía ordinaria. Los turcos, no queriéndose rendir, perecieron en su casi totalidad con su valiente gobernador, como para anunciar al mundo su idoneidad para la defensa de las plazas que tanto honor habia de proporcionarles y tanta sangre habia de costar á sus ambiciosos vecinos.»

«Si, como queria D. Fernando hacer creer al Papa, el objeto de la expedicion á Italia era el de castigar á los turcos, ocasion se le presentó para haber emprendido una campaña feliz despues del suceso de Cefalonia. Pero habia llegado el momento de anunciarse á Europa el convenio entre los soberanos de España y Francia, y los dos se apresuraron á llevarlo á efecto.»

«El duque de Nemours atravesó la Italia central á la cabeza de 14.000 hombres, los mejores soldados de Francia y Suiza, y Gonzalo tomó tierra en Troppea con poco más de 4.000, los mismos con que habia ejecutado su expedicion á las Jónicas. Nemours se apoderó sin resis-

tencia de la Tierra de Labor y de los Abruzos que señalaba el tratado á su soberano: solo Cápua se negó á recibirle, pero ya encontró la puerta por donde entraria el mulo de Filipo, y con un escarmiento bárbaro hizo ecordar á los napolitanos las soeces vejaciones de la soldadesca de Cárlos VIII. Gonzalo ocupó tambien sin obstáculo las Calábrias y la Pulla, que le habian tocado á Fernando en el reparto, exceptuando la plaza de Tarento, donde se habia refugiado el hijo de D. Fadrique con los pocos que permanecian leales, cortesanos ¡caso raro! de su desgracia. Tarento cayó como Cápua en poder de los enemigos del soberano legítimo de Nápoles; y si no hubo traicion para su conquista debida á la habilidad militar sin igual de Gonzalo, la desplegó éste, y muy insigne, en el cumplimiento de las capitulaciones, á pesar de haberse estipulado con juramento ante una hóstia, representacion la más venerada del Mártir del Gólgota.»

«Su esencia, su mismo cuerpo, dijo Ibarra, puesto que Gonzalo juró por la hóstia consagrada dejar en libertad al hijo de Federico. Veo, añadió dirigiéndose al oficial, que no disimulais las faltas de nuestros compatriotas por grandes que se hayan mostrado y diligentes en procurar el engrandecimiento de la pátria. Sólo así puede enseñar la historia, porque solo así es historia, y cautivar á los que exigen, y con razon, la verdad como la primera de las condiciones que deben acompañar á la memoria de los sucesos á que se dedica. Yo no dejaré de reprobar nunca una capitulacion en que, no ante un sacrilegio, sino ante la firma, ante la simple palabra se pacte lo que no esté dispuesto á cumplir el oficial encargado de ajustarla. Si las instrucciones del soberano,

si la propia inspiracion le instigan á ello por la importancia del punto, derrámese á torrentes la sangre; gástense el tiempo más precioso, los más ricos tesoros, pero no se manche un nombre destinado á la inmortalidad con un borron indeleble tambien en la memoria de los hombres honrados y amigos de la justicia. He leido crónicas, apologías, trabajos literarios con ínfulas de historias en que se ha disculpado al Gran Capitan con la consabida razon de Estado y las órdenes del Rey Católico. Ni hay razon de Estado que justifique el sacrilegio, que releve á un general de su palabra, ni D. Fernando se hallaba á distancia de inspirar la capitulacion de Tarento.»

III.

¿ES UN LOCO?

Iba cerrando á la sazon la noche; pero sobre las montañas del Apenino, cuyas cumbres acababa de dorar el sol, resplandecia la luna luchando con los últimos destellos de aquel astro, tangentes á nuestro hemisferio, en melancólica dulzura. El bosque seguia á un lado y otro del camino, y la enramada, más espesa segun descendíamos, no se dejaba atravesar por los rayos de la luna sino en algun claro donde, penetrando como perezosamente, daban orígen á esas atmósferas azules, fuegos de Bengala encendidos por la casta divinidad de la noche. La bóveda de verdura que nos cubria se mostraba además rota en cien puntos por las ráfagas de luz que, á manera de las que cruzan las catedrales góticas tomando los colores del vidrio que les sale al paso, iluminaban nuestro camino y en las rocas y los arbustos de los bordes hacian saltar mil chispas tanto más brillantes cuanto más oscuro era el fondo en que se destacaban.

Ante el espectáculo de uno de aquellos contrastes, verdaderamente fantásticos, de luz y sombra, me detuve

extasiado unos instantes, llamando sobre él la atencion de mis compañeros de expedicion.

Ibarra dijo: «Los habitantes de las grandes poblaciones ignoran, con efecto, las excelencias de la naturaleza. La que en estos momentos nos ofrece es realmente de las que obligan al hombre más frio y práctico á reconocer cuántos goces se pierden en la frívola y consumidora vida de las ciudades. Es verdad que este cielo de Italia aumenta el encanto de los espectáculos naturales con su atmósfera caliginosa y su vegetacion exhuberante donde las refracciones y difracciones, como ahora estamos presenciando, toman proporciones desconocidas en el resto de los climas europeos.»

«Aquí, añadí yo, se experimentan verdaderamente sensaciones á que no está uno acostumbrado, por más que no sea muy diferente de este el cielo hermoso de nuestras provincias meridionales. El espectáculo de que ahora gozamos no tiene igual; y se comprende cómo en los pueblos primitivos se unia á la adoracion del sol, que todo lo alegra, todo lo vivifica, la de la luna, que viene luego á desvanecer las zozobras y los terrores que no puede ménos de dispertar la ausencia de aquel astro. No se puede concebir su separacion en la imaginacion de los hombres.»

«Esa, dijo el oficial, era la religion de nuestros antepasados.»

«¿Teneis esa opinion?» preguntó Ibarra.

«No es una opinion, se apresuró á contestar aquel, es la seguridad más perfecta la que me inspira estas palabras. Los españoles, cuyas creencias no llegó á manchar el politeismo sensual de los fenicios, griegos y romanos, con las reminiscencias de su abolengo, que si no añado

primitivo es para evitar discusiones, adoraban á un Dios inmaterial, y, como su representacion más benéfica á la vez que tangible, al sol y á la luna. Sin remontarme á otras pruebas, yo he visto en Cazlona, las ruinas de lo que se llamaba Cástulo, inscripciones bien elocuentes dirigidas á condenar la idolatría de los conquistadores, y los que sepan leer los monumentos comunmente llamados celtibéricos, medallas, monedas é inscripciones votivas é históricas, no dejarán de encontrar á cada paso los signos y la significacion religiosa de los dos luminares de nuestro globo.»

«¿Es que sabeis quizás, interrumpió Ibarra, descifrar esas monedas que unos dicen desconocidas y otros celtíberas, todos para manifestar que no las comprenden?»

«Como si estuvieran en castellano, y las traduce perfectamente todo el que sabe el idioma primitivo de España, que no es otro que el euskaro, hoy algo corrompido en nuestras Provincias Vascongadas. Su alfabeto es el que Cadmo, y quien dice Cadmo dice cualquier viajero fenicio, llevó á Grecia de nuestras costas ó de las del Golfo Pérsico, alfabeto conocidamente añadido despues, y no sé si perfeccionado ó echado á perder. Si tuviéramos á la vista un monetario español, yo os mostraria las concordancias del antiguo alfabeto euskaro con el griego, la mayor sencillez de aquel, su pureza verdaderamente primitiva y su elocuencia gráfica. No veríais una sola medalla en que la inscripcion local no encerrara los accidentes topográficos de la poblacion en que se hubiese fundido, como sucede en todas las que constituyen el país vasco y en no pocas de Alemania. De ahí deduciríais que la antigua raza española es la vascongada; y si yo os demostraba que en los nombres

corrompidos de Cástulo, Numancia y cien otros de toda la Península se encontraba la significacion en vascuence de sus respectivas localidades, como en muchas montañas y fuentes de rios importantes, reconoceríais que aquel idioma fué general y es el más antiguo de España.»

«Pues bien, añadió el oficial balbuceando por efecto del puñado enorme de hojas de tabaco que, sin advertirlo probablemente, se habia metido en la boca, en esas medallas y en esas inscripciones no se descubre ídolo alguno; sólo aparecen, y esto con frecuencia, las imágenes del sol y de la luna, revueltas con la de los productos naturales de la comarca á que se refieren. Esto es; toda la *gráfia* de la naturaleza local, si así puede decirse, las doradas espigas, el ganado, la pesca, cuanto representa la riqueza de un pueblo, creada, fomentada y protegida por las divinidades tutelares, el principio generador, y, como auxiliar, su satélite.»

El oficial iba ya hablando en un tono que me alarmaba, levantado y enfático. Como si en lo que pudiera sobrevenir me fuera la vida, me puse á temblar y me paré precisamente en uno de aquellos claros del follaje iluminados con la bruma azulada de la luna, donde se reunieron á mí, el oficial empujado, sin duda, por su admiracion al planeta, é Ibarra por habernos detenido los demás y la curiosidad que debia producirle el discurso de nuestro interlocutor.

Este, volviéndose á la luna, como para que le iluminara de lleno el rostro, exclamó cada vez en mayor excitacion, casi en éxtasis:

«¿Qué eres, oh luna? Dí: córrase el velo;
»¿dominas tú la celestial region?

»La augusta mano del Señor del cielo
»¿te puso allí cual eternal padron.»

. . . . . .

«¿Qué es esto?» me dijo Ibarra poniéndose á mi lado.

«Hablaremos,» le contesté tambien por lo bajo.

El oficial no debió apercibirse de la evolucion de Ibarra ni de mi respuesta, porque continuó con igual entonacion declamando los versos tan conocidos de Romea:

. . . . . .

«¡Cuántos sucesos de perenne gloria!
»¡Cuántos de luto, sangre y mortandad
»viste pasar, y huir y su memoria
»del tiempo hundirlos allá en la eternidad!»

. . . . . .

Despues, como si todo aquello fuera lo más natural del mundo, emprendió la marcha, pero no ya como el respetuoso subordinado con sus superiores, sino poniéndose á nuestra cabeza cual un caudillo de los tiempos heróicos á la de sus secuaces. Y como si creyera supérfluo el recoger el hilo, no mucho antes roto, de su narracion histórica, sin preámbulo alguno, sin el más ligero exordio, con voz robusta y vibrante dijo:

«¿Cómo podian entenderse dos voluntades tan opuestas? ¿Cómo quedar satisfechas ambiciones tan desaforadas cuales eran la de Luis XII y la de D. Fernando? Imposible. Al poco tiempo de instalarse los franceses en Labor y los Abruzos, los españoles en las Calábrias y la Pulla, unos y otros estiraron sus garras hácia las provincias que intencionadamente más bien que por torpeza habian quedado como olvidadas en el convenio. Los franceses alegaban para la ocupacion de la Capitinata la proximidad y la semejanza geográfica con el

Abruzo, y los españoles el haber formado parte de la antigua Apulia y otras razones no muy desemejantes de las que sus contrarios alegaban; y cuando los soberanos respectivos dejaron la decision del litigio en manos de sus generales, el duque de Nemours y Gonzalo, despues de un largo debate, tuvieron que fiarla resueltamente á la suerte de las armas.»

«Ya estamos, pues, de nuevo unos enfrente de otros, los de siempre, españoles y franceses, con todas nuestras preocupaciones de fronterizos, nuestros ódios y recelos, exacerbados, si cabia, por lo reciente de la lucha anterior en el mismo teatro y por los mismos intereses; más aun por la disparidad de fuerzas y por habérsenos provocado invadiendo la Capitinata cuando más ocupados nos hallábamos en el sitio de Tarento.»

«Si puede darse un rasgo más característico de la raza española, si cabe una resolucion más arrogante que la de Gonzalo, sólo han de verlo quienes se dediquen á estudiar las dificultades que nuestro país encontró siempre para sostener fuera el honor de sus banderas. Los que en las Navas y el Salado, en Málaga y Granada presentaban aquellas muchedumbres que aún admiran por su número y los estragos que por doquier llevaban, creian ahora poder disputar con tres ó cuatro mil hombres la conquista de un reino entero, arrebatándolo á su señor natural y á rivales cuatro veces más numerosos, pero tres ó cuatro mil hombres, hay que añadir esto, avezados á todo género de peligros y de fatigas, electrizados por su general, pero faltos de pagas, de víveres y hasta de la esperanza de socorros inmediatos, que ya empezaban á comprender cuáles habian de ser en adelante los de España. Más, dénle á nuestro soldado aventuras que

correr en su propio servicio ó el de la pátria y ocasiones en que herir el orgullo de los demás, para así disculpar el suyo; pónganle delante la perspectiva de las encamisadas y asaltos, y diciéndole algo de *Yo os conduciré á las llanuras más fértiles del mundo, donde hallareis ciudades populosas y provincias ricas, honor, gloria y recursos*, estad seguros de que los riesgos aumentarán su incentivo, tomará á juego las empresas más temerarias y arrostrará los huracanes de Marte con la misma alegría con que se rie de los hinchados carrillos del impetuoso Eolo. Si le entregais á un descanso inmotivado; si le haceis dar un golpe en vago donde él descubra impremeditacion ó torpeza, os hará lo que el pachon prestado á quien no mateis las piezas que diligente os pare, os despreciará y abandonará. Que vea el coraje y habilidad en sus jefes, elevacion de pensamientos y grandeza de alma, y los seguirá contento á todas partes áun cuando á veces los deje de su mano la veleidosa fortuna, ó los vea bajo el peso abrumador del número ó de las circunstancias. Hé aquí el soldado del Gran Capitan, del de Alba, de Cortés, de D. Juan de Austria, de Farnesio, de Gages y Ricardos.»

«Y cierto que de eso no podian quejarse los soldados de Italia, porque, además de Gonzalo, á quien muy pronto saludarian con el título de «El Gran Capitan,» iban con ellos Pedro Navarro, gran caudillo de infantes, inventor, á la vez, de las minas, primer elemento por tiempo largo de la Poliorcética moderna; Pedro de la Paz, Zamudio, García de Paredes, Mendoza, Pizarro, Andrade, Cardona, Benavides y varios más, unos distinguidos por su bizarría, otros por su génio militar, futuros héroes legendarios ó Maestres de campo celebérrimos.»

«No eran de despreciar los cabos del ejército francés, que, fuera de Gonzalo, á quien la historia habia de colocar junto á los más insignes capitanes, los nuestros tendrian que habérselas con celebridades como las de Auvigni, La Paliza, el de Ars, Ibo de Aligre y el nunca bastantemente ponderado Bayardo, *el caballero sin miedo y sin reproche.*»

«Tambien los habia en el campo italiano, militando casi todos, por fin, al lado de los españoles, que no cedian á unos y otros en valor y destreza, los Colonnas y Alviano, Salomone, Albimonte y otros que no sólo con aquellos de sus compatriotas que seguian las banderas francesas, el marqués de Mántua, el duque de Somma, Mirandola, Trebulcio y otros varones angevinos, sino con los más famosos caballeros de los dos bandos podian competir y compararse.»

«Cuando tanto hombre ilustre va á tomar parte en una lucha, ya puede decirse que esta ha de ser porfiada, larga é instructiva, y la de Italia de principios del siglo XVI presentó, con efecto, cuantos caractéres revelan una era nueva, la que sin vacilar puede llamarse del *Renacimiento del arte militar en Europa.*»

«La desigualdad de fuerzas obligó á Gonzalo á buscar refugio por el pronto en una localidad marítima que le ofreciese alojamiento seguro y, en último recurso, el de una evacuacion tranquila y fácil. A estas dos condiciones indispensables respondia la eleccion de Barletta, donde podrian esperarse los refuerzos de Sicilia y España. Ocupó, sin embargo, á vanguardia y sobre el flanco izquierdo á Canosa y Bari, la primera en las llanuras que vieron á Aníbal vencedor de Varron y Paulo Emilio, y en la orilla del mar Bari, por si Barletta no podia sostenerse.»

«Nemours atacó á Canosa que, despues de resistir dos furiosos asaltos, capituló de órden de Gonzalo, que decia *estimar en más que aquella plaza la vida de los valientes que la defendian.* Navarro salió de Canosa á la cabeza de 200 hombres, resto de los 600 que componian la guarnicion, con armas y bagajes, las banderas desplegadas y desfilando hácia Barletta por medio del ejército francés al compás de tambores y trompetas, más como triunfadores que como vencidos.»

«El generalísimo francés creyó segura ya la expulsion de los españoles. Dividió su ejército para que fuese más pronta, destacando á d'Auvigni hácia la Calábria y formalizando por su parte el bloqueo de Barletta. No podia cometerse tamaño error impunemente con enemigos como Gonzalo, y el de fraccionarse en tales momentos costó á los franceses su vencimiento y la muerte de todas sus aspiraciones en el Mediodia de Italia.»

«D'Auvigni alcanzó algunas ventajas en Calábria, despues de haber destrozado un cuerpo de españoles que Hugo de Cardona mantenia en Terranova para la guarda de aquella provincia; pero Nemours, enflaquecido su ejército con aquella expedicion y con destacamentos destinados al sometimiento de la Pulla, tuvo que limitar su accion á la de estrechar y nada más el bloqueo de Barletta, donde se encerraban todas las esperanzas de su rival y todos los peligros de la Francia.»

«Y, con efecto, al año, poco ménos, de un sitio en que jamás cupo á los franceses la más pequeña ventaja, todo lo contrario, en que varios y no insignificantes reveses fueron sucesivamente demostrando la impericia de Nemours y la excelencia de Gonzalo en las operaciones de la guerra, pudo éste emprender las que habian de ele-

varle al pináculo de la gloria. Las frecuentes salidas; un combate afortunadísimo con la retaguardia francesa, cuando el ejército se retiraba muy satisfecho con provocaciones muy altaneras que Gonzalo despreciara; el asalto de Rubo aprovechando una excursion del príncipe francés á Castellanetta, arrebatada por Pedro Navarro á los franceses que la guarnecian, y los choques personales que tanta fama dieron á aquel asedio y á los caballeros españoles é italianos que los sustentaron, iban sucesivamente inspirando á nuestros compatriotas y á sus aliados una confianza que muy pronto habia de traducirse por los actos más extraordinarios de valor y de constancia. La victoria, por otra parte, del almirante Lazcano en las aguas de Otranto, y la no ménos brillante de Moncada, que produjo, con la derrota y prision del D'Auvigni, el recobro de la Calábria, proporcionaron á nuestro pequeño ejército los refuerzos que habian de ponerle en estado de tomar la ofensiva tan apetecida y con tan hábil pertinacia preparada por su heróico caudillo.»

«No quiero pasar adelante sin relataros los dos sucesos, si no más útiles, del bloqueo de Barletta, los que revelan con la mayor elocuencia el conocimiento en Gonzalo de las cualidades características de nuestro soldado. Me refiero á esos que he llamado choques personales, conocidos despues con el apellido caballeresco de *el paso honroso* de la Barletta.»

«Aún sube al rostro el fuego encendido en el pecho por las baladronadas de los franceses nuestros sitiadores; todavía las manos tiemblan de coraje y balbucea de ira la lengua al recordar la calumniosa jactancia de aquellos atrevidos y diestros, pero orgullosos y procaces

caballeros, que se creian, como sucesores de los doce Pares, los únicos del mundo. Pero ¿cómo habian de temblar á su presencia los que en Roncesvalles habian asistido al vencimiento de Roldan y acababan de hundir la media luna en las aguas del Darro y el Genil?»

«Ya verás tú, Bayardo, cuál tienes que salir por la estrechura del palenque, como tus modelos por la de Ibañeta, con las armas bajas y proclamando el valor de los caballeros castellanos. No por eso cederás de tu orgullo; pero los de Italia, no sólo pondrán de manifiesto la inferioridad de los tuyos, sino que les harán sufrir la humillacion de un rescate en la plaza que creian entrar con la fuerza de sus armas.»

Era la oscuridad bastante profunda para reconocer en la fisonomía de Ibarra el efecto que en él debian producir las palabras del oficial y la entonacion con que las hacia más significativas; pero las frecuentes paradas, alguna que otra interjeccion arrancada en los períodos de mayor énfasis y las frases breves y entrecortadas que, de vez en cuando y al oido, me dirigía, dejaban traslucir ya su curiosidad, ya su admiracion, ya su sorpresa. Procuré hacerle entender que le explicaria, pero no entonces, el que en su pasmo no podia menos de tomar por un discurso enigmático ó producto de una mente extraviada y, áun cuando no sin dificultad, logré no interrumpiera al oficial, cada vez más afluente y más acalorado y nervioso.

«No extrañeis mi entusiasmo, continuó el oficial, al recuerdo de combates como los de Barletta, en que, áun entrando en una edad nueva, contándose, al menos, la de transicion, se ve luchar todavía con las costumbres *positivistas* de estos tiempos las de la caballería en toda

su esplendente y conmovedora majestad, no puede uno eximirse de la impresion que, por otra parte, hasta los más indiferentes experimentan con la representacion, con la lectura, quizás, de un drama romántico. Pero si os elevais al pensamiento de la accion real, no imitativa, de un torneo; si allá en el calor de un ensueño traspasais la puerta de un palenque armados y á caballo, mientras por la opuesta penetran á la vez quienes van á convidaros con la lanza en ristre á defender vuestro honor y el de la pátria; si os veis los elegidos; si os creeis los mejores y os sentís con todo el valor, con la fuerza y la destreza que os supone la multitud que, sin pestañear siquiera, espera el trance decisivo, entonces sí que no podríais contener los latidos del corazon y lo romperíais con vuestro arrobamiento hasta desencadenaros del letargo. Pues subid aun más: deshaceos de esa vuestra naturaleza moderna; estais en plena Edad media; no sois oficiales de un ejército regular, ni facultativos ni prácticos; no conoceis otra ciencia que la del Blason ni os dedicais á más ejercicios que el de la fuerza; sois dos paladines; ¿á dónde se alzará el enajenamiento que os embargue? Ahora bien; yo me he encontrado cien veces en la arena, yo combatí en la Barletta contra Bayardo y sus doce camaradas; y si cuanto yo hice hubieran los demás ejecutado en la banda de Oriente, ni un solo francés quedara para luchar despues con los italianos. Pelearon como buenos, como quienes esperando la victoria la veian inclinarse hácia los enemigos, con la desesperacion, al fin, cuando iban á tener que confesar su derrota; pero, razon tenía Gonzalo, por mejores nos habia mandado y debimos franquear á todo trance la valla que con sus brutos muertos nos opusieron ya

que no se atreveian á formarla con sus pechos.»

«¡Ya!» dijo Ibarra, que no pudo contenerse más, á pesar de mis esfuerzos mímicos. «¿Con que os hallásteis en el paso honroso que, si no me es infiel la memoria, tuvo lugar en el año de gracia de 1502?»

El oficial, cual si una sierpe le hubiera mordido en el corazon, dió un salto hácia mí en busca, sin duda, de socorro, pintado el espanto en el cárdeno semblante iluminado en aquel momento por la luna. Pensé que iba á caer y le tendí los brazos; Ibarra le alargó tambien los suyos, acudiendo solícito al observar el efecto que sus palabras habian causado en nuestro impresionable compañero; pero ni dió en tierra ni hubo necesidad siquiera de sentarlo en el andén de la carretera. Le rociamos, sin embargo, con el agua que desde la cascatella descendia con nosotros por la cuneta del camino, y pronto recuperó, ya que no su ordinaria serenidad, el dominio de sí mismo; perdiendo su voz la vibracion que tanto fascinaba y su pecho el anhélito que en los momentos de exaltacion parecia ahogarle.

El embarazo en que aquel ligero accidente nos colocó á los tres lo comprenderá el lector sin necesidad de explicaciones. Ibarra, por lo que despues me dijo, creyó habérselas con un hombre ya extraviado, á quien la memoria de sucesos tan poéticos acabase de turbar por completo la razon, siquier fuera momentáneamente. Y se corroboró en su opinion al ver el efecto que sus palabras habian hecho y la prontitud con que el oficial volvió á su anterior estado, revelando siempre cierta excitacion, para él incomprensible pero indubitable.

La marcha se hizo con eso más rápida, en silencio, sin embargo; y como por las noticias que nos daban los

pocos transeuntes que íbamos encontrando debia distar aún largo espacio el campamento en que se nos decia haberse establecido el ejército, era de temer tan dilatado vagar como nos esperaba en objetos de conversacion que, á no dudarlo, producirian mayor embarazo é inquietud más viva que el que por un accidente inesperado acababa de interrumpirse.

Ibarra lo comprendió así, y con el deseo de una demostracion que borrara, en cuanto fuera posible, la huella que habria dejado su ática interrupcion en el ánimo del oficial, en vez de promover otra plática, pareció como seguir la misma que tan entretenidos nos llevaba, pero en aire de controversia, para con su calor distraer la memoria del reciente contratiempo. Y con tal habilidad reanudó la conferencia anterior, que nadie, al escucharla, hubiera descubierto ni la más ligera interrupcion en ella.

«Hay realmente sucesos en la guerra, dijo, donde no se sabe qué admirar más, si el génio de un general, ó la torpeza de su contrincante. Ejemplos mil podrian citarse elocuentísimos, así en las campañas antiguas como en las de Federico y Napoleon. Uno de ellos, y no el ménos significativo, es el de la lucha entablada entre el Gran Capitan y el duque de Nemours, en el que tanto contribuyeron á su resultado las faltas del general francés como el talento de Gonzalo. En la situacion de aquellos dos ejércitos, cada error del príncipe tenia que ser inmediatamente advertido y aprovechado por su rival, si habia de obtenerse el éxito que todos conocemos; de otro modo, la guerra hubiera sido interminable en las condiciones militares de aquella época. No sé quién ha dicho que el sitio de Barletta recordaba el de Troya por

la índole de los episodios en que uno y otro abundaron, y yo me atrevo á añadir que sin la disparatada conducta de Nemours, tan felizmente castigada por las armas españolas, no hubiera durado ménos el de la ciudad italiana que el de la asiática.»

«El señor, añadió Ibarra volviéndose hácia mí, nos ha puntualizado de una manera sintética la série de errores cometidos por Nemours, y no puede uno desechar la admiracion que causa el observar cómo Gonzalo los aprovecha y escarmienta segun va aquel poniéndolos de manifiesto. Un alarde nada más que jactancioso es inmediatamente castigado en el momento indispensable de la retirada, emprendida con el desórden característico de la confianza y del orgullo; la expedicion á una ciudad rebelde algo apartada de la línea del bloqueo cuesta á los franceses la posesion de Rubo y proporciona á Gonzalo un millar de caballos, de que tanto carecia su ejército; y el fraccionamiento, en fin, de un cuerpo de tropas incontrastable al principio de la campaña, y que lo hubiera seguido siendo reunido y compacto, puso á los nuestros en situacion de tomar la ofensiva que ni soñar debió serles permitido.»

«Ya tenemos, pues, á Gonzalo atravesando las aquel dia abrasadas riberas del Ofanto, que diez y siete siglos antes habian ensangrentado no pocos de nuestros mayores; ya se acerca con un ejército jadeante, presa de hambre y sed devoradoras, á la eminencia de Cerignola, á la que ningun otro general se hubiera atrevido á llegar, nadie que desconociese á sus enemigos, nadie que no tuviese la confianza que él en sus soldados. Pero la fortuna guia á los franceses á aquel mismo lugar cuando ya tienen los nuestros su campo establecido, á punto

precisamente de acabar los preparativos de defensa hábilmente imaginados por su caudillo, y á la hora en que ha sido siempre vedado por la ciencia militar el tomar la iniciativa del ataque, cometiendo así un nuevo y supremo error que habia de costar al ejército francés los mejores soldados, los más valientes oficiales y su general en jefe.»

Nuestro oficial escuchaba á Ibarra con atencion, pero con un recelo tambien que le era imposible ocultar. Se descubria en su semblante la batalla que allá en el fondo del alma debian dar la razon por un lado y el ánsia delirante que de exhibirse demostraba siempre aquel hombre luchando con su dolor ó su dolencia indistinguibles todavía.

«Y respondedme ahora, continuó Ibarra despues de una pausa en que parecia esperar alguna interrupcion; respondedme: ¿no demuestra la nueva é incorregible falta del príncipe francés lo que acababa de manifestaros, que al éxito de una campaña contribuyen, tanto como el talento de un general, los errores de su enemigo? La accion seria como fantástica. Ver confundidos en las sombras de la noche caminar al asalto de la línea española los infantes con sus largas picas y pesados arcabuces, los hombres de armas brillando en la oscuridad al siniestro fulgor de nuestros cañones y más aún al de aquella grandiosa luminaria que, en vez de una derrota, debia presagiar la victoria más completa; ver, repito, tanto fantasma siniestro correr sediento de sangre y de venganza por el camino de la muerte; escuchar el horrísono trueno de la artillería y el silbido de sus proyectiles cebándose en las oscuras masas de los asaltantes, y oir el estridente grito de los combatientes y los gemidos

de los moribundos, ¿no es verdad que sería un espectáculo espantoso y terrible, pero embriagador, sublime y digno de la mayor admiracion? La batalla de Cerignola es para mí el combate de los gigantes azotados en el cáos por el rayo de Júpiter vencedor.»

El pedernal era excelente, rudo y certero el golpe del eslabon, y, permítaseme el símil, saltó la chispa. El oficial no pudo resistir la provocacion, y con voz entrecortada y balbuceando exclamó: «¿Batalla de gigantes? Sí; porque ni el número de los combatientes ni la calidad de las armas daban pábulo á la sospecha de que allí se disputaba el territorio de una gran monarquía, el dominio de un pueblo, ambicionado y reñido por dos naciones, las más poderosas entonces de la Europa; y, sin embargo, en Cerignola se decidia la suerte del reino napolitano, la excelencia de nuestros soldados y la supremacía de España. Batalla de gigantes; por un lado los Bayardos, los de Ars y los Aligres, personajes que llenan los libros de la Francia con sus hazañas y aventuras, y el escuadron suizo de Cheaudieu, que nadie hasta entonces habia visto retroceder; del otro, García de Paredes, Zamudio, Mendoza, los Colonnas, que bien podian tenerse por hombres extraordinarios, Pedro de Paz, pequeñuelo y jorobado pero que en el fuego se alzaba muchos codos sobre sus valientes caballos, y Gonzalo, por fin, dominando á todos con su energía y su talento. ¿Qué diré de aquellos soldados á quienes no abaten la fatiga, el hambre y la sed del camino, el trabajo de los parapetos ni la pérdida de las municiones? Gigantes todos, habeis dicho muy bien, todos gigantes.»

«Aun tendrán que luchar, no dándose la Francia por vencida y cubriendo el Garellano con los refuerzos de

hombres y de material que sin cesar cruzarán los Alpes y el Pó y el Tíber; pero el valor suplirá al número, la disciplina á las armas, y la furia de los elementos, la accion deletérea de los pantanos, la desnudez y la falta de víveres cederán tambien á la constancia más pertinaz que haya hecho distinguir á un ejército.»

«Se ha ensalzado hasta las nubes la que manifestaron las tropas francesas en las riberas del Vístula durante el invierno de 1806 á 1807; quien oiga á Thiers creerá que no es posible llevar á más el sufrimiento y la abnegacion. En el Garellano, donde el mayor abrigo consistia en unas que ya en tiempo de Mário eran ruinas, las de Minturno, los soldados españoles se sostuvieron por espacio de meses, sin más tiendas que la del firmamento, sin otro lecho que el lodo, acompañados tan sólo de la peste y el hambre. La esperanza de un término feliz, cual se lo prometia quien jamás les habia defraudado en aquellas con que hasta entonces le fuera preciso distraer las privaciones y las fatigas á que eran llamados tan lejos de la pátria, animaba, sin embargo, á aquellos hombres, cuya ánsia de gloria y la de no esterilizar el énio de su caudillo hacian superiores á todos los trabajos y á todos los males de campaña tan ruda.»

«Ya conoceis el campo de las operaciones inmediato al punto de nuestro desembarco en Italia, y es, de consiguiente, inútil el que me detenga en señalaros sus condiciones topográficas. Sabeis que la márgen izquierda del Garellano á que retrocedieron los españoles desde Gaeta en presencia de los franceses que iban desde el alta Italia acudiendo en socorro de sus compatriotas, es mucho más baja que la derecha. Por eso es tambien pantanosa é insalubre. Los franceses podian descubrir

perfectamente nuestras operaciones y maniobrar inobservados, permanecer, de consiguiente, tranquilos en su campo, donde la plaza de Gaeta y toda la Italia les ofrecia abrigo inmediato, recursos abundantes y retirada segura. Así pudieron emprender sin temor el movimiento sobre Rocca-Secca, cuya caida hubiera comprometido nuestra posicion en el flanco derecho; pero la vigilancia de Gonzalo, la solidez de la guarnicion y la presencia de Pedro Navarro con un cuerpo de 3.000 infantes, hicieron inútiles el fuego de la artillería y los asaltos repetidos de los franceses. El marqués de Mántua que los mandaba, hubo, pues, de desistir de su primer proyecto de envolver nuestra derecha y de anticipársenos en el camino de Cápua, circunscribiendo en adelante sus operaciones al proyecto de romper la línea en la llanada de Sessa.»

«Allí ya las condiciones del terreno dejaban de ser tan favorables á los enemigos, pues que si bien nos habian desalojado de la torre del Garellano y de las ruinas de Minturno, á sólo el establecer una cabeza de puente alcanzaron despues de esfuerzos inauditos en la márgen izquierda de aquel rio, allí anchuroso y profundo.»

«Lo que en esta empresa ganó el de Mántua en cuanto á posicion militar lo perdió respecto á condiciones higiénicas, porque tuvo que establecer en un terreno mal sano el mayor golpe de las tropas y su cuartel general. Los franceses y suizos no tienen la resistencia que nuestros soldados, y las emanaciones de los juncales y pantanos en que estos campaban llegaban con su accion letal hasta ellos, causándoles muchas bajas y decaimiento y disgusto extremos. No descuidó su general el alivio de tanta calamidad con el único remedio eficaz

en aquella situacion, el de forzar nuestras posiciones. Rudísimo fué el combate que me parece tuvo lugar en la mañana del 6 de Noviembre de 1503. Los franceses se apoderan de un pequeño reducto contrapuesto á la cabeza del puente y logran poner en línea de 5 á 6.000 hombres sobre la orilla izquierda; pero sobreviene el Gran Capitan y, como César, primero, en Munda, y Napoleon despues en Arcole, se pone, pica en mano, á la cabeza de una columna y precipita á los franceses, infantes y ginetes, en las aguas del Garellano. En el puente, Bayardo y sus hombres de armas pié á tierra y protegidos por una artillería formidable, sostienen el choque de nuestros peones, *que*, como decia despues el de Mántua, *se presentaban ante las bocas de los cañones con tan poco cuidado de sus personas, como si sus cuerpos fueran de aire, y no de carne y hueso.*»

«Ni podia forzarse el paso del puente ni convenia hacerlo entonces; y los españoles volvieron triunfantes y satisfechos á sus anteriores posiciones.»

«Pero llega el momento de tomar la ofensiva, y todo, como hasta allí, rebosa en el campo español de armonía entre el génio del general y el valor y la disciplina de sus oficiales y soldados. Mientras en la derecha del Garellano el marqués de Mántua tiene que dejar el mando, tan disgustado de los franceses como ellos de él, y deserta la mayor parte de los demás italianos, á pesar de relevarle el de Saluzzo, de su nacion tambien pero más enérgico y más acepto que su antecesor á las tropas por haber servido largo tiempo y dignamente en ellas; mientras los hombres de armas de Luis XII, fatigados de pelear con la intemperie y la fiebre, se mantienen retirados en Itri y Fondi, confiando en la impotencia de

los españoles, Gonzalo resuelve aprovecharse de la misma crudeza del tiempo y del descuido de los enemigos para darles el golpe mortal y decisivo.»

«La noche del 28 al 29 de Diciembre, escogida para la empresa, fué oscurísima, y á su lobreguez se añadian los horrores de un huracan fuerte, si no desencadenado. Aquello era para nuestro insigne caudillo un favor visible del cielo, y lo aprovechó magistralmente. Alviano pudo, sin ser observado, lanzar un puente cerca de Lauro, y á las pocas horas de emprendida la operacion, la vanguardia de sus órdenes, compuesta en su casi totalidad de caballería, se apoderaba de Suio, un pueblecito situado en el flanco izquierdo de los franceses. Al apoyo de aquella fuerza pasó Gonzalo el Garellano con los 4.000 infantes españoles y alemanes que formaban el cuerpo de batalla, y cuando al llegar la noticia al cuartel general francés, Saluzzo, sorprendido por los nuestros, trataba de concentrar sus tropas y destacaba á Alligre con una parte de la caballería para que contuviese á los nuestros, Andrade acometia por la parte de Sessa, vencia todas las resistencias y, áun con los retardos consiguientes á la ruptura del puente, formaba no mucho despues sobre la derecha enemiga. Encontró evacuado el campamento, pues Saluzzo se habia puesto en plena retirada al observar la energía con que avanzaba Gonzalo; pero al poco rato de haber cruzado el Garellano, Andrade se reunia á Próspero Colonna, y con él seguia el movimiento de los demás cuerpos del ejército que avanzaban rápidamente sobre la retaguardia francesa. Esta, al romper la mañana, se defendia gallardamente, como que peleaban en ella todos los gendarmes del ejército, pero el desórden que la noche y el azoramiento na-

tural de la sorpresa habian introducido en las tropas, que iban dejando en el camino sus bagajes y hasta algunas piezas de artillería, obligó á Saluzzo á detenerse junto á Mola di Gaeta en la orilla de un riachuelo, foso de una posicion militar excelente.»

«Las fuerzas de Gonzalo eran muy inferiores en núro á las francesas: la rapidez de sus movimientos y su buena direccion y energía le daban, sin embargo, una ventaja notable que no quiso desperdiciar nuestro compatriota dejando á los enemigos reponerse por un momento de su sorpresa y desaliento.»

«La infantería inició el combate en el centro y la caballería ligera avanzó sobre las posiciones enemigas de nuestra derecha. Ni uno ni otro de aquellos cuerpos ganaban terreno, porque siempre hallaban en su camino aquella terrible gendarmería que era el orgullo y la gloria de la Francia. Mas despues de algunas cargas en que comprendió Gonzalo que la fatiga del continuo pelear iba haciendo presa en los valientes caballeros que tan prematuramente lanzaba su general á la pelea en consideracion al estado de la infantería, reune á sus hombres de armas en una sola masa, con la que cae sobre los franceses á tiempo de que Andrade y Colonna aparecen sobre la derecha y retaguardia de su línea. La victoria era segura, á pesar de la tenaz resistencia que los enemigos oponian encastillados en sus posiciones, y con la ayuda incansable de su caballería pesada, y Gonzalo la acabó con un movimiento envolvente de la ligera nuestra que Navarro y Paz llevaron sobre el camino de Gaeta, por el que se precipitó el ejército francés en el desórden más espantoso.»

«Dos dias despues se firmaba la capitulacion de Gae-

ta, y el reino de Nápoles quedaba libre de la presencia de los franceses, cuyo soberano acudia á los Reyes Católicos para contratar la paz de Lyon, temiendo ver invadidos sus nuevos Estados de la alta Italia por aquel insigne capitan á quien, sin duda, servia humildemente la Fortuna, siempre enamorada del génio y las virtudes militares.»

«Tan cierta es, interrumpió Ibarra, esa vuestra última observacion, que los vencedores de Cerignola y Garellano, trasladados poco despues al Africa, se deshacian como la nieve al contacto de aquel sol abrasador, á la primera falta que su caudillo, ese mismo Pedro Navarro tan diestro en las lides de Italia, cometia en la desastrosa jornada de los Gélbes. Los que con el cardenal Cisneros se habian en pocas horas hecho dueños de Orán, los que iban de Orán á Bugia y de Bugia á Trípoli como en caravana triunfal y creian acabar en pocos meses la conquista de toda la Libia, quedaban en un solo dia sepultados en la arena, más sedienta que del agua, que la niega el cielo, de la sangre castellana que á torrentes la ofreciera el valor arrebatado y la confianza presuntuosa del conde de Oliveto.»

«Pero ¿qué más? Las ambiciones de Luis XII reproducen la guerra de Italia; la rencorosa suspicacia del Rey Católico mantiene en su *agujero de las Alpujarras* al Gran Capitan, y el mando de los españoles va á parar á las manos del inepto Hugo de Cardona. Allí todos quieren mandar y nadie obedecer: cuanto propone Fabricio Colonna es para Navarro un disparate, y cuanto éste aconseja al virey es para el romano objeto de sus más ácres censuras. Se pierde la ocasion de destruir á Gaston de Foix en el sitio de Rávena; y al aceptar la batalla

que el francés les ofrece en las márgenes próximas del Ronco, Navarro tiene que abandonar su posicion inexpugnable para acudir al socorro de Colonna que carece de la fria serenidad precisa para arrostrar el fuego de la artillería francesa el tiempo necesario á la nuestra para conmover á los peones alemanes del Bearnés.»

«Los errores, pues, de los discípulos de Gonzalo ponen las posesiones españolas de Italia á un dedo de su perdicion, de la que sólo consigue salvarlas aquella impertérrita infantería que no logran conmover la fuga de su general ni la muerte de sus principales jefes, el choque de los gendarmes ni aun el de la masa toda del ejército vencedor.»

«Pero ¿qué se ha hecho de nuestro oficial?» añadió Ibarra volviéndose hácia mí.»

Habia, efectivamente, desaparecido en la oscuridad sin que nos apercibiésemos de ello hasta aquel momento, precisamente el en que llegábamos al cuartel general, establecido en derredor de una hoguera encendida sobre la yerba al pié de San Giovanni de Iddio.

«¿Habrá loco más original?»

IV.

EL LAGO DE LECO, LA CASCADA DE TERNI Y EL ACUEDUCTO DE SPOLETO.

Al dia siguiente, 18 de Julio, penetraba el ejército español en Rieti, una de las ciudades más pintorescas de la Umbría, y, precedido de la segunda division, que iba á acantonarse en Spoleto, el cuartel general se establecia el 23 en Terni, punto importante bajo su aspecto militar por la union de las dos vias que de Roma conducen á la Marca de Ancona.

Habia que desistir de la persecucion á Garibaldi, de quien no se ignoraba ya hallarse lejos y en la direccion de la República de San Marino, donde queria deponer las armas; y entre los franceses que venian avanzando á Civita-Castellana y Otrícoli, y los austriacos que asomaban, á su vez, por Perugia y Foligno, no habia establecimiento más propio, más conveniente ni cómodo que el de Terni. El regimiento de San Marcial quedó en Rieti; el batallon de Ciudad-Rodrigo fué destacado á Narni, mirando uno y otro al horizonte francés, si se nos permite la metáfora, y el cuerpo principal se repartió entre el cuartel general y Spoleto, desde cuyas casas podia el general Lersundi distinguir la bandera imperial en el valle del Marogia y del Tíber.

Creo haber dicho que nuestra entrada en las ciudades romanas sorprendia siempre. Sólo así puede explicarse la circunstancia de encontrar en casi todas ellas el árbol de la Libertad en pié y con su gorro frigio en el tope. Las hubo donde fué preciso usar de las amenazas para que se derribara aquel símbolo ofensivo á la autoridad del Sumo Pontífice, llegando la ceguedad en algunos municipios al punto de pedir se hiciera de noche, solicitud,—no hay necesidad de decirlo,—negada constante y rotundamente por nuestros generales.

Para hacer mejor conocer el estado de aislamiento en que se encontraban algunos de aquellos pueblos, así como el de la opinion pública en ellos, voy á presentar un ejemplo elocuente en mi sentir.

En su paso de Rieti á Terni descansó la primera division en la ribera del lago de Leco, sitio admirable al pié del Terminillo, un monte desde el que se descubre todo el valle del Velino en su region napolitana como en la pontificia, y donde se refleja la palabra pronunciada en sitio determinado con una pausa y claridad admirables. En la falda de ese monte, y mirándose en las trasparentes ondas del lago, existe una aldea, cuyo nombre, el de Leco, debe reconocer su orígen en la condicion acústica de la vasta masa calcárea que da abrigo y sombra á tan encantador paraje.

Cansado el Velino de vencer los mil tropiezos que le van oponiendo las montañas del Abruzo ulterior, como si deseara ya espaciarse en anchurosa y tranquila cuenca, corre, empujado todavía por el Turano, á extenderse por el seno suavemente ondulado de Rieti, sin sospechar que en el término septentrional del lago donde cree hallar la paz tan deseada, se encuentra su más

grande peligro, si bien su triunfo mayor, asimismo, y su gloria, *la caduta delle Mármore*.

He dicho que la division hizo alto junto al lago, pero en sitio en que la espesa arboleda de la orilla impedia la vista del agua y del pueblecillo que, colocado enfrente, en ella se refleja.

Se balanceaba junto á la orilla, y, cubierta con la sombra de dos enormes sáuces cuyas ramas se mecian tambien al impulso del aire, una lancha no muy lucida, pero que convidaba á dar en ella un paseo por el líquido elemento. El batelero nos ofrecia sus servicios con la insistencia peculiar de los italianos de su clase, inspirándose siempre en la *dolce idea del oro*, y el coronel Buenaga, el capitan Bohorques, de la compañía de minadores, y el que esto escribe, los aceptaron para *un piccolo giro*.

Una vez en el bote, quisimos que se nos dirigiese al sitio donde pudiéramos escuchar el eco. Para provocarlo eficazmente y en toda su extension era preciso ir al pueblo en busca de una bocina, y el *nocchiere* enderezó el rumbo á las casas más próximas. Pero su curiosidad se habia excitado, al par que la codicia, á la vista de nuestros brillantes uniformes; quiso saber quiénes éramos, y Buenaga, tan buscador siempre de aventuras, le contestó que él era Garibaldi y los que le acompañábamos sus ayudantes.

La alegría de nuestro barquero fué elevándose al compás de las seguridades que iba dándole Buenaga, hasta tocar los límites del entusiasmo más delirante. Se le exigió no descubriese á sus convecinos uno que convenia mucho fuera secreto para todos cuando se trataba de operaciones militares de que podia depender la libertad

de Italia, amenazada por tantos y tan crueles enemigos. Llegamos á Leco, y mientras el hombre se proporcionaba la bocina, nos proponíamos tomar un ligero refresco en una hostería, frente á cuya puerta se alzaba pino y gallardo el mástil con el consabido gorro, cuando el movimiento de las gentes, el murmullo que producian y sus gestos nos hicieron comprender que nuestro secreto se habia divulgado con la velocidad del rayo por el pueblo. A duras penas logramos ganar la barca, á la cual acudia perezosamente nuestro guia, y sólo con la elocuencia de algunas breves pero enérgicas intejecciones le hicimos desatracar á punto que ya aparecia en una de las avenidas del embarcadero un grupo que despues supimos lo formaba parte del municipio, anhelante sin duda por conocer y felicitar al héroe nicense.

Y aquí empiezan los apuros del bueno de nuestro conductor. Queria, como es natural, disculpar su ligereza con la satisfaccion que habia de producir en el vecindario tan fausta nueva, y se lamentaba de que se impidiera manifestarla á ciudadanos admiradores tan ardientes del valor y patriotismo de Garibaldi como entusiastas por la noble y salvadora causa que representaba. Fuésele, por el pronto, engañando con las amenazas de un castigo severo por la que él no concluia de considerar como culpable conducta, digna de escarmiento, hasta haber escuchado el eco, objetivo de nuestra expedicion.

No ya merecedor de tan pequeño sacrificio como el de un corto viaje, es el espectáculo de que se disfruta desde la pequeña glorieta destinada á recibir á los *touristas*, sino admirable é imponente además el singular, ya que no extraordinario, efecto de la voz en la contrapuesta montaña. El eco repite clara y pausadamente

hasta los versos de once sílabas con la misma intension, con la fuerza misma casi con que se pronuncian.

Canto l'armi pietose, e'l Capitano
Ch'l gran Sepolcro liberó di Cristo,

dijo con voz robusta el *cicerone*, y la oscura montaña repitió uno á uno los bellísimos versos con que empieza la *Gierusalemme liberata*.

Entonces le tocó á Buenaga empuñar la trompa verdinegra con que le invitaba el barquero, orgulloso del efecto que en nosotros producia el fenómeno. Buenaga no quiso repetir la composicion del Tasso, y declamó la con que Ercilla empieza aquel primer canto de su *Araucana* que Voltaire encontraba muy superior á los poemas épicos más sublimes de la antigüedad.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados.

El eco repitió los dos verso por verso, y no acabábamos de admirarnos cuando ténue y flébil llegaron tambien á nuestro oido uno tras otro todos los que componen la octava del poeta castellano.

Ni las muestras, regalos, ni ternezas
De amorosos afectos y cuidados:
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco, no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

¿Quién los habia pronunciado? Al pronto se creyó que alguno de nosotros, siguiendo en voz natural el concepto provocado por Buenaga, habria querido inocentemente divertirse con los demás; pero puesto á exámen el caso y convenidos en que ninguno de los circunstantes habia

dicho los tales versos, interrogado el marinero declaró que eran dos los ecos, uno normal y potente, el que repercutia las palabras pronunciadas en la glorieta, y otro débil, apénas perceptible, que reflejaba la voz emitida en un punto escondido de la cala inmediata del lago y en la espesura de la orilla.

La curiosidad nos impelia á la investigacion de la persona que acababa de interrumpir nuestra plática con la montaña y nos apresuramos á reembarcarnos; pero, sin descubrir á nadie, no logramos sino perder un tiempo que ya nos era necesario para alcanzar al ejército. La voz, sin embargo, no me era desconocida, y el ruido de la hojarasca, único testimonio de la presencia de un sér en el lugar designado, me hicieron concebir una sospecha que más tarde ví justificada.

Dirigimos la proa á los sáuces, á cuya sombra habíamos montado el bote, cuyo piloto creia verse ya libre del castigo con que se le habia momentos antes amenazado. Pero no lo olvidó Buenaga, y al enderezar el rumbo á los sáuces le dijo con voz y ademanes solemnes: «Supongo habreis comprendido que no tenemos ninguna conexion con Garibaldi ni los suyos. Somos, por el contrario, sus mayores enemigos; somos españoles de los que han venido á esta tierra para limpiarla de los miserables que ingratos á los beneficios que á manos llenas ha derramado sobre ellos el Padre de los fieles, han desconocido su autoridad sacrosanta. Ya recibireis el castigo que merecen tanta protervia y tantos asesinatos y crímenes como en nombre de la libertad habeis ejecutado en quienes no á otro objeto encaminaban sus pasos sino al de proporcionárosla hermanada con el órden y el verdadero progreso.»

Debia el argonauta haber conocido que no éramos italianos ni de los que áun hablando cien idiomas seguian á Garibaldi; pero la revelacion de ser españoles produjo en él la impresion de un rayo que cayera á sus piés en dia sereno y apacible. Cuanto el lector pueda imaginar de más adulador y humilde; palabras, posturas, gestos, todo lo empleó para obtener perdon y misericordia: se veia en las garras de los que las leyendas del país le pintaban como séres sin entrañas, rapaces, vengativos y sanguinarios.

Por el contrario, cuando ya en la orilla y al montar á caballo para alcanzar la division que se divisaba á lo lejos, le arrojamos algunas monedas, que no habria visto jamás reunidas en su bolsillo, sus transportes á nada menos le llevaron que á besarnos los piés, ya que no alcanzaba á las manos y la cara, los caballos, el dinero, y hasta el suelo que habia recibido *gli scudi*.

Pronto nos reunimos á las tropas en un momento en que el general Zabala hizo otro alto para que contemplasen la cascada de Terni, una de las más bellas de Italia.

Desde que el desnivel natural del terreno condujo las aguas del Velino por aquel precipicio, *la caduta delle Mármore* ha sufrido numerosas trasformaciones. Entre las que la han proporcionado mayor altura y caida más elegante, se cuentan la que llevó á ejecucion el emperador Trajano y la reciente de Pio VI, que le dió la forma actual.

En Italia no se encuentra un solo accidente de aquella naturaleza siempre bella y en todas partes caprichosa, donde la mano del hombre no haya ido á corregir algun defecto, á aumentar algun encanto para satisfacer el ánsia de novedades ó el afan de variaciones de un dés-

pota en lo antiguo, para atraer á los curiosos á un espectáculo siempre productivo en los tiempos modernos. Lagos, rios y caminos que tenian un asiento, su curso y su direccion por las leyes de la naturaleza ó la frecuencia é interés de las comunicaciones en la poblacion italiana, se han impuesto á esas leyes obedeciendo á las de la estética. Es verdad que no pocas veces han obedecido esas trasformaciones á pensamientos muy elevados, á intereses reales y positivos, pero en su mayor número han sido producto del capricho, de la vanidad nacional ó reclamos para el extranjero. El *emissario Cláudio* por donde el emperador de este nombre hizo llevar al Lyris las aguas del lago Fucino celebrando el suceso con las fiestas más sangrientas de que haya memoria; la grotta de Posílipo, el tajo de Terracina, la cascada de Tívoli, el puente de Ariccia y cien otras fábricas, verdaderos monumentos de la grandeza de los emperadores ó de la piedad y solicitud de los Pontífices, son buen ejemplo de esto, por otra parte, bien sabido y reconocido por cuantos estudian ó visitan aquel suelo privilegiado.

He citado el emmisario Cláudio, perforado en la alta planicie de escabrosísimas caidas que separa el lago Fucino del Lyris, cerca de Tagliacozzo, donde Colonna y yo hicimos el conocimiento del oficial, protagonista de esta verídica historia. Si no fué mayor nuestra sorpresa en el campo de batalla de imperiales y angevinos al revelarnos aquel su participacion en hecho de armas tan remoto, más que á otra cosa debe atribuirse á la admiracion que ya nos habia causado el relato del simulacro naval que habia ensangrentado aquellas tranquilas aguas para solaz del torpe, inepto, cruel y cobarde consorte de Mesalina.

Habia leido yo aquella horrible matanza con el corazon oprimido y los cabellos erizados en los Fastos de Tácito; pero áun así, la narracion del oficial habia renovado en mí el espanto y recrudecido el ódio y el horror á la tiranía; con tanta naturalidad y tan vivamente describia nuestro compatriota la sangrienta hecatombe de los gladiadores de Cláudio.

Al traer ahora á la memoria los monumentos de la grandeza romana, he olvidado, por el contrario, uno de los más notables por su altura y lo atrevido de su construccion, el acueducto de Spoleto.

Pocas ciudades hay de segundo órden en Italia que puedan competir con Spoleto en antigüedad y fama. Asienta en una áspera derivacion de Monte Lupo, estribo del Apenino, célebre por sus ermitas y más, acaso, por las trufas que en él se crian, muy superiores á las de Perigueux en suavidad y aroma.

Aníbal la sitió cuando nada parecia resistirle con fortuna, y en el ataque de una de las puertas, sin el favor del cielo y sin la velocidad de su caballo, hubiera indudablemente perecido el héroe cartaginés. Aún se contempla su imágen en la bóveda de la puerta, con la rabia y el espanto retratados en sus ojos, y sus enemigos vénse saltando el aportillado muro y lanzándose al campo llenos de coraje y ardimiento.

La division Lersundi entró por la brecha abierta, no en la muralla, pero sí en el corazon de los habitantes. Al penetrar en la ciudad las calles se encontraban desiertas; pero detrás de las persianas se veia alguna gente, y por la noche se supo que las spoletinas habian dicho: «*Gli spagnoli sono brutti ma simpátici.*» Lo de feos no podia agradar á oidos tan delicados como los de nuestros

presuntuosos compatriotas, pero lo de simpáticos revelaba que la conquista de la poblacion femenina estaba hecha. Faltaba la del sexo que nadie con más derecho que los españoles en aquella ocasion podian llamar feo, y el general Lersundi la acabó en dos dias. En el primero con las pruebas que ofreció de su carácter, enérgico en los asuntos militares, franco, leal y contemporizador en los políticos, y en el segundo con un acto tan afortunado como hábil.

Las cuestiones de la molienda de los cereales son en Italia, tierra adentro, las más árduas, como que entrañan una de las más importantes del sistema tributario. En los meses trascurridos del gobierno turbulento de la República romana, nadie se habia ocupado en exigir tal contribucion; pero reinstaladas en la Umbría las autoridades pontificias, era de primera necesidad el atender á una administracion que la ocupacion austriaca hacia sumamente cara.

Restablecida la carga tan pingüe como justa sobre las harinas, los molineros del Marogia, resistiéndose á su pago, se declararon en insurreccion abierta. Pronto conocieron que no tardarian en bajar fuerzas de Spoleto. Tanto se propagó, sin embargo, la fama de la manera afable y cordial con que el general Lersundi habia recibido al municipio y á los habitantes de la ciudad que se habian acercado á solicitar de él proteccion ó justicia, que los *contadini* del valle apostaron á que no serian castigados por los españoles. La segunda division no tenia otro cuerpo de caballería que el escuadron napolitano; era necesario ahogar en su orígen aquel síntoma de rebeldía iniciado por los molineros, y el general creyó que ninguna otra tropa podia mandar al valle que

antes restableciese el órden que la de los cazadores á caballo de Colonna.

El escuadron napolitano descendió á la llanura, pero no tuvo que hacer uso de sus armas, y los españoles con eso y con dejar en el pueblo todo el presupuesto, nos fuimos haciendo cada dia más y más *simpáticos*.

Pero volvamos al acueducto.

Por urgencias del servicio habia sido yo destinado á las órdenes del general Lersundi. Me encontraba, pues, en Spoleto, y una tarde en que habia salido á dar un paseo á caballo con el coronel napolitano, nos hallamos, dirigiéndonos á las ermitas de Monte Lupo, á la entrada de aquella fábrica admirable. Un arco estrecho pero elegante abre paso al viaducto, que si por uno de sus lados lleva el agua encerrada en un fuerte muro de mampostería que sirve de pretil, en el otro no hay más defensa contra el precipicio que lo firme de la cabeza en los transeantes. Como destinado especialmente á la conduccion de las aguas de que se surte la ciudad, la vía del puente mide muy pocos piés de anchura, suficientes para la sola comunicacion con un monte áspero, cubierto de bosque y sin más habitadores que unos cuantos eremitas. Pasar á caballo es una locura, pero teníamos que dar un rodeo interminable para cruzar el profundo barranco que nos separaba del monte, y por eso y, más que por eso, por no confesar el temor de tal aventura, uno tras otro salvamos la puerta del acueducto.

A la sombra del arco y en la parte interior que no podíamos descubrir hasta aquel momento, se hallaba sentado el oficial, nuestro camarada de expedicion á Avezzano y Tagliacozzo. Pareció sorprenderse de nuestra presencia como nosotros de la suya, no habiéndonos visto

hacía más de un mes. El suceso no era, empero, extraordinario y pronto cesó la admiracion para dar lugar á las muestras de antiguo y cordial afecto.

«Hé aquí, dijo, una situacion en que el que suponeis loco parece cuerdo y los cuerdos locos.» Vais á cruzar el abismo por el filo de un cuchillo cuando yo me detenía no sé si de miedo ó por el instinto, hijo legítimo suyo, de la conservacion, innato en el hombre. Me parece que no obrais con prudencia y yo os aconsejaria que volviéseis las grupas de vuestros caballos á este puente infernal. De otro modo tendreis que echar pié á tierra y pasar los caballos de la brida, dispuestos siempre á soltarla al primer bote que pueda producirles la vista del abismo.»

«No pensábamos hacer tal cosa, dijo Colonna que iba delante; pero puesto que hemos tenido la fortuna de encontrar compañía tan grata, yo os suplico tengais la bondad de marchar á mi izquierda lo que dure el tránsito. Eso evitará el espanto de mi cabalgadura, que en cuanto á la del señor, añadió señalándome, seguirá sin asombrarse y sin pensar más que en seguirla.»

Y dicho y hecho, á los cuatro minutos salíamos de la estrechura del viaducto por la puerta opuesta á la de la ciudad y nos engolfábamos en el camino laberíntico de las ermitas de Monte Lupo. Habíamos rogado al oficial que nos acompañara un rato; la ocasion se presentaba tan oportuna para seguir la narracion de su vida, interrumpida hacia tanto tiempo, que tratamos de aprovecharla lo mismo yo que Colonna, quien sabia muy poco de nuestro compañero de viaje desde la noche de Castell Madama.

Ganamos, por fin, la montaña y nos instalamos bajo unos soberbios tilos junto al monasterio que la corona.

Entonces no era difícil reanudar nuestras anteriores conferencias; y áun cuando no dejó el oficial de presentarnos alguna resistencia, conseguimos vencerla con la delicadeza que nuestros lectores comprenderán teníamos que usar para con un hombre en quien el tiempo trascurrido desde nuestro conocimiento, la conducta observada en la division y la última plática en presencia de Ibarra, iban dejando ver con una claridad imposible en los primeros momentos. Era, sin embargo, necesario depurar el secreto de aquella triste existencia, de aquel dolor misterioso en quien las cualidades físicas correspondian tan cumplidamente con su estado cefálico. Era necesario escudriñar las causas de situacion tan extraordinaria como la á que se veia sometido un hombre lleno de erudicion, con discernimiento tan sano en cuanto se referia á lo que ella le dictaba, y acometido, hostigado, puesto en los últimos escalones de la razon por algun roedor desapiadado. Era necesario, repito, inquirir los orígenes de existencia tan amarga para buscar por su camino un remedio, un lenitivo, al menos, la esperanza de un átomo siquiera de tranquilidad en ánima tan conturbada. ¿Por qué no habíamos de intentarlo? Corazon tan recto, patriotismo tan sólido, sentimientos de virtud tan patentes, bien merecian la prueba y aún la perseverancia en sus procedimientos que, coronada del éxito, satisfaria nuestra conciencia, por lo menos, de un deber ya ineludible en hombres honrados.

Súplicas de un lado; de otro alusiones á sucesos en que él hubiera manifestado haber tenido participacion, halagos á su amor propio, en fin, y algo de calor en las reflexiones y en los ruegos, fueron dándoselo á aquel hombre en cuya imaginacion era tan fácil generalmen-

te provocar el fuego que abrasaba su cabeza. Poco á poco su voz fué tomando el sonido metálico que la distinguia, su rostro amarillento adquirió la sombra oscura que en él sustituia al rubor, y su mirada el fulgor que tanto nos habia admirado; los miembros, casi siempre rígidos, se tornaron de nuevo elásticos, y todo aquel sér automático se convirtió muy pronto en el animado, flexible, ardiente, digno y entusiasta de otras veces.

Tal, aplicado el vapor, comienza su movimiento el ingenioso mecanismo de un artificio moderno. Vése un émbolo subir en su receptáculo empujado por el flúido motor; las hasta entónces inmóviles ruedas se ponen, aunque perezosamente, á girar sobre sus ejes, á morderse con sus dientes acerados, los cilindros á resbalar unos en otros, y un momento despues la máquina funciona con la presteza, la regularidad y el poderoso empuje de la vida.

V.

VILLALAR Y PAVÍA.

«Yo mismo estoy admirado, principió á decir el oficial, de mi inaccion de algunos dias á esta parte. Garibaldi se halla ya buscando refugio en apartadas tierras; sus secuaces, entregadas las armas en San Marino, se desbandan y ocultan por el país con la esperanza de nuevos y para ellos más propicios acontecimientos, y yo, que creia acabada mi mision en Italia, continúo aquí sujeto á unos lazos tan ajenos á mi destino providencial. Os aseguro que no pasa momento de los que van trascurriendo desde hace un mes, en que deje de apoderarse de mi ánimo la inquietud más viva, una, no quiero negároslo, como esperanza del fin tan deseado de mi peregrinacion por la tierra. Las sombrías imágenes que me acosan sin cesar, van tomando formas menos ásperas, los pensamientos eternamente fatídicos que me asaltaban á cada instante, se hacen hasta consoladores en ocasiones; algo desfallece el cuerpo y todo anuncia en mí algun accidente, mejor que funesto, favorable á mi suerte, accidente que en mi situacion excepcional no puede conducirme á lugar más tranquilo ni más dulce que el sepulcro. ¡Oh! y ¡cuándo llegará á esa meta tan

descada esta vida inacabable, esta fiebre que me ahoga con su eternidad sin matarme nunca! Pasan años y centurias y no como los astros en quienes la regularidad de su curso debe, á mi entender, producir la majestad y el reposo del órden y de la fuerza, sino errante, inconscientemente vagabundo, sin voluntad y sin más leyes que regulen mi movimiento que la ley de esa misma vagancia que tantos siglos hace se me ha impuesto.»

«Ya os lo he dicho, me parece; sólo en las grandes crísis de la pátria me ha sido permitido buscar un pasajero alivio tomando alguna parte en su accion. A ellas me he encontrado presente casi siempre en España, en Africa, en Italia, en Flándes, hasta en la América, á donde parece que no debiera haber llegado nunca á poner mi encallecida planta. Sí; en América, cuando aquella tierra desposada con Colon, pero llevando el nombre de uno de sus envidiadores, italiano como él, se creia todavía vírgen de todo contacto europeo, la habia yo recorrido en toda su longitud desde el helado estrecho de Bering al de Magallanes, pisando, ora los mares de hielo de Sierra Nevada y de los Andes, ora las verdes sabanas de Tavantisuyu y el Paraguay. Cuando en todo Europa sábios y soberanos, exceptuando, para gloria de España, al prior de la Rábida y á nuestra excelsa Isabel, tenian á aquel desvalido viajero por abandonado además de la razon, me llamaba á mí el descubridor del Nuevo Mundo ignorante y loco; ignorante, porque le hacia ver el error de sus cálculos sobre las dimensiones de la tierra, y loco, porque no queria creer en viajeros que hubiesen avanzado en el Asia más que Marco Polo y visitado lugares de longitudes muy superiores á las del Ophir.»

«Pero, y permitidme que os lo diga, no habia sido yo el primero en pasar á aquellos vastísimos continentes. En su region central descubrí monumentos cuyos originales habia visto ya en la India, escuché tradiciones que revelaban el conocimiento de una verdadera Teomitia, pues que la habia hallado en los lugares más apartados de la tierra semejante, sino idéntica, lo mismo en la oscura Laponia que en los lagos centrales del continente africano. Estúdiense los soberbios monumentos de Yucatan; estúdiense la teogonia azteca y la de los Incas, y se revelará con la mayor elocuencia á quien lo tome con empeño, no sólo el paso de antiguas gentes á la region americana, sino que tambien el conocimiento, siquier imperfecto, de la única divinidad y con él la conviccion más profunda de la unidad de la raza humana.»

Nuestro hombre habia entrado en calor y volvia á los dias de Sora y Frosinone.

Yo le dije entonces: «Por el tiempo, sin embargo, en que Hernan Cortés, Pizarro y Soto andaban ocupados, como todos saben, en la conquista de Méjico, el Perú y la Florida, estábais en Italia. Así me lo hace pensar vuestra narracion de la noche anterior á la entrada de la division de Rieti, en la cual, si bien desaparecísteis al recordarse la triste jornada de Rávena, se comprendia perfectamente que hablábais como testigo de las gloriosísimas de Cerignola y el Garellano.»

«Es verdad, respondió, y quizá no fuí yo ajeno á la catástrofe de Gaston de Foix en la retirada de la infantería española. Bien habeis dicho al calificar de triste aquella batalla. Si en ella hubiera tenido el mando supremo el conde de Oliveto que, despues de combatir con tanta gloria empezó en aquel dia su nueva carrera de

tránsfuga y enemigo de sus camaradas del anterior, de seguro que el ejército francés pereciera entero segun era de peligrosa su situacion y de precaria y crítica. De todos modos, la actitud de nuestros infantes se hizo tan imponente que, áun vencidos y en retirada, sin general y sin jefes, en lugar de acogerse á Nápoles á donde era de temer les persiguieran los enemigos, pudo, corto tiempo despues, volver á lo que hoy se llaman las Legaciones que los vencedores abandonaban, temerosos, cual Pirro, de con otra victoria como la de Rávena quedar completamente derrotados. El mismo Hugo de Cardona, fugitivo de la jornada, se reconciliaba de nuevo con la fortuna, escarnecia á la reina del Adriático que se creia invulnerable, y cuando, despues de alarde tan jactancioso, herida Venecia en su orgullo, hacia un esfuerzo supremo para escarmentar al castellano, éste destrozaba sus ejércitos en Vicenza, los deshacia y aniquilaba de un solo golpe. ¡Huye tú, Albiano; salva la vida en tu veloz caballo, ya que no cuides de tu honra de general y de valiente! ¡Cierra Tribulcio las puertas de Vicenza que el terror va á penetrar por ellas con los fugitivos de la batalla! ¡Cuánto hombre de armas destrozado, cuánto peon, albanés y turco y veneciano, hundiéndose en las aguas ensangrentadas de los lagos! ¡Qué de condottieri mordiendo la tierra manchada con sus crueldades! ¡Cuántas lanzas y arcabuces, cascos, picas y cañones!»

«Rara vez se ha visto derrota menos esperada ni más ejecutiva; y sin los rigores del invierno de 1513 que entonces comenzaba, y con algun más dinero del que antes, entonces y despues contenian las cajas de nuestro ejército, sin el orgulloso aislamiento de los suizos y con mejor voluntad por parte del Emperador y del Pontífice,

el arbitraje, ya que no la suerte, de Italia hubiera pasado á las manos del Rey Católico.»

«Pero, repito, los generales del Emperador no creyeron deber atender más que á su solo interés en el Frioul y el Veronés; el Papa vaciló entre la supremacía de España ó de la Francia; los suizos que sin auxilio extraño habian vencido en Novara tan ejecutivamente, creyeron poder siempre desentenderse de él, y Francisco I, que acababa de suceder á Luis XII, venciéndolos en Malegnano, obligó á Cardona á recogerse á Nápoles, su vireinato.»

«Pero Italia, sin embargo, como si las guerras de Nápoles no significaran nada para su despedazamiento, entraba con la primera invasion del *rey caballero* en el período álgido de aquella fiebre incesante que habia de sumirla en su mayor postracion. En presencia de extranjeros, ávidos de engalanarse con la rica vestidura de sus provincias más florecientes, Italia no se cansaba de hacerla girones y girones para satisfacer la ambicion devoradora de sus notabilidades, hombrecillos sin talla más que para morder los talones de los que en su nécia jactancia tomaban por auxiliares, siendo sus más temibles enemigos, sus conquistadores. Para ese trabajo incesante de demolicion todos se consideraban con derecho y hasta en el deber de llamar obreros auxiliares, áun cuando fuese de entre sus vecinos más envidiosos; y ahora el emperador de Alemania, despues el monarca francés y, por fin, los de Aragon y Castilla se veian requeridos para tomar parte por una ú otra de las repúblicas italianas en sus recíprocas querellas. ¡Como si las naciones tuvieran corazon; como si á los hombres de estado les fuera permitido hacer política sentimental;

como si los sacrificios hechos en causa no propia por los pueblos pudieran compensarse con las solas manifestaciones de una gratitud infecunda!»

«Precisamente en aquella ocasion el pueblo que ha blasonado siempre de combatir, más que por su provecho, por el triunfo de una idea, el pueblo francés, se mostraba unánime en la empresa de conquistar la Italia; y Francisco I, á quien la Dieta habia negado la corona imperial, reunia para conseguir la de hierro todas las voluntades y todas las fuerzas de la Francia. No servia, ni ha servido nunca, el que los mismos que le llamaban á dirimir las contiendas que mantenian entre sí ó con el extranjero, apellidasen á Italia *la tomba dei francesi;* Francisco I, como Cárlos VIII y Luis XII antes, y como todos los monarcas franceses despues, se engolfaba en aquel piélago de sangre, empujado rudamente tanto por la ambicion de sus súbditos como por la suya propia. Quien habia ganado la batalla que con tal fruicion llamaba de los gigantes, creyó despues innecesaria la presencia suya en Italia para sujetarla á su imperio; considerando, por otra parte, que los sucesos de la Península española habian de impedir toda accion vigorosa de su nuevo monarca en aquella tierra tan sangrienta y tenazmente disputada. Y no andaba descaminado en sus cálculos el ambicioso Francisco.»

«Habíase encendido en las provincias castellanas una lucha de nuevo género, la de las *Comunidades*. Los pueblos regidos poco antes por la magnánima Isabel, idólatra de su tierra nativa, veian con disgusto cómo se encumbraban á la gobernacion del Estado hombres de orígen para ellos desconocido, sin otro mérito que el favor, sin otro interés, como extranjeros, que el de su pro-

pio engrandecimiento. Veian tambien que el nuevo soberano, bien por la costumbre, bien por la edad, y más aún por su educacion y carácter, no estimaba la corona de sus abuelos en lo que creian valer, considerándola menos brillante que la con que recientemente le habian adornado las sienes los grandes electores del Rhin y del Danubio. La corona imperial atraia más, con efecto, tan de antiguo lanzaba sus fulgores sobre Europa, creyendo todavía contemplar bajo su áurea y sacra mole los soberanos y los pueblos á aquel su primer poseedor, el emperador Cárlo-Magno. Al sostenimiento de tanta dignidad, al aumento, si era posible, de esplendor tanto, habia que atender necesariamente; y, para conseguirlo, quien abrigara pensamientos elevados, no perdonaria sacrificios de ninguna clase. Empero esos sacrificios, hasta halagüeños en el que solo habia de traducirlos en su persona por alardes de génio, significaban para los españoles el derramamiento de mucha y noble sangre, el gasto de tesoros muy crecidos, y la mortificacion de que se les impusiesen para satisfacciones de orgullo y para intereses y glorias que no habian de ser exclusivamente españolas.»

«Con esto, se comprende que entre el emperador Cárlos y los españoles mediaban diferencias muy esenciales, atento aquel á la conservacion y, más todavía, al aumento de la dignidad que un corazon germánico tenía por la mayor de la tierra, y nuestros compatriotas cuidando de la que una guerra de ocho siglos, el patriotismo y la habilidad de reyes como los Católicos, las recientes conquistas y descubrimientos, los fueros de las provincias y, por encima de todo, la arrogancia ibérica, tenian por más envidiable ya que no más envidia-

da. A las manifestaciones de desvío por parte del rey contestaban ellos con las del suyo hácia los ministros y validos que habia traido; y con las de su desagrado y con cercenar los subsidios que sin cesar se les pedia, procuraban españolizar al que, despues de todo, como hijo de dama tan desgraciada y nieto de tan grandes monarcas, querian amar y enaltecer.»

«Dos años bastaron para que á los castellanos se hiciera insoportable el gobierno de los flamencos y se despertara en ellos el espíritu levantado de que los Reyes Católicos y Cisneros se habian valido para tener á raya á la nobleza. En Valladolid pudo Cárlos observarlo áun á costa de su dignidad personal, pero con mayor evidencia cuando, al reunir las Córtes en Santiago, escuchó, además de las quejas y protestas por aquella violacion de los privilegios y usos de Castilla y por los atropellos de los extranjeros que le seguian, la negativa por parte de varios de los procuradores, de los subsidios solicitados para su viaje á Alemania.

No por eso renunció á él; todo lo contrario, el emperador, disgustado con las escenas de Valladolid, en que confundió la causa de sus favoritos con la de su propia persona, y las de Santiago donde se creyó herido en su dignidad de soberano, apresuró el viaje, dejando el gobierno de España en manos del cardenal Adriano.»

«Entónces estalló aquella sublevacion más generosa que meditada, más apasionada que política, cuyo desenlace sangriento en Villalar conoceis perfectamente.»

«Yo no estaba en España: las guerras civiles me espantan y horrorizan, y cuando veo correr en el cadalso la sangre que deberia ser venero fecundo para el engrandecimiento de la pátria, desespero, como de mi pro-

pia felicidad, de la del país en cuyo amor me abraso.»

«¿Qué sucedió? Lo inevitable. Francisco I no quiso desperdiciar la ocasion y lanzó sobre Navarra un ejército formidable que, despues de ocuparla toda, se dirigió á Logroño. Afortunadamente la escuela de tres años de lucha incesante dió sus buenos frutos contra los franceses que en Esquiroz sufrieron una derrota tan sangrienta y decisiva como las de Roncesvalles y Beotivar.»

«Y por cierto que allí tuvo lugar un suceso no frecuente en las guerras antiguas y muy extraordinario tambien en las modernas. No me refiero al bellísimo y audaz movimiento del duque de Nájera para cortar al ejército francés su comunicacion con Pamplona y, de consiguiente, con Francia, movimiento tan sábio y tan enérgico como el de Napoleon en Marengo; no quiero tampoco recordar el ataque de nuestra izquierda que despreciando el fuego de una formidable batería, llegó hasta ella, se apoderó de todas las piezas y envolviendo á los gascones que la protegian los arrolló y rindió; no, aún es más gloriosa la carga de nuestra infantería de la derecha que se dirigió contra la masa compacta y de hierro de la caballería francesa. El choque fué rudísimo; nuestros hombres de armas tuvieron que tomar alguna parte en él; pero áun así y aun sufriendo enormes pérdidas, nuestros peones, invisibles en ocasiones, tal era la mole que los rodeaba y heria, arrostraron impávidos aquel huracan de hierro y fuego hasta quebrantar primero y, por fin, vencer y destruir aquella caballería, flor y nata del ejército con que Asparrot se habia figurado conquistar la España.»

«No tenia mucho mejor suerte en Italia el hermano de

aquel valiente, el tan sábio como enérgico y orgulloso Lautrec.»

«Era el mismo año de 1521 en que se dió la batalla de Esquiroz y en que Navarra se vió de nuevo libre de la invasion francesa, cuando Lautrec partió de París á Italia, donde se puso á la cabeza de un ejército cual no se habia visto en aquel siglo de numeroso y provisto, compuesto de franceses, suizos, ferrareses y venecianos.»

«Los nuestros, sin embargo, eran superiores en organizacion y sin el fuego atizado por la discordia en el corazon de Próspero Colonna y en el del marqués de Pescara, con la unidad del mando tan necesaria siempre, y sin el ánsia del Papa Leon X por ver á Parma y Plasencia libres de la ocupacion enemiga, los españoles hubieran empezado la campaña invadiendo el Milanesado, base la más sólida de las operaciones de Lautrec y sus aliados.»

Aquel error pudo costarnos muy caro porque, no pudiendo acabar felizmente el sitio de Parma á pesar de la difícil conquista de Codiponte, tuvimos que retirarnos á la vista del caudillo francés sobre San Lorenzo y Lenza. Aún cruzamos el Pó y nos dirigimos al Oglio superior para darnos la mano con un cuerpo suizo que nos venía de refuerzo; pero sin la retirada del que servia á las órdenes de Lautrec, no hubiéramos podido mantenernos en la izquierda del primero de aquellos rios. En vez de retirarnos, nos adelantamos al Adda, y con un movimiento de flanco, sumamente hábil, de Próspero Colonna que pasó el rio por cerca de Cassano, fuimos á establecernos en Malegnano, de donde yo partí para Milán con órdenes é instrucciones del marqués de Pescara y de Colonna. Mi conocimiento de los sitios y mis inteligencias

con los gibelinos de la ciudad prepararon la toma, tres dias despues, de aquella importante plaza, los muros de cuyos arrabales asaltaron, saliendo inopinadamente de Malegnano, los españoles, á quienes abríamos las puertas de la plaza cuando aún paseaba Lautrec traquilamente las calles creyéndolos lejos y muy ajenos de proyecto tan temerario.»

«Pavía, Lodi, Cremona, Parma, Plasencia y varias otras plazas se entregaron á los imperiales; y sin la recuperacion de Cremona abandonada por las rivalidades del cardenal de Médicis y el prelado de Pistoia, y la muerte de Leon X, Lautrec no hubiera podido sostenerse en Italia. La estacion, sin embargo, paralizó las operaciones de unos y otros, despues de la infructuosa tentativa de los franceses para apoderarse de nuevo de Plasencia gobernada ya entonces por Güicardini, el insigne historiador de aquellas guerras.»

«Francia y España eran entretanto teatro tambien de la de aquel año y siguiente; Francia invadida por Nassau y el Emperador que acababan de hacerse dueños de Tournay despues de alternativas diferentes; y España por el almirante Bonnivet que, apoderándose de Fuenterrabía, se preparaba á resistir á las tropas que acudian apresuradamente de Castilla.»

«Nada revela con mayor elocuencia el estado militar de aquellos tiempos que esas alternativas tan repetidas en la para entonces dilatadísima lucha entre los soberanos del Mediodía y Occidente de Europa. Un refuerzo extraordinario, áun cuando no fuese más que de 6, 8 ó 10.000 hombres, suizos ó alemanes, inclinaba la balanza del lado del contendiente que lo recibia; y así se comprende, no sin sorpresa ahora, cómo de la ofensiva

á la defensiva pasaba un ejército en pocos dias, sin haber mediado batalla, ni siquiera un movimiento estratégico importante. La falta de dinero para el pago de los mercenarios, el pronunciamiento de cualquier duque, soberanillo, ó condottiero del teatro de la guerra ó sus inmediaciones, la muerte de uno de los de la Liga, el menor acontecimiento, por fin, insignificante en otra época, hacia entonces variar la suerte de los ejércitos.»

«No es, pues, de extrañar que al empezar la campaña de 1522 Lautrec, reforzado por 12.000 suizos, obligara á los imperiales á mantenerse en la defensiva ínterin les llegaban 6.000 lansquenetes que andaban reclutando en Alemania. Pero el general francés no logró hacerse dueño de Milán, á pesar de conservar los suyos el castillo; Próspero Colonna, que defendia la ciudad, pudo hacer penetrase en ella su duque Francisco Sforza; y cuando Lautrec, variando de pensamiento, acometió el asalto de Pavía y, una vez frustrado, quiso sorprender Milán, Colonna y Pescara que acudian al socorro de Leiba, se situaron en la Bicoca, donde el ejército francés fué rechazado con grandísima pérdida y obligado á retirarse de Italia despues de ver cómo caian en nuestras manos Lodi, Pizzighitone, Cremona y Génova.»

«Lautrec, acusado de no escuchar consejo alguno, habia tenido que ceder á las exigencias de los suizos que reclamaban su sueldo, su licencia ó el combate; y como la plata de la verja de San Martin y el empréstito de París habian sido distraidos por la reina madre, envidiosa del favor de madame de Chateabriand, hermana de Lautrec, éste prefirió el desastre de la Bicoca á la desercion de sus auxiliares.»

«Siento que el deseo de acabar relacion tan larga como

la que os he prometido me impida detenerme en narraros anécdotas curiosísimas de aquella y las demás campañas de Italia, rasgos notabilísimos de valor y áun de ingenio, provocadas las unas y llevados á ejecucion éstos por nuestros valientes soldados y oficiales. No quiero, sin embargo, pasar por alto un hecho que influyó poderosamente en la defensa de Milan, debido al hombre que teneis delante, cuya figura y hazañas le habian proporcionado el apodo de Lobon en el ejército.»

«Colonna, bloqueado por las tropas de Lautrec, ignoraba la suerte de Jerónimo Adorno que debia llevarle los lansquenetes, y la de las plazas de Novara, Alejandria y Pavia encomendadas á Felipe Torniello, Mosignorin Vizconti y Antonio de Leiba. Era preciso romper el velo que le impedia maniobrar en cualquiera ocasion propicia y, para conseguirlo, nada creyó mejor que la prision de algun centinela francés de los que vigilaban la plaza. Salgo con cuatro camaradas por una de las puertas; llego silenciosamente á los puestos avanzados del enemigo y me adelanto solo y arrastrándome hasta el primer centinela. Quiere resistirse con su pica antes de lanzar el grito de alarma; pero dándole un quite con mi garrote le echo un pañuelo á la garganta y lo elevo sobre mis espaldas para, sano y salvo, depositarlo en manos de mis camaradas en la puerta de la ciudad. Aquel hombre, lleno de asombro por lo extraordinario de la locomocion y aturdido con la presencia de Colonna, declaró cuanto se decia en el ejército francés, iluminando á nuestro geral para sus futuras operaciones.»

«Pero ni ese acto ni otro alguno puede compararse con el de valor ejecutado por el alférez Santillana en la batalla de la Bicoca. *Enviado por el marqués de Pescara á*

reconocer un escuadron francés, se adelantó con tan poca cautela que se vió de repente separado de los suyos y envuelto en una nube de enemigos. En esta crítica situacion, el valeroso alférez, lejos de rendirse piensa sólo en vender cara su vida; apoya las espaldas en un árbol y, esgrimiendo su centelleante espada, arranca la vida á los franceses que le atacaban más de cerca: Por fin cae traspasado de nueve heridas; pero, reponiéndose al punto, sigue combatiendo de rodillas y dando pruebas de un valor igual al de los más famosos héroes de los tiempos antiguos. Por fortuna el calor de la accion cargó sobre aquel punto, y los franceses abandonaron al denodado alférez, que casi en el mismo instante, falto de sangre y debilitado por la fatiga, caia de nuevo, pero sujetando con su ensangrentada mano aquella espada digna de un Alcibiades. Las heridas de Santillana, aunque numerosas, no eran mortales, y pudo conservar una existencia que habia de ilustrarse con otros hechos de sobresaliente valor. Los soldados, cuyos sentimientos son incapaces de plegarse bajo el velo de la lisonja, solian demostrar la estimacion que les inspiraba aquel alférez con esta frase ingénua y expresiva: «Un capitan, Juan de Urbina, y un alférez, Santillana.»

«No tardó en aparecer por Italia el almirante Bonnivet ni tampoco en ser batido por los imperiales que, á las órdenes de Lannoy que habia reemplazado á Colonna muerto hacia poco, lo derrotaron completamente en Romagnano, en cuyo campo, arrimado á un árbol y con la cara vuelta al enemigo, acabó su gloriosa vida *el Caballero sin miedo y sin tacha*, herido de uno de aquellos proyectiles que él decia ser las armas de los cobardes.»

«A otro hombre que á Francisco I, le hubieran im-

puesto tantos reveses consecutivos; otra nacion que la francesa hubiera comprendido que ningun fruto habian de producir los sacrificios que se la exigian hacia veinte años, los tesoros y la sangre que sin cesar derramaba en Italia. Cada año, por el contrario, iban la Francia y su monarca imponiéndoselos mayores; el ejército de Lautrec era más numeroso que los anteriormente derrotados, mucho más el de Bonnivet que pasaba de 40.000 hombres, y en 1525 atravesaba los Alpes con Francisco I uno superior que, á su vez, seria sobrepujado por el del mismo Lautrec en 1530, que todo entero hicieron desaparecer los españoles y la peste en el asedio de Nápoles. Ni sé qué atractivos podia ofrecer esta tierra para ser tan codiciada por todos. El país más fértil del mundo se encontraba ser el más miserable; todo devastado por el fuego de la guerra y por la peste que habia tomado en él asiento desde el principio de las operaciones. Así es que terminada una campaña, las tropas tenian que refugiarse en la Romaña menos azotada que la Lombardía, no por eso libre de tantas y tan terribles plagas. Los campos quedaban yermos huyendo los habitantes del fuego y la matanza que imperiales y franceses, los mismos soldados italianos güelfos ó gibelinos, iban sedientos de sangre y de botin, acosados á la vez del hambre y del contagio, ejecutando por toda la vasta cuenca del Pó. En las ciudades eran quizás mayores las vejaciones de la soldadesca, y á ellas habia que añadir la necesidad en los gobernadores de atender á la defensa, necesidad que significaba violencias y secuestros sin número sobre los infelices moradores.»

«En tal estado la alta Italia, llegó Francisco I y puso cerco á Pavía, gobernada con 800 españoles por el in-

mortal Antonio de Leiva. Cuanto de más eficaz se conocia en aquel tiempo para la conquista de una plaza, se puso allí en práctica, pero todo inútilmente; Leiva tenia que dar tiempo á la reorganizacion del ejército imperial que, al ruido de la expedicion francesa, habia levantado el sitio de Marsella, y se lo dió con la resistencia más enérgica y hábil. Lannoy y Pescara habian ejecutado la invasion de la Provenza por las instigaciones del duque de Borbon que les decia: «*Tres cañonazos harán que vengan á echarse á nuestros piés esos vecinos cobardes con las llaves en la mano y la cuerda al cuello.*» Pero cuando despues de cuarenta dias de sitio supieron los españoles como por milagro el paso del ejército francés á Italia, se apresuraron á levantar el campo anhelantes por adelantarse á Francisco, lográndolo á fuerza de actividad, de celo y de constancia. Llegaron, con efecto, á Lombardía antes que los franceses, pero en un estado tal que fué necesario pensar en una reorganizacion completa al abrigo de las plazas de Pavía, Alejandría y Lodí.»

«Tan solemne era, sin embargo, la ocasion; resultados tan funestos podia dar una campaña comenzada con los recursos formidables que habia allegado el monarca francés, con el desaire reciente de sus ambiciones imperiales y la rabia envidiosa á su jóven rival D. Cárlos, que los tenientes de éste en Italia comprendieron la urgencia de socorrer á Pavía en cuyo sostenimiento habia de consistir la defensa de toda la Península, el robustecimiento y la gloria del imperio. Así es que sin elementos todavía suficientes para empresa de tamaña trascendencia, pues no parecian bastar los que Borbon traia de Alemania, y sin acabar la organizacion necesaria cuan-

do el valor y la disciplina tendrian que luchar con el valor, la disciplina y el número, fatigados aún del malogro de sus operaciones en la Provenza, sin víveres apenas ni dinero, los generales españoles decidieron acudir al socorro de Leiva, determinados á salvar Pavía ó morir en la demanda.»

«No os relataré el trance de Pavía, de todos conocido, tanta es la gloria que reflejó sobre las armas españolas. Poco más de 20.000 hombres, de los que solo 6.000 eran españoles, acometieron, arrollaron y destruyeron á 60.000 con el rey Francisco I á su cabeza, los príncipes de Navarra y Escocia por auxiliares, y la flor, en fin, de la caballería francesa. La posicion era de los franceses, y sostenianla 60 piezas con ingenios de igual efecto al de nuestras prolongas para no necesitar el desenganche del ganado en el fuego y las maniobras, mientras que solo presentamos á su frente dos cañones sacados del castillo de Lodí, cuyas municiones desaparecieron con las yeguas que las conducian espantadas por el estruendo de la batalla. Y apenas si los alemanes tuvieron que hacer uso de sus picas, porque los hombres de armas con Lannoy, el del Vasto y Borbon acometiendo á toda la gendarmería francesa, donde Francisco I dió muerte á nuestro marqués de Sant'Angelo que no llevaba de hierro el rendaje de su caballo, como era de uso comun en tales ocasiones, y el escuadron de nuestros infantes hicieron el gasto en aquella empresa tan decisiva. Pero la gloria principal se debe á los arcabuceros españoles que, ya mezclándose con la caballería para neutralizar la inferioridad numérica de ésta, ya precediendo á la infantería y diezmando con sus tiros la de los suizos y gascones, fueron por todas partes decidiendo la victoria.»

«Sólo hay un hombre que pudiera disputarles esa gloria, el marqués de Pescara que á todo atendia, todo lo tenia previsto y que allí donde la necesidad aconsejaba un esfuerzo heróico, allí aparecia imponiendo órden en los suyos, terror en los enemigos y su voluntad y su genio á la fortuna.»

«Hay, interrumpí yo, una polémica interminable establecida sobre quien fué el primero en rendir al rey de Francia. ¿Teneis seguridad de lo que realmente pasó en aquel extraordinario suceso, el que más brillo ha dado á la victoria de Pavía?»

«Pues no he de tenerla, contestó el oficial, si me parece estarlo presenciando con Oznaya, un pajecillo del de Pescara, cuando éste, repuesto del disgusto de haber perdido á su caballo Mantuano y tranquilo respecto á la contusion que él creia mortal, volvió á engolfarse en los escuadrones enemigos!»

«*Como el rey de Francia viese que no podia hacer volver á sus esguizaros que era la gente de que él mayor caudal y estima hacia á la batalla y que ya él claramente veia su perdicion, pensó de procurar salvarse y tomó el camino de la puente del Tesin; iba casi solo y un arcabucero no le conociendo le mató el caballo y yendo á caer con él llegó un hombre de armas de la compañía de don Diego de Mendoza llamado Juanes de Urbieta, natural de Ernani en Guipuzcoa y como le vió tan señalado va sobre él al tiempo que salia del caballo y poniéndole el estoque á el costado por la escotadura del arnes le dixo que se rindiese y él viendose en peligro de muerte dixo la vida que yo soy el rey—el Juanes le entendió aunque era dicho en frances, y volviéndole á dezir que se rindiese le dixo que yo me rindo á el emperador y como esto dijo*

alçó los ojos el Juanes de Urbieta y vió allí cerca á el alferez de su compañía que cercado de franceses estaba en peligro porque le querian quitar el estandarte y como buen soldado por socorrer su vandera sin tener acuerdo de pedir gaje ó señal de rendido al rey le dixo si vos sois el rey de Francia hacedme una merced él se la prometió entonces Juanes de Urbieta alçando la vista del almete le mostró ser mellado que le faltavan dos dientes delanteros de la parte de arriba y le dixo en esto me conocereis y dexandole en tierra la una pierna debaxo del cavallo se fué á socorrer á su alferez y hizolo tambien que con su llegada dexó de yr el estandarte en poder del frances y luego lledo adonde el rey estava otro hombre de armas de Granada llamado Diego de Avila el qual como al rey viese en tierra con tales atavios fuese a el que se le rendiese a el, el rey le dixo quien era y que ya estaba rendido a el emperador y preguntandole si habia dado gaje dixo que no—el Diego de Avila se lo pidio y el le dió el estoque que bien sangriento tenia y una manopla y apeado el Diego de Avila travajava de sacallo de devaxo del cavallo cuando llego alli otro hombre de armas gallego de nacion llamado Pita el cual le ayudo allevantar y le tomo la insignia de San Miguel que a el cuello en una cadenita traya que es la horden de cavalleria que los señores de Francia traen como los del emperador el tuson por esta le ofrecio el rey darle seis mill escudos pero el no los quiso sino traerla a el emperador y estando ya el rey en pie acudieron hazia aquella parte algunos soldados arcabuceros, los quales no conoçiendole le quisieron matar porque a el no davan credito a los que le tenian que dezian ser el rey—y sin duda ellos no lo pudieran salvar la vida si a la sazon no viniera por alli mosiur de

la Mota deudo y muy grande amigo del duque de Borbon que con el habia andado desmandandose hazia aquella parte vio la contienda que allí avia que ya estavan allí copia de soldados de cavallo y de a pie los unos alegando lo que el marques havia mandado le querian matar otros viendo sus rricos adereços le querian defender musiur de la Mota como entendiese que la contienda era por no aver quien le conociese pidio que se lo dexasen ver y llegado conocio que era el rey y apeandose de su cavallo fue á hincarse de rrodillas delante del y le quiso vesar la mano...»

«Llegó poco despues el marqués de Pescara y tras él no mucho más tarde el virey de Nápoles y el marqués del Vasto y el señor de Alarcon, pidiéndole todos les permitiera el rey besarle las manos, á lo cual se negó constantemente suplicándoles, á su vez, hicieran tratar benignamente á los prisioneros. La escena que, sin duda, hizo sufrir más á Francisco fué la de la presentacion del duque de Borbon que acudia con el estoque todavía desnudo y chorreando sangre francesa. Pescara logró dulcificarla en algo con sus advertencias al duque y las palabras lisonjeras que no cesaba de dirigir al rey; con lo que se encaminaron todos hácia Pavía en cuyas inmediaciones se detuvo la comitiva para pasar un especie de revista á las tropas vencedoras.»

«Allí representé un papel atribuido á otro yo, llamado Roldan, con cuyo nombre era conocido en el ejército por reminiscencia, sin duda, de aquel insigne Par, víctima de mi esfuerzo en las angosturas de Valcárlos. Parecíame aquel dia como si todo el fuego de mi alma, tan recientemente conturbada, se dirigiera contra los que aspiraban á arrebatar á mi patria el fruto de tanto valor y

tanta pertinacia como empleaban sus hijos para engrandecerla. Pero ví al que se hacia pasar por el primer caballero del mundo en la afrenta más grande y me desarmó tanta miseria, desgracia tan lamentable. Así es que, al pasar á su lado con la soldadesca, le dirigí estas palabras: «*Sire; V. A. sepa que ayer cuando supe que se habia de dar la batalla, hice seis pelotas de plata y una de oro para mi arcabuz; las de plata para vuestros monsiures y la de oro para vos. De las de plata, las cuatro creo que fueron bien empleadas porque no las eché más que para sayo de brocado ó carmesí. Otras muchas de plomo he tirado de por ahí á gente comun. Monsiures no he topado más, por esto me sobran dos de las suyas. La de oro veisla aquí y agradecedme la buena voluntad porque deseaba daros la más honrada muerte que á príncipe se ha dado. Por esto, pues, no quiso Dios que en la batalla yo no lo pudiese poner en efeto, tomadla para ayuda de vuestro rescate que ocho escudos pesa que una onza tiene.*» El rey la tomó tendiendo la mano y riendo me dijo que me agradecia el deseo que habia tenido y más la obra que en darle la pelota hacia, lo cual celebraban mucho cuantos se veian cerca del rey, mientras yo seguia mi camino con los demás camaradas.»

VI.

OTRO PRISIONERO DE SANGRE REAL TAMBIEN.

«No terminó en Pavía la série de batallas qne habian puesto las comarcas más ricas de Europa á merced del soberano de Castilla: las discordias italianas y la nunca bastante escarmentada ambicion de la Francia llegaron á causar el grande escándalo del saqueo de Roma y á poner en el sitio de Nápoles el poderío español á dos dedos de su ruina. ¡Tan efímeras son las conquistas que sin apoyarse en una opinion que sólo llega á formar el verdadero interés nacional, son, además, un ataque á la independencia y la muerte de la libertad de pueblos orgullosos con su cultura y valentía!»

«Por fortuna la abnegacion española, venciendo en Nápoles al número de los enemigos, á los rigores del bloqueo y al hambre y á la peste, acabó con el ejército más lucido que la Francia llegara á poner en Italia, si podia haberlo comparable con el vencido y roto tan ejecutivamente bajo los muros de Pavía. Lautrec fué víctima de la peste que el Vesubio parecia haber producido así como indignado contra los que sólo por ambiciones desapoderadas iban por más de cinco lustros desolando aquella tierra privilegiada, árbitra en otro tiempo de los

destinos del mundo, pisoteada ahora, escarnecida, puesta á sangre y fuego por sus antes más encarnizados pero vencidos enemigos.»

«Italia confirmaba su apellido de *tumba de los franceses*, en la que parecian querer engolfarse todos, así los que combatian contra España, como los que el despecho ó la traicion hacian sus aliados ó simpatizadores. Cuantos generales y cuantos hombres de armas ilustres habian luchado por la Francia, quedaron envueltos en el polvo de la Península. Memours, Aubigní, Foix, Lautrec, Bonivet, Bayardo, La Tremouille, cien y mil más incansables campeones de las lises francesas perecieron en aquellas guerras, y, como ellos, Borbon y otros secuaces suyos despechados con Francisco I ó sus antecesores sino con la gloria de leales y de patriotas se sepultaron aquí con la de diestros y valientes. Todo en aquellas memorables campañas cedia al peso de las armas castellanas. Los españoles, áun componiendo no pocas veces el menor número en los ejércitos que combatian á la Francia, llevaban consigo la fuerza y la majestad de la guerra, que al fin y al cabo, entre vaivenes frecuentes y cambios que la discordia italiana tenia que producir todos los dias y en las ocasiones más críticas hizo á nuestros soberanos los árbitros de la Península, unificándola casi bajo su direccion suprema. El prisionero de Pavía, llevado á Madrid por consejo de algunos y contra el de muchos próceres castellanos que creian, á la vez que generoso, muy político el devolverle su libertad, prometió y juró lo que no habia pensado cumplir. Las faltas de palabra, tanto más extrañas y graves en lábios soberanos, las provocaciones á que sin cesar daban ocasion esos mismos agravios, la ambicion, los

celos y el despecho creados en la nunca interrumpida rivalidad de las dos naciones que se disputaban el predominio en Europa, dieron entonces y dan todavía lugar á una polémica acerca de Cárlos V y Francisco I, y de la superioridad del uno sobre el otro en cuanto á las cualidades de carácter. Pero, sin dejarnos llevar del espíritu de patriotismo, podemos jactarnos de que Cárlos era muy superior al monarca francés así en talento, en dotes políticas y en el arte de elegir servidores y hacerse amar de ellos, como en las condiciones militares de que tanto blasonaba su contrario, más fogoso que pensador, héroe y no general, tornadizo, falso y apocado en la mala fortuna, incapaz de un arranque de filosofía cristiana cual el de encerrarse y morir en un cláustro olvidado del mundo, de sus grandezas y vanidades. ¿Cómo habia D. Cárlos de buscar como Francisco y sólo para satisfaccion de su envidia alianza ni trato alguno con los enemigos de la fé? ¿Cómo habia de aprovecharse, cual su contrario, de la lucha heróica que el Emperador sostenia con el mayor contrario que ha conocido la cristiandad así en Hungría como en Túnez y en Argel para buscarle aún mayores dificultades y arrebatarle la preponderancia que empresas tan gloriosas tenian que proporcionarle en Europa? El orgullo hizo á Cárlos arrebatado y hasta insolente, que no quiero ocultar sus defectos, y de ahí, aquellos retos escandalosos en presencia del Papa y sus cardenales y aquellos insultos casi groseros á Francisco y sus embajadores; le hizo la necesidad disimulado y hasta poco escrupuloso en los tratos particulares con su enemigo de todos los dias; las circunstancias y la política de un gobierno que representaba intereses tan diversos y no pocas veces encon-

trados por su extension y diferencias sociales y hasta de raza en el imperio, hicieron al rey de España, soberano de los Paises-Bajos, emperador de Alemania y rey de Romanos, hipócrita y, como tal, cruel en ocasiones, en alguna de las cuales, en el cautiverio del Papa por ejemplo, áun llegó á ser censurado ágriamente por sus mismos súbditos; pero todos esos lunares alcanzaban tal grado de magnitud en Francisco I que en el César parecian deber pasar como desatendidos y palidecer con la luz brillante de sus muchas excelencias, no comunes á su rival.»

«Y si ventajas le concedió la fortuna en España dominando la sublevacion de los Comuneros, en Italia, ocupándola casi toda con el vencimiento y prision de Francisco I, y en todas partes á donde le llevaban sus ambiciones ó le dirigian su génio fecundo y su política elevada, no fueron pocos ni fáciles de superar los obstáculos que encontró en su camino. Él, que comprendia que en los españoles era donde debia buscar su mayor fuerza, los tuvo muchas veces contrarios á sus miras y á sus empresas; él, profunda y sinceramente religioso, vió en ocasiones, quizás en las más difíciles de su vida, al jefe visible de la Iglesia católica conspirando y hasta luchando abiertamente contra las armas imperiales; él, que así como en los españoles comprendia su mayor fuerza, tenia sus ojos y su corazon puestos en Flándes, su pátria y primer heredamiento, tuvo que reprimir ruda y ejemplarmente los gérmenes de disgusto y rebelion que brotaban hasta en la misma ciudad de su nacimiento. Pero, sobre todo, el cisma introducido en la Iglesia por Lutero, fué para Cárlos V la mayor de las contrariedades que podian oponérsele. Dividióse la Alemania cuan-

do necesitaba estar más unida para resistir á los turcos; y en los mismos príncipes de quienes debia esperar cooperacion más eficaz para la grande empresa de establecer una barrera insuperable en el Bajo Danubio, encontró el principio de su debilidad y de la decadencia del grande imperio que iba á legar á su hijo y á su hermano. Así que no pueden menos de admirarse doblemente aquellas gigantescas expediciones que, á pesar de tantas dificultades, pudo ejecutar, así en Hungría salvando á Viena de las garras de Soliman, en Túnez arrebatando á Barbaroja su principal guarida, y más aún en el centro de la misma Alemania rompiendo con la derrota y aprisionamiento del elector de Sajonia la union y los proyectos de los luteranos.»

La Reforma, sin embargo, como que su primer empuje se dirigía á crear la independencia, aunque ficticia, del espíritu, y á halagar las pasiones, por groseras que fuesen, siendo de ello buen ejemplo el fraile que las predicaba casándose al poco tiempo de su separacion de la Iglesia, y alguno de los prelados electores imitando á su maestro, iba tomando tal vuelo, que ni las medidas disciplinarias en lo religioso ni los recursos de la fuerza habian de bastar para extirparlas ya de Alemania.»

«La situacion de Cárlos se hizo tan difícil en aquella parte de su vasto imperio que llegó el caso de tener que huir, enfermo y achacoso, de las asechanzas de sus enemigos en religion, librándose como por milagro de caer en sus manos.»

«Así, conociendo que su estrella comenzaba á eclipsarse y que no tenia ya fuerzas para resistir con vigor los golpes de la fortuna que le volvia el rostro, se decidió á fiar la gobernacion de sus reinos á manos no gas-

tadas todavía por el dolor ni los años. Y con resolucion más heróica que la que necesitara para soportar el inmenso revés de Argel, resolucion que ha recibido en la historia su recompensa más satisfactoria, renunció uno por uno sus Estados, muy despacio para que no se creyese aquella efecto de un impulso precipitado de su corazon, y revelando en sus palabras y acciones de todos los dias que no en aquellos sino en tiempos muy anteriores habia formado tan noble proyecto.»

«No todas las gloriosas campañas de los españoles en su tiempo fueron dirigidas por él personalmente; pero la de Túnez en que reveló tanto tino como audacia, la de Argel en que no desmintió por un solo momento la magnanimidad de su corazon, la de Hungría donde su prudencia contuvo el arrojo del hasta entonces nunca contrarestado Soliman, y la batalla de Mühlberg demuestran que no sin fruto se dedicaba al estudio de César y de los más ilustres génios militares de la antigüedad. La batalla de Mühlberg, repito, será siempre para Cárlos V un timbre de gloria que no le podrá ser arrebatado ni aun por la presencia del duque de Alba, contra cuya opinion y la de los demás caudillos de la hueste fué dada y con el éxito más brillante.»

«No contribuí yo poco á ese resultado con un solo consejo y una sola noticia.»

«El elector de Sajonia tenia en 1546 como bloqueado al Emperador en su campamento de Ingolstadt, sin atreverse, empero, á atacarle despues de las dos frustradas tentativas de 30 y 31 de Agosto, en que 80.000 infantes, 20.000 caballos y un tren formidable de artillería no habian podido desalojar á 36.000 de los nuestros de sus mal resguardadas posiciones. El valor de los

imperiales, que habian estado durante dos dias enteros sufriendo á pié firme el fuego de la artillería enemiga, la entereza de unos soldados en quienes ni la fatiga, ni la crudeza del invierno siguiente, ni la peste hacian mella, y la tenaz insistencia de D. Cárlos en no empeñar un combate que todos sus oficiales y las tropas pedian, empleándola, sin embargo, en destacamentos sobre los flancos y retaguardia de los protestantes, le dieron por resultado la desunion de sus enemigos y, por fin, el desmembramiento del numeroso ejército que contra él habian allegado de todas las partes de Alemania. Ya creia poder tomar la ofensiva cuando noticias desfavorables de Francia, la de la conspiracion de Fiesco en Génova y el llamamiento de las tropas romanas por el Pontífice, inspirándole recelos y alarma grandes, lo dejaron puede decirse que desarmado cuando más necesidad tenia de prestigio y fuerza. Aun recobrado de sus preocupaciones con la muerte de Francisco I y la de Fiesco, en la primavera de 1547 no pasaban de 16.000 hombres los que reunian sus banderas. Es verdad que la mayor parte, todos, con excepcion de los que montaban la caballería ligera húngara, eran españoles, con los que podia considerarse más que duplicado el ejército, acostumbrados como estaban á no contar los enemigos, á los que, por otra parte, infundian un respeto que rayaba en espanto y desesperacion.»

«Con ellos emprendió Cárlos en Abril su campaña de aquel año, y desde las primeras operaciones pudo comprenderse quién habia de llevarse el fruto y el lauro de ella.»

«El elector se estableció en la línea del Elba junto á Meisen, apoyándose en la bien fortificada plaza de Wi-

temberg. Temeroso D. Cárlos de que su enemigo tratase de alargar la campaña defendiendo tenazmente el paso del Elba y las plazas y castillos que se alzan sobre sus aguas, resolvió arriesgar, sin embargo, el tránsito y ver en él de comprometer al elector á un trance decisivo. Descendió, pues, el rio á la altura de su enemigo, hasta que, viéndole como decidido á establecerse en Mühlberg, se preparó al ataque contra el parecer del duque de Alba y los más acreditados de entre sus capitanes.»

«Era necesario pasar el Elba, que allí tiene de ancho como unos 300 pasos, bajo el fuego del enemigo apostado fuertemente en la orilla derecha, mucho más elevada que la izquierda y desde la cual podia cubrir de hierro y plomo á nuestros compatriotas. Así esperaba hacerlo el elector Federico, quien, estableciendo en la márgen un número considerable de piezas de artillería y varias mangas de arcabuceros, se habia situado á la vera de un bosque próximo para de allí acudir á donde la necesidad lo exigiese. La dominacion de la orilla derecha del Elba estaba, no obstante, en aquel dia, el 24 de Abril de 1547, neutralizada por una niebla espesa que ocultaba á sus poseedores los movimientos que iban á verificarse en la opuesta.»

«Carlos extendió al frente de la artillería enemiga una espesa línea de arcabuces que, sin descanso y con un tino que desesperaba á los luteranos, los mantuvo sin cesar en la ilusion de que aquel, y no otro, era el punto de ataque de los imperiales. Y tanto se enardecieron nuestros arcabuceros con el éxito de su fuego que, por hacerlo más eficaz, avanzaron por las aguas hasta llegarles estas á la cintura y allí se mantuvieron, au-

mentando en sentido inverso de la distancia el estrago de sus contrarios.»

«Entre tanto, el emperador estaba apresurando el establecimiento de un puente por el que pudiera pasar el Elba el grueso de su ejército. Pero faltaban algunas barcas, é iba á hacerse impracticable la operacion, cuando unos cuantos españoles, no pasaban de diez, observan que en la orilla opuesta habia unas que los alemanes se preparaban á incendiar; y, dejando en tierra sus mosquetes y sujetando con los dientes sus espadas, se lanzan nadando á impedir aquel incendio que iba á ser el mayor obstáculo al paso del rio. Los luteranos defienden las barcas; pero ¿qué podia resistir á aquel que no en vano llamó la posteridad *Rayo de la guerra*, ni á sus soldados, cuando sólo la fama de la llegada de un puñado de españoles al ejército hacia desistir á los enemigos de la empresa más interesante? Las espadas de Sancho Dávila y de aquella decena de héroes dió cuenta de los marineros, y las barcas pasaron á completar el número de las que se necesitaban para acabar el puente.»

«La accion iba, con todo, alargándose y la impaciencia del emperador crecia por instantes. Temia que se le fuera el Elector y que, acogiéndose á Witemberg, se prolongara la campaña burlando la superioridad con que entonces contaba el ejército español. Ya podreis presumir que estando yo allí no habia de limitar mi accion personal á mantenerme á pié firme con mi pica al hombro esperando la conclusion del puente. Observando la impaciencia de Cárlos, abandono de pronto la fila y, ya próximo á él, le digo: «Señor, yo conozco un paso no »lejos de aquí por donde podria con dificultad fácil de »vencer atravesar la caballería de V. M. las aguas del El-

»ba.» «¿De dónde lo conoceis?» me contesta el emperador como dudando de la exactitud de mi aserto. «He cruzado, señor, no pocas veces las aguas por ese paso, y si V. M. se digna darme crédito, yo le prometo que antes de una hora ha de andar toda la caballería de V. M. á caza de los herejes.» Y dicho y hecho: remontamos el rio como una media legua; monto en un corcel que Cárlos hace darme y, unas veces rectamente y otras haciendo *zig-zags*, unas sobre un piso firme de arena y grava y pocas y corto espacio nadando los caballos, logro que primero los ligeros y despues los de los hombres de armas con arcabuceros á la grupa, pisen todos sanos y salvos la tan deseada márgen derecha del Elba.»

«Aquel servicio me valió un abrazo del emperador, quien poniéndose despues á la cabeza de la caballería acometió al Elector, vencido desde el momento en que no habia estorbado operacion tan decisiva.»

«Lo que le faltaba de talento, le sobraba, sin embargo, á Federico de valor personal; y, al verse acometido y envuelto, trató de vender cara la victoria que veia írsele á las filas del que sólo llamaba Cárlos de Gante y á quien no tardaria una hora en presentarse vencido y humillado. La caballería ligera primero y despues la gendarmería del emperador son rechazadas por la infantería sajona que las cubre de metralla; pero rehechas á la voz de D. Cárlos, el primero siempre en la carga y el último en retirarse, corren de nuevo sobre los flancos del enemigo y lo rompen, lo arrollan y despedazan. Sólo resiste un pequeño escuadron de héroes en derredor de Federico que extenuado de fatiga, herido y en la mayor desesperacion entrega su espada y se recomienda á la piedad del que hasta entonces no se cansaba de insultar.»

VII.

LOS PAISES-BAJOS.

«No direis, continuó el oficial despues de una breve pausa, que he dejado de prestar servicios á la pátria en mi laboriosa y triste vida.»

«No, por cierto, contesté yo; y veo con la mayor satisfaccion que cosmopolita y todo, como debiais considerarse despues de tantos años y siglos de errar por el mundo, jamás habeis olvidado lo que todo hombre debe al país en que vió la primera luz. El sentimiento de la pátria nace y crece con todo sér humano, y á tal grado le entraña, que bien puede considerarse como instintivo, como el de un hijo á la madre que le da la vida y lo alimenta con su misma sangre, por lo que no debe extrañarse que al recibir nombre fuese el de *matria* y no el de pátria el que la tierra natal obtuviera de las primeras sociedades.»

Con este asunto pensaba yo distraer un momento la atencion del oficial y proporcionarle un ligero descanso, á punto que vimos salir del inmediato monasterio dos padres acompañados de un lego que con una gran bandeja y bizcochos y copas en ella se dirigia hácia nosotros.

Nuestra larga estancia al pié de los tilos les habia

inspirado la idea de proporcionar un refrigerio á los que, por sus uniformes, comprendian ellos ser defensores de la causa de Pio IX.

Los ministros del altar y los que representan la fuerza conservadora de todos los intereses más importantes de la sociedad han hecho siempre, como vulgarmente se dice, *buenas migas*.

La Milicia es tambien un sacerdocio, tan rígido como el de la Iglesia en su disciplina, con abnegacion semejante en la línea de su conducta profesional, con miras no pocas veces iguales en el fin á que se dirige su institucion y con resultados tan santos otras varias en sus empresas.

En España, sobre todo, las cruces y las bayonetas han caminado en repetidas ocasiones por una misma via y dirigídose á la misma meta. El nuevo mundo es testigo de este espíritu de camarada entre las dos instituciones, espíritu nada de extrañar, por cierto, despues de ocho siglos de una campaña en que la cruz y la espada tenian en nuestra pátria por objeto el mismo, el de salvarla de las garras del enemigo de la fé y del invasor.

Interminable se ha hecho la polémica de quién en las islas Filipinas, si la cruz ó la espada, ha conquistado más igorrotes. Y es que han ido juntas á la conquista, y si la segunda se ha hecho dueña de la tierra, la primera se lo ha hecho de los corazones, emulando una y otra en celo, en valor y en resultados.

Pero, de todos modos, ambas instituciones han marchado ó unidas ó paralelas en busca de un fin ó igual ó parecido, y se han robustecido una á otra, considerándose como representantes de un principio fortificador de toda sociedad regular y moralizadora.

De ahí la benevolencia de unos para con otros, de los hombres armados de la cruz para con los hombres armados de una espada, de un cañon ó de un arcabuz. Y en nada se descubria esa benevolencia como en el hospedaje que los monasterios daban al militar viajero ó descarriado. Observad la llegada de los caminantes á la hospedería de un convento situado en lugar desierto ó en camino intransitable de noche ó por las nieves, y vereis las preferencias de que es objeto el militar. Cena escogida, la mejor celda, la cama más blanda son para el oficial ó soldado sorprendido por la noche ó la tempestad. Luego el Prior y los Padres han de entablar su conversacion con él y han de interrogarle sobre su vida ó los sucesos de actualidad; con lo que y con demostrar que no en vano ha corrido el mundo, no se interrumpen los obsequios hasta el momento de la despedida.

El lector comprenderá por lo que acaba de decirse que no se haria una excepcion la comunidad de Monte Lupo, y que los bizcochos y los vinos serian superiores. Cambiáronse, con eso, palabras de gratitud y cortesía entre los Padres y nosotros; se relataron los acontecimientos del dia, se expresaron las esperanzas sobre un porvenir más lisonjero que el recien pasado, y se repitieron plácemes y despedidas con la mayor cordialidad al volver los monges á su cláustro y á sus oraciones.

El oficial se mostraba un poco impaciente y estuvo como mudo durante la visita de los Padres; hasta repugnaba el participar de su obsequio, resistiéndolo por algun tiempo. Despues hizo como señales de querer partir; pero no era fácil hallar ocasiones como aquella y Colonna y yo, haciéndonos los sordos y los ciegos, continuamos como clavados en nuestros asientos.

La frivolidad de las primeras palabras hicieron, además, comprender al oficial que no se le dirigian sino como preámbulo de ruegos que no tardarian en llegar á sus oidos, y, convencido de que no le era dado escapar de nuestras instancias, pareció conformarse con su suerte. Se detuvo, pues, á reflexionar un momento, como para recoger el hilo de su discurso, y despues de algunas frases á media voz y á manera de cura en púlpito, continuó su relacion de la siguiente:

«Con la abdicacion de Cárlos V se encendia para España una nueva lucha, si no tan grandiosa como las que acababa de rematar gloriosamente en Hungría y Alemania aquel soberano, si no tan feliz y decisiva como las de Italia, más tenaz, más encarnizada y llena de trabajos y peligros de que ni idea podian tener nuestros compatriotas. Ya no se iba á pelear sólo con los hombres en batalla campal ó en escaramuzas más ó ménos reñidas pero con mayor ó menor habilidad y ardimiento sustentadas en terreno firme y abierto; no, ahora nuestros infantes iban á batallar en las lagunas y en el mar contra los elementos y las máquinas, y llegaria el caso, no pocas veces, de encontrarse en las llanuras cubiertas horas antes de árboles y mieses, con las escuadras enemigas arremetiendo bizarramente escuadronadas, cual si navegaran por el Océano anchuroso. Sin paga casi siempre, comiendo lo que el enemigo en sus devastaciones les abandonaba, en lucha constante, sin que el frio ni la nieve la concediesen tregua, en tratos, á intervalos, en que no se sabia qué más admirar si la altanería de los naturales ó la longanimidad de los españoles y su gobierno, pasaron años y décadas y centurias con grandes reveses alternados con la fortuna, pero sin

interrumpirse un punto la gloria que nuestras armas habian conquistado desde la feliz exaltacion de los Reyes Católicos.»

«Ya comprendereis que me refiero á las guerras de Flándes que en un espacio de ciento cincuenta y tres años, desde el reinado de Felipe II hasta la paz de Utrecht, tuvieron en suspenso y casi sin ejercicio el derecho indisputable de nuestros monarcas al dominio de aquel país.»

«Felipe, sucesor de D. Cárlos, heredó la soberanía de los Paises-Bajos como hijo del emperador y nieto de Felipe el Hermoso. No habia, pues, duda en cuanto á su razon de gobernar aquel importante señorío; y si comenzaba á hacerlo delegando sus poderes, no podian los flamencos atribuirlo á desden sino á la inmensa extension de los dominios españoles de que ellos formaban una de las porciones más hermosas, no, empero, la más grandiosa é importante.»

«¿Cuáles fueron entónces, me direis, las causas de aquella guerra inacabable?»

«En primer lugar, os contestaré, la relajacion de la disciplina en los magnates distantes de la accion calurosa y eficaz del trono, mal avenidos con la autoridad de los delegados, áun cuando representasen por su rango y por su sangre la familia reinante del modo que más podia halagarles y en la forma más respetuosa á las leyes especiales de su nacionalidad. El deseo, despues, de novedades innato en la humanidad; el anhelo de fortuna, variable siempre con las grandes convulsiones sociales; la ambicion no rara en el estado sacerdotal, conmovido y disgustado en Flándes con la ereccion de obispados que la situacion de la Iglesia en aquellos

tiempos exigia imperiosamente, sobre todo en los Estados ribereños del Rhin, donde con más fuerza habia echado raices la nueva herejía de Lutero. La libertad de conciencia no fué la causa más determinante de la rebelion flamenca; fué, más que el motivo, el pretexto en que los nobles ocultaban su ambicion, con que embaucaron á los pueblos de su respectivo gobierno ó feudo y sublevaron los ánimos dirigiéndoles hácia ideas peligrosas aunque seductoras por lo peregrinas y nuevas. Un prócer inquieto, un sacerdote licencioso, abad ú obispo, fraile ó presbítero, envidian el poder ó quieren disculpar el concubinato y, armados de su autoridad ó influjo, convidan con lo que para disfrazar su tiranía ó su concupiscencia llaman enfáticamente *derecho de los pueblos y libertad del hombre.*»

«Hé aquí, reducidas á su más simple expresion, las verdaderas causas de la guerra y separacion de los Paises-Bajos. El pueblo, siempre generoso y crédulo, da asenso á las palabras sin atender á los efectos que producen de sangre y devastacion, de incendio y ruina, y que en vez de un resultado feliz y pronto como por otros caminos, recónditos para los ignorantes, podria obtenerse con sensatez enérgica, sólo consigue su propia desgracia y la de cien generaciones sucesivas. Pero en la candidez de los pueblos está la fuerza de los ambiciosos y de los perversos que bajo la máscara de patriotas y honrados ocultan sus pasiones, cien veces más dañinas que los vicios atribuidos á los poderes legítimamente constituidos para el órden y la paz en las naciones.»

«El gobierno de Margarita, duquesa de Parma, era todo lo moderado y dulce que podian apetecer los más exigentes de entre los flamencos; y, sin embargo, dió

en él principio la rebeldía, embozada en sus comienzos, de los magnates capitaneados por Guillermo de Orange, apodado el Taciturno, descontento por la eleccion hecha en aquella noble señora por el rey Felipe en vez de la que él deseaba recayese en la princesa Cristierna, duquesa de Lorena, con una de cuyas hijas, Dorotea, queria contraer enlace. Los grandes señores, no todos, que los hubo fidelísimos, juntáronse bajo la direccion del de Orange, ya casado en segundas nupcias con la hija única del famoso Elector de Sajonia, para conspirar, y, tomando hipócritamente el título de *Gueuseos* para adular al pueblo, promovieron representaciones contra el cardenal Granvella, consejero de Margarita, que era tanto como representar contra la Duquesa y contra España.»

«Cuando Felipe II comprendió en toda su extension el peligro, era ya preciso usar del rigor y de las armas españolas alejadas de Flándes por aquella misma dulzura y moderacion de la de Parma, atenta, mejor que los Gueuseos á las leyes, los privilegios y la dignidad nacional que ellos proclamaban. Con decir que Granvella fué separado de los consejos de la Duquesa y que los tercios españoles se encontraban en Italia queda manifiesto el cumplimiento por parte de Felipe de las condiciones políticas que regulaban su soberanía en los Paises-Bajos, y sin justificacion la falta de lealtad de sus vasallos y el crímen de los magnates que los capitaneaban.»

«Repito que se hizo imprescindible el rigor; y para aplicarlo fué necesario enviar á Flándes un ejército y á su cabeza al famoso duque de Alba, uno de los más hábiles capitanes de su siglo, corazon de acero, tan accesible, sin embargo, á todo sentimiento de lealtad y pa-

triotismo como refractario á la traicion, y así severo, inflexible, cruel, casi salvaje con los enemigos de su religion, de su rey y de su pátria.»

«Una vez que el de Orange hubo escapado de Flándes para conspirar libremente, el conde de Horne, el de Egmonte, y, con ellos, cuantos supo el de Alba haber trabajado en la obra de separacion, ya en las asonadas anteriores contra la duquesa de Parma, ya en los conciliábulos que las prepararon, fueron á pagar en el patíbulo lo que hoy nadie quiere llamar traicion pero que nadie en iguales circunstancias dejaria sin castigo.»

«Con eso la lucha comenzada se acaloró sobremanera, que pocas veces la sangre derramada hiela la que en las venas queda, y el de Orange con la fuerzas reclutadas en Alemania y el ayuda de los flamencos, pudo presentarse en campaña con medios suficientes á imponer respeto al escaso número de nuestros compatriotas.»

«El ejército que el duque habia llevado de Italia consistia en 49 banderas con menos de 9.000 infantes y 12 compañías con 1.200 caballos, divididos en tres cuerpos de vanguardia, batalla y retaguardia; órden que habia creido deberle imponer para el paso de los Alpes, siempre áspero y sembrado de obstáculos, peligrosísimo entonces por la esterilidad de la tierra y las dificultades del acarreo. La marcha se hizo, sin embargo, perfectamente, gracias á la disciplina que brillaba entre las tropas españolas allí donde se descubria el penacho del duque de Alba; atravesando sin accidente notable la Saboya, la Borgoña, la Lorena y el Luxemburgo. Ese ejército, aumentado no considerablemente con tropas del país y las levantadas en Alemania, habia bastado al duque para guarnecer las plazas en que mayor peligro

amenazaba de una sublevacion, para enviar á Francia hasta 1.500 caballos con el conde de Aremberg, encargado de auxiliar á Cárlos IX contra los Hugonotes, y para rechazar las invasiones del rebelde conde de la Marca en las tierras de Ruremunda y Cleves, y de Ludovico de Nassau, en Frisia.»

«El duque habia volado á vengar la rota del de Aremberg en Heyligerlee junto á los *Campi fallaces* que presenciaron la de Varo, lavándola en Yemningen con muerte de más de 9.000 rebeldes y la presa de 20 banderas y 16 piezas de artillería.»

«La campaña fué corta y feliz; pero aún lo fué más la de que no hace mucho os hablaba, dirigida en el campo de los rebeldes por Guillermo de Nassau, el ambicioso príncipe de Orange, no escarmentado sino que, por el contrario, más encendido en ira con la memoria de su hermano Enrique, muerto por el de Aremberg momentos antes de su catástrofe. El de Orange pasó el Rhin con unos 12.000 infantes, 9.000 caballos, cuatro cañones de batir, seis bastardas y varias piezas de campaña; y el duque estableció su campo en el llamado de César, cerca de Maestricht, con un ejército cuyo total, incluso el de las guarniciones, ascendia á unos 16.000 infantes, 5.500 caballos y algunos cañones de batalla. Muy inferior en fuerzas en el campo, el de Alba se propuso no arriesgarlas al trance de una accion campal sino en condiciones muy ventajosas; y campando siempre á la vista del enemigo, sin permitirle la posesion de una fortaleza ni abastecimiento alguno ni forraje, estorbándoles hasta el descanso necesario y escaramuceando con su caballería para ocuparles el bagaje y prender á cuantos se separasen del cuerpo principal, logró en pocos

dias meterlos de nuevo en Alemania con más de 5.000 hombres de pérdida y la de todas sus ilusiones y crédito.»

«Más habilidad para maniobrar, mayor energía en contener el fuego bélico de nuestros soldados, inteligencia superior de las condiciones de una campaña como aquella y las del país en que tenia lugar, son imposibles; y si el duque de Alba no contara con otras glorias, la adquirida en 1568 bastaria para colocarle entre los primeros estrategos del renacimiento del arte militar.»

«El fuego de la insurreccion iba, sin embargo, tomando cuerpo en los pueblos más apartados de aquellos dominios, y la guerra revelaba ser de las que no dieran resultado, áun ganando todas las batallas. El de Alba debió creerla terminada con la feliz campaña que os acabo de citar cuando hizo presente al rey la necesidad en que se hallaba de descanso. Pero al asomar por Flándes la armada del duque de Medinaceli, designado para relevarle, habian vuelto á embrollarse los asuntos militares, y ni el de Alba queria ceder su puesto, ni al de Medinaceli debió de parecerle fácil la empresa de llevarlos á feliz remate, porque aquel continuó en desempeñar el gobierno y éste se prestó galantemente á servir bajo sus órdenes.»

«Allí donde se presentaba el de Alba la victoria era segura, el escarmiento de los rebeldes indudable, como aún siguió mostrándolo el sitio de Mons conquistada á la vista del de Orange. Por fin, cuando murió D. Luis de Requesens, que le relevó en 1573, se vió palpablemente, á pesar de la habilidad política del comendador, lo que valian el génio, la pericia y la severidad de carácter del que, no mucho despues, cargado de años, afligido de toda especie de dolencias y en desgracia con su

soberano, habia de entregarle la corona de Portugal tras una corta campaña, coronada por la admirable victoria de Alcántara.»

«A la llegada de D. Juan de Austria en 1576 sucedieron tratos que el estado de aquellas provincias y las instrucciones que llevaba de España en sentido perfectamente pacífico le hicieron escuchar con benevolencia, tratos que no impidieron á los Estados acometer la empresa de arrebatarnos la fortaleza de Gante, que la mujer de Mondragon su castellano, entonces ausente, defendió contra varios asaltos. La falta de municiones obligó más tarde á los defensores, lo mismo que á los de Valenciennes, á capitular, abandonando las plazas, pero libres, con armas y bagajes, las mechas encendidas y bala en boca.»

«Los artículos de la capitulacion ó paz de Gante sirvieron como de preliminares para el llamado *Edicto perpétuo*, á consecuencia del cual salieron de los Paises-Bajos los españoles que en ellos mantenian la autoridad real, así como *las naciones* que estaban á su sueldo. Como si eso fuera todavía poco, y fuera poco tambien el haber obtenido así una libertad de accion que podria conducirlos á la autonomía, los Estados intentaron atropellar los presidios que, por no haber aún recibido la órden, se mantenian en algunas aunque pocas plazas, en Utrech, por ejemplo, mas en todas salieron rudamente escarmentados, como era de esperar de unos soldados que, conociendo la falacia de los flamencos, preveian su pronto regreso y las nuevas luchas que habia de costar lo que tan generosa y cándidamente se les hacia abandonar entonces.»

«Con eso y el juramento del de Arescot, nombrado jefe

de la guardia del gobernador, D. Juan dejó el Luxemburgo para trasladarse á Lobaina y luego á Bruselas. La lealtad del príncipe fué pagada por el de Orange con una declaracion de proseguir la guerra; y muy pronto, como si aún se le temiese desarmado y todo, cual se encontraba, el vencedor de Lepanto se vió amenazado de una conjuracion de que sólo huyendo á Namur pudo salvarse.»

«Tan acertado anduvo en su determinacion y en la de guarecerse despues en el castillo, que á los pocos dias se encontraba abandonado hasta de los jefes flamencos de su guardia, ya inclinados al archiduque Matías, y con la noticia de marchar contra él las tropas de los Estados; obligándole, despues de mil traidoras proposiciones y descaradas amenazas, á refugiarse al siempre leal estado de Luxemburgo.»

«¡Cuán pronto se habia realizado la profecía de Sancho Dávila que, al despedirse de D. Juan, le habia dicho: «*V. A. nos hace salir de Flándes; acuérdese que bien pronto se verá obligado á llamarnos.*»

«Desde allí escribió aquella carta célebre de 15 de Agosto de 1577 á los «*Magníficos señores amados y amigos suyos;*» á los viejos soldados que con prevision tan admirable le habian profetizado la pronta necesidad de su regreso para mantener en Flándes la religion católica y la autoridad de los reyes de España. Y, cosa notable y que muestra la lealtad de aquellos veteranos y su cariño á D. Juan, sin esperar á que se les pagase lo mucho que alcanzaban y sin aguardar la reunion general para su paso de Milán á las orillas del Mosella, fueron unos tras otros, y hasta en posta, incorporándose al campo del príncipe, anhelantes por vengar las afrentas que á

éste y, en su cabeza, á ellos se les habia inferido. Y Francisco de Avila, Amador de la Abadía, Pedro Vallejo, Armengol, Heredia, Aldana, Ortiz, Ayala, del Rio y cuantos capitanes y alféreces acababan de evacuar los Estados, fueron sucesivamente llegando con sus compañías y banderas, con la excepcion, verdaderamente lamentable, del maestre Julian Romero, arrebatado por una aplopegía fulminante al amor de sus soldados y al servicio de su pátria.»

«Para colmo de satisfacciones llegó á Luxemburgo Alejandro Farnesio, el ínclito conquistador de la galera del Tesoro en Lepanto, el que habia de ser muy pronto terror de los herejes y de los enemigos de España, vencedor de Enrique IV y de sus afamados mariscales, única esperanza de los buenos y católicos parisienses. Con él iba el famoso Octavio Gonzaga, y se unió además á D. Juan el duque de Limburgo, ofreciendo hasta 3.000 caballos; de modo que, á los pocos meses de la situacion más apurada, se socorria á Ruremunda, se despreciaban las falaces embajadas de la feísima reina de Inglaterra, y, con la publicacion de una ámplia amnistía, se acometia la entrada en las provincias flamencas y la marcha hácia el enemigo, acampado en las inmediaciones de Jemblours.»

«La batalla fué corta, pero ejecutiva. Mondragon y Francisco Verdugo no podian contener á los españoles de sus tercios, y cuando los soltaron, al primer envite, y en union con la caballería de Octavio Gonzaga, nada ménos que 8.000 infantes de los de los Estados cayeron entre sus garras, sin los que en la persecucion, que duró hasta la noche, fueron quedando aquí y allá mordiendo la tierra.»

«Rindióse Jemblours inmediatamente y lo hicieron despues Lovaina y Bovines y Arescot y varias otras ciudades embargadas por el espanto que una batalla, para los españoles tan incruenta, esparció por las comarcas próximas. Con esto, con la llegada de 400 españoles todos caballeros, capitanes y oficiales que llevó de Italia D. Alonso de Leyva con D. Diego Hurtado de Mendoza por Alférez, y Sancho de Leyva por Sargento, y con la presentacion de Mr. de la Motte en el campo de D. Juan, que coincidió con la muerte del de Lumay en el de Orange, las cosas parecian presentar un aspecto sumamente favorable. Crecieron las esperanzas con otra victoria conseguida en Rimenant contra los Estados que ya tenian en campaña sobre 60.000 infantes y 16.000 caballos, y más aún con el fracaso de un conato de asesinato que debian ejecutar dos ingleses traidos á Flándes por los emisarios de la reina Isabel, cogidos cuando ya esperaban acabar con D. Juan.»

«Pero tan halagüeño porvenir se tornó en tristura y en dolor, cuando, ya que no los puñales de los herejes, sus venenos ó el más roedor de la melancolía que sus nobles ambiciones, siempre burladas, trabajaban el ánimo del de Austria, acabaron con su vida y con todas las alegrías del ejército.»

«No podeis figuraros la desesperacion á que se entregaron aquellos veteranos camaradas del héroe en las Alpujarras, en Lepanto y Túnez. Los viérais llorar como niños ó pedir venganza cual fieras sedientas de sangre; y cuando, para impedir rivalidades, fué pasando el cadáver de D. Juan de hombro en hombro de los capitanes, así de los tercios como de *las naciones*, el príncipe de Parma que con Gonzaga, Mansfelt y muchos otros

señores seguian el féretro con sus largas lobas y capirotes, debió comprender cuán fácilmente podia cubrirse de laureles quien á tales soldados confiase su destino en las batallas.»

«Yo seguia aquel fúnebre cortejo al lado del Farnesse *animo lugubrioti quam veste*, y en cuya guardia me habia alistado, presumiendo, por el ruido de su primer hazaña, la gloria que habia de acompañarle hasta despues de la tumba, tan prematuramente abierta, por desgracia, como la de su inmortal tio. Yo presencié, repito, espectáculo tan conmovedor; y, si antes no lo hubiera conocido, entonces supiera que el soldado español es lo que sus jefes quieren que sea, disciplinado ó revoltoso, valiente ó apocado, generoso ó rapaz, humano ó sanguinario, porque se adhiere á ellos como la hiedra al olmo, con entusiasmo, con amor, con abnegacion sin límites, con ellos se indentifica hasta en los pensamientos que adivina con intuicion maravillosa. D. Juan, que sólo así se le llamaba, no era el caudillo de aquellas gentes, no era el príncipe, el hermano del severo monarca de Castilla; era en aquel ejército el hermano mayor de una familia de héroes dispuestos siempre á llorar sus sinsabores, á gozar de sus alegrías, como á morir por su vida ó por su gloria.»

VIII.

LAS CAMPANAS DEL MONASTERIO Y ALEJANDRO FARNESIO.

Interrumpió á nuestro oficial el sonido de las campanas del vecino monasterio. Lento y grave en un principio, como si le costara romper el silencio de la naturaleza en su derredor, parecia el exordio de una oracion fúnebre dirigido á llamar al auditorio á la atencion y al recogimiento.

La campana es el símbolo más perfecto de la universalidad del catolicismo en sus manifestaciones externas. El Muezin se satisface con anunciar el momento de la oracion á los fieles vecinos al templo; á la fuerza pulmonar de un hombre ha de corresponder el alcance auditivo de otro hombre, tan limitado como aquella. El bronce hiere rudamente las capas atmosféricas, las hace vibrar con fuerza y, sacudiéndolas unas en pos de otras, lleva su voz, por encima de la ciudad, al campo, á los valles más recónditos de la comarca, á las montañas escondidas allá en la bruma de los horizontes. Como la voz de los antiguos guerreros, aunque fuese la de Ayax Telamon conmoviendo el vecino Ida y hasta haciendo saltar de sus asientos de marfil y oro á los dioses del Olimpo, se apagaria junto á uno de nuestros modernos

cornetines en el campo de batalla, así la del Muezin, áun suponiéndole un Estentor, se ahoga, queda sofocada en el torrente sonoro y majestuoso que se desprende de la torre católica.

La elocuencia de la voz, por otra parte, desaparece en el laconismo del esquilon humano, elocuencia de que tenemos un modelo perfecto en el *sereno* de nuestros tiempos: la de un campanario es arrebatadora, sea el que quiera el objeto á que se dirija, la ocasion que anuncie, el fin que se proponga. ¡Qué uncion en aquellos sonidos graves é imponentes de *la campana mayor!* ¡Adónde no elevan las suaves y sonoras notas de las medianas, y cuánta urgencia no revelan los apremiantes, los agudos llamamientos de los cimbalillos, de aquella rueda en su estridente algarabía! ¡Qué de armonías, en fin, cuando volteando unas y otras en su lento y acompasado vaivén, se mezclan todas y confunden en sus múltiples armonías, en sus distintos tonos, en sus concertados diapasones!

Ya he dicho que en el monasterio de Monte-Lupo comenzó el campaneo remedando el exordio de una oracion fúnebre; parecia provocar á la vez en sus oyentes á la oracion de la tarde, que ya, con efecto, iba acabándose. Poco á poco fueron las campanas pronunciándose en más animado y luego rápido movimiento, como si intentase la mano que las agitaba expresar ideas de otro órden, más confortantes, más consoladoras. Despedíase el astro luminar del dia, comenzaba éste á envolverse en el oscuro manto del crepúsculo, y, al anunciar su fin, querian las campanas ofrecer, sin duda, una esperanza á los mortales de que allí no acababa el mundo, de que aún habia porvenir de vida,

de placeres y de dolores terrenales. Pero en aquella suave armonía se escuchaba repetir una nota con tal insistencia y á intervalos tan acompasados que, á la par que el recuerdo de alguna idea igual, inmutable, infinita, parecia significar la continuacion del modo de ser humano, uno mismo en todas las generaciones, en todas las edades, uno mismo en todos los estados, en todas las latitudes de la tierra, el del dolor siempre presente, innato en el hombre, innato en todos los que pueblan el globo. Y como si el conjunto de los sonidos que arrancaban del vértice de la fábrica pudiera, trasportando á regiones de plácida contemplacion, dispertar pensamientos de alegría, de satisfaccion terrenal, allí resonaba la campana grave, la campana monótona, incesante en su significacion terrorífica, haciendo arrancar suspiros al corazon, lágrimas á los ojos y al alma la idea de la igualdad bajo los oropeles y abigarrados contrastes de la humana naturaleza.

Porque nada más igualador que la Iglesia católica.

Como emanacion de la doctrina salvadora del que vino al mundo, lo mismo que á borrar en todos la mancha original, á romper las cadenas con que la materia tenia aprisionado el espíritu, y la fuerza á lo que por débil tiene precisamente el privilegio de la bienaventuranza en las altitudes celestes, la Iglesia ha hecho raspar en el gran libro de los destinos humanos las diferencias sociales, las diferencias de la fortuna y las diferencias del vigor; á todos dá asilo, igualmente á los poderosos como á los abandonados de la suerte, y á todos el mismo pasto, con el que unos y otros se confortan del mismo modo. Buscad en Esparta un sistema semejante, en Esparta ó en cualquiera de las repúblicas más demo-

craticas, y siempre hallareis á favor del de la Iglesia católica la ventaja de las no excepciones.

Y como ella, y como todas sus instituciones, y como todos sus ritos, las campanas que son la manifestacion externa más sobresaliente de la Iglesia, tienen que revelar en sus llamamientos y en sus armonías ese espíritu de igualdad que rebosa del vaso misterioso, profunda y brillantemente filosófico de nuestra santa religion.

El sol abandonaba el horizonte de Spoleto, y segun se iba ocultando parecia despedirle la torre del monasterio con sus toques cada vez más suaves y melancólicos, á cada punto más conmovedores; y cuando su disco se sumergió, por fin, en las profundidades del Mediterráneo, fué apagándose la voz de las campanas, entrecortada por suspiros tiernos, que no otra cosa semejaban los acentos de aquella de que hemos hablado, siempre igual y monótona en sus postreras oscilaciones. ¡Quejas de amor lanzadas al aire en la cantilena entre pastoril y mística que las demás campanas entonaban! ¡Reproches celosos al astro que abandonaba la risueña campiña por los arenales del desierto ó las ondas salobres del mar!

No puede existir naturaleza de hombre que se resista á la emocion de música semejante, ni de espectáculo como aquel, y sólo esa emocion ha podido crear armonías como las de Lefebure-Welly en su tan celebrado nocturno de *Las Campanas del Monasterio*.

Embebecidos quedamos los tres con tan bella como sentimental música, y de seguro que los tres experimentábamos tambien la misma impresion de dulce melancolía, que las campanas parecian querer expresar al despedir al refulgente y consolador astro del dia.

La última campanada, aquel *adios* postrero de la torre, único objeto de la montaña que hacia rato aún descubria al sol, fué, sin embargo, para nosotros, la señal de nuestra retirada, y como si nos hubiéramos de antemano puesto de acuerdo, como si nos sintiéramos empujados por el mismo resorte, cogimos de la brida los caballos y nos metimos por el laberinto de sendas que comunican las ermitas entre sí y el monasterio con la ciudad. Y no ya por el camino que desde el acueducto conduce á la cima de la montaña, sino por el que antes de la ascension nos habia aconsejado el oficial, fuimos descendiendo muy despacio, más que por lo pendiente de la cuesta, por la impresion que aún experimentábamos, y mejor que por necesidad, por la esperanza de reanudar todavía la interesante narracion interrumpida por el campaneo del monasterio.

No eran frecuentes nuestras entrevistas con el misterioso personaje, en quien ya íbamos descubriendo una como desviacion de su empeño favorito, el de aparecer protagonista en todos los sucesos que nos iba narrando. Era, pues, necesario aprovechar las ocasiones que la casualidad nos deparara hasta acabar con aquel misterio, y, para ello, escuchar el fin de la narracion que con tanto método nos venia haciendo desde nuestro mútuo conocimiento en las montañas del Abruzzo.

Una vez, pues, en el llano, y el antes profundo y áspero barranco que por bajo del acueducto conduce al ponte *sanguinario*, salvado por donde ahora lo cruzábamos estrecha y poco honda quebradura, tomada ya la ancha estrada de Terni, supliqué al oficial continuara la relacion de los sucesos de Flándes, para cuya conclusion tendriamos tiempo con solo detenernos unos momen-

tos en el pequeño paseo que se descubre en la entrada de Spoleto por aquella parte.

En la estacion calurosa en que nos encontrábamos, convidaba, en efecto, á reposar un rato la fresca y umbría alameda á que nos dirigiamos. No debió hallar malo el proyecto nuestro acompañante, en quien la admiracion que demostraba el coronel napolitano y la que yo me esforzaba en prodigarle en cuantos sucesos suponia él haber tomado una parte activa, encendian más y más el anhelo de continuar su historia, animándose á veces á punto de declamar cual si representase escenas de un drama caballeresco en la de un teatro.

Cuando alcanzamos el llano ya era de noche, y ésta, bastante profunda para no descubrir en nuestro interlocutor los cambios de fisonomía, tan frecuentes como sus ratos de entusiasmo, ó los que cualquiera contrariedad por nuestra parte pudieran producirle. Pero no por eso cedia su fiebre, si así puede llamarse la excitacion nerviosa que sobre él mismo causaban sus palabras, y en aquella ocasion, como en la del trayecto de Nérola á Rieti, en el camino que aún nos faltaba hacer como en los bancos del paseo, lo demostró hasta la evidencia. Reanudó, pues, así, la relacion comenzada sobre las campañas de Flándes.

«Era muy triste, á no dudarlo, la situacion de los españoles cuando murió D. Juan de Austria; pero no más aventajada se presentaba la de los Estados en Flándes. El archiduque Matías, escapado de Austria en alas de su ambicion, se veia supeditado por el de Orange que todo lo queria dirigir y mandar, y, lo que era peor todavía, con dos rivales en el campo mismo de los insurrectos: el duque de Alençon, ayudado del rey de Francia y con

tantas simpatías como él en la córte de Inglaterra, y el conde Casimiro, hijo del Elector Palatino, y que no hacia mucho habia entrado en Flándes á la cabeza de 12.000 alemanes. No tenia, además, dinero, y sin él era imposible reclutar las fuerzas necesarias para imponerse, como á sus enemigos, á sus competidores, siendo á la vez rara la ocasion, entre tantas no felices, en que dejaran de revelar su propósito de retirarse á Alemania. Los franceses seguian haciendo sus correrías por las plazas vecinas á la frontera de su tierra, pero no con el fruto que les hacia desear su ódio á los españoles, como españoles y católicos. Para mayor turbacion de los flamencos, tan azotados en su rebeldía por esas rivalidades entre los que habian llamado á su ayuda como protectores y amigos, apareció en sus filas la discordia con la creacion de un partido numeroso llamado de los *malcontentos*, seguido de un núcleo bastante poderoso de fuerzas que por ser de católicos fué apellidado el *ejército del Pater noster*.»

«Alejandro Farnesio, diestro en aprovechar las ventajas políticas como las militares, no se descuidó en entablar comunicaciones con los *malcontentos*, y á favor de ellos y de una iniciativa sumamente enérgica en las operaciones de la campaña que comenzó á muy corto tiempo de la muerte de su tio D. Juan, logró recobrar muy pronto algunas provincias, y Alençon se metió en Francia desacreditando *lo bueno de su entrada en Flándes con lo malo de su salida*, y Casimiro, batido completamente junto á Eyndoven, se pasó á Inglaterra en busca de dineros y refuerzos.»

«Siguió la campaña el de Parma tomando á Maestricht despues de un sitio obstinadísimo y sangriento, en el que á tal punto llegaron nuestros arcabuceros en su des-

treza, que el ingeniero de la plaza decia, despues, que le habian muerto más de dos mil hombres, hiriéndolos á todos en la cabeza al descubrirla sobre el muro.»

«No cesaban, por eso, los tratos, y de la Junta de Colonia y de los *malcontentos* llegaban á Farnesio proposiciones contra el de Orange y los herejes de Amberes. Oponíanse á todo convenio, como es de suponer, aquellos malvados, y el de Alençon y Casimiro al volver de Inglaterra; pero al fin llegó á establecerse una concordia, tan poco duradera, sin embargo, como la del *Edicto perpétuo* de D. Juan de Austria. Y vuelta á salir de Flándes los españoles, comprometiéndose los *malcontentos* á despachar á los franceses, ingleses y escoceses que los pretendientes por un lado, y la reina de Inglaterra por otro, habian introducido en el país.»

«Una de las cláusulas de la concordia de Arras era que Farnesio fuese relevado para quitar todo temor de una imposicion militar; pero su madre, nombrada de nuevo gobernadora de los Paises-Bajos, comprendió al llegar á Namur que no estaban aquellas provincias para ser regidas por una mujer, y los *malcontentos* pudieron convencerse de que sin los españoles era imposible reducir á los rebeldes ni desahuciar al de Alençon que, llamado por Orange, acababa de ser jurado en Amberes por duque de Brabante. Matías se volvió por entonces á Alemania perdidas sus esperanzas de gobernar á Flándes.»

«Tornaron, pues, nuestros compatriotas de Italia, y bien á tiempo, porque, propuesta por el príncipe francés en un convite que le dieron los de Amberes la anexion de los Países-Bajos á Francia y rechazada al punto, é introduciendo en la plaza á varios de los suyos con el fin de apoderarse de ella, trabóse un obstinado combate

en las calles, en el que, derrotados completamente los franceses, hubo de salirse al campo el de Alençon con la pérdida de cerca de 1.500 hombres y la de todas sus esperanzas.»

«El de Orange trató de disculpar al flamante duque, y trabajaron, para conseguirlo tambien, el rey de Francia é Isabel de Inglaterra, mientras Farnesio, por su parte, intentaba aprovecharse de aquel suceso para introducir amistosamente en Amberes las armas del Rey Católico. No consiguieron entre todos desarmar á los de la ciudad del Scalda, y continuando las operaciones de la guerra, ya más prósperamente por las discordias de los enemigos, la llegada de los españoles y la muerte del Taciturno asesinado en Delft por el borgoñon Baltasar Gerardo, pudo el duque de Parma comenzar el sitio de aquella grande y rica poblacion, sitio que habia de formar época en la historia del arte militar por sus variadas é instructivas peripecias.»

«Cuantos medios podian en aquellos tiempos discurrirse para aislar una plaza, ya tan considerable entónces, y cuantos imaginarse para su defensa y comunicacion con la escuadra de socorro que los sitiados tuvieron constantemente á la vista, fueron puestos en juego en el sitio de Amberes. Ya podeis reiros de esos escritores enemigos de España que atribuyen á Mauricio de Nassau la invencion de las obras exteriores en los sitios de plazas, porque además de ser un recurso de que más ó ménos toscamente han echado mano todos los encargados de la defensa para tener alejados á los sitiadores, en Amberes, esto es, en 1585, ántes de que Mauricio empezara á mostrar al mundo sus excelencias militares, pudieron sus holandeses de la escuadra verlas levantar con

la mayor habilidad para contrarestar las que Farnesio construia con el fin de estrechar la ciudad y obligarla á rendirse. Y no se satisficieron los rebeldes de la ciudad con buscar por el camino de esas obras y por el de las inundaciones comunicacion con el exterior, sino que, aprovechando los talentos del ingeniero italiano Yambelli, compañero de aquel Zitolomini que reveló á los turcos cuáles eran los puntos débiles de la Goleta y Túnez que acababa de fortificar, lanzaron al Escalda navíos de fuego, verdaderas máquinas infernales que rompiesen la obra maestra de Farnesio, aquel puente gigantesco que, uniendo los cuerpos dispersos de los sitiadores, impedia el socorro que los holandeses intentaban todos los dias introducir en la plaza. Lográronlo por un momento, que los ingenios eran de tal fuerza y de condicion tan devastadora, que ni imaginarse podian por quien no encerrara en su corazon la rabia del Yambelli, ó sintiese la necesidad de los de Amberes; pero el valor incontrastable de los españoles y la actividad del Farnesio remediaron muy luego tanto estrago como llegaron á causar.»

«No podeis representaros un espectáculo tan grandioso y terrorífico.»

«Me parece haberos dicho que yo servia en los arqueros de la guardia del duque de Parma. Con el anuncio del descenso de las barcas de fuego, de que ya teníamos alguna noticia, y suponiéndolas ineficaces para romper la trabazon robustísima de los gruesos troncos que formaban el puente, cuantos no tenian la precisa obligacion de esperar en los fuertes y los diques los ataques de la escuadra ó las salidas de los sitiados, se agolparon á los pretiles de aquella fábrica admirable, ó á los lan-

chones que defendian el acceso á ella. No fué de los últimos Farnesio, acompañado de los marqueses de Rubay y del Vasto, del Sr. de Billi y cien otros capitanes y entretenidos cerca de su persona. Al asomar las barcas por lo alto del rio la curiosidad, más que el temor, parecia agitar los ánimos de los circunstantes, y lo probaba su colocacion en el sitio de mayor peligro; casi, casi llegó aquella á enfriarse y á desaparecer el miedo del todo al sumergirse en la corriente una de las barcas y desviarse otras dos hácia las orillas donde ningun estrago podian causar. Pero yo, que seguia atento la marcha de la cuarta y calculaba por el humo que despedia la anegada, el artificio que todas encerraban, al verla ya próxima á la estacada del puente corrí al alférez Vega, que era muy buen soldado y entendido ingeniero, y en cuatro palabras le expliqué el infierno que en aquellas tablas venia sobre nosotros. El alférez se volvió entónces á Farnesio y con muchas importunaciones, que el duque no queria escuchar, y hasta por la fuerza, arrastrándolo de los brazos y gritando á los de su séquito que se apartaran del pretil, logró llevarlos á casi todos al fuerte que hacia cabeza del puente.»

«Yo era uno de aquellos á quienes gritaba el alférez con mayor instancia, como extrañando que no usara de la prudencia que á los demás aconsejaba; pero tranquilo, por mi desgracia demasiado tranquilo respecto á mi suerte, continué en el puente mirando las maniobras de nuestros botes que pugnaban por desviar la máquina.»

«Ya llegó esta al puente y se detuvo en el primer obstáculo que le ofrecian los puntales; ya los mareantes montaban sus altos costados para apagar el fuego que

ardía en la cubierta y aún esperaban conseguirlo, cuando comunicándose, por haberle llegado su tiempo, al enorme vientre cúbico donde se habia preparado la mina, reventó ésta con todo el ímpetu que el infame Yambelli habia calculado.»

«Yo he estado en la boca del Mongibelo al romper una de sus más tremendas erupciones y envuelto en su candente lava he rodado hasta los muros de Catania; yo he sufrido la explosion de una de aquellas minas, que, inventadas contra Francia por Pedro Navarro, llegó despues de su triste defeccion á usar contra los españoles, y he quedado por mucho tiempo aturdido del estruendo y sepultado entre las ruinas ciclópeas que produjo; pero ni en el Etna ni en Nápoles sentí el fragor ni el sacudimiento que en el puente de Amberes. Parecia que la tierra se hubiese abierto para dar paso á todas sus inflamadas entrañas; parecia como si los huracanes del cielo, reuniendo su accion en un solo punto, presentasen su vórtice á nuestros piés, y antes de que el antro que se nos abria por debajo pudiera tragarnos, y antes de que escuchásemos el estruendo que iba á aturdirnos y de observar el humo y la oscuridad que habian de envolvernos en sus sofocantes tinieblas, volábamos confundidos con masas de piedra y con maderos que no otra cosa que aereolitos parecian por el aire.»

«Yo subí á una altura incalculable sin conocimiento realmente de lo que me pasaba, y al volver en mí junto á la orilla del Escalda, sentia como si tuviera todos los huesos de mi cuerpo magullados. Centenares de mis camaradas yacian por tierra, que pasaron de 800 los que arrebató á la vida aquella horrenda máquina cuyos estragos, sin embargo, ó por inesperados ó por falta de

energía, no supieron aprovechar, ni los de Amberes, ejecutando una salida vigorosa, ni los de la escuadra, procurando meter algun socorro en la plaza.»

«La inutilidad, pues, de aquel ingenio y la de los demás del mismo género que todavía se emplearon, así como la del ataque del contradique, donde se dió el combate más reñido que tuvo lugar en todo el sitio, y el fracaso de aquel navío gigantesco que la jactancia flamenca apellidó *El Fin de la Guerra*, hicieron comprender á los de Amberes que no serian jamás eficaces sus esfuerzos y provocaron las capitulaciones que abrieron el 24 de Agosto de 1585 á Farnesio las puertas de aquella ciudad la más importante de los Paises-Bajos.»

«Observo, añadió el oficial, que hace un rato, desde el en que he comenzado á narrar el suceso de la voladura del puente de Amberes, os estais cambiando miradas, para mí muy significativas, por más que revelen una duda, en otra ocasion fundadísima.»

«Os ruego que no me interrumpais, podria írseme la idea: como de los de Amberes, deberia haberos hablado del esgüazo de Ziericzee, donde Juan Osorio y sus valientes camaradas hubieran todos perecido como los soldados de Faraon en el mar sin mis consejos y mi direccion personal. Todavía más; antes de esta arriesgadísima empresa, Mondragon no se hubiera aventurado á la de socorrer á Tergoes sin mis noticias de que habiendo yo visto cien años antes la comarca de aquella ciudad unida al continente, debia ser el paso á ella bastante viable en las menguantes del mar. ¿Cómo sin consejos tales y sin el auxilio de una experiencia como la mia podrian haberse llevado á cabo operaciones cuyo solo recuerdo

pone espanto en el corazon cuando acaba la duda sobre su ejecucion maravillosa?»

«Es cierto que en Flándes la habilidad suplia como en ninguna otra parte á la pequeñez del número y á la inmensidad de las dificultades que se oponian á los españoles. Quien estudie el sitio de la Esclusa no podrá menos de comprender que la buena causa iba secundada por una prevision militar y por una energía tal en las operaciones del de Parma, que no daba un paso el famoso favorito de la reina de Inglaterra, Leicester, en el que no hallara á Farnesio adivinándole sus pensamientos y contrarestando sus proyectos con el corto número de sus soldados, pero en situaciones con la mayor pericia escogidas y preparadas. La fortuna secundaba como casi siempre lo hace á los grandes capitanes, al de Parma; mas ¿qué digo? no la variable, la inconstante fortuna, el cielo, como en causa propia, parecia ayudarle en la gigantesca empresa de sujetar las provincias rebeldes. Porque, de otro modo que con el favor celeste, ¿cómo se hubieran salvado aquellos tercios españoles que, halagados con la idea de la abundancia en que pensaban nadar en la isla de Bomele y sin haber estudiado sus condiciones topográficas, se vieron reducidos á refugiarse de la inundacion en un estrecho dique rodeado de agua y buques enemigos, presa del hambre más aguda y sin esperanza alguna de socorro humano? Una helada que no era de esperar el 8 de Diciembre, extraordinaria, fenomenal en aquel país, les dió paso firme por el agua evitándoles el consumar el incendio de sus banderas que tenian proyectado aquellos valientes, y obligó á los buques holandeses á dejarles franco el tránsito á Bolduque donde les esperaba la abundancia y la alegría.»

El cielo, sin embargo, no suele proteger á los arrogantes y pronto se vió en la jornada de la que el orgullo castellano dió en llamar *La Invencible.*

Dos empresas menciona la historia semejantes: la fatal de La Invencible y la que en los primeros años de este siglo preparó el emperador Napoleon con el mismo objeto, el de invadir la Inglaterra y someterla. Las dos expediciones exigian una condicion misma, y el no llenarla préviamente causó el fracaso de la española y el abandono prudente de la francesa. Esa condicion era la de que el canal quedase despejado de escuadras enemigas, y la muerte de D. Alvaro de Bazan y los temporales impidieron su cumplimiento en 1588, como las torpezas de Villeneuve en 1804. Farnesio, como Napoleon, tenia preparada su gente y en disposicion su escuadrilla de verificar el paso á Inglaterra: los dos necesitaban la proteccion de la marina de guerra, única que podia dejarles desembarazado el camino, y á los dos les faltó; al de Parma por falta de un puerto en que pudiera acogerse la que debia venirle de España si la azotaban los huracanes, y á Napoleon por la mala direccion dada á las operaciones navales que él con tanta sagacidad habia prescrito para dominar en el Estrecho por algunas semanas.

El mar se tragó muchas de aquellas naves cargadas de nobles y valientes caballeros que se habian embarcado en España con la ambicion de tan grandiosa jornada; y en el coro del Escorial pudo decirse con verdad, ya que no con la emocion natural de tamaño desastre, que los barcos españoles no iban á combatir con los huracanes sino con los ingleses.

Napoleon se libró de una catástrofe semejante con no

poder ejecutar su proyecto; pues ó yo me equivoco mucho, ó aún penetrando en Lóndres no hubiera podido volver al continente. El fracaso hubiera tenido consecuencias más graves que las de su expedicion á Egipto.

El de La Invencible no lo fué para nuestra dominacion en Flándes, pues de haber embarcado Farnesio su ejército y de haberlo perdido, como era probable, en Inglaterra, ya podia España despedirse para siempre de los Paises-Bajos.

El de Parma pudo, con eso, continuar la guerra y áun extenderla á Francia, á donde eran llamadas las armas católicas para defender á los parisienses de Enrique IV, que todavía no habia llegado á comprender *que bien valia una misa la capital de Francia*. Y tan encarnizada era la lucha religiosa en aquella monarquía despues de la muerte de Cárlos IX, y tanto debia importar á Felipe II la supremacía en ella del partido católico, cuando tantos esfuerzos empleaba para sostener en sus Estados la unidad de creencias, que, levantado el sitio de París por nuestros bravos compatriotas, mantuvo una guarnicion española en aquella ciudad, guarnicion que alcanzó su mayor gloria al entrar, ya católico, en París el rey de Navarra.

Enrique IV, con ser tan gran rey y general tan distinguido, fué escarmentado, vencido y hasta burlado por nuestro héroe el de Farnesio en las varias entradas que los tercios españoles hicieron en Francia. Lástima grande que tanta gloria no bastara á compensar los perjuicios que esas expediciones causaron en la marcha cada dia más desastrosa de la guerra, ya dilatadísima, de Flándes.

«En una de esas expediciones se agravó el mal que

hacia tiempo aquejaba al de Parma, adquirido en tantas fatigas como habia tenido que soportar en más de catorce años de contínuo combatir, siempre el primero en la pelea, y dando siempre el ejemplo de actividad y de energía en los rudos trabajos de la trinchera ó el campamento. Bien puede decirse que «*fué de ánimo muy grande, y así con los que mucho presumian de sí procedia sin perder un solo punto de su dignidad, aunque con los inferiores fué muy humano y de graciosa familiaridad. Tanto que no habia capitan de todas naciones ni alférez ni soldado particular en todo el ejército que no los conociese por sus nombres, y áun á muchos mosqueteros y soldados ordinarios, cuando entraba en las trincheras los llamaba por sus nombres y llevaba una bolsilla llena de escudos, y al que mejor tiro haciale premiar, y cuando salia los habia repartido entre los soldados, y algunas veces le sucedió estando comiendo los capitanes en la trinchera beber con ellos. Por lo cual ningun capitan general de muchos años atrás fué tan querido, estimado y temido de toda la milicia como él, habiendo mandado poco ménos de catorce años y medio á un ejército compuesto de diferentes naciones, de lenguas y costumbres, y lo que más es de notar, algunas entre sí naturalmente enemigas por ódios y pretensiones antiguas.*»

«Así fué de sentida cuando á 2 de Diciembre de 1592 tuvo lugar su muerte en la ciudad de Arras, de la que fué, primeramente, llevado su cadáver á Bruselas, y de allí á Italia, su tierra natal.»

«Pocos son, efectivamente, los capitanes de aquel tiempo que puedan competir con él en habilidad para las batallas, y el mismo Mauricio de Nassau, su competidor en las últimas campañas, obtuvo las primeras lec-

ciones de la Poliorcética en las que Alejandro dió á los flamencos en los cien sitios que la índole de aquella guerra le obligó á emprender ó á sustentar con tan varia pero en general buena fortuna. Las circunstancias eran dificilísimas; puede decirse que peleaban contra España en aquellas apartadas provincias las principales naciones de Europa, y á la par de las operaciones militares tenian que ir en habilidad y maña las transacciones políticas y diplomáticas, en las que, por otra parte, nunca salió burlado Alejandro Farnesio que por su nacimiento, por sus servicios y su muerte debe ser comprendido en la lista de los capitanes españoles del siglo XVI.»

«Despues de él, las cosas fueron en los Países-Bajos de mal en peor. Se ejecutaron empresas arriesgadas y de no escaso mérito, debidas á jefes tan expertos como Mansfelt, Mondragon, Verdugo y el de Fuentes, hazañas de que sólo eran capaces nuestros soldados, que jamás contaban el número de los enemigos ni median la extension de los obstáculos que se les oponian. Pero la guerra era de naturaleza de gastar todas las fuerzas y consumir cuantos recursos pudieran allegarse tan lejos de la pátria. La direccion del de Mansfelt y la del Consejo de Estado, que se sucedieron inmediatamente despues de la muerte de Alejandro Farnesio, mejor dicho, la direccion que el conde de Fuentes, que era el alma de uno y otro, así como despues lo fué del Archiduque Ernesto, á quien á su vez sucedió tambien, dió á las operaciones militares, fué sábia y enérgica.»

«En su tiempo tuvieron lugar aquella retirada de Lan, á que sólo puede compararse la de Rávena, y se verificó tambien el recobro de Cambrai, tantos años someti-

da á la tiranía del Balagni y á la proteccion de la Francia.»

«En el gobierno del archiduque Alberto que llegó á Bruselas en Febrero de 1596, aún pudieron admirarse la toma de Calais donde nuestras avanzadas cabalgando en los pilotes que marcan la entrada del puerto espantaban á toda una escuadrilla de lanchas que conducia el socorro á la plaza, y la estratagema con que Amiens caia en poder de los españoles para despues defenderla con un valor y un arte que causaban la admiracion de Enrique IV. De seguro que aquello que más ambicionaria *El Navarro*, como solíamos llamar al primero de los Borbones, seria el tener en sus filas soldados como los que encontraba en frente. En la retirada de Lan se le veia fuera del tiro de nuestros arcabuces para no experimentar, sin duda, la suerte de Gaston de Fox, hacer las más elocuentes demostraciones de asombro, y dicen que al observar el órden en que marchaban nuestros peones cubiertos en su última fila por el duque de Umena, el príncipe de Avelino y el maestre de campo Alonso de Idiaquez á pié y cada uno con su pica, esclamó el rey: «*¡Mirad con qué gallardía y seguridad va marchando aquel escuadron de españoles!*» Pues ¿y en Amiens? Cuando por órden del archiduque entregábamos la plaza, Enrique se nos presentó á la salida que se verificó con armas, bagajes, todos en órden tocando cajas y trompetas, banderas y estandartes desplegados, las balas en la boca y las cuerdas encendidas, y nos arengó y nos alabó con la mayor cortesía y entusiasmo honrando así á sus enemigos como galante caballero y valiente soldado.»

«Esa admiracion y esa galantería probaban un buen

deseo, y el monarca francés lo demostró muy luego de una manera más patente todavía. A poco de la pérdida de Amiens comenzaron las negociaciones de la paz con Francia y en la primavera del año siguiente, en la de 1598, se celebraba la de Vervins que retrotraia las cosas á la de Cateau-Cambressis de 1559. De ésta, sin embargo, tratada despues de la batalla de San Quintin y que señalaba el apogeo de la grandeza de España en la órbita de sus destinos, á la de Vervins habia un paso; pero el que media del Capitolio á la Roca Tarpeya. En sus artículos, honrosos y todo, se veia asomar por las devoluciones que se verificaban á la Francia, la decadencia española en que cada dia habia de ir precipitando á nuestra pátria la nacion misma que allí la juraba amistad eterna.»

«En este tiempo y poco despues de celebrarse en Madrid las fiestas de la paz que presidió el príncipe de Astúrias, moria Felipe II, cubierto el cuerpo de llagas y mordido de los más asquerosos insectos, lleno, empero, de fervor religioso y con la conciencia de haber cumplido en lo posible con los deberes de un soberano católico.»

«¿Debia, con efecto, pasar satisfecho de su conducta á los abismos de la muerte?»

«No encontrareis dos hombres que piensen del mismo modo en sus juicios sobre aquel monarca, el más español, si así puede decirse, de cuantos han ocupado el sólio castellano.»

«Pero yo me distraigo ahora como siempre, sin pensar en lo avanzado de la hora y en la necesidad del descanso. Infatigable como el destino que me empuja sin cesar al movimiento, no calculo las fuerzas de los demás y

abuso de ellas hasta el enojo. Vosotros, indulgentes para conmigo desde el dia de nuestro conocimiento, me dispensareis sin duda, como otras veces, esta que parece locuacidad y que, sin embargo, es mi mal y constituye á la vez el único descanso á la accion de mi espíritu, tan incesante como la de mi cuerpo. Yo quisiera reposar y no puedo; yo deseo con anhelante, con febril impaciencia reconocer la piedra que haya de cubrir mi despojo mortal, y ninguna se levanta á mi paso para recibirlo; la tierra me rechaza de su seno, el mar me arroja de sus orillas y el aire no hace más que traer á mis oidos las palabras tribulantes de mi destino. Insoportable éste, he de sufrirlo eternamente, y acongojador hasta la desesperacion, ha de oprimirme con presion creciente cada dia, con el remordimiento á todas horas, siempre con la ausencia de todo solaz, de toda esperanza próxima ni remota. Huyo de un lugar sin proyecto alguno, sin conciencia de mis acciones, y en los demás creo encontrar las mismas causas de dolor, motivos iguales de congoja, hasta los accidentes del terreno que abandoné, las personas mismas de cuya vista queria apartarme. ¿Quiénes sois vosotros que tanto tiempo há venís persiguiéndome con tenaz empeño para recordarme mi delito y la reprobacion de que soy objeto? ¿Es que os envian del Gólgota para ahuyentarme de estos parajes y precipitarme á los abismos del desierto? Parto, pues; obedezco el mandato incontrarestable; y si alguna vez recordais al hombre infeliz que encontrásteis en vuestro camino, que sea para pedir su perdon, que es la muerte.»

No sé hasta dónde hubiera llegado aquel *crescendo* que tan inopinadamente comenzaba, si con efecto no hubiese nuestro hombre tomado la resolucion de huir.

Colonna y yo nos deshacíamos por tranquilizarle; pero como él no cesaba de hablar y á cada momento en tono más alto, llegamos á formar una algarabía tal, que en vez de calmarle, segun era nuestro intento, le acalorábamos más y más. Quisimos recurrir á la fuerza; pero la hercúlea suya sobraba para desarmarnos al primer empuje, y pocos minutos despues le veíamos atónitos y descaderados desaparecer en la sombra.

Y tan lejos pareció huir, que nuestras investigaciones al otro dia se hicieron completamente inútiles, y al siguiente perdimos la esperanza de dar con nuestro oficial en mucho tiempo, quizás para siempre.

IX.

POMPEYA.

Por aquel tiempo fuí con el general Lersundi á Perugia, donde los cuerpos avanzados del ejército austriaco celebraban los dias de su emperador. Mandábalos el coronel Baumgarten, quien nos obsequió con una revista donde los oficiales españoles, áun satisfechos con el aire marcial de la infantería austriaca, creimos descubrir lentitud excesiva y métodos demasiado antiguos, poco expeditos, en sus maniobras. La caballería húngara nos agradó sobremanera, admirando la agilidad de los ginetes y su destreza en el manejo de los caballos; agilidad y destreza tan poco comunes en nuestros institutos montados y en los del ejército francés.

El convite á aquella fiesta nacional fué coronado por una comida en que fuimos objeto de las atenciones más afectuosas, brindando el coronel aleman por nuestra soberana y por el ejército español en cuatro idiomas, entre los que, segun es de suponer, se dejó escuchar el noble y armonioso de Cervantes y de Herrera.

Los alemanes tienen una predileccion notable por todo lo que reconoce un orígen español. Nuestro carácter nacional, la historia y literatura pátrias, son objeto de estudio muy detenido en las orillas del Rhin y del Danubio. Las personas, sobre todo, son recibidas allí con una cordialidad que sorprende. ¿En qué consiste? En la

severidad de la raza sajona para quien es, por lo mismo, simpático todo carácter grave, todo espíritu sério y reflexivo. La identidad de historia en la época más gloriosa de la monarquía española y del sacro-romano imperio, la del César, emperador y rey, el inmortal Cárlos V, y la série de alianzas que hasta mucho despues unieron las dos casas soberanas, nacidas de uno mismo y comun tronco, el de los Hapsburgos, han creado, por otra parte, entre ambos pueblos y ambos ejércitos, españoles y austriacos, una mútua consideracion que mejor debiera llamarse afecto ó amistad, y entre los militares hasta confraternidad de camaradas y aliados.

Bien pudimos convencernos de ello los que acudimos á la invitacion del coronel Baumgarten junto al lago Trasimeno, y los que, poco despues, recibieron en Spoleto á la oficialidad austriaca, obsequiada con un baile por el general Lersundi, al que se abstuvieron de asistir los franceses de los cantones inmediatos, invitados igualmente á aquel sencillo, pero elegante, sarao.

La rivalidad inveterada entre las dos naciones y las cualidades de carácter tan diferentes son, han sido y serán siempre un obstáculo invencible para que puedan nunca ni en nada entenderse los alemanes y franceses. Aun en estos últimos tiempos Sadowa y Sedan demuestran con la elocuencia terrorífica de los mayores desastres conocidos, que la política francesa no tenia nada de leal en los asuntos alemanes y que la política austriaca no sacrificaria ni un soldado ni un florin por la preponderancia francesa. Las dos nacionalidades se repelen de muerte, y los individuos siguen la corriente de sus razas antiperistáticas, de sus intereses encontrados y de su frontería constante.

A tal punto llegaba el desvío, que los austriacos se abstuvieron á su vez de visitar Roma; y será rarísimo el oficial que, áun con los mayores deseos, haya contemplado en aquella época los monumentos de la ciudad eterna. La presencia de los franceses en ella bastaba y sobraba para impedirlo.

Entre tanto nuestro cuartel general habia vuelto á la costa del Mediterráneo, llevándose á ella una gran parte del ejército. El general Córdova se habia establecido en Velletri, y en esta ciudad y en algunas de las inmediatas se acantonaron los batallones que componian la division Zavala. La de Lersundi quedaba en la Umbria, repartidos los cuerpos en Rieti, Narni, Terni y Spoleto para seguir formando uno como muro de separacion entre los austriacos que permanecian en Perugia y Fuligno, camino de las Marcas, y los franceses que desde Civita-Castellana y pueblos inmediatos observaban las comunicaciones interiores de la Toscana.

Pero no bien se habia verificado el movimiento de nuestro cuartel general cuando debió cundir en las filas de los franceses la idea de mayor ensanche para sus acantonamientos, y acaso la de la evacuacion total de la Umbria por nuestros batallones. Un oficial francés se presentó en Narni primero y despues en Terni haciendo correr la voz de que iba comisionado por sus jefes para preparar el alojamiento de su cuerpo en aquellas ciudades. El jefe del batallon de Baza que le interrogó, como era de esperar, dió aviso de la comision con que se hacia aparecer investido el oficial francés y de las palabras arrogantes que sobre aquel particular pronunciaba, pidiendo instrucciones al general Lersundi para el caso de que efectivamente se presentaran los batallones fran-

ceses en el territorio de su mando. La contestacion del general fué la que debia suponerse en quien tantas pruebas ha dado en su carrera militar de dignidad y de esfuerzo. Si no me es infiel la memoria, se reducia á comunicar al citado jefe de Baza sus dudas acerca de la verdad de aquella mision en el oficial á quien suponia el general algun extravagante ó ligero que así esperaba darse importancia; á prevenirle, sin embargo, que observara una gran vigilancia para poder anticiparse á la llegada de los cuerpos franceses si, con efecto, se dirigian á los cantones españoles, manifestando en todo caso la imposibilidad de establecerse en ellos al jefe que trajeran á su cabeza; y á ordenarle, por fin, que si sus advertencias eran, lo que no esperaba, inútiles, y despues de manifestar categóricamente que tenia órden terminante de hacerlo así, defendiese el puesto *con fuego y bayoneta*, dándole aviso inmediatamente para volar á su auxilio con todas las fuerzas de la division.

Excusado es hacer cálculos sobre la gravedad de las consecuencias de tal medida, si lo que pregonaba el oficial francés hubiera salido cierto; pero el pabellon español quedaria así enhiesto, y nuestros aliados habrian visto, lo que ya debian saber de memoria por experiencias repetidas, que no bastan las *gasconadas* para humillarlo.

Este episodio revela cuán espinosas eran tambien nuestras relaciones con los franceses, en quienes se observaba un recelo bien manifiesto de las cordialísimas que cultivábamos con los austriacos. Y por eso lo he traido á la memoria; que, para cuando tuvo lugar, ya habian sucedido otros acontecimientos más pertinentes, realmente, al objeto de estas Memorias.

El general Lersundi habia recibido órden de trasladarse á Nápoles con la mision de felicitar al rey por su cumpleaños. Yo pensaba ir á Milan y Venecia, que no habia visto; pero invitado por el general para acompañarle, emprendí con él la expedicion por Roma, donde sólo permanecimos algunas horas, y por Velletri, de donde la continuamos despues de conferenciar con el general en jefe.

Es Nápoles la ciudad de las invernadas. Clima superior al de las demás ciudades de Italia por lo templado y sano; naturaleza risueña y florida como en cualquiera de las centrales de la península; un mar azul y de oro, variando de tintas á cual más encantadoras como el sol de posicion en un horizonte de islas y de follaje dominado por el promontorio ígneo del Vesubio; una poblacion inmensa, irregular, laberíntica, con habitantes versátiles como los griegos, de quienes proceden, alegres hasta la locura, comunicativos, aunque falsos, é irreflexivos, pero interesados; teatros, en fin, paseos, cuanto puede el *turista* ambicionar, se encuentra en la antigua Parthénope.

Pero aún hay más: existen allí antigüedades que revelan la preferencia que los romanos daban al país donde habian florecido, ciudades que eran la delicia de sus remotos poseedores, y entre ellas aquella cuyo nombre no se perderá jamás en la memoria de los Epicúreos antiguos y modernos, la voluptuosa y sensual Sibaris. En el mismo Nápoles, en Puzzolí, Baia, Portici, Sorrento y en cien otras poblaciones de la costa, desde Gaeta al Faro y hasta Catanzaro y Tarento, Otranto y Manfredonia, no se esparce la vista por aquella tierra de delicias en que no se descubran restos del génio griego ó de la

grandeza romana. No hay otros, sin embargo, tan atrayentes, conmovedores é instructivos como los de las ciudades cubiertas por la lava del Vesubio al terminar la primera centuria de nuestra era, los de Pompeya y Herculano. Pompeya, sobre todo, por la extension que se ha dado á las escavaciones, comenzadas tan felizmente en el reinado del que despues fué nuestro Cárlos III, arrastra á su seno abrasado y desierto á cuantos van á Nápoles á algo más que á sus asuntos oficiales, del comercio ó de la industria, á los que viven en otras atmósferas que las de la materia.

Nosotros fuimos, de consiguiente, á Pompeya; y éramos de la partida el general Lersundi, Buenaga é Ibarra, á quienes el lector conoce ya, y el coronel Fano, comandante general de la artillería española, tan soldado como cortés, tan distinguido por sus conocimientos científicos como ingénuo y bondadoso.

Pero no bien habíamos penetrado en la via de los sepulcros, despues de visitar la casa de Diomedes, la más hermosa de Pompeya, la que mejor manifiesta la doble vida de los romanos, la vida pública llena de grandeza, de lujo y de ostentacion, y la vida privada sin comodidad, sin higiene y hasta sin luz, cuando me vino á las mientes aquel personaje extraordinario, *ciceronne* que hubiera sido incomparable en una expedicion como aquella.

Nada se sabia de él desde la noche en que habia interrumpido su narracion de los sucesos de Flándes durante el reinado de Felipe II. Despues, habia yo discurrido mucho sobre la manera que el oficial tenia de relatarlos; pareciéndome ingeniosa para darlos bien á conocer, pero irregular como histórica dentro de un período tan

notable y variado como la segunda mitad del siglo décimosexto.

Nada nos habia dicho de aquella hazaña inmortal, la primera del malogrado cuanto insigne D. Juan de Austria, la guerra de los moriscos en las Alpujarras; nada de aquella memorable cruzada que, comenzando por el levantamiento del sitio de Malta con la ayuda de 6.000 españoles enviados por Felipe en auxilio de los caballeros de la Orden, acabó, años despues, por la que Cervantes decia haber sido *la más alta ocasion que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros*, el combate de Lepanto; que no parecia sino que ó por no haber terminado aún la dilatadísima lucha de la Reconquista, ó por quererse ejecutar el noble testamento de la Reina Católica, ó por la preponderancia que pretendian los turcos en el Mediterráneo desde la conquista de Constantinopla, no se dejaba nunca de pelear con la media-luna, levantada, antes en los pendones árabes, y ahora en los de aquellos fieros y bárbaros mogoles tanto tiempo detenidos, alguna vez por los españoles tambien, en las orillas del Bósforo de Thracia.

Nada nos habia relatado tampoco de la campaña feliz que con alguna mayor energía, despues de ganada la batalla de San Quintin, hubiera anonadado á la Francia; nada de la del duque de Guisa en Italia, donde el de Alba fué venciéndolo con habilidad sin par, deshaciéndole todas sus alianzas y remetiéndole, por fin, en Francia; y ménos de la anexion del Portugal, caido en heredamiento á D. Felipe y que sometió á su gobernacion el mismo duque de Alba, tan diestro en Alcántara contra el prior de Crato como en Civitella contra el de Guisa y en Flándes contra el de Orange; nada, por fin, de las

varias expediciones llevadas á cabo en Ultramar, con especialidad la felicísima de Legazpi á las islas que tomaron el nombre del soberano, y donde habia hallado la muerte su descubridor, el célebre Magallanes.

Nada nos habia dicho tampoco de aquella política á veces franca, torcida no muy pocas, siempre española, pero tambien invasora y ambiciosa del monarca castellano que, hoy con alianzas matrimoniales, ora admitidas, ora desairadas, y al dia siguiente, con armamentos formidables buscaba la posesion de Inglaterra como para compensar la pérdida del imperio aleman; de aquella política, repito, que para acabar la obra de destruccion que habia tenido en sus manos despues de la batalla de San Quintin tendia á mezclarse en todas las luchas interiores de la Francia tanto políticas como religiosas.

Para nada, en fin, habia llamado nuestra atencion sobre la manera suspicaz, tenebrosa, no falta de consecuencia ni de energía, con que en tan largo y peligroso gobierno habia dirigido el sombrío soberano los asuntos interiores de la monarquía, manteniendo su autoridad con un rigor que no se templó ni para con su propio desatentado hijo, llevado hasta la crueldad más exagerada, aunque provechosa y justificada por el éxito para con los simpatizadores de los rebeldes ó favorecedores del nuevo cisma que perturbaba la Europa.

Pero, sea dicho en verdad, ¿qué podia ya contarnos de tiempos y sucesos tan controvertidos? Ya aparecian por do quier noticias y documentos con que poner en claro la vida privada y pública del hijo de Cárlos V, hasta en sus más recónditas negociaciones políticas, hasta en sus manejos más reservados. La muerte misteriosa de Escobedo; las relaciones entre D. Felipe y su famoso secreta-

rio Antonio Perez, su ruptura, aún cómplices como eran en aquellos manejos, eran ya trasparentes al mundo del estudio y de las investigaciones históricas. En la muerte del príncipe D. Cárlos cabian todavía en aquel tiempo conjeturas y hasta acusaciones; y sobre eso, precisamente, no podria darnos luz alguna el oficial, puesto que decia hallarse á la sazon batallando en los Países-Bajos.

Por razon igual, á cada momento iria perdiendo de interés la relacion de nuestro hombre. Con Felipe III volvíamos á la historia, no de los monarcas españoles, sino á la de sus favoritos, á las de los caprichos y arbitrariedad de estos y á la de su torpeza y desaciertos. Si la privanza se hubiera fundado en los servicios ó el talento, aún respiraria la pátria y podria sostener el rango adquirido á fuerza de sangre y sacrificios, como la Francia lo recobraba con los Richelieux y Mazarinos; pero los Lermas y Olivares no eran de aquella estofa, y España se vió con ellos precipitada á la más humillante decadencia. Errores sobre errores la han traido no sólo esa pérdida de influjo en los destinos del mundo que Felipe, acaso más que su padre, habia ejercido, sino hasta la despoblacion de España desangrada con medidas como la expulsion de los judíos y la contínua emigracion á América. Los despilfarros, de otro lado, y la guerra que continuaba ardiendo en Flándes y en Alemania, extendiéndose por fin á nuestras fronteras de España, iban consumiendo los recursos que nuestros galeones aportaban de Nueva-España y el Perú; y así como los favoritos de Felipe III y Felipe IV no podian competir en habilidad diplomática ni en el manejo de los asuntos de Estado con los de Luis XIII y Luis XIV, nuestros ge-

nerales estaban muy por bajo de los Condés y Turenas que combatian por la Francia.

Si algo más necesitaba España para tocar el abismo en tal situacion y despues de hundida nuestra hasta entónces invencible infantería en las húmedas praderas de Rocroi, y despues de la pérdida del Rosellon, vinieron la sublevacion de Cataluña, por un lado, y la del Portugal, por otro, á acabar con nuestra vitalidad nacional. Cataluña nos hizo gastar los tesoros y la sangre que necesitábamos para recuperar el territorio lusitano; y cuando Cárlos II hizo como que cogia las riendas del Estado, el gigante español era cadáver, necesitándose para galvanizarlo un César cuando el cielo nos deparaba un Augústulo, último peldaño del escalon humano en la monarquía de ambos mundos.

Despues, como nuestro hombre parecia llevar consigo la tradicion de los tiempos y no su historia razonada y filosófica, nunca se detenia á dar cuenta de los progresos de nuestros compatriotas en las letras y en las ciencias, en las artes y en la política. Todas las reflexiones que al principio de su peroracion le habian inspirado las dominaciones romana y gótica en España, se acabaron al empezar la Reconquista, como si la oscuridad de los tiempos, más y más densa con el incesante humear de aquella hoguera que no habia de apagarse en ocho siglos, le impidiese penetrar en el labarinto social de tantos Estados con tan diversas é inconexas constituciones, con tan diferentes costumbres y leyes tan distintas. Esto podria darle carácter en su mision ó en la preocupacion de que fuese víctima, porque no de otro modo que en incesante é *inespontáneo* vagar habia recorrido el mundo, sin detenerse á desentrañar los orí-

genes y las causas de los espectáculos y de los acontecimientos que se presentaban á su vista, siempre turbada por el vertiginoso movimiento de su pecho ó el golpeo desordenado de su imaginacion, pero quitaba á la historia, si no su principal aliciente, su enseñanza y su moral. De habérselo advertido, era de esperar que al hacer el juicio del reinado de Felipe II á que se preparaba, sin duda, al separarnos, nos hubiera comunicado sus ideas sobre los adelantamientos que en todos los ramos del saber humano se iban verificando. Porque, ¿quién ignora el vuelo que en él tomaron las ciencias, las artes y las letras? Abríase á la humanidad atónita el siglo de oro de la civilizacion española para derramarla por el mundo á raudales. Su vehículo serian las armas por un lado, llevando pátria y religion á zonas inexploradas, el comercio, por otro, ofreciendo las comodidades de la vida á los que no las conocian ó las consideraban muy distintas, y las letras, sobre todo, deleitando los espíritus ó iluminándolos con los nuevos fulgores de una luz que hacia muchos siglos se creia perdida en las tinieblas de la Edad media.

Y no es que yo me hiciese todas estas reflexiones en aquellos momentos, sino que, al advertir de cuánta utilidad nos hubiera sido aquel hombre en nuestra visita á Pompeya, he parado mientes en esos mismos huecos que el lector habrá cien veces notado al reflexionar sobre las descripciones históricas del protagonista de esta siempre verídica que yo me he atrevido á ofrecerle.

Pero no bien echaba yo de ménos la presencia del oficial, cuya desercion se habia ya hecho pública y cuyo paradero se ignoraba por completo, cuando, y al dar frente á la *Basílica*, lo descubro recostado y en actitud

meditabunda en uno de los grandes y altos asientos de la magistratura pompeyana.

Algunas palabras de mi parte pusieron al general y demás de la expedicion al corriente de mis impresiones de aquel momento, y muy pocas más les hicieron presumir la conveniencia entónces presente de utilizar tan afortunado encuentro. Autorizado, por consiguiente, para todo lo que al mejor resultado condujera, me dirigí al oficial, y como si aquel fuese el dia siguiente al de nuestra separacion y parodiando al poeta catedrático de Salamanca, le dije: «¡Cuánto me alegro encontraros!» No habeis podido elegir ocasion más oportuna para ofreceros á nuestra vista: seguramente que no lo fué más la de ayer terminando la bellísima narracion de nuestras guerras de Flándes. Estamos sin otro guia que uno ignorante y zafio que nos han recomendado en la fonda, y el general y esos jefes que veis ahí bajo os agradecerian tanto como yo que nos dirigiéseis por este laberinto de la ciudad muerta, pero, aunque muerta, elocuente sobre manera por el órgano de un hombre tan instruido como vos, por ejemplo, que ya la habeis cien veces estudiado. ¿Nos haríais ese favor? ¿Nos prestaríais ese servicio, que, de seguro, habíamos de agradeceros en el alma?»

El oficial se habia como maquinalmente levantado. Se me figuró que al hacerlo vacilaba sobre los piés, y al mirarme descubrí en sus ojos una languidez que me sorprendió de veras. El color, por otra parte, tan amarillento ántes, térreo, por hablar con mayor propiedad, me pareció ahora haber blanqueado, haber tomado una tinta más pálida, pero clara, y en toda la fisonomía descubrí como las trazas de un cambio físico que, en mi

entender, no presagiaba nada bueno para la salud de mi original y extraordinario, pero simpático y ya querido camarada.

¿Qué habia pasado por aquel hombre? Me escuchaba como aturdido y receloso, y en sus vagas y melancólicas miradas á todos nosotros, se podian distinguir sorpresa, gratitud, hasta cariño, todo, ménos la áspera tristeza de otros dias; todo, ménos la arrogancia de los instantes en que Colonna y yo le oíamos sus marciales descripciones.

«¿Qué he de responderos? dijo al fin; padezco en el espíritu como en el cuerpo; una fiebre lenta me asedia de contínuo, y me siento desfallecer, no sé si con alegría ó con miedo. Los raptos de desórden á que siento yo haber estado expuesto; los éxtasis á que me entregaba no hace mucho, y las frecuentes distracciones que padecia, van degenerando en tristeza y acabamiento de todas mis fuerzas. Vacila la cabeza y vacila el cuerpo; y creo que no ha de pasar mucho tiempo sin que caiga en tierra para no levantarme jamás. Me pedís, sin embargo, un servicio, y por si es el último que pueda prestar á quien tanta afeccion me ha demostrado, quiero hacer un esfuerzo y lo haré en su obsequio.»

Y aunque al principio con algun trabajo, bajó la grande escalinata que da acceso á la plataforma en que se administraba justicia, y, presentado por mí, se unió á nuestro grupo, que esperaba al pié de ella.

Excuso manifestar las palabras de introduccion de nuestro oficial y excuso tambien repetir las que entre todos mediaron para hacerla más cordial y establecer la confianza entre el general, su acompañamiento y el nuevo *ciceronne*. Nuestros lectores las adivinarán perfec-

tamente y las harán suyas; estamos seguros de ello. Una cosa tengo, sin embargo, que advertirles: que el oficial no reveló ninguno de los temores que en ocasiones parecidas habia mostrado de que yo pudiera comprometerle en su extraña posicion; que, ó no echó de ver la presencia de Ibarra, ó afectó no importarle, y que no pareció en sus manos ni le ví acudir al bolsillo en busca de aquel tabaco nauseabundo que en otro tiempo hacia sus delicias. Iba vestido, como nosotros, de paisano; algo desaliñado, es verdad, pero no roto ni sucio. La figura siempre atlética y ruda, esa era su naturaleza; pero la palidez del rostro y lo lánguido de la mirada, así como la vacilacion en la marcha habian quitado á aquel hombre el aire salvaje que antes le distinguia.

Pareció tranquilizarse tambien con el recibimiento que le hicieran el general Lersundi y los que con él estaban, preparados por Ibarra que, como saben nuestros lectores, le conocia y aun presumia haber sorprendido el secreto del oficial; así es que muy pronto adquirió éste la confianza suficiente para desempeñar á maravilla la tarea que le imponiamos.

Y ahora veremos cómo y cuán airosamente supo salir de ella.

«Habeis penetrado, empezó á decir, por la que bien pudiera llamarse la Necrópolis de Pompeya, y, sin embargo, esa larga calle que, en vez de elegantes casas ó de corpulentos árboles, contiene las estrechas moradas de los muertos, parece sólo el vestíbulo del gran mausoleo arruinado y desierto de generaciones y generaciones fenicias, oscas, etruscas y samnitas, que antes de las romanas han ido enterrándose en él sucesivamente.»

«Porque, ¿cómo considerar esta vasta superficie cubierta de la lava del Vesubio sino como un inmenso túmulo? Sus misterios, con todo, van desapareciendo, y con ellos el que no habian sabido revelar los escritos de tanto y tanto ingenio insigne, el de la vida privada, el de la vida íntima de los que aquí gozaron de la existencia y aquí encontraron la muerte. Esos ingenios os habrán expuesto la vida pública cual la van ostentando los monumentos que ya habeis visitado, la rica Basílica que tenemos delante, el Forum, las Thermas, los varios templos y los teatros que luego veremos, monumentos en que todo es grandeza y lujo y ostentacion, pero ninguno ha querido descender á las estrecheces y miserias del *cubículo*, allí donde se ocultaban los dolores y las lágrimas del pueblo-rey, dominador del mundo.»

«Pompeya fué una de las estancias favoritas de los más distinguidos romanos, y eso lo revela elocuentemente la circunstancia de que una ciudad tan pequeña contenga tantos y tan suntuosos edificios. Aquí Ciceron tuvo casa y vino Augusto á visitarle; luego veremos la de Salustio; aquí permaneció el emperador Cláudio, y la familia Arria pereció con su último representante Diómedes en la magnífica habitacion que lleva su nombre.»

«Y todo esto cuando puede decirse que era nueva la ciudad, porque un temblor de tierra que sorprendió á la Campania el año 63 de nuestra era la habia destruido en su mayor parte. El terremoto no debió, á pesar de eso, infundir gran pavor, porque Neron no quiso interrumpir el canto con que en aquellos momentos deleitaba á los napolitanos, ni los habitantes desistieron del empeño de reconstruir sus moradas y los monumentos que tan-

to extranjero atraian á la floreciente campiña y al cómodo puerto de Pompeya.»

«De modo que fueron solo 16 los años en que pudieron lucir por su gusto ó magnificencia, restaurados los antiguos edificios ó construidos los nuevos, pues que el 79 quedaban sepultados en la incandescente lava del Vesubio.»

«¡Dias de tinieblas y desolacion aquellos en que el volcan extendiendo su negro penacho sobre la ingente mole de la montaña y sobre las risueñas campiñas que á su pié orean las brisas del golfo, vino con su lava á cubrirlas y á imponer nuevos límites al mar! *La nube se precipita sobre la tierra, envuelve el mar, arrebata á nuestros ojos la isla de Capri rodeándola completamente y nos hace perder de vista el promontorio de Misena.* Así escribia á Tácito Plinio el jóven, testigo de la catástrofe. *Ya la ceniza,* continúa el célebre naturalista, *comenzaba á caer sobre nosotros, aunque en pequeña cantidad; vuelvo la cabeza y veo tras mí una humareda espesa que nos persigue, esparciéndose como un torrente por la tierra. Cuando aún se veia algo, grito á mi madre: «Dejemos el camino, la multitud nos va á aplastar.» Apenas nos habiamos separado, y ya las tinieblas aumentan á tal punto que hubiera uno podido creerse en una de esas noches negras y sin luna ó en una habitacion con las lámparas apagadas. No se oian más que lamentos de mujeres, gemidos de chicos y los gritos de los hombres. El uno llamaba á su padre, el otro á su hijo ó á su mujer, no reconociéndose más que por la voz. Los habia en quienes el temor á la muerte les hacia invocar á la muerte misma. Los unos imploraban el auxilio de los dioses, los otros creian que no los habia y consideraban aquella noche como la últi-*

ma, como la noche eterna en que deberia abismarse el universo!..... Y yo me consolaba de la muerte gritando: «¡El universo perece!»

«Pero esto os probará que era posible la fuga á los prudentes; y hé ahí la razon del pequeño número de los cadáveres hallados en Pompeya.»

«El fenómeno se anunció con terribles sacudimientos que difundieron el espanto por toda la comarca. Los efectos eran conocidos así por haberlos experimentado los ancianos como porque estaban viendo derrumbarse los sepulcros, y las piedras del anfiteatro volar hasta la arena. Huyeron, pues, los habitantes, y solo algun imprudente por demostrar valor, algun avaro por la conservacion de su tesoro, y los centinelas por espíritu de disciplina, resistieron el huracan interior hasta que las cenizas vinieron á sofocarlos y cubrirlos. El apego á la casa mantuvo en la suya á la familia de Diomedes, creyendo, por ser la más capaz y sólida, que en ella podrian salvarse sus moradores. Las trazas que os habrán mostrado en la cueva, revelan que ni aùn en aquel subterráneo, con puertas y ventanas cuidadosamente cerradas, dejó de penetrar el polvo casi impalpable que con el humo se esparció por la campiña al hacerse presente el mónstruo del volcan.»

«Las prisiones que veis ahora en el fondo de la Basílica, ó fueron abiertas por algun carcelero compasivo ó se hallaban vacías, porque no fué en ellas encontrado nadie. El cuartel, muy capaz puesto que Pompeya habia sido colonia militar, y muy importante, en tiempo de Sila, estaba tambien vacío al descombrarse; y sólo, como os he indicado antes, permanecian los centinelas en las garitas esperando, sin duda, su relevo.»

«Los cadáveres se han deshecho al contacto del aire ó por la conmocion de la piqueta en la grava que los envolvia; y seria muy conveniente idear un medio, que no tardará en hallarse, para preservarlos de su destruccion con grande utilidad para la ciencia. No lo sería ménos que, como ya ha expuesto Mr. de Chateaubriand, se dejasen los objetos, así los de uso comun como los de arte, en el sitio de su hallazgo; que mal pueden servir en el Museo-Borbónico ni en esos montones donde se destrozan los correspondientes á la Cerámica, de enseñanza á los curiosos é historiadores.»

«El desórden que reinó al comenzarse las escavaciones y la falta de propósito de llevarlas á su término, produjeron la distraccion de su lugar propio de los primeros objetos hallados; pero más tarde debió pensarse en un sistema más adecuado á la importancia, cada dia creciente, de los descubrimientos que se hacian. Unos aldeanos tropiezan en sus azadas con algo que las resiste; luchan por vencer la resistencia y dan con el mármol de un bellísimo sepulcro. Insisten en su trabajo para abrir un canal, y comienzan á aparecer más sepulcros, estátuas, almenas de murallas, casas, en fin, y utensilios domésticos de toda especie. Un prócer los anima y hasta toma á su cargo y costea las obras de escavacion, hasta que nuestro Cárlos III, rey entonces de Nápoles, tan amante siempre de las artes, se propone desenterrar la ciudad de la grava, las lavas y la piedra pómez que la cubren.»

«Y ahí teneis la Basílica, y á ese otro lado el Forum, las Thermas y teatros por do quier, y templos tan bellos como el de Júpiter, que encerraba el Tesoro público, el Panteon, dedicado como el de Roma al emperador Au-

gusto; el de Isis, donde acabais de estampar vuestros nombres, y el de Hércules, cuya fábrica elegante habia resistido á todas las depredaciones del tiempo, de los terremotos y de los hombres.»

Y poniéndose á la cabeza de nuestro pequeño grupo, echó el oficial á recorrer las estrechas y tortuosas calles de Pompeya, deteniéndonos allí donde él creia deber llamar nuestra atencion, bien sobre la casa de Salustio, la de las Vestales ó la del Edil Pansa, tan notables por su extension y regularidad, bien sobre las del poeta dramático y del Fauno, por sus célebres mosáicos del perro y de la batalla de Arbela.

Todo nos lo fué así enseñando sin perdonar detalle alguno ni perder la ocasion de comentarios, que nos llevaban embebecidos por todos los sitios y rincones de aquel vasto sepulcro, morada en otro tiempo de contento y de placeres.»

Si sorprendió á los circunstantes la erudicion arqueológica del oficial, mucho más llegó despues á admirarles con la histórica que en consecuencia de la visita á Pompeya hubo de exhibir en el viaje de regreso á Nápoles. Los trabajos de escavacion de la ciudad no mal llamada de los muertos, produjeron el recuerdo de los de edificacion que el cuarto de los Borbones españoles habia hecho ejecutar en España. Todos nos trasportamos con la memoria á Madrid y, comparando obras con obras y monumentos con monumentos, dejamos bien sentado que quien de una á otra capital, de la de España á la de las dos Sicilias, se trasladase, reconoceria al instante la protectora direccion de una sola é inteligente voluntad, la de la sacra majestad del Sr. D. Cárlos III.

Y de ahí, la índole de aquel monarca, de cuyo fastuo-

so reinado se vió arrancar, sin embargo, la decadencia de España con la de la dinastía Borbónica, como del de Felipe II se habia visto arrancar con la de la dinastía austriaca. Y de ahí, subir á los orígenes de aquella dinastía y comparar una con otra las dos que han ocupada el sólio castellano en la edad moderna, ambas extranjeras, la una heredando, sin embargo, cuando la nacion se encontraba en su estado de mayor virilidad, y la otra en la de su mayor decadencia; la de Austria reuniendo al punto de su exaltacion la corona imperial tan codiciada, y la de Borbon comenzando su establecimiento en España por una guerra civil devastadora y sangrienta.

Las dos supieron encumbrarse á la más gloriosa reputacion y encumbrar la España á una supremacía política de influencia muy superior á la que en períodos anteriores habian ejercido en los destinos del mundo. La casa de Austria prestó á la Europa, amenazada por las ambiciones de la Francia y con azote más terrible por el imperio turco recientemente constituido en Bizancio, servicios que no hubieran dado resultado sin la posesion de las coronas reunidas de Aragon y Castilla; y la de Borbon halló en la lealtad castellana recursos con que triunfar en la guerra civil y recursos con que más tarde resistir las exigencias de los aliados y hasta las del mismo Luis XIV de donde arrancaba, sumido en la mayor congoja por las desgracias de los ejércitos franceses.

Los que, y con razon, se extasían ante aquellos tercios invencibles que con la ostentacion tan sólo de sus banderas aterraban á los enemigos de España, no debian, sin embargo, despreciar los nuevos regimientos que, áun á la francesa, porque el siglo de Luis XIV por algo

habia de llamarse así, volvian á cubrirse de gloria en Italia y en Africa, donde hacia mucho tiempo que no se mostraba una pica española. Los que ántes y despues de la Invencible no sabian más que de escuadras que casi podrian llamarse federales, sacadas de las distintas provincias, sin unidad ni siquiera trabazon militar alguna, ó de las alianzas con las repúblicas italianas, ahora contemplábanlas formidables y puramente españolas cubriendo el Mediterráneo y los mares de ambas Indias, trasportando ejércitos numerosos y combatiendo con mayor ó menor fortuna, pero segun los métodos que usaban las naciones marítimas modernas. Y á los que motejan á la dinastía que se estrenó en España con el siglo XVIII de seguir constantemente el carro de la Francia, les preguntaremos, áun sin dejar por eso de lamentarlo y de condenar duramente aquel fatalísimo *Pacto de Familia*: «¿Qué intereses eran los que debatia Cárlos V en sus inacabables expediciones, que los españoles repugnaban tanto sostener, negándole los medios pecuniarios y de sangre que no cesaba de pedirles? ¿No eran los de Alemania?»

Todo eso y más iba discutiéndose en el wagon-salon que nos conducia de Pompeya á Nápoles; todo eso y las expediciones á Italia que habian procurado á la misma dinastía borbónica de España el trono de Parma y Guastalla, como el de Nápoles, orígen de aquella conversacion en que el oficial brillaba á cada instante más por su erudicion vastísima.

El trayecto se hizo de ese modo muy corto, y al llegar á Nápoles los expedicionarios pedian al oficial les acompañase los dias siguientes á nuevas excursiones por los alrededores de la ciudad.

X.

¡ADIOS!

El oficial se habia ido sosteniendo, más que con sus fuerzas físicas, con las de su espíritu febril y levantado. No pocas veces habia tenido que apoyarse en mi brazo á la vez que en el nudoso baston, compañero inseparable suyo. Fuera de los ratos en que su misma facundia parecia sostenerle, se iba descubriendo en sus ojos la creciente languidez que tanto me habia chocado en la Basílica de Pompeya; y al despedirnos se me representó mayor la palidez de su rostro, más pronunciada la vacilacion en su andar, y más notable, más honda la melancolía de que yo creia preso su ánimo.

Le pregunté por su alojamiento, pero se excusó de indicármelo. No me sorprendió, sin embargo, á la mañana siguiente un recado por el que en su nombre se me suplicaba pasase á visitarle. Lo que sí me admiró sobre manera fué que se me citara para el hospital que, como en Zaragoza, es en Nápoles *Urbi et Orbi*.

Yo he entrado siempre en los hospitales con el mismo recogimiento y respeto que en el templo. La mansion del dolor es para mí el vestíbulo de la en que se busca la paz de las almas, para de una en otra llegar á la

eterna de la glorificacion, toda luz y delicia inefable. ¿Qué mejor preparacion que la de los sufrimientos para alcanzar el fin de la humanidad? ¿Qué camino más áspero, sombrío y difícil que el de aquellos vastos salones donde sólo se escuchan lamentos y ayes para cruzar el espacio tan *accidentado* de la vida?

Aquella simetría invariable; aquella igualdad constante en el órden y en el utensilio de las camas; la seguridad de igual destino ulterior en la tierra madre para los que las ocupan, y la esperanza de subir tambien reunidos á regiones más puras, pero además de igualdad asimismo perfecta, renuevan en la morada hospitalaria las ideas de comunidad de sangre, de comunidad de intereses y de comunidad de aspiraciones que no cesa de mostrarnos la Iglesia, resultado de un mismo orígen y de un mismo destino en los hombres.

Y, por si pudieran olvidarlo los tristes inquilinos de *la casa grande*, no cesan de verla recorrer á los sacerdotes del Altísimo para dirigir á los extraviados, confortar á los débiles y sostener á los que el dolor, abriendo las puertas eternas, va á mostrar la realidad de sus creencias religiosas.

Despues de mucho tiempo y de vencer sinnúmero de dificultades, fuí introducido en un salon pequeño destinado á los extranjeros enfermos. No tardé en reconocer entre ellos á mi desgraciado compatríota, que parecia esperarme con el ánsia más fatigosa.

«Os agradezco tanto más, me dijo al acercarme, esta visita, cuanto que ya temia no recibirla en vida. Se me acaba por instantes, y, al entregarla, queria desahogar mi corazon en el de quien me lo ha mostrado siempre bueno y generoso.»

«Yo no vivia, señor, en el mundo que con tan vertiginoso movimiento recorria; yo soñaba siempre, y en la horrible pesadilla mia sólo gozaba con el dolor y sólo con trabajos que parecen insoportables. Y ¿por qué no he de decíroslo? ese soñar incesante, esa pesadilla sin fin, degeneró muy luego en un extravío completo del cerebro, en que repercutiendo una idea insistente hasta hacerse fija, vino á convertirse en una manía, en una real é incurable locura. Ahora, en los instantes en que veo acercarse la negra sombra que no cesaba de llamar y en la que con tanto anhelo pedia sumergirme para siempre, recuperan mis sentidos sus primitivas facultades y mi inteligencia se abre á la luz divina de la razon.»

«¡Oh, y cuán desgraciado he sido en mi peregrinacion por este valle de lágrimas! Lo que consideré como la mayor de las felicidades, la ciencia, llenándome de orgullo, me ofuscó hasta connaturalizarme con la ilusion de toda mi juventud, la de aparecer como un sér extraordinario y hasta incomprensible. Y del ensayo de las primeras ficciones cuyo resultado halagó al demonio de mi amor propio, pasé á otras que, coronando mis insensatos esfuerzos, acabaron por arrastrarme á la pérdida de mi albedrío y á la confusion de mi entendimiento. Nuevo Fausto, intenté regenerarme escalando los alcázares más encumbrados del saber, y, sin observarlo, me encuentro sumido en el piélago á cada paso más profundo del dolor, de la desesperacion y hasta en el embrutecimiento más grosero.»

«Hé aquí mi historia hasta ayer, en que cediendo el cuerpo á la pesadumbre de la naturaleza y faltando con su descaecimiento al cerebro el aguijon venenoso que lo irritaba é impedia la regularidad de sus funciones,

pude volver mis ojos á los primeros años de mi vida y reconocerme tras largos de abyeccion y desventura.»

«No creí, sin embargo, que hubiera de ser por plazo tan corto; pero, al separarme de vosotros, un síncope violento me arrojó por tierra, y, al volver en mí, me hallé trasportado á este santo asilo, donde pronto conocí por el semblante de los que me rodeaban y por la premura con que se atendia al cuidado de mi alma, más quizás que por la debilidad que experimentaba el cuerpo, que serian ya cortos los instantes de mi existencia.»

Las palabras salian ya de la boca del oficial entrecortadas y con el más fatigoso anhelito; los ojos se mostraban vidriosos y como si fuesen á perder la vision; por todo el rostro se esparcia una palidez mortal y su mano temblorosa estaba cubierta de un sudor frio como el mármol.

«Veo, continuó, que no me equivocaba..... gracias..... y el Dios de las Misericordias recompense..... vuestras amistosas consideraciones para conmigo.....»

Yo hice señas para que acudiese un sacerdote que se hallaba inmediato. Acudió al momento, y comprendiendo, como yo, que no habia tiempo que perder, comenzó á animar á aquel sér infeliz con las exhortaciones más piadosas. Pocos instantes despues, besando el crucifijo que le presentaba el sacerdote, y apretándome ligeramente la mano que yo, de rodillas á su lado, le tenia entre las mias, espiró el desgraciado, dejando escuchar como un murmullo cavernoso y lejano esta última palabra: «¡A Dios!»

Habian llegado los primeros dias del año de 1850. Las divisiones españolas se hallaban concentradas en el litoral del Mediterráneo esperando su embarque para la Península. Cada una de ellas habia evacuado sus cantones con mucho contento por parte de la tropa y con muestras del mayor disgusto por la de los habitantes, porque nuestra salida de los Estados Pontificios contrastaba muy honrosamente para nosotros con la entrada. En esta, huian los moradores de las ciudades creyéndonos rapaces y crueles, y despues de nuestro establecimiento en las provincias no habia poblacion grande ni chica que no solicitase áun cuando no fuera más que un destacamento español.

Spoleto nos despidió con un ligero terremoto que las spoletinas tradujeron por muestra de dolor: los hombres nos ahogaban con sus abrazos y nos cubrieron de tantos besos, que en la marcha se afanaban por contar en broma los soldados. Como Spoleto nos despidieron los demás pueblos, á pesar de no ser corto el número de los romanos que simpatizaban con la república, á la cual no se habia dado tiempo para desacreditarse.

El cuartel general se estableció en Terracina, donde tambien se constituyó el brigadier Bustillos con sus ayudantes para presidir al embarque de las tropas.

Casi, casi, se habia borrado en mí la memoria del desgraciado oficial que habia visto fallecer en Nápoles, cuando encontrándome un dia con el coronel de su regimiento y provocándose la conversacion sobre las bajas que los batallones experimentaron en los cantones inmediatos á las Lagunas Pontinas, me citó á nuestro camarada como uno de los oficiales que más habia sentido perder el cuerpo.

Al dar parte de su baja, el coronel, que no tenia de él otras noticias que la órden de su destino al regimiento y su presentacion en Gaeta, recibió su hoja de servicios. En ella se consignaba haber sido por sus grandes conocimientos y mérito indisputable, sustituto de una cátedra de historia y geografía en la universidad de Salamanca, cátedra que al empezar el extravío de su razon habia abandonado, sentando plaza de soldado en un cuerpo de infantería de guarnicion en Zamora.

Constaba, además, que no tan sólo habia ascendido rápidamente en las clases de tropa, sino que, ya de oficial, se le habian dispensado, en gracia á sus talentos é irreprochable comportamiento, sin número de faltas de asistencia que, visto el estado de exaltacion de su mente y lo inofensivo de su índole, se dejaron pasar como desatendidas, áun cuando á veces llegaran á tomar la apariencia de una desercion por lo infundadas y largas.

Entonces concebí el proyecto que sólo despues de tantos años ejecuto, el de trasmitir al público una historia tan peregrina como verídica y que, de otro modo, temo llegara á perderse en las tinieblas, cada dia más densas, de mi memoria.

FIN.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

Páginas.

I.—La sorpresa mayor en mi vida. 7
II.—Crece mi asombro. 13
III.—!!!!!!!!. 32
IV.—Vision misteriosa. 43
V.—El águila y el escarabajo. 57
VI.—El cáncer de España. 70
VII.—¿Será vanidad nacional? 85
VIII.—¡Vé á Roma! 98
IX.—Ya va picando en historia. 100

SEGUNDA PARTE.

I.—El Fénix español. 149
II.—El Brocken y la primera francesada. 160
III.—Un héroe que se nos quiere hacer imaginario. . 188
IV.—Simancas y Alkhandik. 207
V.—La dama blanca y el Hadjeb Almanzor. 236
VI.—Una prueba feliz. 259

Páginas.

VII.—Otro héroe que se nos quiere tambien negar y el innegable triunfo de la Cruz. 277
VIII.—La morisma se va. 304

TERCERA PARTE.

I.—Los españoles dentro y fuera de España.. 339
II.—El Gran Capitan.. 353
III.—¿Es un loco? 367
IV.—El lago de Leco, la cascada de Terni y el acueducto de Spoleto. 391
V.—Villalar y Pavía.. 405
VI.—Otro prisionero de sangre real tambien. 426
VII.—Los Paises Bajos.. 436
VIII.—Las campanas del monasterio y Alejandro Farnesio. 451
IX.—Pompeya. 473
X.—¡A Dios!. 494

14

JOSE GOMEZ

UN SOLDADO ESPAÑOL DE VEINTE SIGLOS

14.942

BIBLIOTECA PUBLICA